Alexandra Andrews

# ¿QUIÉN ES MAUD DIXON?

AdN

Alexandra Andrews

# ¿QUIÉN ES MAUD DIXON?

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

AdN Alianza de Novelas

*A Chris*

Embrutecido acaba el corazón
Si nuestras fantasías lo alimentan.

W. B. YEATS
*El nido del estornino junto a mi ventana*

# Prefacio

*Semat, Marruecos*

—¿Madame Weelcock…? —Abrió de golpe el ojo izquierdo y una cálida luz amarilla le inundó la visión, presidida por una figura borrosa de blanco. Volvió a cerrarlo—. ¿Madame Weelcock…? —Se oía un pitido agudo. Esa vez se obligó a abrir ambos ojos. Estaba tumbada en una cama incómoda flanqueada por sendas cortinas sucias—. ¿Madame Weelcock…? —Giró la cabeza con rigidez. Sentado en una silla junto a la cama, inclinado hacia delante sobre sus muslos, la observaba con fijeza un hombre que vestía una suerte de uniforme militar. Su rostro era mofletudo, como el de un bebé de juguete. No sonreía—. Madame Weelcock… —dijo por cuarta vez.

—¿Helen…? —preguntó ella con la voz seca.

—Helen —contestó él, asintiendo con la cabeza—. ¿Sabe dónde está?

Ella miró alrededor.

—¿Hospital?

—Eso es. Se le fue la mano anoche.

—¿Se me fue?

—Se le fue muchísimo.

Ella soltó una risita involuntaria. El hombre frunció el ceño, visiblemente molesto. Entonces la cortina de su izquierda se abrió con un siseo. Se volvieron los dos. Se acercó una mujer con hiyab y chaqueta blancas. ¿Una enfermera? Se inclinó sobre la cama y sonrió cariñosa. Dijo algo en otro idioma y le alisó la fina manta; luego se dirigió en un tono más brusco al

hombre sentado a su lado. El tipo se levantó, alzando las manos como para calmarla. Sonrió fríamente y retiró la cortina. Se fue.

La joven de la cama se volvió hacia la enfermera, que también se iba.

—Espere… —la llamó con voz ronca, pero no la oyó, o no quiso oírla.

Se quedó sola.

Clavó la mirada en el techo, salpicado de humedades. Intentó incorporarse, pero se lo impidió la escayola que llevaba en la muñeca izquierda. Fue entonces cuando notó que le dolía. Todo.

Se volvió de nuevo hacia la silla en la que se había sentado el hombre. La había llamado madame Weelcock. El dato parecía relevante, pero no era capaz de ubicarlo en un contexto lógico. Cerró los ojos otra vez.

Al poco (o, quizá, varias horas después), se abrió de nuevo la cortina. La enfermera había vuelto con un hombre distinto.

—Madame Wilcox —dijo—, me alegra encontrarla despierta. —Hablaba su idioma mejor que la mayoría de los nativos, separando perfectamente unas sílabas de otras—. Soy el doctor Tazi. Estaba de guardia cuando la ingresaron anoche con dos costillas fracturadas, una muñeca rota y hematomas en la cara y el torso. Me dijeron que había sufrido un accidente de tráfico. Vemos muchas lesiones de este tipo causadas por airbags. Tiene suerte de que no sean peores.

La enfermera, que parecía haber estado esperando su momento, le ofreció un vasito de plástico y una pastilla blanca del tamaño de una muela.

—Hidrocodona, para el dolor —dijo el médico—. Pasaré a visitarla esta tarde, pero no veo motivo para retenerla aquí más allá de mañana. Hasta entonces, debe descansar, madame Wilcox.

Salió de la habitación y la enfermera le fue detrás como un velo.

«Madame Wilcox —se dijo ella por lo bajo—. Helen.»

Después se retiró la luz y vino el sueño.

# Primera parte

# 1

Dos mujeres jóvenes subían unas escaleras estrechas hacia el lugar del que procedían las risas y la música. Florence Darrow, que iba delante, arrastraba la mano por la pared de color rojo sangre.

—¡Qué absurdo, hacer una fiesta editorial aquí! —dijo.

Ambas eran asistentes editoriales en Forrester Books y esa noche era la fiesta navideña de la empresa, celebrada todos los años en la segunda planta de un tugurio llamado The Library y cuyo tema era el relumbrón literario.

—Es como si montaran una cumbre de la ONU en el Epcot de Disney World.

—Ya te digo —coincidió con voz queda Lucy Gund, que llevaba la falda del vestido enroscada a medio muslo porque le había ido trepando por los pantis en la subida.

Llegaron al final de la escalera y pasaron a echar un vistazo. La fiesta había empezado hacía solo media hora, pero de la multitud emanaba ya un alboroto que quedaba suspendido sobre ella como una boina de esmog. Casi un centenar de personas (algunas trabajaban con ellas; muchas otras no) se apelotonaban en grupos bien prietos. Aunque Florence no había querido llegar demasiado pronto, se arrepintió de no haber ido antes para poder apalancarse en un rinconcito. Exploraron la estancia en busca de caras conocidas y accesibles. No encontraron ninguna.

—¿Una copa primero? —propuso Florence y Lucy asintió con la cabeza.

Habían entrado en Forrester a la vez, hacía casi dos años, y Lucy le había otorgado de inmediato su lealtad incondicional.

En teoría, era justo la clase de amiga que Florence había esperado hacer en Nueva York. Se había criado en Amherst, en cuya universidad daban clases de Lengua Inglesa sus

progenitores. Su padre había escrito la biografía definitiva de Nathaniel Hawthorne. Nada más mudarse a la ciudad, Florence había pasado su primer Día de Acción de Gracias con ellos y le había encantado descubrir que aquel caserón repleto de libros se encontraba a un paso del de Emily Dickinson. Era uno de esos paraísos intelectuales en los que ella habría querido crecer, muy distinto del cuchitril de su madre en Port Orange.

En la práctica, en cambio, Lucy carecía de la sólida sofisticación que, a juicio de Florence, debía derivarse de una infancia así. Era tan increíblemente tímida que a veces sospechaba que su madre debía de haberle dicho que con que hiciera una buena amiga en Nueva York era más que suficiente. Florence había sido la primera persona a la que Lucy había conocido en Forrester.

No habían llegado a integrarse en la vida social de la compañía, más que nada porque Lucy no lo había intentado siquiera y Florence no lo había conseguido. Como, además, Florence había dejado de relacionarse con sus amistades de Florida (entendía su pasado como una extremidad gangrenada que había que amputar por un bien mayor), Lucy era, a todos los efectos, su única amiga.

Culebreando entre la multitud, dejaron atrás una mesa alargada sembrada de uvas y quesos y se dirigieron a la imponente barra de caoba del fondo. Un barman con chaleco de satén negro sonrió por encima de sus cabezas. Por lo visto, no reunían los requisitos necesarios para ser objeto de su atención. Lucy estaba acostumbrada a que la ignoraran (de hecho, parecía preferirlo), pero Florence había tenido ya el éxito suficiente con los hombres como para lamentar que sus encantos pasaran inadvertidos.

No le faltaba atractivo, pero lo que más resaltaba de ella, sin excepción, era su palidez. Parecía haberse criado en un búnker, más que en la soleada Florida. Prueba de que había nacido en el lugar equivocado, solía decirse satisfecha. Su piel clara se sonrojaba con facilidad: ya fuera por rubor o por fervor, nunca le faltaba colorido, como si su creador se hubiera debatido entre la pureza y la perversión. A algunos hombres les fascinaba aquel efecto, pero a muchos otros les producía

rechazo. Además, tenía unos ojos oscuros, casi negros, y unos rizos de rubio ceniza que le brotaban de la cabeza como a Medusa y que Florence no había logrado domar, a pesar de los cientos de dólares que su madre se había gastado en geles, aerosoles y gominas a lo largo de los años.

—¿Qué va a ser, señoritas? —preguntó el barman en un tono ensayado. La luz producía destellos en su pelo de punta y Florence se imaginó aplastándoselo con los dedos como si fuera un césped cubierto de escarcha.

—Creo que voy a probar el «Sistema decimal de Dewar's» —contestó Lucy, señalando el cartel donde se anunciaban los cócteles de la casa.

Florence pidió un vino tinto.

—Tengo *cabernet* o *pinot*.

—Cualquiera de los dos —contestó ella, con fingida despreocupación. No sabía nada de vinos.

Bebieron un sorbo cada una y fueron en busca de un grupo con fronteras franqueables. Vieron a otros asistentes arrimados a la mesa de la comida y se situaron en sus inmediaciones. Amanda Lincoln, una editora júnior, discutía aparatosamente con un joven alto y desgarbado de veintitantos que vestía un traje de pana marrón claro.

—¡Ni de coña, puto misógino! —espetó Amanda.

Gretchen, una asistente vivaracha que se sentaba en frente de Florence en la oficina, se volvió a explicarles:

—Fritz asegura que sabe de buena tinta que Maud Dixon es un hombre.

—No —susurró Lucy, tapándose la boca con la mano.

Maud Dixon era el seudónimo de un autor cuyo debut literario, *Foxtrot de Misisipi,* había sido un bombazo hacía un par de años. Contaba la historia de dos adolescentes, Maud y Ruby, desesperadas por escapar de su minúscula población natal, Collyer Springs, en Misisipi, y cuyos planes se ven desbaratados cada dos por tres como consecuencia de su edad, su sexo, su pobreza y la absoluta indiferencia de sus familias. La cosa se complica cuando Maud asesina a un contratista que cruza el pueblo camino de un trabajo en Memphis y que comete el error de encapricharse de su amiga de dieciséis años,

Ruby, y ponerse pesado. Al final el homicidio las libra de las garras de su pueblo: una acaba en la cárcel y la otra consigue una beca para la Ole Miss, la Universidad de Misisipi.

La crítica ya había comentado su prosa afilada y cruda, y la frescura de su perspectiva, que había llamado la atención del mundo literario, pero la novela no había despegado de verdad hasta que una famosa actriz de Hollywood la había elegido para su club de lectura. Ya fuera por clarividencia o por casualidad, *Foxtrot de Misisipi* había aparecido en el momento álgido del movimiento #MeToo y capturaba a la perfección la rabia brutal y justificada que tensaba el ambiente. Fuera lo que fuese lo ocurrido la noche en que la joven Maud Dixon había apuñalado a Frank Dillard, un tipejo innegablemente lascivo y amenazador, en la parte trasera del Driftwood Tavern, no se le podía reprochar.

Solo en Estados Unidos se habían vendido más de tres millones de ejemplares de la obra y se estaba rodando una miniserie. Paradójicamente, su autor, Maud Dixon, era un enigma. No concedía entrevistas ni hacía giras promocionales ni publicidad de ningún tipo. Ni siquiera había agradecimientos en la novela.

La editorial, una de las competidoras de Forrester, reconocía que Maud Dixon era un seudónimo y que el autor prefería permanecer en el anonimato. Como es lógico, aquello había desatado de inmediato una especulación desenfrenada sobre su identidad. «¿Quién es Maud Dixon?» era la pregunta que se hacía en multitud de artículos de revistas, foros de internet y almuerzos editoriales por toda la ciudad.

Se había localizado y descartado debidamente a las dos únicas personas que se llamaban así en todo el país: una vivía en una residencia de ancianos de Chicago y no recordaba ni el nombre de sus propios hijos; la otra era higienista dental, se había criado en un pueblo de clase media de Long Island y desde luego jamás había mostrado talento alguno para la escritura ni proclividad hacia ella.

Muchos daban por sentado que el relato era autobiográfico, por la coincidencia del nombre del autor y el del narrador. Unos cuantos detectives aficionados habían encontrado delitos

que coincidían en parte con el de la novela, pero ninguno de ellos lo suficiente para considerarse una prueba irrefutable. Además, en el estado de Misisipi, los expedientes de los delincuentes juveniles se archivaban cuando cumplían la mayoría de edad. La localidad de Collyer Springs ni siquiera existía. La investigación se encallaba ahí.

Florence solía menospreciar las novelas que debían su éxito a giros dramáticos de la trama (el asesinato le parecía una ordinariez), pero *Foxtrot de Misisipi* la había dejado estupefacta: el asesinato no era una argucia técnica para darle morbo a la novela, sino su razón de ser. El lector percibía la premura del autor, el imperativo absoluto del asesino, incluso la satisfacción de hundir el cuchillo en su víctima. Aún recordaba de memoria el pasaje:

> El cuchillo se clavó fácilmente, intruso afilado entre los pliegues cálidos y femeninos de las entrañas de Frank. Ella lo sacó y volvió a hincarlo. Esa vez topó con una costilla y se estremeció con violencia. Le resbaló la mano de la empuñadura y dio una palmada en la carne pálida y blanda. Su víctima tenía ya el vientre cubierto de sangre, que impregnaba el vello recio y oscuro como si fuera la cabeza de un recién nacido.

La voz de aquel narrador no se parecía a nada que Florence hubiera leído antes: era punzante y feroz, casi despiadada. En el fondo, le daba igual que Maud Dixon fuera hombre o mujer. Sabía que fuera quien fuera era un incomprendido, como ella.

—¿Por qué te pones así? —preguntó Fritz a Amanda—. No estoy diciendo que las mujeres no sepan escribir, joder, solo que ESTE AUTOR EN CONCRETO no es mujer.

Amanda se apretó el puente de la nariz e inspiró hondo.

—¿Que por qué me pongo así? Porque ESTE AUTOR EN CONCRETO ha sido el novelista más vendido del año Y está nominado al National Book Award. Pero, claro, solo puede ser un libro «importante» si lo ha escrito un hombre; si lo hubiera escrito una mujer, no sería más que una novelucha. No podéis comeros todas las puñeteras galletas y venir también a por nuestras miguitas, joder.

—En realidad —terció Florence—, aunque *Foxtrot de Misisipi* haya sido la novela más vendida del año, el autor más vendido ha sido James Patterson. —Se volvieron todos a mirarla—. Me parece —añadió, aun estando segura, y se odió instantáneamente por hacerlo.

—Gracias, Florence, ahí va otra miguita.

—Esto no tiene nada que ver con ese absurdo recuento personal que tú llevas, Amanda —dijo Fritz—. Tengo un contacto en Frost/Bollen, que casualmente es mujer, por cierto, y me ha jurado que Maud Dixon es hombre. PODRÍA ser mujer, por supuesto, pero da la casualidad de que no —añadió, encogiéndose de hombros a modo de disculpa. Frost/Bollen era la agencia literaria de Maud Dixon.

—Entonces, ¿quién es? —quiso saber Amanda—. ¿Cómo se llama?

Fritz vaciló.

—No lo sé. Mi amiga solo ha oído que hablaban de «él».

—¡Menuda chorrada! —exclamó Amanda, indignada—. No existe, literalmente, un hombre capaz de escribir una novela así. No hay un solo hombre sobre la faz de la tierra que pueda retratar a las mujeres de forma tan convincente, por mucho que se convenza A SÍ MISMO.

—¿Henry James? —terció Florence como si quisiera castigarse por su cobardía de antes—. ¿E. M. Forster? ¿William Thackeray? —Siempre había sentido una afinidad especial con Becky Sharp.

Amanda se volvió a mirarla.

—¿En serio, Florence? ¿De verdad crees que *Foxtrot de Misisipi* lo ha podido escribir un hombre?

Florence se encogió de hombros.

—A lo mejor. No veo qué importancia tiene.

Amanda miró al techo y replicó sorprendida:

—No ve qué importancia tiene. —Se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Tú eres escritora, Florence?

—No —contestó la otra con un hilo de voz.

En realidad, nada le habría gustado más. ¿No era eso lo que querían todos? Seguro que todos y cada uno de ellos tenían alguna novela inacabada en un cajón. Pero uno no va por ahí

llamándose escritor hasta que su obra sale del cajón.

—Entonces, igual te cuesta entender lo importante que es para una escritora tener referentes femeninos, predecesoras que se han negado antes que ellas a que sea un hombre quien narre sus interioridades. No necesito que ningún HOMBRE más me diga cómo SOMOS las mujeres, ¿vale? ¿Lo entiendes? —Florence medio encogió los hombros, medio asintió con la cabeza—. Pobre de la tierra que necesite héroes —añadió Amanda. Florence no dijo nada—. ¿Brecht? —la pinchó Amanda, enarcando las cejas.

Florence notó que se le encendía la cara e, instintivamente, dio la espalda al grupo para disimularlo. Apuró la bebida de un trago y volvió a la barra, donde, con una sonrisa forzada, le mostró al barman la copa vacía. Se inclinó sobre la madera y se descalzó por turnos los pies destrozados por los zapatos de tacón. Nunca le habían gustado las chicas tan desenvueltas como Amanda. Era como las que en el instituto la acogían bajo su protección una semana y la paseaban como a un perro adoptado para terminar ignorándola después. Sabía que para ellas no era más que atrezo de sus actuaciones y que dejaba de serles útil en cuanto abandonaba el papel de protegida agradecida. Además, era una rutina muy absurda, y eso era lo que más la aburría. Amanda, que se había criado en el Upper West Side, lucía su feminismo como seguramente había lucido en su día su uniforme de colegio pijo: con naturalidad, sin darle la mayor importancia, pero con convicción.

Florence jamás había sido capaz de alcanzar el nivel de indignación que exigían los tiempos y su inmunidad al descontento general a menudo la excluía de…, bueno, de todo. Aquella indignación parecía ser el pegamento que mantenía unidos a todos los demás: parejas, amigos, el público objetivo de la mayoría de los conglomerados mediáticos… Hasta los jóvenes activistas ignoraban a Florence, como si intuyeran su solipsismo. No era mansa, claro que no, pero se reservaba su rabia para cuestiones más personales, aunque no supiera exactamente cuáles. Sus arranques de ira la sorprendían tanto como a cualquiera. Eran experiencias inusuales y perturbadoras que la debilitaban y la confundían, casi la

atolondraban, como si su cuerpo hubiera salido disparado sin ella y acabara de darle alcance.

Una vez, en un curso universitario de escritura creativa, el profesor le destrozó uno de sus relatos delante de todos, tildándolo de insulso y poco original. Después de clase, ella le montó una defensa cada vez más exaltada de su trabajo y terminó atacándolo personalmente, acusándolo de ser un autor de segunda que no había publicado más que una colección insignificante de cuentos cortos. Al serenarse, descubrió que el profesor la miraba espantado. Apenas recordaba lo que había dicho.

Cuando por fin había conseguido que el barman viera su copa vacía, una voz la sobresaltó a su espalda:

—Estoy contigo.

Se giró. Era Simon Reed, director editorial de Forrester, un hombre alto y delgado de pelo lacio, rasgos delicados y tez algo pecosa. Se le consideraba guapo en aquel ambiente, pero Florence imaginaba lo que habrían dicho de él en Port Orange, donde los rasgos delicados no se juzgaban precisamente atractivos en un hombre.

Florence se dio la vuelta.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que a quién cojones le importa quién es Maud Dixon. —Le babearon las palabras de la boca como una sopa. Estaba bebido, observó—. Eso no va a cambiar lo que ha escrito —prosiguió él—. O mejor dicho, igual sí para algunas personas, aunque no debería. Ezra Pound era fascista, pero aun así escribió algunas frases bonitas de la hostia.

—«La hormiga es centauro en su mundo de dragones» —espetó Florence.

—«Apead vuestra vanidad, os lo ruego» —terció Simon, asintiendo con la cabeza. Intercambiaron una sonrisa de complicidad. Florence vio que Amanda los miraba, pero disimuló al saberse descubierta. El barman plantó la nueva copa de vino en la barra. Cuando Florence la cogió, Simon brindó con ella y, acercándose aún más, añadió en voz baja—: ¡Por el anonimato!

# 2

Durante el resto de la velada, Florence notó que Simon no dejaba de observarla. No era la primera vez que un hombre mayor se fijaba en ella, pero en su pueblo las miradas lascivas de aquellos hombres le habían parecido repulsivas, como si la hicieran cómplice de algo de lo que no quería formar parte. Esa noche, en cambio, disfrutó del escrutinio de Simon. No era como los hombres a los que había conocido en su adolescencia: en vez de ballestas y bronceados de obrero, le ofrecía primeras ediciones y un exquisito sentido del humor. Además, tampoco era un secreto que estaba casado con Ingrid Thorne, la actriz. Haber llamado la atención de un hombre así la hacía sentirse digna de saltar a un plano existencial superior, como si su interés hubiera despertado en ella, con fuerza magnética, algo que ignoraba poseer.

Dos horas después, la multitud empezó a menguar y Lucy le preguntó a Florence si quería irse ya. Ambas vivían en Astoria y solían coger el tren juntas.

—Vete si quieres; yo me voy a tomar una copa más —le dijo Florence.

—Tranquila, te espero.

—No, de verdad, márchate.

—Vale —accedió la otra, poco convencida—. ¿Seguro?

—Seguro —contestó Florence con rotundidad.

A veces su amistad con Lucy le resultaba sofocante, aunque, en el fondo, su desproporcionada devoción le generaba una tranquilidad de espíritu que compensaba con creces la claustrofobia, quizá porque su madre la había entrenado desde muy niña para identificar solo las formas más extremas de emoción. Cualquier cosa atemperada le parecía fría y falsa.

Lucy se despidió sin entusiasmo con la mano. Florence se pidió otro vino y bebió despacio, sondeando la sala. Quedaba

poco más de una veintena de personas y no conocía a nadie lo suficiente para abordarlo. Simon estaba en un rincón, enfrascado en una conversación con el director de publicidad, y no parecía que fuera a terminar.

Se sintió imbécil. ¿Qué había creído que iba a pasar?

Dejó la copa en la barra con más fuerza de la pretendida y fue a rescatar su abrigo de la maraña de prendas que había junto a la puerta. Lo sacó de un tirón y se fue.

Fuera, el viento le azotó las piernas desnudas. Tomó rumbo norte y empezó a caminar rápidamente hacia el metro. Iba a volver la esquina de la Octava cuando oyó que la llamaban. Se volvió. Simon corría detrás de ella, con el abrigo azul marino cuidadosamente doblado y colgado del brazo.

—¿Nos tomamos otra? —le preguntó con la naturalidad de un hombre que no acaba de salir corriendo detrás de una mujer.

# 3

Fueron al Tom & Jerry's, en Elizabeth Street, donde Simon insistió en que pidieran unas Guinness.

—Cuando estaba en Oxford, debí de beberme «piscinas» de esto —dijo él—; por eso ahora me hace sentir joven.

Hablaba con la cadencia de un inglés, pero sin llegar a tener su acento. De pronto entendió por qué.

Encontraron un sitio al fondo y se sentaron uno frente al otro en una mesa pegajosa. Florence le dio un sorbo a su cerveza y puso cara de asco. Simon rio.

—Hay que acostumbrarse al sabor.

—Uno no debería EMPEÑARSE en que le guste algo —se defendió Florence—. Es como esa gente que se obliga a terminar un libro que no disfruta. ¡Déjalo! ¡Busca otro!

—Lamento ser yo quien te diga esto, pero igual te has equivocado de profesión. ¿Tú sabes cuántos libros que no me gustan tengo que leer a la semana? Nuestro trabajo consiste en separar lo bueno de lo malo.

—Ah, a mí no me interesa ser editora —replicó ella con un manotazo al aire.

—Aclárame una cosa —le propuso Simon, sonriendo desconcertado—: eres consciente de que soy el jefe de tu jefa, ¿verdad? Convendría que fingieses un mínimo entusiasmo por el trabajo por el que te pagamos.

Florence le devolvió la sonrisa.

—Me da que no le vas a comentar a nadie este encuentro, y menos aún a Agatha.

—Dios, se me había olvidado que trabajas para Agatha Hale. No, no le haría mucha gracia este «encuentro». La brújula moral de esa mujer necesita con urgencia un poco de 3-EN-UNO. —Una carcajada culpable le brotó a Florence de la comisura de los labios. Le producía vértigo oír a alguien

burlarse de una mujer más poderosa que ella en todos los sentidos, tanto en el ámbito personal como en el profesional—. Vale, decidido —dijo Simon, dando una palmada suave en la mesa—: ya que insistes, lo de esta noche queda entre nosotros.

—¡Por el anonimato! —propuso Florence, alzando su vaso.

Simon respondió plantándole la mano en el muslo por debajo de la mesa. Ella no reaccionó y él empezó a deslizar los dedos sumamente despacio. Se miraron a los ojos, sin decir nada, mientras él la acariciaba con el pulgar. Nadie se dio cuenta. Casi todos los presentes estaban apiñados en torno a un televisor montado en la pared, viendo el fútbol.

—Vámonos a otro sitio —sugirió Simon con voz ronca. Florence asintió con la cabeza. Se dejaron las cervezas aún enteras en la mesa y él la sacó del bar cogida de la mano. Una vez fuera, el azote del aire frío le arrancó un gritito. Él se quitó la bufanda, se la enroscó al cuello, le dio dos vueltas y se la anudó—. ¿Mejor? —le preguntó.

Florence cabeceó afirmativamente.

Avanzaron unas manzanas, caminando a ratos, corriendo otros, con la cabeza gacha por el viento, rumbo norte, en dirección al Bowery Hotel, cuyo portero, con un bolsón de plástico en la mano, esparcía sal por la acera. Un indigente, recostado en la fachada del edificio, hacía traquetear las monedas recogidas en un vaso. Sonaba como la tos de un niño. Florence intentó descifrar lo que mascullaba: «Dicen que los hombres no lloran; los hombres lloran, claro que lloran».

En el interior del hotel, el recepcionista pasó con desenfado la tarjeta de Simon como si fueran las dos de la tarde. «De modo que así es como va esto…», se dijo Florence. Siempre había pensado que ocupar una habitación de hotel solo unas horas conllevaba gafas oscuras, nombres falsos y una cama que vibraba cuando le echabas monedas, pero, por lo visto, cuatrocientos dólares la noche bastaban para eludir tamaña sordidez.

Tomaron el ascensor en compañía de otro huésped, un hombre de mediana edad que se tambaleaba un poco. Simon le dedicó a Florence una mirada cómplice e intentó meterle mano; ella le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza.

La habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por un par de apliques de latón a ambos lados de la cama. Florence cruzó la estancia y miró por una de las grandes ventanas que dominaban dos de las paredes.

—Ventanas abatibles —dijo, paseando por ella cuatro dedos que dejaron cuatro estelas húmedas en la condensación de la superficie.

—Ven aquí —le pidió Simon, y ella obedeció.

# 4

A la mañana siguiente, Florence despertó henchida de emoción, como si tuviera toda la noche por delante en vez de haberla dejado atrás. Estaba sola. Simon se había marchado a las cuatro de la madrugada. Desde la cama, lo había visto recoger sus cosas por toda la habitación: el traje gris marengo, que había colgado en el armario; la cartera, el móvil y las llaves, que había dejado en un montoncito ordenado en la mesilla… Mientras se abotonaba la camisa, se había llevado de pronto una mano al cuello y había dicho: «¡Mierda, he perdido una ballena!». Ella le había preguntado a qué se refería y él, ladeando la cabeza con perplejidad casi paternal pero sin explicarle nada, había replicado: «Eres adorable».

Había temido que hubiera una tensión incómoda entre los dos, pero no había sido así: Simon había charlado tranquilamente con ella mientras se vestía y luego, después de darle un besito en la frente, había vuelto a casa con su mujer. Florence no se creía capaz de acostarse con un hombre casado y pensaba que se sentiría culpable, pero, curiosamente, tampoco fue así.

Se estiró todo lo que pudo en la enorme cama. Era sábado, había que dejar la habitación a mediodía y no tenía adonde ir. Inundaba la estancia una luz amarilla, intensa, una luz de otra estación o de otra ciudad. Roma, quizá.

Se levantó y fue al baño. Se le había corrido el rímel, y los rizos le brotaban de la cabeza como electrificados. Después de ducharse, secó los botecitos de champú y acondicionador para llevárselos a casa.

Simon le había dicho que pidiera el desayuno, pero cuando llamó a recepción le dijeron que la cuenta de la habitación ya se había cerrado y que tendría que pagar con tarjeta de crédito.

—Déjelo —contestó ella y colgó bruscamente.

Se vistió y se sentó en la cama. No tenía nada que hacer. Ni siquiera llevaba encima un libro. Se acercó a la puerta y, cuando estaba a punto de abrirla, volvió al baño y se guardó en el bolsillo el estuche de costura.

De vuelta en Astoria, Florence cerró la puerta del apartamento y, sin moverse, aguzó el oído para saber si sus compañeras de piso estaban en casa. Confiaba en que hubieran salido. Había encontrado a Brianna y a Sarah en una web de anuncios por palabras hacía unos meses y tampoco las conocía mejor que cuando se había ido a vivir con ellas.

Abrió la nevera y sacó un yogur desnatado en el que ponía «¡¡BRIANNA!!» con rotulador indeleble de punta fina. Ya en su cuarto, se instaló en la cama y se acercó el portátil. Buscó «ballena» en Google: «Las ballenas son tiras rígidas y planas de metal, carey, nácar, barba de ballena o plástico que se insertan en un bolsillito especialmente diseñado para tal efecto en la cara interna del cuello de una camisa con el fin de evitar que se doble o se deforme».

Florence pensó en bolsillitos en la cara interna del cuello de las camisas. Pensó en hombres como Simon a los que preocupaba que se les deformara o doblara el cuello de la camisa. Los hombres con los que solía acostarse (camareros y administrativos de poca monta a los que conocía por Tinder) tampoco eran de Nueva York y parecían tan perdidos como ella. El único tío con el que había salido más de dos veces desde que había llegado a la ciudad le había pedido prestados cincuenta dólares en su tercera y última cita. Dudaba mucho que supiera lo que era una ballena.

Sabía que más allá de su mundo había otro que desconocía por completo. De vez en cuando, alguien lo agarraba con las manos, lo sacudía y hacía saltar alguna piececita, que caía a sus pies con un suave golpeteo metálico. Ella iba reuniendo esos fragmentos como un entomólogo recoge insectos raros para pincharlos en un tablón. Eran pistas que algún día formarían un conjunto sólido, aunque aún no supiera cuál. Un disfraz, una respuesta, una vida.

A continuación, buscó información sobre la mujer de Simon. Ingrid Thorne protagonizaba sobre todo películas independientes, con alguna que otra incursión en Broadway. No era de esas actrices que aparecen retratadas en *People* o *In Touch* (cuyos lectores probablemente no sabrían quién era), pero había sido portada de la revista *Paper,* según descubrió Florence. «La gran dama del cine de vanguardia», la había llamado el entrevistador.

Con sus antecedentes, difícilmente habría podido ser vanguardia de nada. Hija de un célebre abogado y de un ama de casa, se había criado en un pueblecito rico de Connecticut, o «Connecticult», como lo llamaba ella en la entrevista de *Paper:* «Adoraban a los dioses de la ginebra y la cretona». Simon y ella vivían actualmente en el Upper East Side y llevaban a sus hijos a un prestigioso colegio privado, pero ella se las arreglaba para que aquellas decisiones parecieran innovadoras.

Ingrid ya no era joven y la suya tampoco era una belleza clásica, pero sus rasgos poseían una complejidad fascinante. Tenía uno de esos rostros que no te cansas de mirar, que era precisamente lo que estaba haciendo Florence cuando le vibró el móvil. Miró de reojo la pantalla y la vio iluminarse sobre el edredón un instante antes de contestar la llamada.

—Hola, mamá.

—Escucha —inició la conversación su madre con aire de confidencialidad—: Keith me dijo anoche que lo que interesan son los FONDOS DE COBERTURA.

Keith era el camarero del P.F. Chang's en el que trabajaba su madre y al que, por razones que Florence no alcanzaba a comprender, todo el personal del restaurante consideraba dotado de una inteligencia casi sobrenatural.

—Lo cierto es que no estoy cualificada para eso —contestó Florence.

—¡Te graduaste *summa cum laude!* Sé que me consideras una pueblerina simplona, pero también sé que *summa* significa «la mejor». ¿Qué otra cualificación podrías necesitar?

—Mamá, yo no te considero pueblerina, pero…

—Ah, vale, solo soy simplona.

—No, no he dicho eso. Pero no se me dan bien los números, ya lo sabes.

—Eso NO lo sé, Florence. Ni mucho menos. De hecho, ahora que lo mencionas, recuerdo que eras bastante buena en matemáticas. MUY buena.

Su madre hablaba con la cadencia caricaturesca de un predicador o un locutor, afectación consecuencia, quizá, de la cantidad de horas que pasaba escuchándolos todas las semanas.

Florence guardó silencio un instante.

—Supongo que no QUIERO trabajar en finanzas. Me gusta lo que hago.

No era del todo cierto, pero había aprendido que era preferible comunicarse con su madre en términos muy claros porque los matices le proporcionaban asideros.

—¿Te gusta estar siempre a entera disposición de alguien? Yo he estado a entera disposición de alguien durante los últimos veintiséis años por una sola razón: para que mi única hija pudiera mandar al cuerno a quien quisiera tenerla a su entera disposición.

Florence suspiró.

—Lo siento, mamá.

—No te disculpes conmigo, cielo. Es Dios quien te ha dado tus dones y tampoco a Él le gusta ver cómo los desperdicias.

—Vale: lo siento, Dios.

—Ah, no, con Él no te hagas la listilla, Florence. Con Él no. —Florence no dijo nada. Al poco, su madre preguntó—: ¿Quién te quiere a ti?

—Tú.

—¿Quién es la mejor niña del mundo entero?

Florence echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que no la oía nadie.

—Yo —dijo deprisa.

—Eso es. —Sabía que su madre estaba asintiendo rotundamente al otro lado de la línea—. No eres ninguna mindundi, nena; no te comportes como si lo fueras. Eso sería una falta de respeto hacia mí, y hacia tu Creador.

—Vale.

—Te quiero, nena.

—Y yo a ti.

Florence colgó y cerró los ojos. Los elogios excesivos y tremendamente imprecisos de su madre, sin quererlo, la hacían sentirse del todo insignificante. Durante toda su adolescencia, su madre había mantenido la ficción de que Florence era la chica más guapa y popular de su clase, cuando, en realidad, era un alma en pena que se aferraba a un grupito de amigas sostenido por la mutua desesperación, más que por ninguna afinidad en concreto. Lo único que había tenido en común con su mejor amiga, Whitney, era una media académica de sobresaliente. «¿ES QUE NO ME VES?», le daban ganas de gritarle a su madre.

A veces anhelaba que su madre fuera abiertamente cruel; de ese modo, Florence podría desvincularse de ella sin sentirse culpable. En cambio, estaban atrapadas en aquella farsa infinita: su progenitora le dedicaba halagos minados por la decepción y ella le pagaba con un afecto y una contrición que no sentía.

Vera Darrow se había quedado embarazada a los veintidós años, no lo bastante joven para despertar suspicacias, pero tampoco lo bastante mayor para saber dónde se metía, como le había dicho a Florence muchas veces. El responsable, un huésped habitual del hotel en el que trabajaba entonces, no había querido saber nada del bebé, pero Vera había seguido adelante de todas formas. Había sido, como solía decirle a todo el que quisiera escuchar, la mejor decisión de su vida, que había empezado realmente con la de su pequeña. Aunque también había descubierto a Dios estando embarazada, con lo que tal vez parte del mérito fuera de Él.

Una compañera de trabajo le había hablado de una parroquia que había ayudado a su prima, también madre soltera, y Vera había acudido con la idea peregrina de que saldría de allí con un paquete de pañales de regalo. En cambio, salió con un grupo parroquial bajo el brazo.

Desde niña, a Vera le habían dicho que estuviera calladita, tranquila, relajada. Allí, su entusiasmo había encontrado un propósito. Eso le había dicho el reverendo Doug, que además le

había asegurado que el bebé que llevaba en su vientre no era un pecado, sino un preciado regalo de Dios.

Florence sabía que algunos de los feligreses pensaban que su madre no era tan devota como quería hacerles creer: Vera no ocultaba el hecho de que algunas partes de la Biblia le resultaban discutibles (como que los dóciles fueran a heredar nada) y al final siempre terminaba sembrando la discordia en cualquier comité en el que entraba. Pero a sus detractores les habría sorprendido descubrir lo sólida que era su fe en realidad, aunque los detalles le dieran un poco igual. Por encima de todo, Vera tenía la ferviente creencia de que Dios le reservaba algo especial a su criatura.

A lo largo de su infancia, a Florence le habían relatado aquel plan divino con la regularidad de un cuento para dormir. Lo había aceptado como solía aceptar todo lo de su madre: con pasividad y sin rechistar. El escepticismo es terreno cenagoso para los hijos de padres solteros.

Florence había dejado de creer en Dios en el instituto, pero seguía dando por sentado que estaba destinada a la grandeza. Se lo habían estado inculcando demasiado tiempo. Renunciar a ello a esas alturas habría sido como pedirle que dejara de ser rubia o de odiar la mostaza.

Lo malo era que Florence y Vera tenían ideas diametralmente opuestas sobre el significado de «grandeza». Para Vera, no era sino la mejor versión de una vida que ella conocía, con lo que sus expectativas se veían constreñidas por su propia imaginación: Dios le concedería a Florence un buen trabajo y un buen marido. Y puede que, a su vez, su hija le otorgara a ella un piso. Pero la palabra «grandeza» evocaba en Florence algo mucho más disparatado y ajeno, algo fuera del alcance de Vera. Sus horizontes, como se vería después, podían expandirse en direcciones desconocidas para su madre.

Gracias a la lectura, empezó a entender que los límites del mundo de su madre la irritaban. Siempre había sido una lectora voraz y de pronto cayó en la cuenta de que un trabajo administrativo en Tampa o Jacksonville no era, en realidad, el alfa y el omega; había vida más allá.

Florence había empezado a frecuentar obsesivamente la

biblioteca, buscando con desesperación destellos de vidas distintas de la suya. Tenía predilección por las historias de mujeres glamurosas y malditas, como Anna Karenina e Isabel Archer. Sin embargo, su fascinación pronto pasó de las protagonistas de las novelas a las mujeres que las escribían. Devoró los diarios de Sylvia Plath y Virginia Woolf, mucho más glamurosas y malditas que cualquiera de sus personajes. Pero, sin duda, la biblia de Florence era *Slouching Towards Bethlehem*. Lo cierto es que pasaba más tiempo viendo fotos de Joan Didion con sus gafas de sol y su Corvette Stingray que leyéndola, pero la moraleja estaba clara: bastaba con que se hiciera escritora y su aislamiento se convertiría, como por arte de magia, en prueba de brillantez, más que en motivo de vergüenza.

Cuando pensaba en el futuro, se veía sentada a un bonito escritorio junto a una ventana, tecleando su próxima gran novela. Nunca veía el texto en la pantalla, pero sabía que era extraordinario y que demostraría de una vez por todas que, en efecto, ella era especial. Todo el mundo conocería a Florence Darrow.

¿Y quién iba a cambiar ESO por un piso?

# 5

Forrester Books ocupaba dos plantas de un edificio de oficinas de Hudson Street, en el centro de Manhattan. No era una de las editoriales más grandes de Nueva York, pero tenía cierto caché que enorgullecía a sus empleados. Cuando habían entrevistado a Florence, un editor le había dicho: «No hacemos ficción "comercial"», como si fuera un eufemismo de pornografía infantil. (Corría el rumor de que ese mismo editor había rechazado *Foxtrot de Misisipi* cuando se había recibido el manuscrito, pero aún era un rumor sin confirmar.)

El lunes siguiente a la fiesta navideña de la empresa, Florence cruzó el vestíbulo en estado de alerta máxima. Su rutina de siempre, pasar la tarjeta por el lector y saludar con la cabeza al guardia de seguridad, adquirió visos teatrales. Buscó a Simon entre la multitud que esperaba los ascensores, pero no lo vio.

Su mesa estaba en la planta trece, encerrada en un cubículo entre impresoras, archivadores y compañeros. Los despachos de los editores bordeaban el perímetro de la planta, impidiendo el paso de la luz solar. Mientras aguardaba a que se reactivara su ordenador, por fin lo entendió: nadie la miraba; su vida seguiría adelante como si lo del viernes no hubiera ocurrido jamás.

A las once, Agatha entró corriendo y quitándose el abrigo de cualquier manera. Era una mujer bajita y prieta de cuarenta y pocos con pelo prematuramente canoso y una energía inagotable. Además, estaba embarazada de seis meses. Florence se levantó a ayudar.

—¡Dios, detesto a mi doctora, de verdad! —sentenció Agatha—. Si no fuera demasiado tarde, cambiaría —añadió, tirando al suelo su enorme bolso en el que llevaba una chapa en la que ponía «SÉ BUENA PERSONA».

—Vaya, ¿qué te ha hecho esta vez?

Florence no había tardado en aprender que lo que Agatha buscaba sobre todo en una asistente era alguien que se compadeciera de sus desdichas y validara sus opiniones. De hecho, curiosamente, le fascinaba Agatha, que encajaba perfectamente en la descripción de lo que en su pueblo sospechaban que podía ser un liberal neoyorquino. Vivía con su marido, abogado especializado en inmigración, en Park Slope. Iba a manifestaciones. Se apuntaba a la resistencia. Llamaba «pelis» a las películas.

—¡No consigo hacerle entender que no quiero epidural!

Agatha entró furiosa en su diminuto despacho y Florence la siguió, haciendo rodar su silla hasta la puerta.

—¿No quieres epidural? ¿Por qué?

Agatha se instaló en su mesa y miró muy seria a su asistente. A menudo se autoproclamaba mentora de Florence, pero rara vez se comportaba como tal.

—Florence, el dolor ha sido condición *sine que non* de la maternidad durante milenios. Es un rito de iniciación, como, no sé, esos niños de las tribus africanas que tienen que hacerse una cicatriz para que los consideren hombres.

—¿Qué tribus?

—No sé, TODAS, básicamente.

—Ya —contestó Florence con escasa convicción.

—Al evitarnos ese DOLOR SACROSANTO, el complejo médico-industrial está erosionando de forma visible la relación madre-hijo. Ese dolor te acerca a tu criatura. Ser madre es un honor y un privilegio que hay que ganarse.

—Tiene su lógica, supongo —dijo Florence—. Leí en internet que los piojos de mar se abren paso a mordiscos desde el seno materno cuando están listos para nacer. Mordisquean el útero, las vísceras y demás de la madre y le salen por la boca. La destrozan. La matan.

Agatha asintió en señal de aprobación.

—Eso mismo, Florence. Eso mismo.

Florence volvió corriendo a su sitio y decidió marcar aquella conversación como un triunfo.

Poco después de las cuatro, fue a tomarse un café en el Dunkin' Donuts de la esquina. Al salir del ascensor, por fin vio a Simon. Entraba en el edificio hablando por teléfono. Cuando la detectó, sonrió y levantó un dedo para pedirle que esperara.

—Ajá. Claro. Completamente de acuerdo —dijo al teléfono; luego miró a Florence con los ojos en blanco—. Muy bien, Tim, tengo que colgar. Hablamos pronto. —Se guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y sonrió como disculpándose—. Perdona. —Miró alrededor—. Ven a la vuelta de la esquina un momento —añadió, y se la llevó afuera, hasta la mitad de una perpendicular—. Bueeeno… ¡Menuda nochecita! —le dijo con cara de circunstancias—. Escucha, solo quería asegurarme de que va todo bien, de que estás cómoda con lo ocurrido. No suelo comportarme así, claro está, pero no sé… —Suspiró hondo, meneando la cabeza—. Tienes un no sé qué, Florence… Me he saltado todas mis normas. —Florence abrió la boca para responder, pero Simon se lanzó al ataque—. Dicho eso… —Se interrumpió y cambió de tono—. Dicho ESO, lo nuestro ha sido un error. Culpa mía. Al cien por cien. Asumo toda la responsabilidad. Pero no puede repetirse. Te respeto demasiado para ponerte en esa tesitura.

—Simon —dijo al fin Florence—, no te voy a hacer un #MeToo.

Simon soltó una carcajada histérica.

—Ja, ja. Gracias, ja, ja, te lo agradezco. No, no creo yo que esto sea de #MeToo. —Vio a un conocido a la espalda de Florence, lo saludó con la cabeza y sonrió—. Bueno… —dijo, retomando la conversación con ella—. Vale. Genial. Gracias. —Florence no contestó—. Entonces, ¿estamos bien?

—Estupendamente, Simon.

—Bien, bien —contestó él, dándole una palmada en el hombro—. ¿Y por arriba todo bien? ¿Te gusta trabajar para Agatha? —Florence respondió que sí—. Bien, bien —repitió él.

Se separaron en la esquina. Él volvió a entrar en el edificio y ella se fue a la cafetería. Mientras hacía cola, reprodujo mentalmente la conversación. Le había dicho la verdad: ESTABA bien. Ya sabía que Simon era un hombre casado cuando se había acostado con él. Y que lo suyo probablemente

sería un polvo de una noche. El sexo ni siquiera había sido genial. La había acariciado con ternura, complaciente, de una forma que le había resultado algo repulsiva. («¡Qué pena —se había dicho— que, aun cuando era infiel, follara como un hombre casado!») Aunque, en el fondo, lo lamentaba un poco. No es que le apeteciera su compañía precisamente, pero le había gustado la sensación de estar en su órbita, aunque solo fuera unas horas: el Bowery Hotel, las ballenas del cuello de su camisa, interesar al marido de Ingrid Thorne.

# 6

Florence no fue a casa por Navidad. Le dijo a su madre que los vuelos eran demasiado caros, aunque JetBlue los tuviera a setenta y nueve dólares.

El día de Navidad, cogió el metro al Bowery Hotel. El vestíbulo, un gran espacio diáfano que se extendía hasta una terraza acristalada, hacía también las veces de bar, pero casi todas las mesas estaban vacías. Se sentó en un sillón tapizado de desgastado terciopelo amarillo y acarició el tejido con las manos. Cuando llegó la camarera, pidió una copa de Glenlivet de catorce dólares.

Dejó su libro *(Lancha rápida,* de Renata Adler) y su cuaderno encima de la mesa que tenía delante, pero no abrió ninguno de los dos. En su lugar, estudió el entorno. El hotel tenía el aire de un puesto de avanzada británico abandonado en alguna colonia exótica: cuadros ennegrecidos, suelos de terracota, alfombras antiguas… Todo decorado de adornos navideños.

Sus ojos se posaron en un hombre mayor que vestía un traje gris de tres piezas con un pañuelo púrpura asomándole por el bolsillo de la pechera. La estaba observando. Cuando sus miradas se cruzaron, él se levantó con dificultad y se acercó arrastrando los pies. Se inclinó sobre ella. Olía a alcohol y a colonia.

—¿Judía o misántropa? —le preguntó con voz grave y quebradiza. Ella lo miró asqueada, pero no contestó. Se sostuvieron la mirada en silencio. Él cedió primero—. Ay, no seas así, cielo. No pretendía ofenderte. Yo soy las dos cosas, ¿sabes? El doble de divertido —añadió, y soltó una carcajada seca que terminó en tos. Sacó el pañuelo y se lo llevó a la boca. Algo semisólido se instaló en sus pliegues.

La camarera de Florence se aproximó y poniéndole una

mano en la zona lumbar le dijo:

—Bueno, vamos a dejar a esta agradable señorita disfrutar de su copa en paz, ¿le parece?

Lo devolvió con delicadeza a su sitio junto a la chimenea mientras el anciano mascullaba:

—De señorita nada. Esa no.

Florence apuró el whisky y fue al lavabo. Se miró al espejo. Había dos grifos: uno de agua fría y otro de agua caliente. Metió la mano bajo el chorro de agua caliente hasta que no pudo aguantarlo más. En la universidad, había descubierto que ese ritual en particular era el mejor remedio para la rabia y la desesperación. Luego volvió a su mesa, dejó un billete de veinte y emprendió el regreso al metro.

Vera pasó las Navidades con su mejor amiga, Gloria, y los dos hijos de esta. Se lo contó a Florence esa noche:

—Seguro que no les ha hecho mucha gracia que yo anduviera por allí todo el día, pero Gloria, claro, no me iba a dejar pasar el festivo sola. No te reprocho que no hayas venido a casa, ¿eh?, pero ya sabes que a Gloria no le gusta ver sufrir a nadie. ¡Y Grace, la mayor de sus hijas! ¡Increíble! Es la directora de la oficina entera de Gold Coast Realty en Tampa. ¡Que es una empresa de ámbito nacional! Y ENCIMA tiene cuatro hijos.

—Dudo mucho que Gold Coast Realty sea una empresa de ámbito nacional —replicó Florence—. Si se llama «Gold Coast»…

Vera exhaló con fuerza.

—Vale, ya veo que no te impresiona lo suficiente. Cuatro niños y un sueldo de seis cifras. Y aún ha sacado tiempo para comprarme un regalo de Navidad.

—Yo te he comprado un regalo de Navidad —la interrumpió Florence, a la defensiva.

Le había mandado a su madre la colección de relatos de Lydia Davis. Sabía que no se los leería, pero ansiaba que Vera cambiase. No le gustaba avergonzarse de ella.

—Claro, cielo, pero es que tú eres de la familia. De todas formas, ni te imaginas lo que me ha regalado.

—¿Qué?

—¡Un *zoodler*!

—No sé lo que es eso —dijo Florence sin entusiasmo.

—Claro que lo sabes. Para hacer *zoodles,* espaguetis de calabacín.

—Te prometo que ignoraba esas palabras.

Vera suspiró de nuevo.

—Bueno, cielo, te dejo volver a tu fabulosa vida neoyorquina.

Florence se frotó la cara con fuerza. No quería portarse así con su madre, pero le costaba controlarse.

—Perdóname, mamá. Seguro que es un regalo estupendo.

Su madre se apaciguó. No hizo falta mucho.

—Sí lo es, sí. La próxima vez que vengas a casa, te haré espaguetis de verduras. Saben como la pasta de verdad. Es increíble.

—Genial.

—¡Ah!, ¿y sabes a quién me encontré el otro día? A Trevor. ¡Qué majo es! Se acercó enseguida a saludarme en el centro comercial.

La contrición de Florence se esfumó.

—Pero, mamá, si tú lo detestabas.

Trevor era el novio de instituto de Florence con el que Vera la había instado persistentemente a que rompiera. Lo había aguantado más de dos años en parte por negarle a su madre esa satisfacción. Lo único que Trevor y ella tenían en común en realidad era la convicción profunda, aunque rara vez manifiesta, de que eran más listos que todos los demás. Como es lógico, ese vínculo había terminado siendo demasiado débil para sostener su relación cuando ambos se independizaron.

—Ay, calla, que yo nunca hice tal cosa —espetó Vera—. El caso es que es un ingeniero importante de Verizon y no paraba de preguntarme por ti. No se podía creer que estuvieras en Nueva York.

—Y sin embargo aquí estoy —contestó Florence con sequedad.

—Deberías llamarlo.

—¿Por qué?

—Estaría bien, solo eso.

Florence sabía que no era solo eso, pero lo dejó correr. No entrar al trapo sería su verdadero regalo de Navidad para Vera.

—Vale, mamá, igual lo hago. Te quiero. Feliz Navidad.

—Yo te quiero más, nena.

Las oficinas de Forrester estaban cerradas de Navidad a Año Nuevo y Florence había previsto invertir ese tiempo en su propia ficción, pero fue presa toda la semana del mismo problema que había tenido desde que se había mudado a Nueva York hacía casi dos años: no era capaz de escribir, ni una sola palabra.

Era la primera vez que perdía la inspiración. Después de la universidad, se había quedado en Gainesville, trabajando en una librería, para poder dedicarse de lleno a escribir. Cada minuto que no pasaba en la tienda, andaba tecleando febrilmente en el ordenador. A menudo escribía toda la noche, bebiendo a sorbitos una taza tras otra de *ramen* recalentado en el microondas. En la universidad, había descubierto a Robert Coover, a Donald Barthelme y a Julio Cortázar. La lectura de aquellos autores le hacía sentir que podía adentrarse en otros mundos en los que las limitaciones de la vida normal no eran tales, la relación causa-efecto no existía y lo único que tenía por delante era libertad. Le entusiasmaba la idea: una realidad donde ella imponía las normas.

En aquel período, terminó varios relatos extraños e inquietantes. Su favorito contaba la historia de una mujer que iba comiéndose a su marido poco a poco, a lo largo de los años, hasta devorarlo por completo. Cuando Vera lo leyó, se señaló lo que para ella era un terrible lapsus lógico: «¿No notaría el marido que su mujer se lo estaba comiendo y llamaría a Emergencias?».

Durante aquella temporada posuniversitaria, su madre la había instado prácticamente a diario a que buscara un trabajo de verdad. Después de casi dos años e innumerables cartas de rechazo de diversas revistas literarias, Florence le hizo caso. Envió su currículum a todas las editoriales donde había vacantes y aceptó la primera oferta que le llegó: asistente

editorial en Forrester Books.

Poco después, su productividad sufrió un parón repentino. Situaba el origen de su estado en una noche de su primera semana en Nueva York. Casi todos los empleados jóvenes de Forrester se juntaban los viernes para tomar una copa en el Red Lark, un bar próximo a la entrada del Holland Tunnel. Era un tugurio cuya barra mugrienta garantizaba a los financieros ricos de Tribeca que, a pesar de sus trajes de chaqueta, sus nutricionistas y las salas de juego de sus pisos de lujo en rascacielos, seguían siendo guais. Los júniores de la editorial iban ahí porque tenían jarras a cinco dólares de cinco a ocho de la tarde.

El primer viernes de Florence, un grupo que se dirigía al Red Lark se había reunido delante de los ascensores a las seis y Lucy y ella se habían adherido con disimulo. Aunque le fastidiara reconocerlo, la intimidaban tanto como a la otra. Sus nuevas compañeras eran profesionales muy leídas y seguras de sí mismas. Se sentían cómodas en eventos literarios con autores conocidísimos. Llevaban vestidos de tubo y joyas retro. Entre ellas, Florence se sentía una intrusa.

Amanda Lincoln se había autoproclamado líder del grupo. Se había criado en Nueva York, era hija de un columnista del *New York Times* y de una exitosa agente literaria que formaba parte del consejo de administración de la Biblioteca Pública de Nueva York. Después de Dalton, había ido a Yale y luego había hecho las prácticas en *The Paris Review*. En otras palabras: su pedigrí era inmaculado. Seguramente no había pisado un pueblucho como Port Orange en su vida.

Cuando el grupo se instaló en una mesa grande al fondo del local, Amanda alzó su copa y gritó: *«¡Prost!»*. Florence y Lucy se miraron indecisas, pero contestaron *«¡Prost!»,* por lo bajo, como el resto.

Emily, la asistente de Simon, una chica muy agradable del Medio Oeste del país, se había vuelto hacia las recién llegadas con la intención de integrarlas.

—¿De dónde sois, chicas?

—De Amherst —contestó Lucy con un hilo de voz.

—¿Estudiaste allí? —terció Amanda—. Es donde fue mi

hermano. ¿Stewart Lincoln?

Lucy asintió con la cabeza, pero no quedó claro a cuál de las preguntas y tampoco dio más explicaciones.

—¿Y tú? —le preguntó Emily a Florence.

—Fui a la Universidad de Florida, en Gainesville.

—Ah, guay —dijo Emily.

El resto cabeceó en señal de apoyo. Su reacción fue tan desproporcionadamente diplomática como si les hubiera dicho que tenía cáncer. La mayoría había ido a universidades de la Ivy League o sus equivalentes.

—¿Has estado en la casa de Hemingway en Cayo Hueso? —preguntó Fritz. Florence negó con la cabeza—. Es increíble. La habitan todos esos gatos de seis dedos descendientes de la mascota del escritor.

—Por Dios, no me digas que aún hay que fingir que Hemingway es relevante —espetó Amanda—. ¿En qué estamos?, ¿en clase de Literatura de secundaria?

Fritz puso los ojos en blanco.

—Madre mía, si lo único que he dicho es que tenía un gato de seis dedos.

Al cabo de un rato, mientras tomaban la segunda ronda, un hombre de mediana edad vestido con un *kurta* naranja empezó a pasearse por el bar vendiendo rosas rojas.

—No hay cosa más vulgar que una sola rosa roja —dijo Amanda al verlo—. Alguien debería decirle a ese pobre hombre que venda peonías si quiere sacarse algo.

Rieron todos menos Florence, que se quedó mirando a Amanda, muda de asombro. ¿A quién no le gustaban las rosas rojas? Y ya puestos, ¿a quién no le gustaba Hemingway? ¿Cómo podía aquella chica, que no era mayor que ella, sostener opiniones tan irrespetuosas con semejante arrogancia?

Y la cosa no terminó ahí. Durante el resto de la noche, Amanda fue soltando referencias culturales que para Florence, hasta que pudo buscarlas en Google, no eran más que series de sílabas desordenadas: Adorno, Pina Bausch, Koyaanisqatsi…

En Florida, Florence estaba acostumbrada a ser la persona más sofisticada de la sala, pero en aquel bar de mala muerte se sintió desplazada (estúpida, en realidad) por primera vez en su

vida. Había andado por ahí alegremente, creyendo que sabía más que los demás y, de pronto, había descubierto que no sabía nada. Si le hubieran preguntado esa mañana, habría dicho que las rosas rojas eran lo más elegante del mundo, y ni se le habría pasado por la cabeza despotricar de Hemingway.

Al día siguiente, contempló la página en blanco y sintió una emoción que le era desconocida: miedo. Si las rosas rojas eran vulgares, ¿en qué más estaba equivocada? ¿Qué otros errores vergonzantes podía cometer en cualquier cosa que escribiera? ¿Podía contemplar siquiera la idea de escribir una novela sin leer a Adorno primero?

Entonces había releído sus viejos relatos y los había encontrado pueriles y toscos. En el fondo, le estaba agradecida a Amanda Lincoln, esa zorra engreída, por hacerle ver lo poco que sabía antes de que se pusiera en ridículo.

De pronto, la conquista de la grandeza, más que un don divino, le parecía una opción entre muchas. Era muy posible que terminara siendo editora en vez de escritora. O que volviera a Florida, a vender casas o préstamos bancarios. Nada era seguro. Nadie le debía nada.

Su identidad se le escurría de encima como se escurre un abrigo del respaldo de una silla. La niña que había sido en Florida se le había quedado pequeña, pero ¿cómo hacía uno para convertirse en alguien nuevo? Se probaba estados de ánimo y personalidades como el que se prueba ropa: un día le interesaba la crueldad y al siguiente prefería ser objeto de adoración. Confió en el poder transformador de unas botas nuevas, un perfilador de ojos líquido y ¡hasta una boina! (¡qué espanto!), como si la identidad se pudiera absorber del exterior igual que se absorbe la nicotina de un parche.

Cuando se encontró con Simon Reed en la fiesta navideña de Forrester, ya llevaba dos años en Nueva York y aún no se había consolidado su verdadero yo. Era un barco sin lastre, azotado peligrosamente por las olas. Casi con toda seguridad había sido esa inconsistencia suya lo que le había atraído de ella. Era uno de esos hombres que no saben resistirse a las jovencitas movedizas, porque desde luego ella no era la única mujer de veintiséis años que andaba buscándose a tientas en la

oscuridad.

Debía de saber que acostarse con una joven asistente que trabajaba para él podía acabar con su carrera y con su familia. ¿Por qué lo había hecho? Florence no se hacía ilusiones de creerse irresistible; sospechaba más bien que él sufría una adicción patológica, no necesariamente al sexo, sino a contemplar su propio reflejo, poderoso, seguro, deseado, en los ojos temerosos de una joven. Además, era menos probable que una doña nadie armara un escándalo.

Y acertaba: Florence no lo había hecho.

# 7

Forrester volvió a abrir el 2 de enero. Unos días después, Agatha mandó a Florence a entregar una bolsa con unos libros que había editado recientemente a un autor al que pretendía conquistar. El autor vivía en la Ochenta y Siete, en la parte más oriental de la ciudad. Era un día inusualmente caluroso para enero y Florence agradeció la excusa para salir de la oficina. Después de entregar los libros, volvió sin prisa al trabajo. Puso rumbo sur y rodeó un parque precioso que bordeaba East River.

Se detuvo en la Ochenta y Cuatro, donde una multitud se agolpaba a la puerta de una gran mansión al otro lado de la calle. Eran todo mujeres, casi todas de piel oscura. Una de ellas llevaba un uniforme gris de doncella debajo de la parka, como si fuera un personaje de una obra de teatro. El puñado de mujeres blancas que había entre ellas charlaban unas con otras o miraban sus móviles.

Cuando se abrió la puerta de doble hoja de la mansión, brotó de su interior, a modo de hemorragia nasal, un chorro de niñas con falda plisada roja. Florence leyó la placa dorada montada sobre la puerta: «THE HARWICK SCHOOL». Las hijas de Simon iban a ese colegio; lo había leído en el reportaje que *Vanity Fair* le había hecho a su mujer. Estudió con mayor interés la multitud de madres que aguardaban a la puerta, pero no vio a Ingrid entre ellas. Se quedó a mirar, encaramada a un banco en la acera de enfrente.

A la mayoría de las niñas las metieron en unos autobuses que las esperaban, no de aquellos amarillos en los que había ido ella cuando estudiaba en Florida, sino de esos con asientos tapizados de terciopelo y baño en la parte de atrás. Según un fornido profesor que llevaba un silbato colgado del cuello, ni siquiera eran autobuses, sino «autocares».

—¡El autocar uno sale dentro de cinco minutos, chicas! —bramó—. ¡Venga, venga!

Hasta que los autocares se fueron, las niñeras y las madres se marcharon con sus criaturas y el colegio reabsorbió a los profesores, no se levantó y reanudó su excursión hasta el metro.

De vuelta en la oficina, Florence andaba picoteando su ensalada empapada por el exceso de aliño cuando Agatha la llamó.

—¡Florence!

Se plantó de inmediato en la puerta de su despacho.

—¿Sí?

—¿Seguro que esto lleva extra de garbanzos? —le preguntó su jefa, señalando con el tenedor el bol que Florence acababa de cogerle en el Sweetgreen de allí cerca.

—Pues… sí.

Lo cierto era que se le había olvidado pedir extra de garbanzos.

—Clara no está nada contenta —dijo Agatha—. Necesita sus garbanzos y va a obligar a su mamá a chutarse humus en cuanto llegue a casa.

Florence asintió con la cabeza y sonrió; luego, al ver que Agatha seguía esperando, preguntó:

—Perdona, pero ¿quién es Clara?

—¿No te lo he dicho aún? Josh y yo por fin nos hemos decidido por un nombre.

—¿Clara? Muy bonito.

Agatha sonrió.

—Creo recordar que así se llamaba la madre de Hitler —añadió Florence.

Agatha se quedó de piedra, con un trozo de lechuga temblando en el tenedor de plástico.

—¿Qué?

Florence intentó arreglarlo.

—Ah, bueno, me parece que ella lo escribía con K. Como era austriaca y eso… —Agatha seguía mirándola fijamente, muda de espanto—. ¿O el vuestro es con K? Porque así

también me gusta.

Agatha negó despacio con la cabeza.

—No…, es con C.

Florence guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Sí, los antojos del embarazo son muy raros. Mi madre me contó una vez que, estando embarazada de mí, le dio por el filete de pescado.

Agatha empezó a cabecear lentamente.

—Sí… —Aquel era un tema que le agradaba—. Sí, bueno, dicen que, si comes pescado, el bebé sale más listo, sobre todo si es salmón, siempre que controles los niveles de mercurio. Está claro que por eso se le antoja. La naturaleza es muy sabia.

—O lo que quiere es un McDonald's —dijo Florence con una carcajada.

—¿McDonald's?

—¿Por el McFish? ¿El filete de pescado de McDonald's?

—Ah, pensaba que te referías a los filetes de pescado en general. Jamás he estado en un McDonald's.

—Venga ya —dijo Florence—. No me lo creo. —Agatha meneó la cabeza, inocente—. Tienes que haber ido al McDonald's alguna vez. Todo el mundo ha ido a un McDonald's.

—Yo no. ¿Tú sabes cuántas hormonas tiene esa carne?

Florence habría jurado que todos los habitantes del país habían comido alguna vez en un McDonald's. ¿Cómo podía desdeñar tan alegremente algo que millones de personas hacían a diario sin haberlo probado siquiera y al mismo tiempo negarse a que le pusieran una epidural porque un puñado de niños africanos se fustigaban con varas?

Antes de la fiesta navideña de la empresa, a Florence no se le había pasado por la cabeza que pudiera estar en condiciones de juzgar a Agatha: era más joven, tenía menos experiencia, ganaba menos y no estaba casada ni tenía hijos. Carecía de casi todo lo que Agatha valoraba. Pero la forma despectiva en que Simon había dicho su nombre en el bar —Agatha *Hale*— había levantado un telón y puesto de manifiesto algo ridículo de ella. Aquella nueva perspectiva la confundía. Si no admiraba a Agatha, ¿qué hacía trabajando para ella? ¿La ayudaría a ser

escritora?

«Pobre de la tierra que necesite héroes», había dicho Amanda. Pero pobre, también, la tierra cuyo único héroe sea Agatha Hale.

Agatha se fue a las cinco de la tarde, pero Florence se quedó a terminar un informe sobre un manuscrito que le habían pasado hacía unos días. A las siete y media, cuando estaba enviando por correo electrónico sus comentarios, sonó el teléfono de su escritorio. Era Simon y había estado bebiendo, a juzgar por su efervescencia apenas contenida.

—¡Florence! ¡Estás ahí! ¿Qué haces trabajando a estas horas?

—Eeeh… ¿trabajando?

—¡Qué disparate! No deberías echarle tantas horas. Vente. Está claro que alguien tiene que hacerte entrar en razón.

—Que vaya…, ¿ahora?

—Hace cinco minutos. ¡Ayer! Ven todo lo rápido que te lleven esas piernas preciosas.

Florence apretó los labios para contener una sonrisa.

—Pensaba que me respetabas demasiado para ponerme en esa tesitura.

—No me pega haberte dicho eso. No, de hecho, no te tengo el más mínimo respeto. Me inspiras un desprecio total y absoluto. Estáis tú e Idi Amin, por ese orden. Deja que te demuestre el poco respeto que te tengo.

—¿Lo dices en serio? ¿Ahora mismo?

—Lo digo muy en serio. Nos vemos en el Bowery Hotel dentro de media hora. Reservaré la habitación a nombre de Maud Dixon, ¿qué te parece? Fácil de recordar.

Florence colgó y se llevó la mano a la cara, que le ardía. Agarró el abrigo y el bolso y salió corriendo de la oficina, medio esperando que alguien le preguntara si tenía planes para esa noche. Si le hubiera hablado a Lucy de su primer encuentro con Simon, habría disfrutado informándola del segundo, pero se lo había callado, consciente de que no iba a saber disimular la desaprobación y la pesadumbre que le inspiraba.

Tiró la casa por la ventana cogiendo un taxi y llegó al hotel

antes que Simon. Como le había prometido, había una habitación reservada a nombre de Dixon. Una vez en ella, se sentó en el sillón que había junto a la ventana y procuró fingir naturalidad. ¿Se desnudaba? No, eso era demasiado ridículo. Cruzó y descruzó las piernas. Lamentó no haberse puesto unas braguitas más monas.

Al cabo de una hora, él aún no había llegado.

Sacó la libreta que llevaba siempre en el bolso y empezó a escribir un relato corto sobre una joven que esperaba a su amante. Arrancó la página y la tiró a la papelera. A las diez, se metió en la cama. Se puso la alarma del móvil a las seis. Tendría que coger el tren de vuelta a casa para cambiarse antes de volver a la oficina.

Varias horas después la despertó el teléfono de la habitación.

—Florence, lo siento muchísimo —le susurró Simon al otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, susurrando también, aunque sin motivo.

—A mi suegro le ha dado un infarto. No tenía tu móvil.

—Pero ¿está bien?

—¿Quién, Bill? No. Ha muerto.

—Ah.

—Sí.

—¿Vas a venir? —quiso saber ella.

—No, tengo que quedarme aquí. Oye, esto ha sido una locura. Una verdadera locura. Lo siento muchísimo. No debería haberte metido en este lío.

—No pasa nada.

—Sí pasa, pero gracias de todas formas.

Colgaron y Florence se sintió como una imbécil. ¿Por qué le había preguntado si iba a ir? Había parecido desesperada. Como su madre.

Se tumbó bocarriba y miró al techo. Habría querido que Ingrid le diera un poco de pena, pero le costaba compadecerse de alguien por perder algo que ella nunca había tenido. Una pérdida no es lo mismo que una carencia. A fin de cuentas, a ella jamás la había compadecido nadie por haberse criado sin

padres. Al contrario, siempre se había sentido un poco marcada, como si no mereciera tener uno.

Lo único que sabía de su padre era su nombre de pila, que le había sonsacado a su madre un Día de Acción de Gracias después de que se bebiera tres cuartos de una botella de tinto *sirah*. Pensaba que sería algo señorial, del estilo de Jonathan o Robert. Pero no. Era Derek, que de señorial tenía lo que un bloque de pisos revestido de vinilo. ¿Qué hacía ahí esa K, tan solitaria y llamativa, sin una C delante? Bill era mucho mejor nombre para un padre.

Se incorporó y buscó a tientas el mando a distancia. Ya no iba a poder dormirse. Echando un vistazo a los títulos de alquiler, se topó con *Harbinger,* una peliculita independiente de hacía unos años que Ingrid había protagonizado. La cargó a la habitación y empezó a reproducirla. Cuando apareció Ingrid, detuvo la imagen en un primer plano de su cara donde exhibía una amplia sonrisa beatífica. Estudió a la mujer que tenía delante, en la pantalla. No, lo que Ingrid le inspiraba no era pena, sino algo muy distinto.

A la mañana siguiente, no se molestó en ir a casa a cambiarse. Fue a trabajar con la ropa del día anterior. Dudaba que alguien se diera cuenta.

En el metro, echó un vistazo a la cuenta de Instagram de Ingrid. Su última foto era un jarrón de narcisos iluminado por el sol, acompañada del texto: «Furiosa, furiosa con la extinción de la luz». Florence pensó que seguramente Bill no se había enfurecido tanto con la muerte (un infarto parecía algo fulminante), pero entendió el sentimiento. La publicación llevaba ya más de cuatrocientos comentarios y dos mil megustas. Le dio tímidamente al corazoncito; luego le entró el pánico y lo desmarcó.

Se le ocurrió una cosa. A lo mejor Ingrid iba a buscar a las niñas al colegio ese día. ¿Estarían demasiado afectadas para viajar en autobús…, autocar?

Cuando llegó Agatha, le dijo que tenía una cita médica por la tarde.

—Sin problema —le contestó ella, distraída.

A las tres menos diez, estaba a la puerta de The Harwick School, sentada en el mismo banco de la acera de enfrente donde se había instalado el día anterior, leyendo *The Driver's Seat,* de Muriel Spark. Cuando abrieron las puertas del colegio, sacó el móvil y buscó una foto de las hijas de Simon que había encontrado en internet. Se la habían hecho en un acto benéfico en favor de las protectoras caninas el verano anterior, en North Fork. En ella, la pequeña, Tabitha, abrazaba a un chihuahua escuálido y aterrado, mientras Chloe, la mayor, hacía con la mano el símbolo de la paz. A su espalda, Simon e Ingrid sonreían serenos y cogidos de la cintura. Fue ampliando las caras una a una.

Alzó la vista y exploró la multitud de alumnas que se amontonaban a la entrada. Una profesora joven intentaba meterlas en los autobuses, pero sus moderadas exhortaciones pasaban inadvertidas a la muchedumbre enardecida. Vio a Chloe entre un grupito de niñas congregadas en torno a un iPhone. Tendrían doce o trece años. Chloe gesticulaba mucho, como una actriz de teatro, pero era más regordeta de lo que cabría esperar de una hija de Ingrid. Usó la cámara de su móvil para verla más de cerca y entonces, aprovechando que lo tenía en la mano, le hizo una foto. La pilló en plena carcajada, con la boca abierta de manera grotesca. Le pareció un tanto inapropiado que estuviera tan contenta cuando su abuelo acababa de morir. Se preguntó qué diría Ingrid si la viera.

Pero Ingrid no apareció. Las niñas se metieron en el autocar uno y Florence esperó a que se alejara.

# 8

El resto del mes de enero trajo una serie de días soleados y templados, como para compensar el gélido mes de diciembre. Florence agradeció el respiro y lo tomó como un incentivo, porque ahora pasaba una o dos tardes a la semana en el banco de piedra de enfrente de The Harwick School. Si hubiera tenido que justificar aquellas excursiones a la parte alta de la ciudad, no habría podido articular un motivo; solo sabía que, por alguna razón, seguía volviendo allí. Los viernes, que salían a la una y media, se acercaba durante su descanso de la comida, pese a que tardaba casi una hora en llegar allí; otros días, inventaba compromisos con los que explicar sus ausencias del trabajo.

Allí sentada, casi se sentía parte de esa vida, una que era, en pocas palabras, mucho mejor que la suya en todos los sentidos posibles. Reparó en las manoletinas de doscientos dólares en unos pies que no paraban de crecer; en la forma en que se unían los profesores a los grupos de alumnas, bromeando con ellas… Florence jamás había bromeado con sus profesores, ni siquiera los había visto bromear entre ellos. A su profesora de séptimo le habían escupido, en todo el ojo, y ni siquiera había gritado al alumno agresor. Había salido del aula y no había vuelto en lo que quedaba de clase. Toda la zona de The Harwick School parecía aislada de cualquier fealdad o vulgaridad mundana. Florence siempre se marchaba sintiéndose saneada y vigorizada, como si hubiera respirado oxígeno puro.

Pero lo cierto, si hubiera sido capaz de admitirlo, era que iba allí a ver a Ingrid, que había reemplazado por completo a su marido como objeto de fascinación para Florence. Las ballenas del cuello de la camisa de Simon ya no le inspiraban nada. Era un hombre corriente con flaquezas corrientes. Ingrid,

en cambio, era una verdadera artista: enarcaba una ceja o derramaba una lágrima y alguien a miles de kilómetros de distancia, incluso años después, SENTÍA algo. Ingrid conseguía alterar la química interna de otros. ¡Qué facultad, la de imponer una nueva realidad a un perfecto desconocido! Esclavizar a alguien. Eso era lo que Florence pretendía conseguir con su escritura.

Había pasado las últimas semanas viendo películas de Ingrid Thorne con la cuenta de Netflix de su compañera de piso y escudriñando fotos en internet. Ansiaba verla en persona, para convencerse de que aquella mujer era de verdad, de carne y hueso como ella, porque había una sólida conexión entre Ingrid y ella; a fin de cuentas, Simon las había elegido a las dos.

A principios de febrero, su perseverancia dio frutos.

En lugar de subirse a uno de los autocares estacionados a la puerta del colegio, Chloe y Tabitha corrieron eufóricas a los brazos abiertos de su madre. Florence inspiró hondo. Ingrid vestía un pantalón negro estrecho y una blusa blanca de pliegues enrevesados. Se había cortado el pelo hacía poco y seguro que el corte era carísimo. Tenía más arrugas en la cara de las que mostraba en pantalla.

Se dirigieron las tres hacia el oeste, con Ingrid en el centro. Tabitha iba cogida de la mano de su madre y la mecía con intenso júbilo. Florence la siguió a una manzana de distancia, por la otra acera. Cuando Ingrid y las niñas cogieron el autobús M86 en York, Florence tuvo que esprintar para pillar el mismo. Subió jadeando. Algunos viajeros se volvieron a mirarla, pero Ingrid no. La familia se apeó en Lexington y se metió en la consulta de un médico de la calle Ochenta y Siete. Florence se vio obligada a esperar un minuto entero antes de seguirlas adentro.

—¿En qué puedo ayudarla?

Una mujer de cuarenta y algo y pelo teñido de rubio le sonrió expectante desde el otro lado del mostrador de recepción. Florence miró de reojo los folletos que tenía delante. Estaba en un ortodoncista.

—Eeeh…, tengo una cita con el doctor Carlston… —dijo,

porque así se llamaba su dentista de la adolescencia.

—Lo siento, pero aquí no trabaja nadie con ese nombre.

—Ah. Pues… ¿Le importa que me siente un segundo a mirar el correo? Tengo sus datos en algún lado.

La recepcionista sonrió y asintió con la cabeza.

Florence se sentó enfrente de Ingrid y las niñas. Habían callado un momento mientras ella hablaba con la recepcionista, pero Tabitha empezó a parlotear otra vez.

Mientras trasteaba con el móvil, la oyó contarle a su madre un tostón sobre la clase de gimnasia.

Entonces a Ingrid le sonó el teléfono y dijo:

—Perdona un segundo, bichito, que tengo que contestar.

Deslizó el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Hola, David. —Florence oyó el soniquete metálico de una voz masculina a través del teléfono, hasta que Ingrid lo interrumpió—. ¡Qué disparate! No pienso hacer eso… No… No… Pues buscamos a otra, entonces… ¿Esa fue la que hizo aquel programa de delincuentes…? Sí, buena idea. Muy bien, llámame luego. —Colgó y suspiró. Miró un segundo a Florence y puso los ojos en blanco—. Disculpa.

—Tranquila —contestó ella, y añadió—: Tienes una familia preciosa.

—Gracias —respondió Ingrid con una sonrisa de satisfacción que dedicó después a las niñas, primero a una y luego a la otra.

Al ver la dentadura perfecta y blanquísima de Ingrid, Florence apretó los labios, de pronto avergonzada de sus dientes torcidos. Nunca había ido a un ortodoncista. A regañadientes, se levantó del sofá y renunció al calorcito de la sala de espera.

Fuera se había hecho de noche y había empezado a lloviznar. Se vio tentada de esperar a que saliera la familia de Simon para poder seguirlas a casa, pero no quería que Ingrid pensara que la estaba acosando. Además, tenía que volver al trabajo. Cuando le había dicho a Agatha que iban a empastarle una muela (ya le había dicho que tenía revisión odontológica la semana anterior), Agatha no se lo había tomado con tanta serenidad como las otras veces. Tenía una tendencia a lanzar

indirectas que Florence no entendía: ya estaba en una posición de poder; ¿por qué no la usaba para pedirle lo que fuera? En su lugar, antes de comer, le había soltado de mala manera un manuscrito en la mesa y le había pedido su opinión para la mañana siguiente como muy tarde, añadiendo con retintín «si consigues hacer hueco».

Con aquel teatro se proponía sin duda provocar el arrepentimiento de Florence, o al menos un pequeño escalofrío de angustia, pero ella no había experimentado ninguno de los dos. Más bien la asfixiaban las expectativas completamente ordinarias de Agatha: mándale un correo a Mengano, llama a Zutano, como si Florence fuera la chica de los recados. Le daban ganas de coger esas expectativas y retorcerlas como un meñique hasta partirlas.

Ese no era el trabajo, ni la vida, que buscaba, justo lo que Vera llevaba años diciéndole. Pensaba que Vera se tranquilizaría después de que consiguiera su puesto en Forrester, pero su pregunta había sido (con especial énfasis en la sibilancia): «¿ASISTENTE? ¿Una especie de secretaria?». Ella había intentado explicarle que la cosa iba así, que, en su gremio, todo el mundo había empezado siendo asistente editorial, pero de poco sirvió cuando su madre se enteró de que iba a ganar menos que ella misma.

Y la tensión entre madre e hija había ido creciendo con cada conversación. Florence se sentía artífice de una estafa piramidal: Vera le exigía un rendimiento inmediato de su inversión y ella le iba pagando en cómodos plazos de afecto y disculpas, ganando tiempo hasta reunir el capital adeudado.

Pero a lo mejor había heredado una dosis de la impaciencia materna mayor de lo que creía.

# 9

Unas semanas después, Florence acababa de meterse en el ascensor de la oficina cuando Simon retuvo de pronto las puertas antes de que se cerraran del todo. Vaciló un segundo al verla, como si en el fondo hubiera preferido no pillarlo a tiempo, y luego Florence entendió por qué. Iba con Ingrid. Se recuperó y dijo:

—Hola, Florence. ¿Todo bien?

—Perfecto, gracias —contestó ella.

Ingrid se quedó allí plantada con la sonrisa expectante de una mujer que espera a que la presenten.

—Perdona —dijo Simon—, ¿conoces a mi mujer? Florence, Ingrid Thorne. Ingrid, esta es Florence Darrow, una de nuestras asistentes editoriales más prometedoras.

—Encantada —la saludó Ingrid con un apretón de mano muy firme. No parecía recordarla de la consulta del ortodoncista—. Tengo una blusa igual que esa.

—Ah, ¿sí? —espetó Florence, ruborizándose. Se la había comprado justo después de vérsela a Ingrid.

Simon carraspeó y, en respuesta a una pregunta no formulada, añadió:

—Sí, bueno, Ingrid ha venido a ver a una amiga tuya: Amanda Lincoln.

—¿Amanda?

—Le pasé una copia del manuscrito de Amanda y cree que podría interesarle llevarlo al cine. Para hacer sus pinitos como productora.

—¿El manuscrito de Amanda?

—¿No te has enterado? Forrester acaba de comprar la primera novela de Amanda.

—¿Amanda ha vendido una novela?

Florence sintió la llamada irresistible de su lado oscuro.

—Es una sátira brillantísima de las costumbres del Upper East Side —terció Ingrid. Pronunció «costumbres» de una forma peculiar y Florence la anotó mentalmente para reproducirla después—. Es superdivertida.

Cariñoso, Simon le pasó el brazo por la cintura a su mujer y, de repente, lo retiró. Sonó el ding, dong del ascensor que indicaba que habían llegado a la planta de Florence. Se acercó a la puerta y esperó impaciente a que la liberara.

—Buena suerte —dijo, educada, al salir.

—¡Gracias! —contestó Ingrid con entusiasmo al tiempo que Simon soltaba un «¡Sigue haciéndolo tan bien!».

Florence se coló directamente en el baño de minusválidos y echó el pestillo. Abrió el agua caliente, esperó a que saliera hirviendo y metió las manos debajo del chorro hasta que se le pusieron de un rojo vivo. ¿La novela de Amanda? ¿Qué puta novela? Se miró al espejo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No! —reprendió a su reflejo. Se llevó a los ojos las manos calientes. Cuando las retiró, las lágrimas habían desaparecido y logró esbozar una sonrisa—. Mejor —dijo.

De camino a su mesa, se desvió para hablar con Lucy, encorvada delante de su ordenador, viendo fotos de perros disponibles para adopción en petfinder.com.

—Hazlo y ya está —la instó Florence, a su espalda.

Lucy dio un respingo y se llevó la mano al corazón.

—¡Dios, qué susto me has dado!

—En serio, ¿por qué no adoptas uno?

Lucy la miró como si acabara de pedirle que pateara a un huérfano al primer bote.

—Ay, no, no podría. Trabajo demasiado. No sería justo.

Florence meneó la cabeza. No entendía a la gente que se negaba las cosas que quería. Su problema era que las que quería ella nunca estaban a su alcance.

—¿Tú sabías lo de la novela de Amanda?

Lucy cabeceó afirmativamente.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Pensé que te disgustarías.

Aunque Lucy no tenía ningún interés en ser escritora, sabía que Florence sí.

—¡Que me disgustaría! —exclamó Florence más alto de lo que pretendía—. ¿Y por qué iba a disgustarme? «Esa» no es la clase de novela que quiero escribir, te lo aseguro. —Y eso que apenas sabía de qué iba.

—No, claro que no. Me da que es supercursi.

—¿Sí? —preguntó Florence nerviosa—. ¿La has leído?

—No, pero Sam sí.

—¿Sam el Imbécil o Sam el Pelirrojo?

—Sam el Pelirrojo.

Florence fue corriendo a buscar a Sam, que prometió mandarle el manuscrito por correo electrónico.

—No está nada mal, la verdad —le dijo.

—Eso he oído —respondió ella muy seria.

Florence pasó el día leyendo el manuscrito en el ordenador. Cuando terminó, eran las diez de la noche. Apagó la máquina, pero no hizo ademán de recoger.

Sam tenía razón: no estaba tan mal. Peor aún: era buena.

Se frotó los ojos hasta que vio estrellitas. No era justo, no señor. Amanda ya lo tenía todo. ¿Y ahora le iban a publicar una novela, lo único que ella quería más que nada? ¿Y encima iba a trabajar con Ingrid Thorne? Se las imaginaba disfrutando de agradables comidas de trabajo juntas, hablando de arte y de inspiración, hablando del puto Brecht. ¿Y Florence qué tenía? ¿Un cuartito en una porquería de apartamento en Astoria? ¿Una mentora que prefería hablar de su doula a charlar sobre el teatro alemán? ¿Un polvo de una noche con Simon Reed, del que él seguramente se arrepentía?

Aquel último pensamiento se le encalló en la cabeza: «Del que él seguramente se arrepentía». Asomó a su rostro una sonrisa. Echó un vistazo a la oficina vacía y rio a carcajadas. ¿Cómo no se le había ocurrido?

Claro que Simon se arrepentía. Pero lo había hecho. Él lo sabía y ella también. ¿Cómo no había caído antes en el potencial de aquel dato? ¿Por qué le había dejado pensar que era desechable? ¿Por qué se había sentido desechable? El pobre Simon había perdido las riendas de la situación desde el instante en que le había puesto la mano en el muslo en aquel

tugurio.

Si podía publicarle a Amanda su novela, también podía publicar la de Florence. Lo OBLIGARÍA a hacerlo. Reuniría todos los relatos cortos que había escrito y tendría su manuscrito. Que te publicaran por chantaje no era lo ideal, pero nada en esta vida es perfecto. Uno no se deshace de un décimo de lotería solo porque se le haya ensuciado un poco en la cartera.

Volvió corriendo a casa. Estuvo despierta hasta las tres de la madrugada, haciendo pequeñas correcciones en los relatos que había escrito en Gainesville. Al leerlos por primera vez desde que Amanda la había hecho sentirse ignorante, aún les veía los defectos, pero ahora apreciaba también algo que había pasado por alto antes: el gozo absoluto que le había producido escribirlos. Aquellas horas que se le habían hecho segundos.

Al principio había querido ser escritora para que todo el mundo supiera que Florence Darrow era un genio, pero durante sus años en Gainsville, lo que le había encantado había sido el subidón de dejar de ser Florence Darrow. Durante breves períodos, delante del ordenador, había olvidado ese yo y se había convertido en quien había querido.

Era un pensamiento alucinante: si conseguía hacerlo bien, vivir la vida de otro, la suya por fin merecería la pena.

Al día siguiente hacía frío y sol. A las nueve y media, sabiendo que Simon estaría en su despacho pero aún no habría empezado sus reuniones matinales, Florence cogió el ascensor a la planta superior. A su asistente, Emily, no le hizo gracia que quisiera verlo. Era agradable (había sido ella la que había intentado incluir a Florence y a Lucy en la conversación aquella primera noche en el Red Lark), pero, como muchas asistentes, había vinculado su valía al prestigio de su jefe. Aun así, tuvo la amabilidad de asomarse al despacho de él y, cuando reapareció, le dijo a Florence que podía pasar.

—Bueno, Florence, ¿a qué debo el placer? —preguntó él, tendiéndole las manos como un mago que quiere probar que no esconde nada.

Florence le habló de sus relatos cortos y le entregó las

páginas que había imprimido esa mañana.

—Como parece que estás aceptando propuestas del personal…

Simon las cogió con cuidado y les dio unas palmaditas suaves, aliviado, al parecer, de que aquel fuera el motivo de su visita.

—Espléndido —dijo—. A ver si los leo este fin de semana. Me muero de ganas.

Florence se quedó plantada delante de su escritorio un segundo, sin saber bien qué hacer. Se sonrieron en silencio.

—Muy bien… —sentenció al fin, y se fue.

Esa noche Florence no pegó ojo. ¡Le iban a publicar sus relatos!

Pasó el fin de semana asaltada por ensoñaciones de sí misma en un bonito apartamento con ventanas abatibles, alfombras antiguas y jarrones en forma de calabaza. Estaba en una fiesta y todos querían hablar con ella. Iba de negro, sus mejillas sonrosadas a la luz de las velas. De fondo, sonaba jazz. Era invierno. Le encantaba el invierno, lo más distinto a Florida que podía encontrar. Le gustaba salir a la calle con tres o cuatro capas entre la piel y el aire gélido y ver cómo su aliento formaba vaho delante de su cara. «La manifestación de tu alma», solía decir el pastor Doug, de la parroquia de su madre, pese a que la temperatura de Port Orange rara vez bajaba de diez grados.

El lunes volvió al despacho de Simon y Emily le dijo que estaba reunido. Regresó a su mesa, pero no podía concentrarse. Por fin, a las cinco de la tarde, le llegó un correo electrónico de él. Le echó un vistazo rápido.

> Veo buen material.
> Tienes talento, pero a tu escritura le falta el respaldo de una mayor experiencia vital.
> Busca TU historia.

Florence lo releyó, convencida de que se había saltado algo. Pero no había más. Le había dicho que no.

# 10

Florence estaba sentada en el alféizar de la ventana de su cuarto, con los pies descalzos colgando por fuera. Eran más de las dos de la madrugada y las calles estaban tranquilas, salvo por una línea intermitente de coches que cruzaba la avenida Treinta y Uno. Golpeteando con los talones los ásperos ladrillos de la fachada, revisaba las fotos de su móvil. Había decenas de Chloe y Tabitha vestidas de uniforme y un puñado de Ingrid, del día en que había recogido ella a las niñas. Amplió su rostro. Sus patas de gallo eran arrugas de expresión, observó.

¿Qué fallo algorítmico le había permitido reemplazar a Ingrid Thorne, aunque solo fuera una noche? ¿Qué podía ofrecer Florence Darrow que Ingrid no tuviera? Era débil, carecía de talento y resultaba patética. Era su polo opuesto.

Bueno, igual se trataba de eso. A lo mejor Simon buscaba un cambio. Había preferido gachas en vez de entrecot, por una noche, porque le dolía la mandíbula.

«¡Qué glotón!», se dijo.

Se imaginaba la vida de Simon, durmiendo en sábanas planchadas, coleccionando primeras ediciones, repartiendo aguinaldos a los porteros en Navidad, follándose a Ingrid, follándose a Florence, follándose a quien le saliera de los cojones. La vida de Simon era lo que Simon quería, tan cómoda, tan organizadita, tan segura. Ni se le había ocurrido que aquella noche, o la propia Florence, pudieran cambiarle la vida un ápice. Y no lo habían hecho: seguía despertándose entre sábanas planchadas, al lado de su preciosa mujercita. Tan… protegido. Inmaculado.

Bebió un sorbo del *bourbon* que tenía al lado, en precario equilibrio. Al tragárselo, notó cómo le iba calentando las entrañas órgano a órgano, como el que recorre una casa antigua, encendiendo luces.

«Si pudiera mancillarlo un poquito…», se dijo. Nada drástico: un arañazo en el cristal de las gafas, un molesto recordatorio que ya no le permitiera creerse intocable, impoluto y a salvo. Un recordatorio que lo obligara a agradecer lo que tiene.

Y sin pensárselo más, le mandó por correo electrónico todas las fotos de su familia. Sonrió al teclear el asunto: «Veo buen material».

# 11

A la mañana siguiente, Florence despertó con la sensación de que la persona que había sido hasta la noche anterior se había desprendido de su ser, sin más, como se desprende una uña del pie muerta ante la presión de la nueva que crece debajo. En su lugar, había algo ajeno y desnudo, algo que llevaba meses gestándose sin que se diera cuenta, hasta que le había resultado imposible contenerlo.

Se sentía pletórica de energía y de esperanza, pero no se engañaba. Sabía que Simon no iba a cambiar de opinión fácilmente respecto a la publicación de sus relatos. Quizá optara por reenviar su correo a RR. HH. Pero, de momento, le bastaba con imaginar la cara que pondría cuando lo leyera.

En cuanto entró en la oficina, supo qué había decidido Simon. Una lucecilla intermitente en el teléfono le indicaba que tenía un nuevo mensaje de voz. Era del jefe de RR. HH., pidiéndole que fuera a verlo a su despacho de inmediato. Tres días más tarde, un mensajero se plantó en su apartamento a las siete de la mañana para llevarle los documentos. No solo la habían despedido, sino que Simon e Ingrid habían pedido una orden de alejamiento contra ella.

Tendría que haberse sentido avergonzada, o aterrada (apenas tenía ahorros y no contemplaba otras perspectivas laborales), pero no sintió más que alivio y regocijo. En un arranque de temeridad, había abierto de una patada la escotilla de emergencia de la vida que llevaba y, ahora que estaba fuera, veía lo pequeña que se había vuelto.

En la universidad, había leído *El inmoralista* y había sentido una súbita empatía con el desdén de Michel por la «felicidad del hogar», comodidad en vez de gloria. Pero era justo hacia una vida pequeña y tranquila adonde iba encaminada. La vida de Agatha, en esencia. Quería muchísimo más que eso. Con

una medida desproporcionada, había recobrado la convicción de que esa vida estaba ahí fuera, esperándola. No tenía más que atraparla.

Envió sus relatos recién revisados a decenas de agencias literarias. Estaba segura de que, con un agente a su lado, las editoriales terminarían viendo su talento. Había recuperado la fe en su propio potencial. ¿Qué clase de Dios cruel le iba a otorgar el impulso hondo e inquebrantable de convertirse en escritora sin concederle también el don de la escritura?

Fue a ver a un abogado para averiguar si podía presentar una demanda por acoso sexual, pero este le dijo que dudaba que ningún jurado fuera a empatizar con ella.

—Probablemente no —coincidió, soltando una risita que lo incomodó visiblemente.

Le quedaban mil cien dólares en la cuenta y tenía que pagar ochocientos de alquiler a final de mes. Aun así, no le preocupaba.

Desde los dieciséis años, era la primera vez que estaba en paro. Y la primera vez en su vida que se sentía libre del escrutinio de su madre, a la que aún no había contado que la habían despedido.

Estaba tan feliz que no daba crédito. Se sentía, por una vez, en sintonía con el universo. El universo, pensaba, cuidaría de ella. Intervendría el destino.

Y así fue.

Dos semanas después de que la despidieran, se encontró en el buzón de voz un mensaje de Greta Frost, de Frost/Bollen, una de las mejores agencias del gremio, pidiéndole que la llamara.

Antes de marcar, inspiró hondo varias veces para eliminar de su voz cualquier indicio de desesperación. Greta le contestó en un tono ronco y seco que Florence procuró igualar cuando se presentó.

—Gracias por devolverme la llamada —dijo Greta—. Quería hablar contigo porque uno de nuestros autores busca asistente y alguien me ha sugerido tu nombre.

—¿No es por mis relatos? —preguntó Florence, confundida.

—¿Eeeh…?

—¿Los relatos que les he enviado…?

—Ah, sí, muy convincentes; esa es una de las razones por las que hemos pensado en ti para este papel.

—¿Qué papel?

—Antes de contarte más, tengo que advertirte que lo que te voy a decir es confidencial.

—Muy bien.

—¿Te suena el nombre de Maud Dixon?

—¿Me toma el pelo?

—No.

—¿Me está preguntando si quiero ser la asistente de Maud Dixon?

—Te estoy preguntando si te gustaría ser UNA DE LAS CANDIDATAS a asistente de Maud Dixon.

—Por supuesto.

—Maravilloso —contestó Greta en un tono que revelaba que nada le había parecido maravilloso en su vida—. Lo primero de todo debo hacerte varias advertencias: debido a lo inusual de las circunstancias, y me refiero, claro, al anonimato de la autora, el puesto conlleva varios requisitos especiales. Si consiguieras el trabajo, tendrías que firmar un acuerdo de confidencialidad. No solo se te prohibirá revelar el verdadero nombre de Maud Dixon, sino también que has trabajado para ella.

—Vale.

Greta hizo una pausa antes de continuar.

—Quiero asegurarme de que sabes lo que eso significa, Florence. Habrá un vacío permanente en tu currículum que, por contrato, te estará prohibido justificar.

Florence guardó silencio. Precisamente lo bueno de asistir a un autor era poder servirse de sus contactos para conseguir futuros empleos o, con suerte, que te publicaran. Sin eso, era preferible trabajar de camarera, donde al menos te daban propinas. Pero iba a hacer falta algo más que un contrato de confidencialidad para que ella rechazara aquella oportunidad de aprender de una novelista superventas y, algo quizá aún más importante, entablar una buena relación con su poderosísima agente.

—Ningún problema —contestó.

—Muy bien. Bueno, eso me lleva a la segunda cuestión: la autora no vive en Manhattan. Ahora mismo no puedo revelarte su domicilio, pero ella se ha ofrecido a proporcionar alojamiento al candidato elegido.

—Estupendo.

—¿Estupendo?

—Sí. Estupendo.

Florence sabía, lo sabía y punto, que los hados habían intercedido y le habían mandado aquel trabajo, que era el siguiente paso para coronarse de grandeza. Aunque uno de los requisitos del puesto hubiera sido la mutilación física, le habría interesado igual.

—De acuerdo, entonces. Te digo adónde puedes enviar tu currículum. ¿Tienes un bolígrafo a mano?

Esa misma noche, Florence le envió su currículum y una carta de presentación a la asistente de Greta, que se puso en contacto con ella al día siguiente para programar una videollamada con Maud Dixon.

# 12

—¿Hola? ¿Me oyes bien?

—Te oigo —contestó Florence—, pero no te veo.

Su cara aparecía bien visible en una ventanita de la parte inferior de la pantalla, pero el espacio donde tendría que haber aparecido el rostro de Maud estaba vacío.

—Bueno, en eso consiste el anonimato, ¿no? —contestó la voz del otro lado.

—Ah. —Florence se ruborizó—. Ya.

—¿Qué es esa luz que tienes a tu espalda? Casi no te veo la cara. —Florence se volvió a mirar. Tenía encendida la lámpara del escritorio. La apagó—. Mejor así —dijo Maud—. ¡Qué pelo tan bonito!

Florence se llevó la mano a la cabeza como para asegurarse de que aún tenía la misma mata de rizos.

—Ay, gracias.

—Bueno, háblame un poco de ti.

Florence le soltó un rollo sobre sus orígenes, los autores a los que había estudiado en la universidad, cómo había terminado en Nueva York…

—Pero ¿ya no trabajas en Forrester? —preguntó Maud.

—No. Decidí que había aprendido todo lo que podía aprender allí.

—Vale, ¿qué más?

—Eeeh…, también soy escritora. O, mejor dicho, quiero serlo.

—Eso está muy bien, pero yo no necesito una escritora. Necesito una asistente. ¿Sabes mecanografía? ¿Estás dispuesta a hacer recados tediosos? ¿Se te da bien investigar?

—Por supuesto. Sí. A todo.

—Vale. ¿Qué más debería saber de ti?

Florence se esforzó por encontrar algo que la hiciera

destacar.

—Pues… Me crio una madre soltera, como a ti. —Florence reparó en su error—. Bueno, como al personaje de tu libro, perdona. Como a Maud en tu novela.

—Muy bien. ¿Qué más?

—No sé. Me encanta tu libro. Me encanta tu estilo. Sería un verdadero honor aprender de ti. Y ayudarte en todo lo que pueda, por supuesto.

Se hizo un silencio.

—¿Y no te importaría mudarte a la periferia?

—En absoluto. Si te digo la verdad, estoy un poco harta de Nueva York.

—¿Sabes que una vez oí comentar a un psicólogo que cuando un paciente usaba la expresión «si te digo la verdad» era indicio de que mentía?

Florence soltó una carcajada incómoda.

—No miento.

—No, claro que no. Aunque, ahora que lo pienso, una mentirosa sería perfecta para este puesto, teniendo en cuenta que no podrá decirle a nadie para quién trabaja.

Florence no sabía a qué jugaba Maud, pero sí que no la seguía.

—Te aseguro que sé guardar un secreto —dijo.

—Bueno, me has dado mucho que pensar. Ya te llamará Greta.

¿Eso era todo?

—Muchísimas gracias por esta oportunidad —respondió, pero Maud ya se había desconectado.

Florence cerró el portátil y se agarró la cabeza con ambas manos.

A las once de la mañana siguiente, aún estaba en la cama cuando sonó el teléfono. Era Greta, que la llamaba para decirle que el trabajo era suyo si lo quería.

—¿En serio? —preguntó sin poder contenerse.

—Sí. ¿Por qué no lo iba a decir en serio?

—No, claro. Muchísimas gracias. Acepto.

—¿No te lo quieres pensar?

—No, gracias.

—Estupendo. Maud ha propuesto que empieces el 18 de marzo, ¿te viene bien? Sé que es muy pronto.

Florence abrió el calendario de su portátil.

—Un momento…, ¿el lunes que viene?

—Ya irás viendo tú misma que la paciencia no es su punto fuerte.

Cerró el ordenador.

—No pasa nada. Puedo empezar el 18.

Quedaron un día de esa semana para la firma del contrato.

Después de colgar, Florence echó un vistazo a su cuarto, asombrada. ¿De verdad acababa de pasar?

Recordó algo de *Foxtrot de Misisipi* que Maud le decía a Ruby después del asesinato: «Todos nacemos con distintas cantidades de vida en nuestro interior y es fácil saber cuando a alguien se le ha agotado la suya. A ese tipo ya no le quedaba. Habría muerto igual, aunque no lo hubiera matado yo».

Florence se preguntó si eso había sido lo que Maud Dixon había visto en ella: VIDA. La voluntad de VIVIR DE VERDAD, a cualquier precio. Eso, en última instancia, era lo que su etapa en Forrester le había dejado: un miedo intenso a la irrelevancia, y la constancia de que uno puede verse atrapado en una vida endeble y absurda sin darse cuenta siquiera.

En aquel preciso instante, le entró en el móvil un mensaje de su madre: «Hoy le he dado tu teléfono a Keith. ¡¡Tiene una idea estupenda para un libro!!». Al poco sonó de nuevo: *«Cachadragones».* Florence miró la pantalla extrañada. Entró un tercer mensaje: «¡¡Cazadragones, no *cachadragones!!»*. Apagó el móvil.

# Segunda parte

# 13

Plantada en el andén de la estación de Hudson, Florence vio alejarse su tren con mayor fuerza y violencia de lo que lo había creído capaz, dejando a su paso una estela de hojas y envoltorios de comida que después se asentaron con un suspiro. Enterró la barbilla en la bufanda. Allí hacía más frío que en la ciudad.

Al protegerse con la mano del intenso sol de principios de primavera, pudo ver un montón de nubarrones formándose a lo lejos. Lluvia. Se colgó del hombro la bolsa de deporte y se tambaleó un poco por el peso. Llevaba en ella todo lo que tenía, menos los muebles. Había intentado vender el colchón y el escritorio por internet, pero solo había conseguido quitárselos de encima después de bajar el precio a cero.

Se incorporó a la riada de pasajeros que se dirigían al aparcamiento, donde había quedado con Helen.

Helen. Ese era el verdadero nombre de Maud Dixon: Helen Wilcox. Al final no era hombre, sino mujer. Una mujer sin historial de publicaciones, que Florence hubiera podido encontrar, ni presencia en las redes, ni rastro de existencia alguna. Salvo que fuera un prodigio de la gimnasia residente en La Jolla, California.

La semana anterior, Florence había conocido a Greta Frost en las oficinas de Frost/Bollen, en un resplandeciente rascacielos del centro de Manhattan. Greta era una mujer imponente de sesenta y muchos con melenita platino, gafas de pasta e impecable postura, que había observado a Florence en silencio mientras esta firmaba el formulario de alta laboral, el contrato y el acuerdo de confidencialidad.

—¿Cuántas personas saben quién es Maud Dixon? —preguntó Florence cuando Greta se levantó para indicar que su reunión había terminado.

—Una —contestó Greta, señalándose el pecho con un dedo nudoso— y dos —añadió, volviendo el dedo hacia Florence, que se quedó pasmada.

—¿Usted es la única persona que lo ha sabido todo este tiempo?

—Que me conste, sí.

—¿Cómo es posible?

Greta sonrió con frialdad.

—Se me da muy bien guardar secretos.

—¿Y su editora?

—Se comunican sobre todo por correo electrónico. Deborah la llama Maud. —Greta hizo una pausa—. A decir verdad, reconozco que no alcanzo a comprender por qué ha decidido contártelo a ti, una absoluta desconocida. Intenté disuadirla. Me parece un plan terriblemente disparatado.

Florence no supo bien cómo reaccionar.

—No se lo voy a decir a nadie.

—Eso espero. Acabas de firmar un documento que te prohíbe expresamente hacerlo.

—Ya.

A pesar de la frialdad de Greta, ese día, Florence salió de las oficinas de Frost/Bollen henchida de emoción. Siempre había sido muy reservada (la exuberancia de su madre la había preparado desde muy pequeña para crear cuartos oscuros en su interior en los que ocultarse y escapar de su escrutinio), pero nunca la habían hecho partícipe de ningún secreto. Le producía una embriagadora sensación de poder con la que no estaba familiarizada. Todos los secretos son, por naturaleza, potencialmente dañinos. Simon podía dar fe de eso.

Exploró el aparcamiento. El sol estaba a su espalda y su resplandor se reflejaba en el campo de cromado, que irradiaba un millar de destellos cegadores. Todos los coches parecían oscuros y vacíos. Más allá del aparcamiento había naves industriales y edificios abandonados, en lugar de la pintoresca población que ella esperaba.

Al poco se abrió de pronto la puerta del conductor de un maltrecho Range Rover verde y asomó por ella una mujer que dejó un pie dentro. Tenía el pelo rubio y corto y una nariz

larga y huesuda con una llamativa protuberancia en el puente. Era una nariz que a nadie le habría parecido «mona», ni siquiera en un bebé. Sobre ella se encaramaban dos arrugas en el entrecejo, a modo de comillas. Llevaba un recio suéter de lana con unos vaqueros y los labios inesperadamente pintados de un rojo intenso.

Helen se hizo sombra con una mano; con la otra, saludó a Florence, que le devolvió el saludo y se acercó al coche.

—Hola, Florence —dijo Helen, tendiéndole una mano larga y fría.

Florence sonrió.

—Encantada de conocerte.

—Ídem. Sube. —Helen se giró al volante y la observó mientras cerraba la puerta del copiloto y se abrochaba el cinturón. Florence sonrió nerviosa—. ¿Cuántos años tienes? —le preguntó por fin.

—Veintiséis.

—Pareces más joven —dijo, y le sonó a acusación.

—Me lo dicen mucho.

—¡Qué suerte!

Helen la miró un instante más y luego, de repente, metió marcha atrás y arrancó. Florence se volvió hacia la ventanilla del copiloto y no dijo nada. La intensidad de la mirada de Helen la había descolocado. Helen aceleró y los edificios destartalados de pronto dieron paso a una autopista estrecha de dos carriles.

—Son unos diez minutos de viaje —dijo.

Florence ya lo había mirado; Google había calculado que tardarían casi el doble, pero entendió la diferencia en cuanto vio lo rápido que conducía Helen.

Giraron a la derecha, hacia el puente que cruzaba el río Hudson. Florence reparó en un letrero de «ZONA DE CARGA Y DESCARGA», pero se abstuvo de hacer un chiste. Tenía claro que a la mujer que llevaba al lado no le iba a hacer gracia.

Mientras cruzaban el puente de Rip van Winkle, Florence miró abajo y vio las vías del tren por las que acababa de llegar bordeando el río.

—Cairo no está realmente en el valle del Hudson —

prosiguió Helen—, aunque a las inmobiliarias les guste decir que sí, sino más bien en las Catskills.

Pronunció «Cairo» a la inglesa, no como la ciudad de Egipto. Florence se alegró de no haberlo dicho ella primero. Volvió a mirarla de reojo. Helen iba fumándose un cigarrillo y tamborileando en el volante al ritmo de una canción de Lucinda Williams.

Florence miró por su ventanilla y le extrañó ver un desguace. Esperaba un lugar más glamuroso. Unos minutos después, dejaron atrás una valla publicitaria, anunciando «SU FUTURO HOGAR», que se alzaba sobre una decena de prefabricados baratos de hormigón. Le recordó a Florida más que ninguna otra cosa que hubiera visto en Nueva York hasta la fecha.

—¿Qué te trajo hasta aquí? —preguntó.

—La soledad —contestó Helen sin más detalles.

Florence intentó pensar en algo más que decir, pero se había quedado en blanco. Sus primeros comentarios estaban siendo tan moderados que iban a desvelar su carácter y determinar si Helen la respetaba o no. No conseguía dar con el tono adecuado, el tema adecuado. Había pensado en decirle lo mucho que *Foxtrot de Misisipi* había significado para ella, pero las palabras le sonaban manidas y huecas cuando las ensayaba mentalmente. Helen, en cambio, parecía satisfecha de seguir en silencio.

Las nubes no tardaron en cruzar el cielo y ocultar el sol, y la luz adquirió un tinte amarillento. Florence vio una bandada de mirlos descender sobre un mismo árbol como una red tendida sobre él. Unas cuantas gotas gordas salpicaron el parabrisas justo cuando Helen salía de la autopista y tomaba una serie de curvas hasta una calle mal asfaltada llamada Crestbill Road, la de la dirección que Greta le había enviado hacía unos días.

—No durará mucho —dijo Helen, accionando los limpiaparabrisas—. Estas tormentas de primavera vienen fuertes, pero se cansan pronto y siguen su camino. —Luego añadió mirando a Florence de reojo—: Como suele pasar con los asistentes de los escritores.

—Ah, yo no tengo pensado seguir mi camino en breve —le aseguró Florence.

—¿Adónde has dicho que ibas?

—¿A qué te refieres?

—Como no podías hablarle a nadie de este trabajo y confío en que no lo hayas hecho…

—Ah, no le he dicho nada a nadie.

Helen enarcó las cejas sin apartar la vista de la carretera.

—¿No? ¿Y tu familia?

—Solo tengo a mi madre. Y piensa que sigo trabajando en la editorial.

—¿No le has contado que te ibas? —Florence se encogió de hombros. No quería decir nada que desvelara las razones de su despido de Forrester—. ¿No os lleváis bien, entonces? —insistió Helen.

—No mucho. Es muy… No sé. Somos muy distintas.

—¿En qué sentido?

Nadie le había pedido nunca que definiera tan crudamente su relación con su madre y le costaba encontrar las palabras.

—¿Sabes que Trump siempre está hablando de vencedores y vencidos…? —dijo al fin. Helen asintió con la cabeza—. Pues mi madre también es así. Cataloga constantemente el mundo conforme a una estructura jerárquica muy concreta que se ha montado en la cabeza y tiene ideas muy específicas sobre dónde debería encajar yo. Ha dedicado toda su maternidad a subirme a un pedestal bien alto y se disgusta cuando piensa que estoy saboteando su esfuerzo. No comprende que entendemos el mundo de forma muy distinta. —Helen no dijo nada—. Además, ha votado a Trump —añadió Florence con una risita nerviosa—. Por si no estaba lo bastante claro.

—Y tú no, deduzco.

—¿Yooo? Dios, no. ¿Lo dices en serio?

Helen se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé?

—No soy una sociópata.

—No todos los que han votado a Trump son sociópatas. —Florence se había pasado dos años rodeada de personas que invertían mucha energía en demostrar precisamente lo

contrario—. Lo que los liberales no parecen comprender —prosiguió Helen— es que la gente inteligente y racional es capaz de separar las carencias personales de Trump de su política. Nadie lo vota para que sea su mejor amigo.

—Entonces, tú… —A Florence le costaba creer que le estuviera haciendo aquella pregunta. ¡Los novelistas no votan por Trump!—. Entonces, tú… ¿le has votado? —preguntó con toda la delicadeza de que fue capaz.

—Dios, no. Yo nunca voto.

—Ah.

Después de unos minutos, Helen giró a la izquierda hacia una entradita alargada y señalada con un cartel de «PRIVADO» que serpenteaba por una zona boscosa durante casi medio kilómetro hasta depositarlas a la puerta de una casita de piedra con contraventanas verdes. En el tejado, el viento sacudía una veleta de cobre larguirucha. No tenía nada en común con las casas bajas y feas que habían dejado por el camino.

—Se construyó en 1848 —dijo Helen, siguiendo la mirada de Florence—. Yo la compré hace dos años, cuando empecé a cobrar los derechos de *Foxtrot de Misisipi*.

Diluviaba ya y la lluvia aporreaba los rosales que punteaban el porche. Helen le propuso que dejara la bolsa en el maletero y salieron las dos disparadas hacia la puerta. En el porche cubierto, Florence se secó la cara con la manga mientras Helen introducía la llave en la vieja cerradura. Se abrió la puerta con un chirrido y Florence se vio inundada de luminosidad. Las paredes, el techo, los suelos, todo el interior de la casa hasta donde alcanzaba a ver estaba pintado de un intenso blanco lechoso.

Se encontraban en un pequeño vestíbulo. Había una vieja consola de madera pegada a una pared y sembrada de llaves y de correo. Debajo, dos pares de botas embarradas. Al otro lado de una puerta situada a la izquierda, Florence vio un comedor. Helen la llevó hacia el lado contrario, a un salón, donde tiró el bolso en un sofá grande cubierto de lino. Un cenicero lleno se sostenía nervioso sobre el brazo. Delante había una otomana ocupada por una montaña de libros y una chimenea de ladrillo cuyas ascuas humeaban intermitentemente. Helen echó otro

leño y una nube de cenizas y de chispas saltó en protesta.

—Bueno, pues ya estamos —dijo.

A la madre de Florence le gustaba imaginar una vida de oro y diamantes para su hija, pero aquella, AQUELLA era la vida que Florence quería. Una taza de té azul y blanca repleta de pieles de clementina. Una maraña de ranúnculos blancos en un jarro de cerámica sobre el alféizar de la ventana. Amanda había puesto una vez un jarrón de esas mismas flores en su mesa del trabajo. El sitio entero parecía una pintura de Vermeer. Y hacía FRÍO. Una corriente fresca agitaba las ventanas en sus marcos. Alguien le había dicho en una ocasión que el cristal era en realidad un líquido que se asentaba despacio, con el paso de millones de años, y por eso en las casas antiguas las ventanas siempre eran más gruesas por abajo que por arriba. ¿Sería cierto? Le daba igual. Del mismo modo que no entendía el empeño de la gente por desvelar la identidad de Maud Dixon, tampoco comprendía la necesidad de explicarlo todo, de convertir en datos la poesía. ¿No era mejor un poema? ¿Por qué volver cotidiano algo hermoso?

Helen le enseñó el resto de la planta baja: un comedor con una mesa alargada oculta bajo un montón de libros y un portátil, un pequeño cuarto de invitados con dos camitas tapadas por unos edredones descoloridos y una cocina con un inmenso fregadero antiguo, como de granja. Helen cogió la jarra de una maltrecha Mr. Coffee que había en la encimera y sirvió dos tazas.

—Arriba solo está mi dormitorio, mi despacho y un par de habitaciones de sobra —dijo, señalando con la cabeza la planta superior. Le plantó delante una de las tazas de café sin ofrecerle leche ni azúcar—. Tú te alojarás en la cochera, en la parte de atrás. No es nada del otro mundo, pero espero que te valga.

Florence contestó que seguro que sí. Bebió un sorbo de café y observó cómo churreteaba la lluvia por los cristales. Lo único que veía más allá era un campo de un verde grisáceo con algunos manchurrones marrones.

Cuando escampó, fue a sacar su bolsa del maletero del coche y se reunió con Helen detrás del edificio principal.

Siguieron un sendero de baldosas de pizarra gris incrustadas de musgo.

—El anterior inquilino era arbolista —dijo Helen—. Cruzó un montón de estos árboles; por eso tengo algunos especímenes extraños aquí fuera, mitad una cosa, mitad otra. —Florence miró uno de los árboles que Helen le señalaba. No parecía un cruce de dos, sino más bien dos árboles injertados a la fuerza el uno en el otro. Helen siguió enseñándole la finca—. Allí tengo un huertito precioso que me esfuerzo por conservar y detrás de aquellos pinos se esconde mi mayor y más oscuro secreto —se volvió hacia Florence con fingida cara de miedo—: EL COMPOSTADOR. Y antes de que digas nada, sí, soy consciente de que me he convertido en la típica jipi del valle del Hudson.

Florence sonrió porque sabía que era lo que tocaba.

Llegaron a la cochera, que estaba a unos cien metros del edificio principal. Detrás, una línea oscura de árboles marcaba el principio del bosque. La puerta estaba atascada cuando Helen intentó abrirla, pero la desencajó de un puntapié en la esquina inferior.

—Ya te la arreglaré —dijo. Y al poco añadió—: Lo cierto es que seguramente no, pero hay cosas peores en la vida que una puerta que se atasca, ¿no?

Florence asintió con la cabeza y siguió a Helen al interior de un espacio diáfano y luminoso con una zona de estar y una cocinita en un rincón. En la pared, junto a la nevera, había un antiguo teléfono rosa de rosca. Al asomarse al baño, vio una bañera grande de las de antes. Unos escalones de madera, más parecidos a una escalera de mano que a una de caracol, conducían a un dormitorio en buhardilla. Le encantaba. Nunca había tenido su propio espacio, ¡SU PROPIO EDIFICIO!, y aquel le encajaba de un modo en que jamás lo había hecho ninguno de los lugares donde había vivido.

Helen la dejó que se instalara y le dijo que se acercara a tomar una copa antes de cenar, hacia las siete. Florence empezó a sacar sus cosas enseguida. Siempre había sido muy ordenada. No podía acostarse sin dejar los zapatos bien colocaditos en el armario.

Solo tardó veinte minutos en guardar todas sus cosas y

meter la bolsa de deporte debajo de la cama. Se sentó en el sofá y abrió la libreta que se había comprado esa misma mañana en Grand Central. Era para la novela que tenía pensado escribir mientras estaba allí. Necesitaba un lienzo más grande que el de unos relatos cortos, había decidido. Miró fijamente la página en blanco unos minutos. Escribió la fecha y «Cairo, NY» en la parte superior. Al cabo de unos minutos más, cerró la libreta con un suspiro de exasperación.

Bueno, pronto tendría más que contar. Habiendo conocido a Helen Wilcox, dudaba que su vida fuera a ser aburrida.

En su lugar, abrió un libro (llevaba un mes leyendo a trompicones a Proust, fingiendo que lo disfrutaba), pero no tardó en cerrarlo también. Se sentía inquieta y perdida. Pensó en llamar a Lucy, pero, desde que la habían despedido, no había contestado a ninguno de los mensajes de su compañera. No quería que se compadeciera de ella; prefería que la balanza de poder se mantuviera como hasta entonces, claramente inclinada a su favor. Además, ni siquiera habría podido presumir de su nuevo empleo.

Si hubiera estado en la ciudad, habría salido a dar un paseo o charlado un rato con Brianna y Sarah en el salón. Entonces cayó en la cuenta de lo verdaderamente aislada que estaba. Cerró los ojos y aguzó el oído. Solo había silencio. Estaba completamente sola.

# 14

A las siete menos cinco, Florence llamó tímidamente a la puerta del edificio principal. Como no abría nadie, entró sin más. Se oía música en la cocina, así que siguió el sonido.

Con un delantal puesto, Helen bebía vino de una copa, fumaba un cigarrillo, troceaba tomates y paraba de vez en cuando para dirigir la orquesta cuchillo en ristre.

—Hola —dijo Florence.

Helen se volvió y cantó *«La tua sorte è già compitaaaaaa»* en un contralto ronco, sosteniendo la última sílaba, que remató con un trago de vino.

—¿Te gusta la ópera?

—Mmm…, no sé.

La única música clásica que conocía era la de los anuncios de automóviles.

—Ay, es divina. ¡¡DIVINA!! Vi *Il Trovatore* en el Met el año pasado. La próxima vez que vaya te llevo. Toma, bebe vino.

—Gracias. —Florence cogió la copa que le ofrecía y procuró disimular la ilusión que le hacía pensar en ir a la ópera con Maud Dixon—. ¿Te ayudo con la cena?

—No, en la cocina tengo que controlarlo todo. ¿Sabes cómo los llaman en Francia? —preguntó, sosteniendo con dos dedos un tomatito cherri—. Corazones de paloma. ¿No es fabuloso? ¿No es eso lo que son? Ya no podrás volver a mirar a una paloma sin imaginarte el tomatito en forma de corazón latiendo en el interior de su pecho inflado.

—Mi madre a veces llama «corazón de paloma» a algunas personas —espetó Florence—. A las que considera débiles.

—Corazón de paloma —repitió Helen, señalándola con la punta del cuchillo—. Muy bueno. Igual te lo robo. ¿Eres sureña, me habías dicho? Los mejores dichos vienen del sur.

—De Florida. No somos ni lo uno ni lo otro.

—Pues mejor. Lo uno y lo otro están sobrevalorados.

—Supongo.

Helen dejó de trocear para decir:

—Es cierto. Ser apátrida te da muchísimas ventajas. Ves las cosas más claras. —En el horno, chisporroteó algo lo bastante fuerte como para sobresaltar a Florence—. Pollo. No eres vegetariana, ¿verdad? —Florence negó con la cabeza—. Loado sea el Señor —proclamó Helen y reanudó los tajos rápidos con el cuchillo—. Bueno, ¿ya estás instalada del todo?

—Sí, gracias.

—Bien. Mañana empezamos a trabajar.

—¿Cómo va la nueva novela?

Se le oscureció el semblante a Helen.

—Va —dijo sin precisar.

—¿Es una secuela de *Foxtrot de Misisipi?*

—No. La historia de Maud y Ruby está oficialmente finiquitada —dijo con un gesto de degüello.

—Ah —contestó Florence algo desinflada. Como la mayoría de los seguidores de *Foxtrot de Misisipi,* quería saber qué ocurría después—. ¡Qué desilusión para los lectores!

—Sí, mi agente me lo recuerda a diario. Por lo visto, les «debo» un final —espetó Helen, poniendo los ojos en blanco.

—¿Tú no lo ves así?

Helen rio.

—¡¿Que se lo debo?! Por supuesto que no. Yo no le debo una mierda a nadie. Solo quiere que escriba una secuela porque vendería más.

Sacó el pollo del horno, lo trinchó con pericia, sirvió un muslo y una pechuga en cada plato y los puso en la mesa de la cocina junto con una botella de vino y un bol de ensalada. Después le hizo una seña a Florence para que se sentara.

Florence le preguntó cuándo podría leer el nuevo trabajo.

—Pronto. Mañana, a lo mejor. Si eres capaz de descifrar mis horrendos garabatos de escuela pública de Misisipi. —Le dijo que solía escribir el primer borrador en blocs de papel amarillo rayado. Mecanografiarlo sería una de las tareas de Florence—. Llevo como una cuarta parte de ese primer borrador. En cuanto empecé a escribir me di cuenta de que iba

a tener que investigar mucho más que con el primero. Y ahí es donde entras tú. Está ambientada en Marruecos. ¿Lo conoces? —Florence negó con la cabeza—. Hay unos cuantos autores que lo han descrito muy bien en su obra. Me vienen a la cabeza, por ejemplo, Tahar Ben Jelloun y Paul Bowles.

—Lo siento, no he leído nada de ellos. Pero puedo hacerlo.

—No te disculpes. Te daré una lista de libros que te conviene leer. De hecho, vamos a empezar por el ensayo. Olvídate de Ben Jelloun y de Bowles, que igual te distraen más que otra cosa.

—¿De qué trata la novela?

—Aún queda mucho por pulir, pero básicamente cuenta la historia de una mujer estadounidense que lo deja todo y se muda a Marruecos para trabajar para una antigua amiga de la infancia. La cosa termina en desastre, claro —dijo Helen, sonriendo.

Florence, desinhibida por el alcohol, vio su momento.

—Quería decirte que me encanta cómo escribes sobre las relaciones femeninas.

Era la frase que había ido ensayando en el coche cuando Helen la había recogido en la estación. Nada más soltarla temió que pudiera sonar tan manida como había sospechado entonces.

—Bueno, es solo porque los hombres no me interesan mucho —respondió Helen, riendo. —Se hizo un silencio incómodo—. No estoy diciendo que sea lesbiana —aclaró—. Me acuesto con hombres. De vez en cuando. Pero no me apetece tener una relación con ellos. Nunca he conocido a uno que me… fascinara como me fascinan las mujeres. Los hombres son materia bruta, sin pulir.

»Una vez me fui de fin de semana con un noviete. En el hotel, descubrí que no sabía dar propinas, ni al botones ni a la camarera ni al conserje. No paraba de preguntarme cuánto, cuándo, a quién se lo daba. Me resultaba superdesconcertante. Entonces supe que jamás podría estar con un tío que no supiera dar propinas. Pero más adelante vi que tampoco aguantaba a los que las daban alegremente, a la ligera, con esa petulancia, esa autocomplacencia. Entonces, ¿qué me

quedaba?

—A lo mejor hay un punto intermedio —terció Florence.

—No. No hay un punto intermedio en nada. —A Florence se le ocurrían innumerables ejemplos de punto intermedio (el mundo entero le parecía un punto intermedio), pero lo dejó correr—. Los puntos intermedios son para gente mediocre —dijo Helen como si le hubiera leído el pensamiento.

Pronto no quedaron en los platos más que los huesos grasientos y las ternillas, pero siguieron sentadas a la mesa, bebiéndose el vino que quedaba. La conversación había perdido parte de su artificio inicial. Fuera, los grillos emitían su soniquete pulsátil.

—¿No te fastidia que nadie sepa que eres tú? —preguntó Florence cuando ya no pudo aguantar más—. La autora de *Foxtrot de Misisipi,* digo.

—*Bene vixit, bene quit latuit.*

Florence asintió y luego dijo:

—Perdona, ¿cómo dices?

—Es latín, de Ovidio. Significa 'Vive bien el que bien se oculta'.

—Ah.

La confusión de Florence le hizo gracia a Helen.

—No me hagas caso; estoy siendo innecesariamente críptica. En resumen, no, no me fastidia que nadie sepa que yo he escrito *Foxtrot de Misisipi*.

—Pero ¿por qué lo hiciste? ¿Qué pretendías con tanto secretismo?

Helen se encendió un cigarrillo y miró hacia la ventana.

—¿Te parece una estupidez? A mí no. Claro que era joven. Escribí *Foxtrot* a los veintitantos. Que será la edad que tú tienes ahora, ¿no?

Florence no pudo evitar interrumpirla.

—Espera… ¿Solo tienes… treinta y tres? ¿Treinta y cuatro?

Helen rio.

—Se acabaron las formalidades. Tengo treinta y dos.

A Florence le sorprendió: parecía mayor. Aunque, pensándolo bien, había muchas cosas en *Foxtrot de Misisipi* que le habían recordado a su propia adolescencia: algunos de los

compañeros de Maud y Ruby tenían móvil, Bush era presidente… Aquel descubrimiento trajo consigo la súbita constancia de su propia incompetencia: ella no estaba, en absoluto, preparada para escribir una novela, menos aún un superventas. A lo mejor por eso Helen le parecía mayor: había conseguido muchísimo más.

—El caso es que —siguió Helen, ajena a la angustia de Florence—, por entonces, vivía en Jackson y trabajaba de correctora en una editorial de libros de texto. La escribí casi entera en mis descansos para comer. Paradójicamente, lo único que quería era mudarme a Nueva York y ser una escritora famosa…, pero no con «esa» novela. Esa la tenía que escribir, me la tenía que sacar de dentro para poder avanzar. —Se volvió hacia su interlocutora—. ¿Sabes cómo se libra uno de la solitaria? —Florence negó con la cabeza—. Te metes en un cuarto a oscuras, completamente a oscuras, y sostienes una taza de leche templada delante de la cara. Entonces la lombriz te asoma por la nariz y tienes que atraparla todo lo rápido que puedas y empezar a tirar. Así fue para mí escribir *Foxtrot de Misisipi:* violento, doloroso, desagradable. Pero sanador, al final.

»No quería llegar a Nueva York y que me relacionaran con esa novela. Quería empezar de cero. Quería ir a un sitio donde nadie supiera nada de Hindsville, Misisipi. —Florence tomó nota del nombre del pueblo—. Pensé que podía escribir esa novela bajo seudónimo y después mudarme a Nueva York y hacer mi gran debut como Helen Wilcox. Tenía el plan fabuloso de escribir la magnífica saga de una familia que cruza el oeste americano a principios del siglo XIX, pero por más que intentaba empezarla, siempre me atascaba. No lograba escapar de mi propia historia.

Se retiró bruscamente de la mesa y fue al armarito de al lado de la nevera. Sacó una botella de whisky y dos vasos. Sirvió dos tragos con descuido, derramando un poco por la encimera, y le pasó uno a Florence.

—El caso es que jamás preví el éxito de *Foxtrot de Misisipi*. Ni se me ocurrió que pudiera haber UNA SOLA PERSONA interesada en ese rincón polvoriento del país, menos aún

millones. La mandé a las agencias más que nada para quitármela de la vista y poder deshacerme por fin de ella. Cuando me llamó Greta Frost, se me podía haber tumbado con una pluma.

»Luego, después de que empezara a venderse de verdad, Greta me dio un anticipo desorbitado sobre una segunda novela, sin fundamento de ningún tipo, un resumen de una página de la trama del que apenas me acuerdo. De eso hace ya casi un año. Y además está pagando ella el nombre de Maud Dixon, claro. Esa es la persona a la que apoyan los lectores. Se iría todo al garete si ahora diera un paso al frente y reconociera quién soy. Todo el mundo cree que quiere saber la verdad, pero la verdad siempre decepciona; es invariablemente menos interesante que el misterio. He intentado convencer a Greta de que me deje escribirla bajo mi nombre real, créeme, pero tiene razón: sería absurdo. Voy a ser Maud Dixon el resto de mi vida.

—Pero ¿de dónde salió el nombre? —preguntó Florence.

—Del poema de Tennyson, *Maud*. ¿Lo has leído? —Florence negó con la cabeza—. Deberías. Es maravilloso. Es una historia de amor con un extraño trasfondo oscuro. El autor describe a Maud como «imperfectamente perfecta, glacialmente normal, espléndidamente nula». Me encanta.

—¿Y Dixon?

—Por mi compañera de cuarto de la universidad: era su segundo nombre —dijo, encogiéndose de hombros—. No la soportaba, la verdad.

—¿Y seguiste en contacto con Ruby cuando te fuiste del pueblo?

Helen le dedicó una sonrisa de circunstancias que Florence conocía bien.

—Florence, solo es una novela.

Eran más de las once cuando se terminaron las copas. Florence se ofreció a fregar los platos, pero Helen no la dejó.

—Que descanses —le dijo, apagando un cigarro manchado de carmín.

—Ídem —respondió Florence, complacida de encontrar una

ocasión para usar la palabra, cuyo aire de sofisticación la había cautivado cuando Helen la había usado en la estación.

Florence se encaminó a la cochera algo borracha. A mitad de camino, en medio de una oscuridad absoluta, volvió la vista atrás. Todas las luces estaban encendidas y Helen delante del fregadero. Había vuelto a poner música y dirigía la orquesta de nuevo.

Sonrió. Era todo lo que ella quería ser y le habían regalado la oportunidad de estudiarla de cerca. Se juró no desaprovecharla.

# 15

Florence se despertó a las seis. Se duchó y dio un pequeño paseo por el bosque mientras salía el sol. De vuelta en la cochera, vio que su madre le había dejado otro mensaje en el buzón de voz. Lo ignoró. A las nueve se acercó a la casa y encontró a Helen leyendo el periódico, sentada a la mesa del comedor.

—Hay café hecho —dijo sin mirarla. Cuando llegó Florence con su taza, apartó con el pie la silla de enfrente—. Muy bien, bautismo de fuego: tengo más de un centenar de correos nuevos por responder, lo que en realidad significa que TÚ tienes más de un centenar de correos nuevos por responder. —Casi todos, le explicó, eran de Frost/Bollen, de Greta o de su asistente, Lauren. Eran solicitudes de entrevistas y apariciones en los medios, cartas de lectores y cosas por el estilo. Helen abrió el portátil que tenía en la mesa, entró en la cuenta maud.dixon.writer@gmail.com y lo giró hacia Florence—. A ver, vamos a hacer el primero juntas.

Florence abrió el correo más reciente. Era de Greta.

Hola, M.:
¿Qué tal con Florence?

Rio incómoda.

—¿Abrimos otro, mejor? —propuso.

—Ahora te encargas de mi correspondencia —contestó Helen—. De TODA.

—Vale… —Florence posó los dedos en el teclado y dijo—: Un momento… Te llama «M». ¿De Maud?

—Sí. No queríamos que nada que se pudiera jaquear vinculara mi verdadero nombre a la agente de Maud Dixon. Toda precaución es poca. Ahora ya lo hacemos sin pensar.

—Pero mis correos los firmo yo, ¿no?

—Pues no lo había pensado. Sí, supongo que sí. Lo importante es que no usemos nunca mi nombre de verdad. Hala, escribe.

Florence tecleó una respuesta en el mismo tono profesional y desapasionado que Agatha le había enseñado a usar:

Hola, Greta:
Va todo bien. Gracias por tu interés.
Saludos,
Florence

Se volvió, inquisitiva, hacia Helen, que lo leyó y puso los ojos en blanco; giró el portátil y reemplazó lo que Florence había escrito por:

Nos llevamos de maravilla.

Pulsó el botón de envío y miró de nuevo a Florence.

—Conviene que sepas una cosa: detesto la moderación. —Además de gestionar su correspondencia, debía ayudarla a investigar y mecanografiar sus borradores. Helen le pasó un montón de páginas llenas de una letruja grande y destartalada —. Te lo estaba guardando —le dijo—. Teclear me aburre soberanamente.

—No hay problema —dijo Florence. Dejó las páginas junto al portátil y procuró no mirarlas mientras Helen seguía hablando.

Había una mujer que iba por allí una vez a la semana para limpiar y hacer la compra, pero el resto del día a día de Helen sería cosa de Florence. Eso incluía pagar sus facturas: tarjetas de crédito, teléfono, internet, hipoteca, todo, por lo visto. Le pasó sus contraseñas y sus cuentas bancarias con un desenfado que solo podía significar absoluta ingenuidad o absoluta confianza. Prefirió pensar que se trataba de lo último.

—Me desagrada tener que lidiar yo misma con el mundo exterior —le explicó—. Sería una auténtica ermitaña si no resultara tan poco práctico. Además, se me da fatal la logística. Una vez reservé un vuelo y no solo me confundí de día, sino ¡de año! Prefiero dejar las menudencias a las mentes menudas.

Florence la miró de reojo para ver si se daba cuenta del

insulto que le acababa de dedicar a su nueva asistente, pero Helen siguió con sus explicaciones.

Tenía otra cuenta de Gmail con su verdadero nombre y le enseñó cómo acceder para que pudiera gestionarle todos sus servicios online. Florence echó un vistazo rápido al buzón de entrada y vio sobre todo confirmaciones de pedidos de Amazon, extractos bancarios y resúmenes de noticias del *New York Times*.

A las diez, Helen se subió el café a su despacho y le dijo que empezara por los correos de Maud Dixon. Florence abrió el mensaje nuevo más reciente. Se lo había mandado Greta la mañana anterior.

> Hola, M.:
> Deborah me está dando la lata otra vez con la segunda novela. ¿Qué le digo? Lo cierto es que deberíamos enviarles alguna muestra de buena fe. Un primer capítulo. Un resumen más detallado. Un calendario. ¡Algo! ¿Lo hablamos? Llámame.
> G.

Florence miró alrededor, algo incómoda. Le pareció que aquel no era un correo que Helen habría querido que viera. Lo cerró enseguida y lo marcó como no leído. El siguiente también era de Greta, pero más en la línea de lo que Helen le había comentado que podía esperar.

> M.:
> NPR quiere que salgas en *Fresh Air*. Lo puedes hacer desde casa y probamos ese modulador de voz que usan a veces. ¿Cómo lo ves? Nos vendría bien que los lectores no se olviden de Maud Dixon, sobre todo si va a pasar tanto tiempo entre la primera novela y la segunda. Ya me dices.
> G.

Greta tenía razón, pero Helen lo había dejado claro: la respuesta era siempre no. Procurando canalizar la voz de su jefa y olvidar todo lo que había aprendido sobre cortesía profesional, escribió:

> Greta:
> La norma es nada de entrevistas, sin excepciones.

Paseó el cursor por encima del botón de envío, pero no lo pulsó. No podía hacerlo. No podía enviarle ese correo a Greta Frost. Borró lo que había escrito y tecleó en su lugar:

Hola, Greta:
Lamento comunicarte que Helen no hará esa entrevista en NPR.
Espero que lo entiendas.
Saludos,
Florence

Lo envió. Cuando volvió a la bandeja de entrada, el correo anterior de Greta, el de la segunda novela, había desaparecido. Miró al techo. Helen debía de haberlo borrado. ¿Tenía otro portátil arriba?

Durante las siguientes horas, fue revisando la correspondencia atrasada de Maud Dixon. Solo se permitió una distracción: entrar en la cuenta que Helen tenía en Morgan Stanley. Al ver el saldo, se quedó pasmada: algo más de tres millones de dólares. Sospechaba que *Foxtrot de Misisipi* andaría en ese rango de beneficios, sobre todo habiéndose vendido los derechos de la obra para la serie, pero otra cosa era ver la cifra real, que llamaba aún más la atención por la cantidad insignificante de centavos añadida al final. Intentó pensar en qué haría ella con tantísimo dinero, pero no le alcanzaba la imaginación. Solo se le ocurría lo que Helen ya había hecho: comprar una casa, retirarse del mundo, plantar tomates…

A las dos de la tarde, Helen seguía arriba. Florence se hizo un sándwich con pavo que encontró en la nevera, se terminó el café y limpió la cafetera. Cuando volvió a su escritorio improvisado en la mesa del comedor, se decidió por fin a coger las páginas manuscritas de Helen.

Allí estaba: la siguiente novela de Maud Dixon.

Al principio de la primera página, Helen había garabateado lo que Florence supuso que sería el título de un capítulo: «La era de los monstruos». Echó un vistazo al resto y enseguida vio que apenas entendía la letra de Helen. Leyó con dificultad la primera frase:

De noche, el viento no sé qué y el clima no sé cuántos, engendrando un cielo no sé qué más y…

Pasó a la siguiente página, rebosante, también, de palabras que no lograba descifrar:

> Aguzó el oído, preguntándose si habría sido un ruido no sé qué lo que la había no sé cuántos de sueño: no oyó más que el romper interminable de las olas en las rocas, tan abajo que era como si no sé qué más retuviera el no sé qué otra cosa. Abrió los ojos. La luna inundaba la estancia de una luz intensa. Venía del no sé qué, pero por todos lados veía el resplandor del no sé qué cielo nocturno sobre el agua. Escapando de la cama, intentó abrir la puerta del no sé qué más, para confirmar que estaba echado el cerrojo.

Florence dejó el manuscrito en la mesa y se mordió una uña. No sabía qué hacer. Mecanografiar aquello iba a ser como el teléfono escacharrado. Se levantó y se acercó al pie de la escalera. Helen aún no la había invitado a la planta superior. Subió hasta la mitad para poder ver el pasillo. Todas las puertas estaban abiertas menos una. Supuso que se trataba de su despacho. Terminó de subir la escalera, estremeciéndose con cada crujido, y pegó la oreja a la puerta. Nada, hasta que, de repente, oyó un estrépito en el interior. Dio un respingo. Fue como si hubieran lanzado algo pesado de una punta a otra de la habitación. Se quedó allí plantada uno o dos minutos; luego dio media vuelta y se disponía a bajar con sigilo las escaleras cuando se abrió de golpe la puerta y la figura de Helen llenó el umbral. Parecía furiosa.

—¿Qué haces aquí arriba?

—Perdona, es que…

—No he creído necesario tener que aclararte esto, pero por lo visto sí: no me molestes mientras estoy trabajando. Me cuesta una barbaridad volver a centrarme.

—Lo siento muchísimo. Me voy abajo.

—Bueno, ya que me has interrumpido, dime al menos qué querías.

—Tu letra —dijo Florence, tendiéndole el puñado de hojas —. Me cuesta entenderla.

—Vamos, no fastidies —espetó Helen, arrebatándole las

páginas con impaciencia.

Mientras las miraba, Florence se asomó a la habitación que había a su espalda y vio librerías repletas de libros y una alfombra de aspecto turco muy desgastada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Esto… y esto. Y esto —contestó Florence.

—Ahí pone «luminoso». Y eso… no es más que un *ampersand*.

—¿Y esto? —preguntó Florence, señalando otro garabato.

Helen se acercó la página a la cara y la ladeó a la luz. Al cabo de un instante, exhaló y le devolvió el montón a Florence.

—No lo sé, Florence. Intenta descifrarlo tú. Escribe lo que te suene más parecido y subráyalo o algo. Ya lo miraré después.

Cerró la puerta sin miramientos mientras la otra se deshacía en disculpas. Florence volvió desanimada al comedor, sintiéndose imbécil. Miró la última palabra que Helen no había sido capaz de descifrar. Empezaba por D; eso era lo único que se veía capaz de intuir. Releyó la frase:

> Al oír la palabra «enérgico» en relación con su persona, aun sabiendo que era del todo cierto y no pretendía menoscabo alguno, se sintió de inmediato como un no sé qué poco agraciado y la sensación no le satisfizo.

Florence se dio unos golpecitos con el dedo en el labio inferior. ¿«Depredador»? Sí. Asintió convencida. Lo tecleó en el manuscrito y lo subrayó, confiando en haber acertado con la palabra, no solo porque anhelara la aprobación de Helen, sino también porque, de pronto lo sabía, le tenía un poquito de miedo.

# 16

Durante los días siguientes, Helen y Florence fueron pillándose el ritmo. Florence iba a la casa entre las nueve y las diez. Helen y ella solían tomar un café juntas mientras repasaban el plan del día. Si no, Florence se encontraba una nota en la encimera de la cocina con una lista de tareas. Solía haber algo que mecanografiar, aparte de poner al día la correspondencia. Además, Helen quería que Florence leyera varios libros sobre la historia y la cultura de Marruecos y redactara un resumen de sus averiguaciones.

Le había prestado a Florence su coche dos veces para que fuera a Hudson a recoger algún libro que necesitaba o unas botellas del *châteauneuf-du-pape* que le gustaba beber. Las dos veces le había dicho que fuera con tranquilidad y disfrutara de la escapada.

Florence descubrió que Hudson propiamente dicho era, en realidad, tan encantador y pintoresco como lo había imaginado; la cosa únicamente empeoraba al cruzar el puente de vuelta a Cairo. La calle mayor del pueblo, por la que habían pasado al volver de la estación, estaba llena de pastelerías, tiendas de decoración y restaurantes soleados.

En su segunda visita, en cambio, empezó a detectar algo artificial en el encanto de aquella localidad, que parecía pensada para quienes querían disfrutar de la vida del campo sin tener la sensación de haber salido de Brooklyn. Además, tampoco se podía permitir los manteles *shibori* teñidos a mano ni las «obras de arte» hechas con madera de deriva que vendían en las tiendas. Entendía por qué Helen se había instalado en el menos elegante Cairo.

Helen rara vez iba al pueblo. La mayoría de los días ni siquiera salía de la finca. Florence ya llevaba dos semanas en la casa cuando la dejó sola por primera vez. No le dijo adónde

iba, solo que se ausentaría varias horas.

A los pocos minutos de que arrancara el coche, Florence hizo algo que había querido hacer desde su llegada: subió con sigilo a la segunda planta y se coló en el despacho de Helen. El sol entraba a raudales por las ventanas de ambos lados de la habitación, iluminando las motas de polvo del aire. Se sentó en el sitio de Helen. La silla era de piel acanalada color caramelo, desgastada por el uso. Pasó la mano por la madera dañada del escritorio. Abrió el primer cajón y encontró en él un portátil. Miró de reojo a la puerta, lo sacó y lo abrió. Se encendió la pantalla, pero apareció una ventanita pidiendo la contraseña. Lo guardó enseguida donde lo había encontrado. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Se imaginó que aquel era su despacho, que lo único que tenía que hacer en la vida era sentarse en aquella bonita habitación y escribir lo que quisiera.

De pronto oyó un estruendo abajo y salió disparada, volcando sin querer la silla. Una vez abajo, vio que solo era el viento, que había cerrado de golpe la puerta de la cocina. Volvió corriendo arriba para asegurarse de dejar el despacho exactamente como lo había encontrado.

Aquella incursión abortada en la planta superior no sirvió para aliviar su curiosidad, en todo caso, para incrementarla. Curioseó entre los correos electrónicos de Helen en busca de algo personal. Por fin lo encontró, tres páginas después: un mensaje cuyo asunto era *«¿Turandot?»*. Lo abrió.

> Helen:
> ¿Te apetece ver *Turandot* el 5 de abril? Ya sé que la vimos el año pasado, pero se supone que esta producción es espectacular. Ya me cuentas.
> Sylvie

Investigó en Google el nombre que figuraba en el correo: Sylvie Daloud. Era una arquitecta de Nueva York. Buscó más correos suyos en la bandeja de entrada. Había muchos, casi todos sobre óperas. Las respuestas de Helen eran tan formales y educadas como las de Sylvie. «Y eso que detesta la moderación», se dijo Florence.

Tuvo que retrotraerse a noviembre para encontrar un

mensaje personal que no fuera de Sylvie.

> ¡¡Helen!!
> Espero que esta sea tu dirección. Me encontré con Daphne y me la dio ella, pero me dijo que hacía una eternidad que no la usaba. ¿Cómo estás! ¿Casada? ¿Con niños? ¿Dónde vives ahora? Yo sigo en Jackson, casada con Tim. Tenemos dos niñas preciosas y esperamos otra. Tim sabe ya más de princesas de Disney de lo que jamás pensó que podría llegar a saber, jajaja. Bueeeno… Solo quería saludarte. Sigo viendo a la pandilla bastante a menudo y de pronto nos dimos cuenta de que hacía muchísimo que no sabíamos de ti. ¿Vienes alguna vez? Hemos ampliado la casa (¡no preguntes, que aún no me he recuperado!), así que tenemos una habitación de invitados que te está esperando…
> Besos y abrazos,
> Tori

Miró en la carpeta de mensajes enviados. Helen no se había molestado en contestar y Tori no había insistido. A Florence le extrañó bien poco que Helen no hubiera querido mantener el contacto con alguien que ponía «Bueeeno…» en sus correos sin despeinarse.

Curioseó en el historial de búsquedas de Helen y encontró una gran variedad: un lápiz Guerlain KissKiss Shaping Cream en color «rojo pasión»; cómo reemplazar un pasaporte extraviado en el extranjero; el reglamento de libertad condicional de Misisipi; una tal Lisa Blackford; un restaurante de un sitio llamado Semat, en Marruecos; el perfil de LinkedIn y la cuenta de Instagram de Florence… Se ruborizó al verlo. Se moría de vergüenza de pensar que Helen hubiera estado curioseando en su Instagram, donde apenas tenía treinta seguidores y nada más que fotos de perros que veía por la calle y de citas de libros que estaba leyendo. Pero, lógicamente, la había investigado antes de contratarla. Además, tampoco Helen estaba en condiciones de burlarse de su vida social: aparte de Sylvie y Tori, no parecía que tuviera amigos. El fijo de su casa solo había sonado dos veces desde que Florence estaba allí. La primera había sido un comercial; la segunda, Greta, y Helen le había pedido que dijera que no estaba en casa.

Unos días después de intentar en vano hablar con Helen, Greta había llamado a Florence directamente.

—Me alegra saber que habéis empezado con tan buen pie —le dijo.

—Así es, gracias —contestó Florence, sin saber aún por qué la llamaba al móvil.

—Y te agradezco que hayas revisado todos esos correos antiguos de mi equipo. Sé que no es una tarea excitante, pero hay que hacerla.

—De nada —respondió Florence con cautela. Greta la estaba tratando con una deferencia que no había detectado en su primer encuentro.

—Oye, quería que supieras que he leído tus relatos y me parece que tienes mucho potencial. No creo que estén DEL TODO pulidos aún, pero podríamos trabajarlos juntas, si te interesa. —¿«Juntas»?—. Como ya sabrás —prosiguió Greta—, las colecciones de relatos, sobre todo de autores desconocidos, son dificilísimas de vender, pero eso no significa que sea imposible.

—Lo sé —se apresuró a explicar Florence—. Lo que me propongo es escribir una novela. Es lo que voy a hacer aquí mientras trabajo para Helen.

—Estupendo. Mándame un borrador si quieres cuando la tengas.

—¿En serio?

—Por supuesto. Llama a Lauren y pídele cita cuando pienses que estás lista. Pero, oye, Florence, ya que te tengo al teléfono, te voy a pedir un favor a cambio. —Florence puso cara de extrañeza. ¿Qué podía ofrecerle ELLA a Greta Frost?—. No me cabe duda de que la novela en la que está trabajando Helen va a ser excelente, pero está siendo increíblemente reservada con ella y me está dificultando mucho mi trabajo.

»Entiendo que esta requiere más investigación que la primera, una de las razones por las que necesitaba una asistente, pero no me dice cuánta ni de qué tipo ni cuánto le va a llevar ni QUÉ es lo que está investigando. No sé prácticamente nada. Me consta que a Helen algunas de las tareas del escritor le resultan tediosas…, el mecanografiado,

las entrevistas, el márquetin..., y en general no me importa dejarla que escriba y ya está, pero ALGUIEN tiene que ocuparse del resto de los detalles menos interesantes. ¿Entiendes?

—Creo que sí…

—Lo que intento decirte es que me gustaría invitarte a que colabores conmigo en la parte estratégica. Sé que te vendrá bien para tu futura carrera profesional.

—¿La parte estratégica?

—Básicamente lo que podemos hacer ENTRE LAS DOS para que la novela sea un éxito, al margen de la propia novela: comunicarnos con la editora y los demás interesados; buscar el mejor calendario para la entrega y la publicación; elaborar un plan de comercialización… Por ejemplo, sería perfecto que la segunda novela se publicara hacia la fecha de estreno de la miniserie de *Foxtrot de Misisipi,* pero, claro, para poder hacer todo eso, tengo que saber de qué va y cuánto lleva escrito. Ahí es donde entras tú. —Florence no dijo nada—. Como es lógico, no te lo pediría si no fuera por el bien de Helen —añadió Greta con mucha labia.

Florence intentó ganar tiempo.

—Bueno, aún no sé mucho. Solo he leído un par de capítulos.

—Muy bien. ¿Por qué no me mandas por correo electrónico lo que tengas mecanografiado hasta ahora?

Florence se mordió el labio inferior.

—Mmm… No sé si me gusta la idea.

—Vale, olvídalo. Vamos a relajarnos. ¿Me puedes contar lo esencial?

—Helen está arriba ahora mismo —contestó Florence, bajando la voz—. Nos podría oír.

—Aaah, vale. —Greta hizo una pausa—. ¿Qué te parece si me llamas esta noche? Podemos hablar de tu novela también. No todo va a ser por el bien de Helen. Supongo que no querrás ser asistente toda la vida.

Florence no era tonta. Sabía a lo que estaba jugando Greta. Aun así, tenía razón: en general, ella PODÍA hacer más por Florence que Helen. Y en cualquier caso Greta y Helen estaban

en el mismo bando.

—Encantada de ayudar —dijo por fin.

—Estupendo. Sabía que eras una joven inteligente. ¿Sabes? En el fondo, me recuerdas mucho a Helen cuando la conocí. ¿No te lo ha dicho ella?

—Me ha dicho que le mandó su manuscrito a decenas de agentes y que no podía creer la suerte que había tenido cuando usted lo aceptó.

Greta soltó una carcajada repentina.

—Sí, supongo que eso es lo que va contando. La verdad es algo más complicada. Al principio le escribí para decirle que su novela era poderosísima y estaba muy bien contada, pero que aún había que pulirla muchísimo. También le dije que yo no aceptaba ese tipo de trabajo y que había otros agentes que le convenían más. Creo que incluso le sugerí varios nombres.

»Unas semanas después, oí a mi asistente, Rachel, la anterior a Lauren, discutir a voces con alguien a la entrada de la oficina. Salí a investigar y allí estaba aquella mujer de mirada acerada y el acento sureño más marcado que he oído en mi vida, tanto que al principio pensaba que era fingido. La mujer, Helen, obviamente, no paraba de decir que ella tenía una cita y que no se iba a marchar hasta que yo la recibiera. Rachel le explicó lo que había ocurrido: a principios de semana, Helen había llamado de parte de un conocido escritor, uno de mis mejores clientes, fingiendo que trabajaba para él, había concertado una cita y luego se había presentado ella, sin más, convencida de que la dejarían pasar de todas formas.

»Supongo que su prepotencia estaba justificada, porque al final la invité a pasar a mi despacho, más que nada porque veía que a Rachel empezaba a darle miedo. Helen soltó su manuscrito en mi mesa y me dijo que lo había revisado conforme a mis comentarios y que quería que lo releyera. Luego se dejó caer en una silla y me dijo: «Espero», aún recuerdo su dejo. Yo no sabía si reír o llamar a seguridad. En resumen, al final la saqué de mi despacho con la promesa de que lo volvería a leer durante el fin de semana y, obviamente, terminé aceptándola como clienta. Como ya habrás visto, puede ser muy… convincente. De hecho, tú también tienes

algo de esa determinación y ambición.

—Gracias —dijo Florence, sin saber si era un piropo. Prefería que la conocieran por su talento antes que por su ambición.

—Así que, oye, échale otro vistazo al manuscrito esta tarde y llámame al móvil esta noche. Suelo acostarme tarde.

Florence prometió que lo haría, mitad eufórica, mitad avergonzada.

Esa noche Florence se esforzó por darle a Greta respuestas que no la decepcionaran. Solo había visto parte del trabajo y muchas de las secciones ni siquiera estaban ordenadas.

—Creo que habrá escrito unas sesenta páginas —le dijo—. Trata de una mujer que viaja a Marruecos para trabajar con una amiga de la infancia. De momento, no ha pasado mucho, pero temo que va a ocurrir algo malo. El tono es muy oscuro y premonitorio. Parece que esté creando ambiente para algo, pero ni idea de qué. Dudo que lo sepa ELLA siquiera. Se frustra mucho cuando escribe. La oigo tirar cosas por el despacho y maldecir.

—Bueno, Helen nunca ha sido precisamente plácida.

—Pocos buenos escritores lo son.

Greta hizo una pausa.

—No le dores la píldora demasiado, Florence. Tampoco le haces ningún favor. —Luego añadió algo más contenida—: Por cierto, ¿qué tal te va por allí? Sé que puede ser difícil trabajar con alguien como Helen, créeme. No me quiero imaginar lo que será vivir con ella, sobre todo ahí, en medio de la nada.

—Lo cierto es que estoy encantada —contestó Florence.

Y no mentía. La reclusión era un alivio para ella. Se había criado en un apartamento cuya puerta no paraba de abrirse o cerrarse de golpe. Su madre siempre tenía puesta la tele, o la radio, o las dos. Y ella nunca estaba tranquila. Cantaba, tarareaba, hablaba consigo misma, con Florence, por teléfono, con la radio, con la tele, con los vecinos, con las frecuentes visitas. Y de lo que más hablaba era de su hija, de lo excepcional que era su hija.

El refugio de Florence había sido el pequeño cuarto de baño

que compartían, alicatado y repleto de productos de belleza de Vera. Le gustaba darse largos baños allí. Tumbada en la bañera, sumergía la cabeza en el agua, dejando fuera las rodillas, para poder saborear el silencio absoluto y envolvente, algo estremecida al oír los latidos de su propio corazón.

Allí, en pleno bosque, había silencio todo el tiempo, salvo cuando Helen ponía música. Pero la ópera no perturbaba a Florence como la radio de su madre, con sus anuncios de concesionarios de automóviles, sus informes de tráfico y sus mordaces pinchadiscos. En todo caso, la ópera era una forma muy ruidosa de silencio. Le fascinaba la relación que Helen tenía con la ópera. ¿Cómo había pasado de Hindsville, Misisipi, con una población de tres mil doscientos habitantes (lo había buscado en Google) a saberse los libretos de Verdi? ¿O cómo llamaban a los tomatitos cherri en Francia?

A su llegada a Nueva York, la había abrumado el conocimiento prolijo, esotérico y verdaderamente foráneo adquirido por aparentemente todo el mundo menos ella. Procuraba buscarlo todo en internet, pero la ingente cantidad de información que proporcionaba la red de redes y su combativo espíritu de batalla campal la apabullaban. No quería las opiniones de todo el mundo. Solo LAS BUENAS. Quería saber que las rosas rojas eran vulgares. Quería saber cómo pronunciar «costumbres». Las personas como Amanda Lincoln e Ingrid Thorne nunca entenderían lo privilegiadas que eran. Así era como se mantenía el orden social. Si te criabas con unos padres que leían a Philip Roth e iban al teatro y te decían dónde dejar los cubiertos al terminar de comer, podías desdeñar a otros por incultos y maleducados, y eso era como llamarlos «chusma» sin parecer clasista. Pero si tu madre llevaba ropa ajustada, se untaba el cuerpo entero de aceite bronceador y pensaba que Philip Roth era una tienda de muebles baratos de Jacksonville, ¿dónde te dejaba eso? ¿Y si querías una vida distinta? ¿Cómo llegabas de A a B? ¿Cómo te convertías en una persona que ENCAJARA en B?

Florence lo ignoraba.

Pero Helen lo sabía. De algún modo, había aprendido las reglas.

Por fin se armó de valor y le preguntó cómo lo había logrado, sin saber si entendería la pregunta o si, en caso de entenderla, se ofendería. Pero Helen le respondió con franqueza.

—Exactamente como supones —le dijo—. Observé con atención y después representé el papel. Si finges lo suficiente, al final te sale natural. Natural de verdad. Yo no escucharía ópera ni bebería vinos caros si no lo disfrutara realmente.

Aquello le recordó a Florence una época de su infancia en que su madre se había empeñado en que fuera actriz. La apuntaba a clases de interpretación y la arrastraba a incontables audiciones. Lo había odiado casi todo (los jueguecitos absurdos que hacían en clase, el dramatismo exagerado de los otros niños, la atención…), pero le había encantado fingirse otra persona. Se había despojado de todas sus rarezas para transformarse en un ser limpio, puro, vacío. Fue entonces cuando descubrió que podía convertirse en una persona totalmente distinta. En alguien mejor.

Viviendo aislada casi por completo en el norte del estado de Nueva York, Florence estaba empezando a conseguir la primera parte de ese proceso: la demolición. Sus interacciones con otras personas habían sido siempre el andamiaje con el que había construido su personalidad. Como esas interacciones casi habían desaparecido del todo, la antigua Florence, no pudiendo manifestarse, iba desintegrándose día a día.

Ella alentaba el proceso encantada. Tiró la ropa que Helen no se habría puesto, con lo que se desprendió de la mayoría de su guardarropa. Todo lo que fuera demasiado vistoso o con demasiados volantes, desde luego. Con algunas excepciones, Helen solía llevar cortes limpios en azul marino, negro y blanco. De vez en cuando, se ponía algún pañuelo de estampado discreto o alguna joya escultural, pero casi siempre iba sin adornos. Florence no podía permitirse las marcas que Helen vestía, pero compraba imitaciones de Zara y H&M por internet. Revisó el historial de pedidos de Amazon de Helen y tomó nota de los libros que había adquirido y de las películas que había visto. Ideó una especie de plan de estudios para su mejora personal. Hasta le pidió a Helen que le enseñara a

cocinar.

Sentía unas ganas tremendas de hacer mutis, de salir de escena y reaparecer, triunfante, convertida en otro personaje. No quería que nadie fuera testigo del proceso. Eso habría sido como enseñarle a alguien el borrador de su novela, algo que ella, al contrario que Helen, jamás haría.

El primer plato que Florence aprendió de Helen fue el *coq au vin*.

Estaban las dos en la cocina de Helen, una al lado de la otra. El pálido sol de finales de marzo se colaba débilmente por la ventana. Aunque no eran más que las cuatro de la tarde, Helen había servido dos copas de tinto.

—Vale, ¿dónde está nuestro bichito? —preguntó Helen—. Vamos a enjuagarlo un poco.

Florence sacó el pollo de la nevera y lo llevó de mala manera al fregadero. Le producía escalofríos notar cómo se desplazaban los huesos bajo la piel.

—Parece que esté vivo —dijo, consciente de que también ella le estaba adjudicando ya el género masculino.

—Tienes suerte de que no. Mi abuela me hacía degollar pollos a los ocho años. —Florence la miró extrañada: aquello parecía más propio del Misisipi rural de 1945 que del de 1995. Pero, por lo visto, lo decía en serio. Colocó el ave resbaladiza en la tabla de cortar y Helen agarró un cuchillo grande y afilado de desgastado mango negro—. Hay que trocearlo —dijo —. Primero rebanas la parte que conecta el muslo al cuerpo y luego… —Tiró tan fuerte que lo arrancó de cuajo—. Toma, prueba tú con el otro —propuso, pasándole el cuchillo.

Florence dio el tajo, pero no conseguía arrancarlo.

—¡TIRA FUERTE! —le ordenó Helen—. Con medias tintas no vas a ninguna parte.

—A medio camino, parece ser —bromeó Florence.

—¿Y quién coño quiere quedarse ahí? —preguntó Helen mientras plantaba sus manos frías y húmedas encima de las de Florence y desencajaba el muslo de un tirón.

Florence repitió el proceso con las alitas y Helen atacó la carcasa con un par de golpes fuertes de cuchillo para extraer

las pechugas y separarlas en dos. Puso todos los trozos del pollo en un cuenco grande, se lavó las manos y empezó a echar vino de la botella de la que estaban bebiendo, directamente sobre la carne.

—¿Cuánto hay que echar? —preguntó Florence, cogiendo el boli para anotarlo.

—No sé. ¿Cuántos gluglú ha hecho la botella? ¿Tres?

Florence escribió poco convencida: «tres gluglús». Dudaba que aquello le fuera a resultar muy útil si alguna vez intentaba preparar un *coq au vin* por su cuenta.

Helen sacó una ramita de tomillo y, colocándose sobre el cuenco, arrancó con dos dedos las hojas diminutas.

—Espera… ¿Cuánto tomillo has puesto? —preguntó Florence.

Helen puso los ojos en blanco.

—Uno coma tres gramos. —Florence se dispuso a anotarlo —. ¡Florence! ¡Que es broma! No lo he pesado.

Florence dejó el bolígrafo en la encimera y cerró el cuaderno, sintiéndose imbécil. Pero ¿cómo iba a aprender si Helen lo improvisaba todo? Necesitaba una base.

—¿En serio no usas recetas?

—No soporto ni leerlas. «Rehoga la cebolla hasta que esté bien doradita y "apetecible".» «Prénsalo hasta que adquiera una consistencia "sedosa".» —Volvió a poner cara de exasperación—. Son superpedantes aun cuando quieren sonar llanos y campechanos. Si alguien más me vuelve a decir que sirva el plato con un buen pan crujiente y una pizca de mantequilla, me pongo a gritar. Normalmente miro todos los ingredientes, echo un vistazo rápido a las instrucciones y el resto me lo imagino. Si meto la pata, meto la pata. Creo que, en general, la gente tiene mucho miedo a equivocarse. Planifica, sí, e indaga un poco, pero, cuando haya que actuar, por Dios, ¡ACTÚA!

Florence, dispuesta a ponerse a prueba, agarró el cuchillo y partió en dos un champiñón. Sin apenas pausa, atacó con desenfreno el resto del montón. De pronto, se llenó todo de sangre. Levantó el dedo sorprendida. Tenía un corte profundo, una raja de un centímetro, justo por encima del nudillo.

Helen se echo a reír.

—¡Madre mía, no pensaba que fueras a tomarte tan al pie de la letra mi consejo! —Le lanzó a Florence un rollo de papel de cocina—. ¿Necesitas una tirita?

Florence se miró el dedo. La sangre ya empezaba a calar el papel de cocina con el que presionaba el corte. Parecía evidente que iba a necesitar una tirita, si no puntos.

—¿Puede…? —dijo.

—Creo que tengo en el armarito del baño de arriba. Avisa si no las encuentras.

—¿En el baño de tu habitación?

Hasta entonces, aún no la había invitado a subir a la planta superior.

—Sí, solo hay ese.

Una vez arriba, Florence abrió tímidamente la puerta del dormitorio, aún nerviosa por haber malinterpretado los consejos de Helen. Las paredes estaban pintadas de añil oscuro, casi negro. En el suelo, delante de la chimenea, había otra alfombra raída de aspecto turco en tonos naranjas; sobre la inmensa cama, un grueso edredón blanco perfectamente colocado y estirado. De puntillas, se acercó a la mesilla de noche. Había unas gafas desplegadas encima de una pila de libros y un bloc de papel amarillo rayado. El bloc estaba en blanco, pero pudo adivinar la huella dejada en la primera página por el bolígrafo de Helen. El primer libro de la pila era la traducción de Emily Wilson de *La Odisea*.

Entró en el baño y abrió el armarito. Vio la caja de tiritas, pero su mano fue directa al botecito de pastillas que había al lado. Según la etiqueta, contenía comprimidos de medio gramo de clonazepam. Florence reconoció el compuesto; Lucy lo tomaba para la ansiedad. Le extrañó. Helen no parecía propensa al nerviosismo. Lo dejó enseguida en su sitio y pasó a taparse el dedo ensangrentado.

Cuando volvió a la cocina, había una *cocotte* azul Le Creuset a fuego lento en el fogón y Helen estaba sentada a la mesa, bebiéndose el vino. Al verla, la llamó a su lado, dando una palmadita en el asiento.

—¿Tu madre no cocina? —le preguntó cuando se sentó.

Florence negó con la cabeza.

—Trabaja en un restaurante. Dice que no soportaría pasar ni un minuto de su tiempo en otra cocina.

—¿Y qué comías de pequeña?

—No sé. Muchas cosas congeladas de Lean Cuisine, supongo. Mi madre siempre está a dieta.

—¿Lean Cuisine? —repitió Helen con cara de asco—. ¡Qué triste!

—El pollo a la barbacoa no está tan mal —masculló Florence.

—Ay, Florence… —dijo Helen, y le dedicó una sonrisa rayana en la compasión—. Estoy convencida. Convencida de que está asqueroso —añadió, dándole unas palmaditas en la herida mientras Florence procuraba disimular el dolor.

Esa noche, durante la cena, Florence escudriñó su plato de *coq au vin* y vio flotando en la superficie varios de los champiñones que había impregnado de sangre. Se preguntó si Helen se habría molestado siquiera en lavarlos antes de echarlos a la cazuela. También cayó en la cuenta de que seguía sin tener ni idea de cómo preparar aquel plato.

# 17

En la primera semana de abril, floreció el cerezo que Florence tenía delante de la ventana y por fin conoció a uno de los vecinos de Helen. Había adquirido la costumbre de salir a pasear por el bosque casi todas las tardes antes de cenar. Aunque apenas tenía una veintena de acres, aquel bosque le parecía infinito. Cada vez que cruzaba el umbral del campo herboso alumbrado por el atardecer y se adentraba en el bosque oscuro sentía escalofríos premonitorios. Muy en el fondo, a veces se preguntaba si sabría volver. Pero le encantaba estar allí, completamente sola, y toparse con el mismo paisaje que podría haber visto un colono del siglo XVIII. Una vez encontró en el suelo un envoltorio de Cheetos y la sobresaltó y alteró tanto como si hubiera sido un cadáver.

Su vida en Florida siempre le había resultado claustrofóbica. El apartamento pequeño. Las aulas sombrías. Hasta los lugares que en su día, siglos atrás, debían de haber producido sensación de amplitud estaban en un estado ruinoso: el puerto, abarrotado de barcos; las playas, sembradas de cuerpos…

Nueva York había sido aún peor.

Solo en los libros había percibido la belleza y la magnitud del mundo. De adolescente, la había obsesionado *El señor de los anillos*. Le encantaba escapar a un universo tan distinto del suyo. Fue en parte lo que hizo que quisiera ser escritora. Quería poder tener en sus manos aquella inmensidad, moldear a su antojo mundos enteros.

Aquel frío atardecer de abril, durante su habitual paseo por el bosque, sintió un murmullo a su espalda. Se detuvo para aguzar el oído. Al principio, solo oyó su propia respiración agitada, pero luego se sumaron otros jadeos, seguidos de un estruendo de pasos cada vez mayor. Pensó en echar a correr, o

en esconderse, pero no podía moverse, como en uno de esos sueños en los que algo te persigue y te quedas clavado en el sitio, incapaz de alterar tu destino. Estaba aterrada.

Justo entonces, se abrió el arbusto que tenía delante y salió de él un borrón amarillo, enfilado hacia ella. Florence estiró las manos al frente y escapó de su garganta un gemido grave e involuntario.

Era un *golden retriever*.

Cabalgaba hacia ella emocionado, contoneándose tanto que, cada pocos pasos, se desviaba de su camino. Le plantó el hocico alegremente en la entrepierna. Con la cola, dibujaba grandes pinceladas de un lado a otro, levantando la hojarasca del suelo.

Florence soltó una carcajada pastosa, casi histérica, de alivio y empezó a rascarle las orejas.

Un hombre de sesenta y tantos años llegó corriendo detrás del perro.

—*¡Bentley!* ¡*Sit,* chico! —le gritaba—. Lo siento mucho, señorita. *¡Bentley, sit!* —Florence desdeñó las disculpas con un manotazo al aire y le acarició enérgicamente la cabeza y el cuello al perro, que alzó la vista al cielo, extasiado—. Parece que le ha caído bien —dijo el hombre, deteniéndose delante de ella. Vestía un polo azul, remetido por dentro de unos bermudas, y jadeaba un poco. En la mano llevaba uno de esos artilugios que lanzan pelotas de tenis a gran distancia—. *Bentley* huele a los perreros a kilómetros de distancia.

—Hola, *Bentley* —dijo Florence en voz baja—. Hola, colega.

El hombre los observó un momento con una sonrisa afectuosa.

—¿Se aloja en la vieja casa de la carretera? —dijo luego, señalando con la cabeza la finca de Helen. Florence contestó que sí—. ¿Y ella no la había prevenido sobre el enorme y feroz *Bentley?* —preguntó con una risita.

—No, no me lo había mencionado.

*Bentley* le estaba lamiendo las manos con su lengua húmeda y áspera.

—Se ha colado en el jardín una o dos veces y se ha puesto como una furia. Ahora, cada vez que *Bentley* la ve esconde el

rabo entre las patas.

Florence se sintió obligada a defender a Helen.

—Igual no es mucho de perros.

—Uy, no, ya le digo yo que no. Pero supongo que sí es de personas que son muy de perros y eso ya es algo. Es usted la segunda visita en dos meses con la que *Bentley* se vuelve loco.

Florence lo miró sorprendida.

—¿La segunda? ¿Cuándo fue la primera?

—Ah, no sé… Hará más, ahora que lo pienso. Había nevado, de eso sí me acuerdo.

*Bentley* se quedó inmóvil e irguió las orejas. Un segundo más tarde, había desaparecido entre la maleza tan de repente como había llegado.

—Madre mía, ahí va otra vez —espetó el hombre, meneando la cabeza, y salió detrás del perro, despidiéndose con la mano.

Esa noche, a la hora de la cena, Florence le contó a Helen su encuentro y le preguntó de qué visita se trataba.

—Ni idea —contestó Helen—. Sería de otra casa. Aquí no ha venido nadie.

—Ah.

—Dios, ese perro es un espanto.

—*¿Bentley?* Si es un amor…

—Dímelo cuando te haya destrozado los rosales.

De pronto, perforó el silencio algo que sonó como el aullido de una mujer.

Florence miró a Helen alarmada.

—¿Qué ha sido eso?

Helen se encogió de hombros.

—Será algún animal.

—«¿Será?» —Florence se acercó a la ventana. Solo vio su propio reflejo deformado. Entonces volvió a oír el alarido, que venía de la carretera—. Voy a ver —dijo.

Salió al frío de la noche. En contraste con la luminosidad de la casa, fue como calzarse un capuchón negro. Se acercó a la entrada de la finca y escudriñó la oscuridad. Volvió a oír el aullido y caminó hacia él.

Un búho la miraba aterrado desde el suelo, con sus grandes

ojos amarillos y aquellas pupilas que eran como gotas de tinta. No había sangre ni indicios de que estuviera herido. Volvió a aullar, con insistencia.

Florence regresó a la casa.

—Es un búho —dijo—. No tiene buena pinta. ¿Me dejas una toalla o algo así?

—¿Para qué?

—Para meterlo en casa. ¿Sabes si hay algún veterinario en el pueblo al que podamos llamar?

—No vas a meter a esa cosa en mi casa.

—Si no lo ayudamos, se morirá.

—Ocurre a menudo. Comen ratones que han ingerido matarratas.

—¿Qué? Eso es horrible.

—Tanto como encontrarte excrementos de ratón en las fundas de las almohadas —replicó Helen con una de sus sonrisas de circunstancias. Florence la miró fijamente—. Por el amor de Dios, Florence, no es más que un búho —le dijo la otra, exasperada—. Ya me cuesta ser mínimamente empática con los humanos a los que conozco. Nos piden a diario que nos compadezcamos de los refugiados de Siria y de los gais de Chechenia y los musulmanes de Myanmar. Es demasiado. La mente humana no está hecha para digerir tanto sufrimiento, sino para producir la empatía justa para su pequeño círculo de relaciones. Así que, por favor, no me pidas que malgaste mis escasas reservas ¡EN UN BÚHO!

—Vale, perdona —contestó Florence en voz baja, y volvió a sentarse. Luego añadió—: Lo que pasa es que para mí ese búho sí forma parte de nuestro pequeño círculo de relaciones. Está ahí mismo —dijo, señalando la puerta sin entusiasmo.

—No me has entendido, Florence. Yo no hablaba de ningún círculo real. ¿No lo has oído? Nos los hemos cargado a todos. Mi círculo soy YO. Y no me siento responsable de nadie que no sea yo, humano, ave o lo que sea.

Florence se quedó pasmada. ¿Uno podía decidir eso, de verdad? ¿Que no debía nada a nadie? Aún no era capaz de saber si Helen decía algo por animar la conversación o porque lo creía de verdad.

Trató de imaginar su vida sin ningún tipo de responsabilidad.

No le cabía en la cabeza. Y al cabo de unos minutos cesó el aullido.

# 18

A mediados de abril, cuando ya llevaba como un mes en el puesto, Florence empezó a hacer algo que sabía muy muy bien que no debía hacer.

Cuanto más leía de la nueva novela de Helen, menos le impresionaba. Las frases estaban bien escritas y la trama era interesante, pero carecía de la chispa, de la vida, de *Foxtrot de Misisipi*. Cuando aquella había salido a la venta, Florence aún trabajaba en la librería de Gainesville. Una compañera se la había presentado con reverencia ciega, como si se tratara del diario adolescente de Jesucristo. Luego, ya en Forrester, Amanda había resumido perfectamente los sentimientos de Florence al decir de Maud Dixon: «Yo es que LA MATABA». Le tenían celos, claro; los celos son consecuencia natural de la ambición.

A Florence la había tumbado la rotundidad y el nervio de su estilo narrativo. Había intentado teclear algunas frases de la novela porque había leído que Didion lo había hecho con Hemingway. Se había sentido transfigurada, como si hubiera estado escribiendo su propia obra con dedos artríticos y de pronto hubiera encontrado la cura.

Pero al mecanografiar el borrador manuscrito de la segunda novela de Helen no sentía nada de eso. «De hecho —se dijo con un entusiasmo muy distinto—, esto lo podría escribir YO.»

Así fue como empezó.

Cuando no era capaz de descifrar alguna palabra del borrador, tomaba decisiones con mayor rapidez y seguridad. Al principio era solo por evitar otro aterrador encontronazo como el del primer día en el despacho de Helen, pero no tardó en convertirse en su parte favorita del trabajo. Cada vez que elegía una palabra con la que llenar un hueco en el manuscrito le daba un pequeño subidón. Se sentía una colaboradora, más

que una simple asistente.

A partir de ahí, se volvió osada. Empezó a añadir palabras que sabía que no eran lo que Helen había escrito, pero que MEJORABAN sin duda la novela. Si se daba cuenta, coincidiría con ella, incluso hasta se lo agradecería.

Pero Helen no lo notaba. Cada vez que terminaba de mecanografiar una parte del borrador, Florence guardaba una versión nueva del manuscrito en el portátil y le mandaba el archivo a Helen por correo electrónico. Daba por sentado que ella lo repasaba y hacía cambios, pero jamás le devolvía nada para que lo mecanografiara de nuevo, y aún no había comentado ni una sola de sus aportaciones. Florence empezó a sospechar que sus propias palabras podían terminar de verdad formando parte de la novela.

Una mañana, acababa de teclear una palabra, «catastrófico», que se parecía solo vagamente al garabato de la páginas, cuando oyó el crujido de unos neumáticos en la gravilla. Se irguió en el asiento. Nunca habían recibido visitas. Se levantó y miró por la ventana del comedor. Delante de la casa, había estacionado un coche de policía. Por un instante, tuvo la disparatada sospecha de que se habían enterado de lo que estaba haciendo con el manuscrito. Se giró sobresaltada, sintiéndose culpable, al oír el chasquido de unos pasos por la escalera.

—Ha venido la policía —le dijo a Helen.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó la otra—. ¿Atracar una bodega?

Helen se dirigió con calma a la puerta y salió afuera justo cuando se cerraba de golpe la puerta del vehículo policial.

Florence estiró el cuello para ver mejor por la ventana. Un policía obeso de piel aceitunada y pelo ralo se subió los pantalones antes de acercarse anadeando, con todo el aire de autoridad que podían conferirle aquellos andares de pato, a la figura erecta de Helen, al pie de los escalones de entrada. Se hacía sombra en la cara con la mano, como había hecho el día en que Florence la había conocido.

No oía lo que hablaban. El hombre señalaba a la casa. Helen enarcó las cejas y rio un poco. Entonces se volvió y

señaló también a la casa. Al hacerlo, vio la cara de Florence en la ventana y posó la mirada en ella un instante. Florence se apartó. Volvió a sentarse a la mesa y procuró parecer absorta en su trabajo.

Unos minutos después, Helen entró de nuevo en casa.

—¿Va todo bien? —preguntó Florence.

—Madre de Dios, si ASÍ es como invierten mis impuestos, más me valdría esconder el dinero en las islas Caimán.

—¿Qué te ha dicho?

—Ah, no sé qué chorrada de unas multas por exceso de velocidad.

—¿Ha venido hasta aquí por unas multas?

—Bueno, es que tengo unas cuantas.

Florence recordó el trayecto desde la estación. No le extrañaba.

—¿Quieres que me encargue yo?

—¿Eeeh…? No, da igual. Puedo hacerlo yo. Creo que las tengo todas en algún cajón de mi escritorio.

Florence, inusualmente mortificada, fue borrando una a una las letras de «catastrófico».

# 19

Esa noche, después de la visita del policía, Helen levantó la vista de su cena y dejó los cubiertos en la mesa.

—Florence —dijo—, hace tiempo que quiero preguntarte algo.

Florence se quedó helada. La había pillado, lo sabía. ¿Cómo demonios se le había ocurrido toquetear el manuscrito de Helen? Soberana estupidez. Estaba siempre tan constreñida por la timidez y la indecisión que de vez en cuando algún impulso autodestructivo la llevaba a la temeridad, la misma clase de impulso por el que le había mandado aquellas fotos a Simon. No podía controlarlo.

Llevaba en la boca un trozo de cordero demasiado masticado y sin sabor que no conseguía tragarse. Esa tarde había estofado ella la carne siguiendo las indicaciones de Helen. Se llevó la servilleta a la boca y lo escupió con disimulo.

—¿Tienes pasaporte? —preguntó Helen. No se lo esperaba. Negó con la cabeza—. ¿Podrías hacértelo?

—Sí. ¿Por qué?

Helen montó un bocado perfectamente proporcionado de cordero, arroz y tomate confitado con el cuchillo y el tenedor. Lo masticó despacio, a conciencia. Era teatro, Florence lo sabía, una interpretación pensada para inquietarla.

—He pensado que igual te apetece venir conmigo a Marruecos, a investigar. ¿Querrías?

Florence tardó un momento en recuperarse.

—Sí, por supuesto.

Sintió un inmenso alivio.

—Genial. ¿Por qué no vas a comisaría el lunes, a ver si te lo pueden hacer urgente? Te lo pago yo, claro.

—¿Por qué?, ¿cuándo te quieres ir?

—Cuanto antes. Me he atascado con la novela y creo que

estar allí me ayudaría. Además, estoy un poco harta de vivir en medio del campo, ¿tú no?

Florence no contestó. En realidad, ella no había sido tan feliz en su vida. Todas las mañanas despertaba bañada por la luz rosada del sol, filtrada por las flores del cerezo, y pensaba que por fin había terminado donde debía estar.

—¿Busco vuelos?

—Sí, por favor. Hoy es…, ¿qué?, ¿sábado? Busca algo para mediados de la semana que viene, el miércoles o el jueves, a ver qué encuentras.

—Espera, ¿dentro de CUATRO días?

—¿Por qué no? ¿Para qué esperar? Volamos a Marrakech y al día siguiente vamos en coche hasta Semat.

Semat era la pequeña población de la costa donde tenía lugar la novela de Helen.

—¿Reservo hotel también?

—Reserva cualquier cosa que te parezca bien en Marrakech, pero los hoteles de Semat son un poco peligrosos. A ver si encuentras alguna villa disponible para alquilar. Algo bonito.

—¿Para cuánto tiempo?

—¿Dos semanas, por ejemplo?

Florence asintió con la cabeza.

Justo entonces, vibró su móvil en la mesa, a su lado. Miró la pantalla. Otro mensaje de su madre: «¡¡LLÁMAME!!». Desde que se había ido a vivir con Helen, Florence había adquirido la costumbre de esperar dos o tres días para devolverle las llamadas a su madre. Los defectos de Vera le parecían mayores ahora que había podido conocer a mujeres como Helen Wilcox y Greta Frost.

—Perdona —dijo Florence, poniendo el móvil bocabajo.

—Contesta si quieres.

—Prefiero no hacerlo. Es mi madre.

—¿Todo bien? Sabes que me puedes contar lo que sea. No me asustan los dramas familiares.

—No, es que no ha pasado nada. Solo que… Bueno, al principio la evitaba porque no quería contarle que había dejado de trabajar en Forrester y luego he empezado a darme cuenta de que estoy mucho mejor sin hablar con ella —dijo,

soltando una risita incómoda.

Helen asintió con la cabeza.

—Me pasó algo parecido cuando me fui de Hindsville. Procuré mantenerme en contacto con mi familia, pero me daba la sensación de que eran una especie de lastre que me impedía volar, avanzar. Mi madre ya había muerto para entonces, pero a mi padre y a mi abuela no les hizo gracia que me fuera. Pensaban que me convertiría en una de esas niñas tontas de ciudad…, en Oxford, Misisipi, precisamente. A ver, tampoco es que me hubiera ido en un *jet* privado a París. Así que no paraban de picarme y picarme y picarme, empeñados en devolverme a mi sitio. Lo mismo cada vez que hablaba con ellos. Por eso lo dejé.

—¿Lo dejaste?

—Dejé de llamarles. Dejé de escribir. Dejé de ir a verlos. Y me quité un peso de encima. Me sentí liberada. Y fue entonces cuando por fin conseguí escribir *Foxtrot de Misisipi,* cuando dejé de preocuparme por lo que pensaran, de preocuparme por ellos. Se generó un espacio enorme que podía llenar de otras cosas. Empezó a brotar de mí un torrente de palabras. —Florence pensó en la parálisis que la asaltaba cada vez que intentaba escribir. ¿Sería VERA el problema?—. Escucha bien lo que te voy a decir —añadió Helen, señalándola con el tenedor—: romper con ellos ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. No sería escritora hoy si no lo hubiera hecho.

Esa noche Florence, tumbada en la cama, miró fijamente el techo, que estaba a poco más de un metro de su cara en el dormitorio abuhardillado. ¿Podría hacerlo? ¿Podría sacar a su madre de su vida para siempre? Lo que le había dicho a Helen era cierto: de verdad era más feliz desde que había dejado de hablar tanto con ella. La distancia le permitía ver que todas las conversaciones que tenían la hacían sentirse angustiada e incompetente.

Era casi como si hubiera dos Florences a ojos de su madre: la Florence potencial, la excepcional, a la que Vera adoraba, y la de verdad, que frustraba constantemente los sueños y esperanzas de su madre. A lo mejor por eso nunca le había

demostrado mucha ternura. Siempre le hablaba de forma afectuosa, con montones de «cielos» y «cariños», pero también llamaba «cielo» a sus clientes, aun después de que la dirección le pidiera que dejase de hacerlo. Y lo peor de todo eran aquellos «¿Quién te quiere a ti?» tan huecos.

Lo que quería era demostrarle a su madre que AQUELLA Florence, la de verdad, podía ser extraordinaria a su manera: como escritora, como artista. Se había hartado de tener la sensación de no estar a la altura del ideal de Vera.

A lo mejor aquello era una prueba. Si desconectaba de su madre, su recompensa sería la misma que la de Helen: recuperar la inspiración. Se desataría de pronto su talento, una avalancha de excelencia. Su propia versión de *Foxtrot de Misisipi*.

Recordó las palabras de Helen: «Escucha bien lo que te voy a decir: no sería escritora hoy si no lo hubiera hecho».

Florence miró el móvil, que brillaba en la oscuridad de su cuarto. Lo sostuvo en las manos un instante como si fuera un amuleto y luego escribió un mensaje a su madre: «Me voy al extranjero un tiempo, por trabajo. No estaré localizable mientras viajo». No era nada definitivo, se dijo, solo una separación de prueba.

Vera la llamó casi enseguida.

Silenció las llamadas y apagó el teléfono.

# 20

El lunes por la tarde, Florence estaba a la puerta del Dunkin' Donuts, a una manzana de las oficinas de Forrester, mordisqueando la pajita de un café con hielo. Acababa de coger el tren a Manhattan desde el norte del estado. El lugar más próximo para hacerse el pasaporte era la comisaría de Hudson Street, que casualmente estaba justo enfrente del edificio de la editorial. La orden de alejamiento de Simon no le permitía acercarse a más de ciento cincuenta metros, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Estudió el edificio e intentó encontrar la ventana del despacho de él. ¿Eran ciento cincuenta metros a vuelo de pájaro? El despacho de Simon estaba en la decimocuarta planta, de modo que, con el recorrido en el ascensor cubriría casi un tercio de la distancia.

—¿Florence? —Se volvió. Amanda Lincoln se acercaba a ella, sonriendo de asombro—. Me ha parecido que eras tú. ¿Qué haces aquí? ¿Vuelves a Forrester?

—No, tengo una reunión por aquí —contestó sin pensarlo, señalando vagamente hacia el oeste, cuando lo único que había al oeste de Forrester era la sede de UPS.

—Entonces, ¿todavía vives en la ciudad? Como desapareciste por completo, pensábamos que te habías ido.

Amanda andaba buscando claramente un chisme que ir corriendo a contarles a sus compañeros de la editorial. («¡No os vais a creer a quién me acabo de encontrar…!») Florence ni se imaginaba lo que habrían dicho de ella cuando la habían despedido. Sabía que lo de las fotos se había hecho público porque Lucy lo había mencionado de pasada en uno de los mensajes que le había dejado en el buzón de voz.

—No, ahora estoy por el norte, cerca de Hudson. Me encanta. Es un alivio vivir lejos de la gran ciudad. La verdad es

que Nueva York siempre me pareció algo sobrevalorada. —Y entonces cometió la temeridad de añadir—: Ven a verme cuando quieras.

—Me encantaría.

Se miraron en silencio, conscientes de que algo así era del todo absurdo. Nunca habían sido amigas. Estaban echando un pulso. Florence se acobardó primero.

—Por desgracia, no puedo alojarte… Estoy de invitada en la casa de una especie de mecenas, pero es muy pequeña.

—Eso suena increíble. Tengo que conseguirme un mecenas con casa de invitados —respondió Amanda con una carcajada —. ¿Cómo lo has conocido?

—Es una mujer.

—Ah, perdona, he dado por supuesto que…

Florence sintió aquel hormigueo en los dedos, aquel calor en el estómago que conocía tan bien. Le habría encantado humillar a Amanda, dejarla en ridículo. Seguramente no se había sentido ridícula ni un solo día de su vida. Se clavó las uñas de la mano izquierda en la palma. No las tenía lo bastante afiladas.

—Tengo que irme —espetó—. Llego tarde.

—Oh, vaya. Bueno, ¡me alegro mucho de verte!

Amanda se inclinó para darle un beso en la mejilla a la vez que Florence respondía, incómoda, con un abrazo. Terminó con un puñado de pelo de Amanda en la boca.

Más tarde, cuando hacía cola para el pasaporte, reprodujo mentalmente el encuentro. Amanda podía denunciarla a la policía por incumplir la orden de alejamiento. O contárselo a Simon. Sí, seguro que se lo contaba. Supuso que podía negarlo. En cualquier caso, se iba del país dentro de unos días.

Jamás había ido más allá de Los Ángeles, adonde había volado para una audición a los nueve años. Su madre estuvo histérica todo el viaje de ida y decepcionadísima todo el de vuelta.

Florence tenía la sensación de que también ella volvería siendo una persona distinta, que aquel viaje la cambiaría. El cambio nunca es un proceso uniforme: tiene lugar entre saltos y sobresaltos, mesetas y valles. Además, en los períodos

comprendidos entre la desaparición de la antigua identidad y la plena adopción de la nueva, se produce una cierta sensación de impunidad. Como si nada importara mucho. No eres tú mismo del todo. No eres nadie del todo.

Estaba agotando el tiempo de Florence, de la persona que era en esos momentos. Le agradaba la idea. Estaba hartísima de sí misma. Ese era uno de los problemas de estar siempre encerrado en tu propia cabeza: el mundo exterior no es lo bastante ruidoso para ahogar el incesante monólogo interior. La misma mierda, día tras día. ¿Le gusto? ¿Qué tal estoy? ¿Seré feliz alguna vez? ¿Llegaré a tener éxito? Era como escuchar la misma canción constantemente durante años. ¿No era esa una forma de tortura conocida?

—¿Florence Darrow?

Era el hombre al que le había entregado el formulario y la foto hacía veinte minutos. Florence no oyó nada. Estaba encaramada a un banco duro de madera viendo cómo una anciana rellenaba la solicitud de pasaporte con mano lenta y temblorosa. De pronto le dieron ganas de arrebatarle el bolígrafo de sus dedos artríticos y tirarlo a la otra punta de la sala. «¡El puñetero carcamal! —se dijo—. ¿Cómo piensa apañárselas en los controles de aduanas y de seguridad si ni siquiera puede rellenar un puto formulario?» Notó que la agarrotaba una súbita rabia. Ni siquiera sabía por qué estaba tan enfadada. Por alguna razón, la fragilidad de la anciana le resultaba ofensiva.

Se obligó a mirar a otro lado e inspirar hondo varias veces. Sabía por experiencia que la rabia se le pasaría. Procuró quitarse de la cabeza a Simon, a Amanda y a aquella anciana a la que ni siquiera conocía.

—¿Florence Darrow?

Le costó contestar.

—¡Soy yo!

# Tercera parte

# 21

Aterrizaron en Marrakech con un fuerte estruendo, derrapando en un inquietante viraje a la izquierda. Llevaban más de dieciséis horas de viaje: de Nueva York a Lisboa, de Lisboa a Marrakech. Helen había viajado en preferente y Florence en turista.

Mientras el avión rodaba por la pista en dirección a la terminal, el árabe bajito sentado al lado de Florence se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Ve esos árboles agitados por el viento? —Se inclinó por encima de ella y aplastó un dedo de manicura perfecta contra la ventanilla de plástico—. Es el *chergui*. Sopla desde el Sahara. No suele llegar tan pronto.

—¿Y qué efecto tiene?

—Trae polvo y calor. —Sonrió—. Y si le pregunta a mi abuela, mala suerte.

El avión se detuvo a cierta distancia de la terminal y dos hombres acercaron al lateral una escalerilla desvencijada. En cuanto Florence desembarcó, lo notó: el *chergui*. Le alborotó el pelo por la cara y se lo metió en la boca. El murmullo de los motores del avión deteniéndose acompañó su rugido. El calor y el ruido repentinos desorientaron a Florence. A Helen, en cambio, parecían revigorizarla las fuertes ráfagas de aire caliente. Le brillaban los ojos y le dedicó a Florence una sonrisa potente.

—*Bonjour, l'aventure!* —gritó al viento.

A pie de pista, dos hombres que vestían uniforme y boina verde abrazaban armas automáticas y estudiaban hastiados la fila de pasajeros. Había dos terminales: a la derecha, un antiguo edificio rosa de dos plantas con un maltrecho letrero que rezaba «AEROPUERTO DE MARRAKECH MENARA» en árabe y en francés; al lado, un nuevo edificio resplandeciente, un montón

de luminoso plástico blanco tipo mesa de Ikea con una fachada de latón perforado.

Los condujeron al segundo edificio, cuyas alfombras caleidoscópicas y superficies bruñidas podían haber pertenecido a cualquier palacio de congresos del centro de Estados Unidos. Florence se sintió decepcionada. Había esperado algo más exótico.

Nunca había estado en público con Helen hasta que habían llegado al JFK. Allí, la impaciencia y la ocasional severidad del temperamento de Helen a las que ya se había acostumbrado se manifestaron físicamente por primera vez. Iba dispersando a las multitudes como un torpedo mientras Florence la seguía de cerca, procurando no trotar. En el fondo, aquella eficiencia tan brusca había sido un alivio para ella. Había interiorizado el papel de pupila y, por el momento, se tomaría un respiro de cualquier responsabilidad. Mantenía la vista clavada en la espalda de su jefa y se olvidaba de todo lo demás.

Ya en Marrakech, Helen volvió a adelantar bruscamente al rebaño de pasajeros de su vuelo que avanzaban con parsimonia, pero en la espaciosa sala de aduanas se toparon con una serpentina fila de cientos de personas, que se abultaba aquí y allá con las familias y los grupos de las agencias de viaje, como si la serpiente estuviera digiriendo a varios ratones enteros. Helen se detuvo en seco al ver la muchedumbre, cambió de rumbo y fue derecha a una mujer uniformada.

—Estoy embarazada —le dijo sin más detalles.

La mujer le miró el vientre plano medio segundo y contestó: «Por supuesto», y las llevó a una cola más corta de seis o siete personas rodeadas de cochecitos de bebé, sillas de ruedas y muletas. Florence miró de reojo a los que tendrían que esperar una hora, puede que dos, en la cola larga. Se alegró de no estar entre ellos. Ya no quería que un montón de normas absurdas fueran un obstáculo para ella. De pronto le resultaban vagamente vulgares y patéticas.

Florence había contratado un chófer para que las llevara al hotel y lo encontraron a la entrada de la sala de recogida de equipajes, sosteniendo un cartel que rezaba «WILCOCK». Vestía una túnica de color arena sobre vaqueros negros y unas

Reebok. Se presentó como Hamza y las condujo hasta un Fiat último modelo estacionado en el aparcamiento. Florence volvió a sentirse decepcionada. Pero, en serio, ¿qué esperaba?, ¿un camello?

Recorrieron carreteras modernas, dejaron atrás vallas publicitarias iluminadas, muchas con anuncios en inglés, y bordearon pulcras glorietas con parterres de flores bien cuidados. Pasaron por delante de edificios grandes y llamativos con luces de neón e historiadas fuentes. Aquello parecía Las Vegas.

Por fin se aproximaron a la muralla que rodeaba la medina, el casco antiguo de la ciudad, y apareció ante ellas el Marrakech de las guías de viaje. La muralla, según les dijo Hamza, se había levantado en el siglo XII. La arcilla era de un color ocre cálido que resplandecía al sol vespertino. Los muros presentaban unos agujeros grandes, algunos rellenos de pilotes de madera. Marrakech, había leído Florence, era conocida como «la ciudad roja» porque sus edificios se habían construido originalmente con arcilla rojiza de las llanuras vecinas; más tarde, el Gobierno había exigido que las nuevas construcciones se pintaran del mismo color.

Cruzaron por Bab El Jdid, una de las entradas más concurridas a la medina. Al frente se alzaba imponente el minarete de la mezquita de Kutubía, labrado de intrincadísimas grecas. La torre, rematada por cuatro esferas doradas, una encima de otra, se veía desde cualquier lugar de la ciudad. Como parte de su investigación, Florence había averiguado que, después de construida la mezquita original en el siglo XII, el edificio entero se había demolido y levantado de nuevo para que estuviera debidamente orientado hacia La Meca. El hotel donde iban a alojarse no estaba lejos de la mezquita.

En aquella zona, las carreteras eran más caóticas que las modernas autovías del otro lado de la muralla, pero automóviles, burros, coches de caballos y ciclomotores se esquivaban a toda velocidad sin incidentes. Florence miró por la ventanilla. Los edificios poseían una delicada belleza del todo ausente de los de Florida, o incluso de los de Nueva York.

Los labrados geométricos y los coloridos mosaicos habrían requerido seguramente muchísimo trabajo. A Florence le encantaba su romanticismo, que renunciaba a lo práctico en favor de lo mágico. Las palmeras mancillaban las fachadas con sombras oscilantes.

Después de recorrer el casco antiguo durante al menos diez minutos, Hamza se detuvo en un cruce muy concurrido y aparcó.

—¿Qué hace? —preguntó Florence.

—Ya hemos llegado —contestó el chófer.

Florence echó un vistazo alrededor. Habían pasado por varias callejuelas pintorescas, pero aquella no era una de ellas. Atronaba la música en el restaurante de la esquina. La tienda de al lado vendía neumáticos y baterías de coche. Una decena de hombres estaban repantigados en sillas de plástico blancas al borde de la carretera (llamarlo acera habría sido una exageración).

—Genial —dijo Helen sin entusiasmo.

—No —replicó Florence, meneando la cabeza—. No. —Desdobló la reserva impresa del hotel y volvió a enseñársela a Hamza. Lo había elegido después de horas de investigación. Según TripAdvisor, era «un oasis apartado, rebosante de atractivo local»—. Riad Belsa —le dijo, clavando furiosa el dedo en el papel—. Un oasis apartado, rebosante de atractivo local.

—Sí, es un hotel muy bonito —contestó él amablemente.

Bajó del coche y lo bordeó hasta el maletero. Le entregó su equipaje a un hombre alto y delgado plantado junto al vehículo. Aquel, a su vez, echó las maletas a una carretilla grande que tenía al lado y enfiló, empujándola, un callejón estrecho y mal iluminado.

—Espere —le pidió ella en vano.

—No puedo avanzar más con el coche —le explicó Hamza con paciencia—. Este hombre las acompañará el resto del camino.

—Esto no pinta bien —le dijo Florence a Helen en voz baja.

Helen se encogió de hombros y hurgó en la cartera en busca de una propina para Hamza.

—Yo estoy tranquila. Ese hombre lleva el nombre del hotel en el uniforme.

Florence siguió de mala gana a Helen por el sombrío pasaje.

—No sé si esto es buena idea —susurró.

—El pánico es un desperdicio de energía, Florence.

Siguieron al de la carretilla por el laberinto. Cada giro revelaba otro corredor en penumbra, desierto salvo por algún que otro gato escuálido que se escabullía pegado a las paredes. Florence intentó encontrar indicaciones de las calles, pero ninguna parecía tener nombre. Jamás saldrían de allí por su cuenta.

En aquel instante se oyó la llamada a la oración procedente de la mezquita de Kutubía. A Florence le pareció un gemido triste y lastimero. Alzó la vista, pero allí los edificios eran demasiado altos y estaban demasiado pegados para poder ver el minarete.

Por fin giraron hacia un callejón sin salida y vieron una historiada puerta de madera tallada con una placa dorada que proclamaba que se trataba de Riad Belsa. Florence reconoció la entrada por las fotos de TripAdvisor. El hombre sacudió una aldaba grande de latón, y abrió la puerta una mujer corpulenta y sonriente con hiyab. Las saludó muy cariñosa con un *«salaam alaikum,* buenas tardes, *bienvenue»* y las condujo por un patio pequeño hasta otro más grande presidido por una fuente en la que borbotaba el agua. Estaba repleto de limoneros, naranjos y granados de copas frondosas y ramas vencidas por el peso. En los suelos y las paredes resplandecían los baldosines negros, rojos y verdes. Las sentó a una mesa escondida bajo una maraña de enredadera y al poco volvió con un plato de dátiles y dos vasitos de leche perfumada de agua de azahar. Florence miró alrededor, aliviada.

Enseguida llegó un hombre que vestía un traje de tres piezas y se sentó con ellas.

—Buenas tardes —les dijo en su idioma, que hablaba a la perfección. El peine había dejado ondulaciones rígidas en su luminoso pelo negro—. Bienvenidas a Riad Belsa. Soy Brahim, el director. —Les preguntó de dónde eran y qué tal había ido el

viaje—. Si me lo permiten, pasemos a las formalidades de rigor. Después podrán disfrutar de su estancia sin preocupaciones. —Deslizó por la mesa dos impresos—. Necesitamos algunos datos para la policía. Nos exigen que presentemos todas las noches estos formularios con información de los nuevos huéspedes. Nos hemos tomado la libertad de rellenarlos con los datos de su reserva, pero falta añadir la profesión y firmar ahí y ahí. —Florence examinó el formulario, en el que ponía *Bulletin Individuel d'Hotel,* y su nombre, su dirección y su número de pasaporte ya estaban escritos—. ¿Puedo preguntar a qué se dedican? —dijo Brahim. Helen y Florence contestaron «escritora» y «asistente», a la vez —. Asistente, eso está muy bien —dijo él, señalando a Florence con la cabeza—, pero, por favor, no ponga «escritora» porque llamará mucho la atención de la policía. Pensarán que está escribiendo artículos políticos o algo poco favorecedor sobre nuestro país. Nos pedirán que les digamos dónde ha estado, qué ha estado fotografiando. Será una pesadilla, se lo aseguro. Ponga «comercial», «gerente» o algo así. Es lo mejor.

A Helen pareció encantarle la petición de falsear su identidad.

—Gerente, entonces —dijo—. ¿De qué?, ¿de una fábrica?

—Con gerente vale —contestó Brahim amablemente.

—Fabricamos engranajes, sobre todo —prosiguió Helen, casi emocionada—. Para motores de barco. Para todo tipo de embarcaciones, en realidad. Si flota, podemos equiparla… de engranajes. Igual habría que trabajar un poco más en el eslogan, ¿no te parece, Florence?

Florence sonrió con vacilación. No estaba acostumbrada a ver aquel lado bromista de Helen.

—Con «gerente» bastará —repitió Brahim—. Y solo se van a alojar aquí una noche, por lo que veo —dijo, consultando su iPad. Asintieron las dos. Al día siguiente, irían en coche hacia el oeste, a Semat—. En ese caso, ¿podría sugerirles una ruta para su breve estancia en nuestro establecimiento? El Badi es un palacio en ruinas que no está muy lejos de aquí. Espléndido. Merece la pena visitarlo. Y deben dar un paseo por los zocos. Les proporcionaremos, encantados, una lista de los vendedores

más reputados: piel, joyas, cualquier cosa que busquen…

—Mmm… Ya veremos —objetó Helen.

Florence sabía que no le gustaba que le organizaran la vida; lo había descubierto cuando le había propuesto que se desviaran hacia la cordillera del Atlas, camino de la costa. Helen la había mirado fijamente durante unos incómodos segundos y luego había salido sin más de la habitación.

—Le garantizo que es completamente seguro, *madame* —dijo Brahim, malinterpretando la reticencia de Helen—. Hay decenas de policías de paisano en los zocos cuyo único cometido es proteger a los turistas. Se hacen pasar por borrachos, chusma, recostados en los edificios, sentados en el suelo, pero en cuanto ven algo, actúan —dijo, dando una fuerte palmada que resonó por todo el patio.

—¿En serio? —preguntó Florence sorprendida.

—Uy, sí. En Marrakech todo el mundo se hace pasar por quien no es —añadió con un guiño de ojo.

—Creo que nos vamos a retirar a nuestras habitaciones —anunció Helen, poniéndose en pie.

Parecía haberse desinflado de repente. Florence tuvo que recordarse que Helen no estaba mucho más habituada que ella a viajar por el extranjero. Pasaban de las cuatro de la tarde en Marrakech y llevaban despiertas más de veinticuatro horas. La curiosidad que pudiera inspirarles la ciudad se había visto debilitada por la fatiga y el desfase horario.

—Por supuesto, *madame*. —Brahim las llevó por una escalera de caracol hasta la segunda planta—. Esta es una *riad* tradicional marroquí —les explicó—. Está construida en torno al jardín abierto de la planta baja.

Arriba, Florence se asomó por la barandilla de hierro forjado al patio inferior, iluminado por el sol del atardecer. Sus habitaciones estaban una enfrente de la otra, a ambos lados del patio interior. Pararon primero en la de Helen. Florence y ella quedaron a las siete abajo, para cenar.

Luego Brahim acompañó a Florence a la suya. Cuando cruzaba el umbral abovedado, observó que había un soporte en forma de abrazadera en la puerta y otro igual en el marco. Parecía una de esas cosas por las que se puede pasar una

varilla o el palo de una escoba para encerrar a alguien dentro.

Se preguntó un instante por qué habrían instalado algo así, pero estaba demasiado cansada para darle mayor importancia. Lo único que quería era dormir. Si alguien quería encerrarla dentro, adelante.

# 22

Florence despertó con dolor de cabeza y un amargor en la boca seca. A duras penas, fue saliendo del fuerte aturdimiento. Las sábanas estaban empapadas y enmarañadas. Se notaba en las venas los efectos secundarios del subidón de adrenalina. Intentó recordar sus sueños, pero salieron disparados como peces. Iba corriendo. La perseguían.

Se obligó a incorporarse y se masajeó enérgicamente la cara. Miró el móvil. Las seis y cuarto de la mañana. ¿Cómo era posible? ¿De verdad había dormido catorce horas? Bajó pesadamente de la cama y entró en el baño con las piernas agarrotadas. Se echó en la cara un puñado tras otro de agua fría.

Poco a poco, la realidad de su entorno se volvió más concreta. Estaba en Marrakech. Había quedado con Helen para cenar la noche anterior, pero debía de haberse dormido. Y ese día se iban en coche a Semat.

Florence se dio una ducha y se puso la primera ropa que encontró al abrir su bolsa de deporte: unos vaqueros y una camiseta arrugada. En el rellano, pegó el oído a la puerta de Helen, pero no oyó nada. Se asomó por la barandilla al patio inferior. La vio sentada a una mesa, a la sombra de un naranjo, con un café solo delante. Llevaba un impecable vestido blanco de lino y unas sandalias de piel atadas a los tobillos.

Se sentó enfrente de ella.

—Pensaba que te habías muerto —le dijo Helen con alegría.

—Y yo.

—Me habrías echado a perder los planes.

—Ja, ja.

—Café —le dijo, señalando una jarra de plata que había en una mesa de bufé montada a la sombra.

Cuando volvió con una taza, Florence se disculpó.

—No sé qué me ha pasado. ¿Cenaste al final?

Helen ignoró la pregunta.

—He pensado que, antes de salir de la ciudad hoy, podíamos visitar El Badi. He vuelto a hablar con Brahim esta mañana y de verdad suena espectacular. El Badi significa 'el incomparable', ¿no es fabuloso? Por lo visto es uno de los noventa y nueve nombres de Alá, algo que me hace sentir muy poca cosa, dado que yo solo tengo dos. Vamos en cuanto desayunemos y luego vas a por el coche.

Cuando planificaban el viaje, Florence había propuesto que contrataran un chófer que las llevara a Semat, pero Helen se había empeñado en alquilar un coche.

—Los árabes no saben conducir —había dicho con la misma naturalidad con que uno dice «Me crie en Boise».

Después de desayunar, subieron a sus habitaciones a por unas cuantas cosas y se reunieron en el rellano. Helen le dio su cartera, su móvil y su tabaco.

—¿Te importa? No me apetece llevar bolso.

—No, claro —contestó Florence, y los metió en su bolso ya repleto.

Les llevó un tiempo salir del oscuro laberinto en que se encontraba el hotel. Los edificios eran tan altos que apenas entraba la luz del sol y estaban tan pegados que Florence podía tocar la fachada de ambos lados a la vez. Algunos, observó al mirarlos de cerca, estaban forrados de un revestimiento sintético que simulaba la piedra.

Brahim les había asegurado que El Badi estaba a escasa distancia a pie, pero no habían contado con lo que les costaría orientarse. Llegaron por fin al cruce grande donde las había dejado el chófer el día anterior, del que brotaban carreteras más anchas y con más tráfico. Coches, ciclomotores, peatones y burros se disputaban el espacio. Los burros parecían escuálidos y desgraciados, todos tirando de carretas casi idénticas con materiales de construcción: sacos de hormigón, ladrillos y barras de refuerzo que arrastraban y arañaban a su paso el suelo polvoriento. Varios taxis, viejos Mercedes de color ocre de los ochenta, se detuvieron a su lado, pero se deshicieron de ellos con un gesto y siguieron andando. Apenas eran las nueve

de la mañana, pero ya hacía calor. Florence se arrepintió de haberse puesto pantalones.

Muchas de las tiendas por las que pasaban tenían el género esparcido por el suelo, a la entrada, y este inundaba también las concurridas calles en una extraña mezcla de lo exótico y lo pedestre: tortugas vivas, calcetines envueltos en plástico, paraguas de niño, bolsitas de pigmentos y especias y alubias, pañales, gafas de sol, montones resplandecientes de carne cruda… Todo ello supervisado por hombres siniestros con chilaba. Un gato pasó disparado por su lado con la cabeza de un ave en la boca.

Cuando llegaron a El Badi, Florence ya estaba acalorada e irritada. Pagaron setenta dírhams, como unos siete dólares estadounidenses, por entrar y se encontraron de pronto en un gran complejo al aire libre asombrosamente silencioso y tranquilo. El palacio acababa de abrir y, al parecer, eran las primeras en llegar, después de los vigilantes.

Florence leyó el folleto que les habían dado con las entradas y se lo resumió a Helen.

—El palacio lo encargó el sultán en 1578 y se terminó quince años después. Cien años más tarde, un nuevo sultán lo desvalijó y con los materiales se construyó su propio palacio en Meniquez…, no, espera, Mequinez, en el norte.

Helen le arrebató el folleto de las manos y empezó a abanicarse con él.

—Aquí hace un calor de mil demonios —espetó.

—Es el *chergui* —respondió Florence.

Helen se largó a un jardín hundido en el centro del patio. Florence se arrimó a los altos muros, donde había un poquitín de sombra. Pasó las manos por la superficie áspera, picada con los mismos agujeros grandes que la muralla de la medina, solo que allí estaban atestados de palomas apiñadas, centenares de ellas. Su zureo tenía la tonalidad relajante de una canción de cuna en una peli de terror. Le cayeron delante unas briznas de paja. Alzó la vista. Unas cigüeñas enormes la miraron impasibles desde lo alto de los nidos medio deshechos construidos en lo alto de los muros. Había mierda de pájaro por todas partes.

Florence bajó por unas escaleras empinadas a una serie de estancias en ruinas, sin techo, con los suelos de mosaico rajados. Allí se oía aún más a las aves. Encontró una hornacina en la pared, a la sombra del sol, y pegó la mejilla a la superficie. La piedra estaba asombrosamente fría. Al poco entró otro turista. Florence estaba medio escondida. Cuando se adentró en la estancia y la vio, dio un respingo.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Qué susto me ha dado!

—Lo siento —dijo ella, saliendo de entre las sombras.

—¿Se esconde?

—Del sol.

—Sí, hoy está muy cabrón. —El tipo tenía el acento y la sonrisa espléndida de un inglés—. ¿De vacaciones?

—Pues no —contestó Florence—. Trabajando.

—Ah, ¿sí? A ver si lo adivino. —La miró de arriba abajo, despacio—. Estudiante de arqueología —dijo, señalándola con un dedo largo y fino.

—Novelista —contestó Florence.

El hombre enarcó las cejas

—Ah, bien hecho —añadió—. Excelente.

Después de mentir, Florence tuvo la misma sensación que cuando te metes en el mar pasado ese punto donde aún puedes huir corriendo de las olas, tan hondo que no te queda otra que abordarlas zambulléndote de cabeza. Tuvo la absurda impresión de que él podía empezar a interrogarla.

Se alejó bruscamente y subió de nuevo a la claridad del sol. Cruzó el complejo, más allá de los naranjales hundidos y los estanques cubiertos de algas. En el lado opuesto, encontró otra escalera que descendía. Bajó por ella y se encontró de pronto sola en medio de una serie de pasadizos oscuros. Entonces vio unas vitrinas llenas de cadenas y grilletes de aspecto primitivo. En la pared había expuestas fotografías descoloridas en blanco y negro de presos desesperados, hechos un ovillo. Volvió corriendo arriba, a la luz del sol.

Helen estaba a la sombra, pelándose una naranja y produciendo con sus pulseras de nácar un soniquete que acompañaba sus movimientos.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Florence. La

otra señaló con la cabeza los naranjos del jardín hundido—. ¿La has cogido sin más?

Helen se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Para quién es?, ¿para las cigüeñas?

Florence contempló celosa el zumo que le corría por la muñeca, pero ella carecía del descaro suficiente para coger una. Miró a uno de los vigilantes, un chaval de veintitantos con la cara llena de acné, tecleando algo en su móvil. Como sintiéndose observado, levantó la vista. Florence desvió enseguida la mirada.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

Helen se sacó de la boca un pipo, lo sostuvo al sol con dos dedos y lo lanzó al aire de un golpe seco.

—¡Vámonos! —contestó.

Se separaron a la entrada del palacio y quedaron en verse al cabo de una hora en el cruce del hotel.

—Ah, espera, que necesito mis cosas —dijo Helen, volviéndose.

Florence sacó el móvil, la cartera y el tabaco de su bolso y se los dio. Helen se guardó el tabaco y el móvil en el bolsillo del vestido, pero abrió la cartera y sacó su carné de conducir. Se lo dio a Florence.

—¿Y esto para qué?

—Para el alquiler del coche. Supongo que te pedirán un carné con el mismo nombre que la tarjeta de crédito con la que se ha hecho la reserva.

Florence miró la foto. Lo ladeó y vio cómo el holograma reflejaba la luz.

—¿Tú crees que colará?

Las dos eran rubias y menudas, pero nunca se había atrevido a suponer un mayor parecido.

—Pronto lo sabremos.

# 23

Florence emprendió el camino hacia el oeste, con el sol a su espalda. La agencia de alquiler estaba fuera de la medina. Brahim le había dicho que era un trayecto de unos veinte minutos a pie.

—Cruce la plaza de Jemaa el-Fnaa —le había sugerido, señalándosela en el mapa donde se lo estaba marcando—. Es uno de los lugares más célebres de Marrakech. Es donde solían ajusticiar a los presos. Después de pegarles un tiro, les cortaban la cabeza y la clavaban en una… ¿Cómo se dice? —preguntó chascando los dedos.

—¿Una pica? —respondió Florence con vacilación.

—¡En una pica! Eso es. Clavaban las cabezas en una pica, como dice usted, y las exhibían a la entrada de la ciudad. A modo de advertencia.

—Ah.

—También se puede hacer un tatuaje de jena en las manos, muy bonito.

La plaza de Jemaa el-Fnaa resultó no ser una plaza ni mucho menos, sino una explanada grande de forma irregular, rematada por el Café de France en un extremo. Helen y ella la habían cruzado esa mañana, cuando estaba vacía, sin saber lo que era. Ahora empezaba a cobrar vida. En las mesas, a la sombra de carpas y sombrillas, torres de naranjas esperaban a que las convirtieran en zumo. Un anciano de voz ronca mantenía cautivado a un grupo de turistas de los que van siempre con la cámara a cuestas. Supuso que se trataba de uno de los cuentacuentos públicos sobre los que había leído. Más turistas aún, sentados a la sombra, dejaban que les dibujaran intrincados diseños en las manos y las muñecas.

Un tipo se acercó a Florence sosteniendo en alto una serpiente negra escuchimizada, dispuesto a enroscársela en los

hombros.

—No, gracias —dijo ella, apartándose. Él insistió—. No —repitió Florence con mayor rotundidad.

El hombre rio.

—No tenga miedo.

A Florence le fastidió. No tenía «miedo». ¿Acaso era esa la única razón aceptable para no querer que te colgaran una serpiente del cuello? Lo esquivó y siguió caminando. Las irritantes carcajadas del individuo la persiguieron.

Por fin había dado con el exotismo de Marrakech, aunque fuera un exotismo pensado para turistas, pero a ella ya no le interesaba. Tenía calor. Estaba cansada.

Llegó al borde de la medina. Delante de una de las puertas de la muralla había un edificio espléndido, flanqueado por un trío de guardias con uniformes de distintos colores. Sacó el móvil para hacer una foto y los tres se pusieron a gritarle a la vez. Uno de ellos empezó a cruzar la calle hacia ella, sin dejar de vocear. Varios transeúntes se volvieron a mirar. Notó que se le encendía la cara y guardó el móvil en el bolso. Se disculpó con gestos y el guardia se retiró. Una mujer que vestía burka la inspeccionó; el sol producía destellos en sus gafas. Florence salió corriendo y pisó una caca, de burro, supuso.

Tardó treinta minutos en encontrar la agencia de alquiler de coches y, cuando por fin lo hizo, iba rebozada de polvo. Se le adhería a la piel húmeda y le vibraba en las pestañas. Hasta lo masticaba.

—*De l'eau?* —le dijo al adolescente escuálido del mostrador, con su francés entelarañado de la universidad—. ¿Agua? —añadió, haciendo un gesto de beber.

El adolescente negó con cara de pena. Florence suspiró y le dio la reserva impresa.

—*Un moment* —contestó él, y desapareció tras una puerta de contrachapado astillada.

Había dos sillas plegables pegadas a la pared. Florence se sentó en una y echó la cabeza hacia atrás. En el techo traqueteaba un ventilador.

El adolescente volvió con un hombre mayor que la saludó en su idioma. Ella le entregó el carné de conducir de Helen. Él

le echó un vistazo rápido y volvió a deslizarlo por el mostrador.

—Venga —le dijo.

Salió a la calle con él. Las sandalias de plástico del hombre le golpeaban ruidosamente la planta de los pies. Tenía los talones repletos de profundas grietas secas.

El garaje estaba al lado. El hombre la llevó hasta un Ford Fiesta blanco y lo señaló con solemnidad.

—Nuevecito —sentenció, dándole unas palmaditas en el techo.

Ella le dio las gracias y él se hizo a un lado y la observó mientras subía. Florence puso el aire acondicionado a tope. Al principio el aire salía caliente y olía a rancio, como el aliento de un ser humano, pero no tardó en empezar a enfriar y secarle el sudor de la piel. También la libró del atolondramiento acentuado por el calor que llevaba encima desde que se había despertado. El tipo de la oficina seguía allí plantado, observándola. Ella metió la marcha atrás y a punto estuvo de atropellar a una anciana mientras maniobraba para sacar el vehículo de allí e incorporarse al frenesí del tráfico rodado.

# 24

Cuando Florence por fin detuvo el coche, quince minutos después, Helen estaba plantada en el cruce, al lado del mismo hombre con la misma carretilla cargada con su equipaje. Helen llevaba un sombrero de paja de ala ancha, que se puso en el regazo al subirse al vehículo.

—¿Nuevo? —le preguntó Florence, señalándolo.

—Sí, lo he comprado camino del hotel. Cuarenta dírhams. Brahim tenía razón: la visita al zoco ha sido increíble.

Florence cabeceó afirmativamente y sonrió. Descansó la cabeza en el asiento un momento. Tenía todo el cuerpo en tensión. No había entendido ninguna de las señales de tráfico del trayecto. Casi había chocado con un coche de caballos en el que viajaban dos turistas aterrados. El hombre del hotel cerró el maletero y le dio una suave palmadita. Florence ni se inmutó.

—Florence, vamos —soltó Helen, cascándole los dedos, en broma, a lo mejor, aunque seguramente no.

—Perdona —contestó ella, incorporándose.

Agarró el volante y metió la marcha.

Cuando llevaban más o menos una hora de viaje, se estropeó el aire acondicionado. Helen se inclinó hacia delante y abrió y cerró en vano la rejilla de ventilación varias veces; luego se dejó caer con fuerza sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos. Aún les quedaban otras dos horas de viaje.

Florence apagó el aire acondicionado y bajó las ventanillas. El viento las atravesó con un aullido, alborotándoles el pelo como si estuvieran bajo el agua.

Florence perdió un poco el control cuando las adelantó un camión.

—Madre mía, Florence…, ¡ten cuidado! —espetó Helen.

Helen no había abierto los ojos y tampoco llevaba puesto el cinturón. Nunca se lo ponía. Florence se preguntó qué pasaría si tenía que dar un frenazo. La cabeza de Helen seguramente botaría en el salpicadero como un balón de fútbol.

No había mucho tráfico. Pisó el acelerador y vio cómo subía la aguja. No tardaron en llegar a una curva y tuvo que aminorar la marcha. El sol ya estaba más bajo y sus rayos se colaban entre los árboles. Helen abrió los ojos y puso la radio; luego la apagó. Se encendió un cigarrillo. No podía sacar la mano por la ventanilla porque el viento se lo iba a arrebatar de los dedos. A Florence se le enganchó el humo a la garganta.

Viajaron otra hora en silencio. Cuanto más avanzaban, más seco y polvoriento era el paisaje. Marrakech, por lo que había leído, era en realidad un oasis en el desierto. Allí, en la autopista, no había nada de la exuberancia ni el colorido de la ciudad. El calor y la constante vibración de las ruedas en la calzada las dejó en trance. Empezaron a despejarse solo cuando notaron que el aire que se colaba en el coche era distinto. Se había enfriado unos grados y era más limpio y agradable. A Florence le pareció oler el mar. Los alrededores eran más verdes también. Miró de reojo el mapa del móvil. Parecía que estaban a diez o quince kilómetros de Semat.

La carretera se arrimaba a un descenso pronunciado que bordeaba el acantilado. A sus pies, el Atlántico espumaba y se agitaba. A lo lejos, el sol se reflejaba en su superficie. Le costaba creer que aquella fuera la misma masa de agua junto a la que ella había crecido. ¡Qué decepcionantes debía de encontrar el océano los almacenes sin tejado de Florida después de ver las murallas y los minaretes de Marruecos!

La carretera del acantilado tenía el ancho justo para dos carriles y, a veces, cuando venía de frente un coche o una moto, Florence se veía obligada a bajar la velocidad casi hasta frenar. No paraba de secarse las manos sudadas en la tapicería.

Un camión con cubierta de lona se le pegó al parachoques trasero y le soltó un bocinazo impaciente. Al final la adelantó con el tiempo justo para ocupar de nuevo el carril derecho justo antes de que un coche que venía por el otro lado tomara la curva. Los bocinazos mutuos crearon un alboroto que

distrajo a Florence.

Por fin la carretera se apartó del borde del acantilado y al poco Florence giró a la izquierda para incorporarse a una más pequeña cuyo nombre coincidía con el de la documentación del alquiler. Inspiró hondo por la nariz mientras subían a trompicones por la calle tranquila. Olía a tierra húmeda.

La calle las llevó cuesta arriba por una pendiente pronunciada y pronto se alzó delante de ellas una casa blanca ribeteada de un azul intenso, otra *riad,* supuso Florence. Se encontraba encaramada, solitaria, en lo alto de una loma empinada. Pasaron junto a una roca grande que habían pintado de blanco con «VILLA DES GRENADES» escrito en azul.

—*¿«Des Grenades»?* —se había preguntado Florence en voz alta cuando la habían reservado—. ¿Como las granadas de mano?

—Como las granadas de comer —la había corregido Helen.

Florence cruzó la verja y aparcó el coche a la entrada. Se recostó en el asiento. Tenía todo el cuerpo pringoso.

Salió de la casa una mujer robusta de pelo gris y sesenta y tantos años. Enfiló el sendero cojeando un poco. Helen y Florence bajaron del coche para saludarla.

La mujer se adelantó y le estrechó la mano a Florence.

—*Bonjour, mesdames, bienvenue* —dijo.

—¿Habla nuestro idioma? —le preguntó Helen.

—Sí, un poco —contestó la mujer con una sonrisa tímida.

Se presentó como Amina y les contó que llevaba más de veinte años trabajando en Villa des Grenades, que se encargaría de todas las comidas, de la compra y de la limpieza, y que cualquier cosa que necesitaran se la pidieran a ella. Vivía en esa misma calle, les dijo, señalando colina abajo. Quiso llevarles el equipaje, pero Florence insistió en llevarlo ella misma.

Al entrar en la casa, a Florence le dio un pequeño ataque de pánico. Faltaban trozos grandes de baldosa en el suelo y el moho había encontrado refugio en todos los rincones. La enredadera extendía sus largos zarcillos por las ventanas y trepaba por las paredes y los techos. Había manchas marrones donde las malas hierbas habían hecho de las suyas antes de

que las arrancaran. Le recordaron el rastro pegajoso que dejaban las babosas de su pueblo.

En el piso de arriba, las paredes y los suelos se hallaban en un estado de abandono similar, pero al menos las sábanas parecían limpias y corría agua caliente y fría. Igual que en el hotel, la segunda planta daba al soleado patio interior de la planta baja.

Al fondo de la casa, una terraza grande con suelos de pizarra se extendía hasta una piscina pequeña a la sombra de unas palmeras cuyos troncos greñudos de corteza suelta con aspecto de arpillera daban la impresión de haber sido sorprendidos mientras se desnudaban. La piscina solo tenía tres cuartos de agua, cubierta por una capa gruesa de algas verdes. Los insectos paseaban intrépidos por la superficie. Tres tumbonas destrozadas se encontraban dispuestas alrededor del borde, con las correas de vinilo rotas arrastrando por el suelo. Amina señaló un montón de toallas limpias y muy bien dobladas sobre una mesa cercana y Helen soltó una carcajada.

—Voy a llamar a la agencia —dijo Florence—, a ver si hay alguna otra cosa disponible. Te prometo que en las fotos de su web no tenía este aspecto.

Helen también había visto las fotos y había dado el visto bueno a su elección.

—No pasa nada —espetó—. No pasa absolutamente nada.

Helen quería trabajar un poco en la novela esa tarde, así que se instalaron en el salón grande y luminoso de la planta baja, cuyas puertas daban tanto a la terraza del fondo como al patio embaldosado del centro de la casa. Escribía en arrebatos frenéticos, paseando furiosa el bolígrafo por el papel, incluso haciendo algún agujero en la página de vez en cuando.

Florence la observaba desde el sofá de enfrente. También ella tenía un cuaderno en el regazo y un bolígrafo en la mano, pero no había escrito nada.

«Una frase —se dijo—. Solo una frase.»

Escribió: «Yo soy…».

La segunda frase más corta del idioma.

«Yo soy… ¿qué? ¿Qué soy?»

Le puso el capuchón al bolígrafo. Volvió a mirar a Helen, que fruncía el ceño, concentrada.

Florence dejó el cuaderno de mala gana en la mesa de centro, provocando con ello la mirada enojada de Helen; se levantó y salió a la terraza. Se tendió en una de las tumbonas y cerró los ojos. Eran casi las siete de la tarde, pero el aire aún era caliente. Escuchó el murmullo de las palmeras y el parloteo de los pájaros.

Se sintió traicionada. Había renunciado a su madre, ¿no? ¿Por qué seguía sin ser capaz de escribir? ¿Dónde estaba el extraordinario torrente de inspiración que se le había prometido? ¿O acaso esa era solo la recompensa de Helen?

La estridencia del canto de los pájaros empezó a irritarla. Volvió adentro y miró el correo de Helen en el portátil, que había instalado en un escritorio de madera tallada de un rincón del comedor. Había unos cuantos correos de Lauren, la asistente de Greta, pero nada urgente. Y un mensaje personal en la cuenta de Helen Wilcox.

—Tienes un correo de Sylvie Daloud —le dijo.

Helen alzó la vista y parpadeó unas cuantas veces.

—Perdona, ¿cómo dices? Estaba a otra cosa.

—Que tienes un correo de Sylvie Daloud. Dice que va a sacar su abono del Met para la próxima temporada y quiere saber si te apetece coordinar vuestros agendas para algunas de las funciones.

Helen dejó el cuaderno y el bolígrafo en la mesa de al lado.

—Vale, luego le contesto.

Florence asintió con la cabeza y cerró el portátil.

—Helen, sé que es una pregunta tonta, pero… ¿cómo sabes de qué escribir?

Helen la miró extrañada.

—¿Que cómo sé de qué escribir? Creo que lo estás entendiendo al revés. Cuando escribí *Foxtrot de Misisipi,* no es que decidiera hacerme escritora y luego buscara una trama. Tenía una historia que necesitaba contar y la escribí.

—Ah —contestó Florence, desinflada, aunque no tenía claro qué había querido decir: ¿que tenía EN MENTE una historia o que era algo ocurrido en realidad? Bueno, ella no tenía

ninguna de las dos cosas, así que daba igual—. ¿Y ahora? —añadió—. ¿El proceso es el mismo con la segunda novela?

—Bueno, no. No exactamente.

Hizo una pausa tan larga que Florence pensó que la conversación había terminado. Luego dijo:

—A veces tienes que crear tu propia historia.

—¿A qué te refieres?

—Todas las historias deben basarse en la realidad; de lo contrario, no parecen auténticas. Pero la realidad, claro, es maleable.

—¿En serio?

—¿Cómo me preguntas algo así? Pues claro. Tú tomas tus propias decisiones. Actúas. Este… viaje es una forma de alterar tu realidad —le dijo, señalando alrededor.

—Imagino —contestó Florence.

Supuso que había alterado su realidad: de no haberle enviado aquellas fotos a Simon, no estaría en Marruecos con Helen. ¿Era eso material para una novela? A lo mejor su viaje de Florida a Nueva York y de Nueva York a Marruecos era trama suficiente. ¿Qué sabía ella, en realidad, de mujeres que se comían a sus maridos? Lo que conocía bien era su vida, que a lo mejor empezaba a ser por fin lo bastante interesante como para escribir sobre ella.

Amina les sirvió la cena en la terraza, entre las palmeras agitadas por el viento. Habían comprado una botella de whisky en la tienda libre de impuestos del aeropuerto de Lisboa y se sirvieron un buen trago cada una.

Amina fue sacando un plato tras otro de comida: sopa *harira,* con garbanzos y lentejas; puré de calabaza con especias; berenjena triturada; un plato de aceitunas oleosas; pan de pita de sésamo, que a Florence le recordó a la parte inferior de una magdalena inglesa, y, por último, un humeante tayín de cordero con ciruelas. Tuvieron las servilletas debajo del plato mientras comían, para que el viento no se las llevara. En el cielo, una media luna nítida y luminosa.

—Dios, ¿no te pareció precioso El Badi? —dijo Helen, rellenando los vasos de whisky.

—No sé si yo lo llamaría «precioso». Está en ruinas.

—Pero te puedes imaginar el aspecto que debió de tener en todo su esplendor. La envergadura de aquello, un verdadero disparate. Trescientas sesenta habitaciones. Mármoles italianos. Oro sudanés. Menudo proyecto. Todo un argumento en contra de la democracia, desde luego.

—¿Y eso?

—Bueno, obviamente en democracia no habría podido construirse. Igual que las pirámides de Egipto o el palacio de Versalles. Pero ¿no nos alegramos de tenerlos? ¿No nos satisface saber de qué proezas de belleza es capaz el ser humano cuando actúa sin limitaciones? Supongo que la democracia es «justa» —dijo Helen, entrecomillando la palabra —, pero ¿por qué hemos de aspirar siempre a la justicia? ¿Qué hay de la grandeza? A veces no son compatibles.

—No sé. ¿No habría que pensar también en la igualdad?

—Habría que pensar en todo, Florence, pero si todos somos iguales, todos somos intercambiables. Es un elemento nivelador. —Florence no supo qué responder—. Dime una cosa: de pequeña, ¿de verdad te parecía que los que te rodeaban eran tus iguales? —Florence se encogió de hombros, sin mojarse—. No, Florence. Te conozco. Te creías mejor que ellos. —Hizo una pausa—. Y me da que tenías razón.

—Puede —masculló Florence.

Le dio un sorbo a su whisky y miró a otro lado para ocultar su sonrisa.

—Te lo aseguro —prosiguió Helen—: si te pasas la vida buscando justicia, te hartarás. La justicia no existe. Y si existiera sería aburrida. No habría sitio para lo inesperado. Pero si buscas la grandeza, es decir, la belleza, el arte, la trascendencia…, ahí es donde están las recompensas. «Eso» es lo que hace que la vida merezca la pena. —Helen dejó el vaso de golpe en la mesa, salpicando un poco—. Estoy convencida de que algunas de las personas que me han conocido no creen que sea justo que mi vida haya dado el giro que ha dado. Y yo qué sé, igual tienen razón. Pero quiero que entiendas una cosa: no cambiaría absolutamente nada de lo que he hecho. NADA.

A Florence le encantaba que Helen le hablara así, como a

una discípula digna. La halagaba que la hubiera llevado con ella de viaje. Como asistente, sí, pero tampoco tenía gran cosa que hacer. Helen estaba gastando un dineral en tenerla allí para que mecanografiara una hora al día. A lo mejor, se dijo, solo buscaba su compañía. Porque, en el fondo, le caía bien.

—Helen… —dijo sin poder contenerse, presa de una súbita osadía.

Helen tarareaba y tamborileaba suavemente con los dedos en el mantel.

—¿Ajá…? —contestó, levantando la vista.

—¿Qué hay de cierto en todo ello?

—¿En qué?

—En *Foxtrot de Misisipi*.

Helen meneó la cabeza.

—¿Y qué más da? Nunca he entendido la obsesión de la gente con «los hechos».

—No sé —dijo Florence, encogiéndose de hombros—. Supongo que no cambiaría nada. Solo que me gustaría saberlo.

Helen se la quedó mirando un momento. A Florence le preocupó haberse extralimitado.

—¡Va, a tomar por culo! —espetó la otra de pronto—. Tampoco es que se lo vayas a contar a nadie.

—Claro que no.

Helen le dedicó una breve sonrisa de satisfacción.

—Ruby —contestó al fin.

Florence esperó a que se explicara. No lo hizo.

—¿Ruby QUÉ? ¿Ruby es real?

La otra asintió despacio.

—Ruby es real. Salvo por el nombre. —Hizo una mueca—. Dios, detesto el nombre de Ruby. No sé en qué estaba pensando. No le pega nada.

—¿Cómo se llama en realidad?

Helen sonrió con nostalgia, soñadora.

—Jenny. Era mi mejor amiga. —Hizo una pausa para encenderse un cigarro—. Mi padre, como habrás deducido de la novela, era un capullo inútil y mi madre, no sé, apenas estaba ahí. Estaba derrotada. Esperando morir, creo yo. Y así fue, cuando yo tenía ocho años. Así que solo me quedaba

Jenny. Éramos Jenny y yo. —Suspiró—. Y entonces mató a aquel hombre y se acabó todo. —Chascó los dedos—. Nuestra amistad. Mi infancia. Todo. Mi mundo entero.

—¿El asesinato fue real? —preguntó Florence con los ojos como platos.

—Bueno, no todos los detalles. No era un tío que estaba de paso en el pueblo; había vivido allí más tiempo que nosotras. Luego, cuando Jenny cumplió los quince, se obsesionó con ella de forma enfermiza. La seguía a todas partes, le pedía salir, la esperaba a la puerta de su casa… Al final ella se hartó. Le pegó un tiro con la escopeta de su padre.

—¡Qué horror!

Helen la miró sorprendida.

—¿Te lo parece? Si te digo la verdad, a mí jamás me ha horrorizado. Ni mucho menos. Me sentía… ¿qué? Orgullosa. Celosa también, a lo mejor. Había llegado adonde ninguno de nosotros había llegado jamás. Me contó que, después de decidir pegarle un tiro pero antes de apretar el gatillo, todo se intensificó: todos sus sentidos, sus emociones, todo. Oía cómo se expandían sus pulmones, cómo bombeaba la sangre por sus venas… Y sentía que una energía colosal le recorría el cuerpo entero, una especie de electricidad. Y yo no sabía nada de eso; no podía empatizar en absoluto. Era como si ella hubiera entrado en un club en el que a mí no me aceptaran. Me sentí una impostora. Había estado fingiendo ser adulta, cómplice, fría, cínica, pero ella era algo más. Ella era auténtica. Y eso me acobardó. Ya no pude seguirla más. Había ido a un sitio al que yo no podía ir. Me había dejado atrás.

Abstraída, buscó a tientas su cajetilla de tabaco por la mesa. Sacó un cigarrillo y lo encendió con la colilla del que llevaba en la mano. Florence guardó silencio, deseando que continuara, pero no lo hizo. Se limitó a fumar y mirar al infinito.

—¿Qué fue de ella?

—La condenaron a veinticinco años.

—Pero en la novela…

—¡En la novela!

—Ya, en la novela. En la novela eras TÚ. Maud era la

asesina.

—Ah, porque la historia resultaba mejor así —dijo, quitándole importancia—. Bueno, igual también fue un poco por los celos. Quería experimentar aunque solo fuera una sombra de lo que había vivido ella.

—¿Jenny sigue allí?

—¿Dónde?

—En la cárcel.

Helen volvió en sí. Florence había roto el hechizo.

—Sí, claro.

Entonces Helen exhaló con fuerza y abrió mucho los ojos.

—¡¡Bueeeno!! —dijo, poniendo fin a la conversación—. La charla ha seguido un derrotero inesperado. —Rio un poco y apoyó las manos en los muslos para levantarse—. Y ahora este viejo saco de huesos tiene que irse a la cama. Buenas noches. Mañana vamos al pueblo, ¿vale?, a explorar un poco.

Florence cabeceó afirmativamente.

Al llegar a la puerta, Helen se volvió.

—No hace falta que te recuerde que todo esto debe quedar entre nosotras, ¿verdad? —Florence negó con la cabeza—. Buena chica. —Hizo una pausa—. Me alegro de que hayas venido, Florence.

Luego se desvaneció en la oscuridad de la casa sin esperar respuesta.

# 25

Por la enredadera de la ventana se colaba la luz de primera hora de la mañana y dibujaba sombras ondulantes en la pared que Florence tenía al lado. Miró el reloj. Eran poco más de las ocho. Se incorporó, se sentó al borde de la cama y plantó los pies en el suelo fresco de terracota.

Abajo, Amina había servido el desayuno en la terraza. Había *brioches* recién hechos en un cesto cubierto con un paño limpio, mantequilla derritiéndose en un molde de cerámica y tres tipos de mermelada. Un bol de miel tan densa que la cuchara de madera se sostenía de pie. Tres platos de dátiles, almendras y semillas de granada, y gajos de naranja de ombligo. Tres jarras distintas de zumo.

Florence se sentó y espantó a una especie de gorrioncillo que picoteaba el cesto del pan. El pájaro aleteó hasta una silla cercana.

—Perdona, chiquitín —dijo, tirándole un trocito de *brioche*.

Las plumas de un pájaro pesan más que su esqueleto, recordó haber leído en algún sitio.

Al poco bajó Helen, que se detuvo en el umbral de la puerta y alzó el rostro al sol.

—Dios, qué maravilla —dijo.

Comieron despacio y hablaron muy poco. Las dos estaban algo resacosas. Después de desayunar, Florence miró el correo en el portátil del salón.

—Tienes un mensaje nuevo de Greta —le gritó a Helen, que seguía en la terraza, fumándose un pitillo y mirando al infinito.

—¿Qué dice? —preguntó sin volver la cabeza.

—Que espera que el viaje esté yendo bien, bla, bla, bla, y que quiere hablar de una cosa contigo cuando tengas un segundo.

—¿De qué?

—No lo pone. Solo que la llames.

—Vale.

—¿Le contesto?

—Na. Luego la llamo.

Florence entró en su propia cuenta de correo. Solo tenía un mensaje, de su madre. Lo miró por encima y vio la palabra «traición» antes de cerrar la ventana.

Salieron para el pueblo hacia las diez. En la puerta, Helen volvió a endosarle a Florence todas sus cosas.

—¿Para qué llevas el pasaporte? —le preguntó.

—Lección de vida: lleva siempre encima el pasaporte cuando estés en el extranjero. Nunca sabes qué puede pasar. Además, no me fío de esa mujer.

—¿De Amina? —dijo Florence, riendo—. ¡Venga ya!

—No confundas ingenuidad con compasión. La tuya, digo. No conoces de nada a esa señora.

Florence puso los ojos en blanco, pero, aun así, volvió de mala gana a su cuarto a por su pasaporte.

El centro de Semat estaba a unos quince minutos de la villa, en coche, en la dirección opuesta a la que habían venido. El pueblo estaba amontonado en lo alto de una colina por encima de la costa y rodeado de murallas del mismo color que la playa arenosa. Los muros contribuían a parar los fuertes vientos que soplaban desde el mar y azotaban las olas espumosas de su superficie. En el interior de la medina, donde había pocos coches, un desbarajuste de edificios se dibujaba sobre el cielo de azul intenso. Semat lo habían fundado los bereberes en el siglo I y, en años subsiguientes, lo habían ocupado los romanos, los portugueses y los franceses. En las guías de viaje lo llamaban pueblo de pescadores, pero en la actualidad su economía dependía principalmente del turismo y se conformaban con los visitantes a los que no habían atrapado las localidades costeras más populares de Esauira y Agadir.

Florence aparcó en las proximidades de Place Hassan II, cerca del corazón de la localidad, a la entrada de un edificio con una puerta arqueada pintada de un azul intenso. En una dirección estaban el puerto y la playa; en la otra, el pueblo. Al

bajar del coche, notó algo áspero bajo las suelas de los zapatos. Cuando miró, vio que era arena, arrastrada por el viento desde la orilla.

Preguntó si podían parar en el zoco; había querido ir de compras desde que le había visto el sombrero a Helen. Ya en el mercado, que era minúsculo al lado del de Marrakech, el sol titilaba a través de las esteras colocadas a modo de toldos. En varias mesas había montones enormes de especias; Florence vio las etiquetas de azafrán, comino y *harissa*. En otra había coloridos tayines de cerámica, dispuestos en filas perfectas. Se acercó despacio a un hombre que vendía bolsos de cuero repujado. A su espalda, su socio labraba con un cuchillo un intrincado diseño en una pieza de cuero crudo. Florence cogió un bolsito rojo rígido y lo abrió.

—Doscientos dírhams —le dijo el hombre a cargo del puesto—. Veinte dólares.

Florence estudió el bolso por ambos lados. Se volvió hacia Helen para pedirle su opinión, pero estaba a varios pasos de distancia, viendo a un tipo desplumar un pollo.

—Vale, me lo llevo —contestó y hurgó en el bolso en busca del dinero.

Trasladó el contenido de su bolso al bolsito nuevo y se lo colgó del hombro, satisfecha de contar con un recuerdo del viaje. Se imaginó contándole a la gente dónde lo había encontrado cuando se lo elogiaran. Se acercó a Helen, que había pasado a inspeccionar los tayines, y se lo enseñó.

—¿Te gusta?

—¿Cuánto?

—Veinte dólares.

—De cuánto.

—De nada. Veinte dólares ya me ha parecido una ganga.

—¿No has regateado?

Florence se encogió de hombros.

—Seguro que él los necesita más que yo.

—Esa no es la cuestión. Esta gente respeta a los que saben negociar. Ahora tendrá un motivo más para pensar que todos los americanos somos bobos sin carácter.

A Florence le exasperaba un poco ese empeño de tacharla

siempre de idiota.

—Pues por eso —insistió—, ¿no estaría mal hacerle creer otra cosa?

Helen rio sin ganas.

Salieron del zoco y cruzaron de nuevo Place Hassan II en dirección al puerto. La calle estaba sembrada de puestos donde se vendía pescado fresco a la parrilla. Las columnas de humo inundaban el aire hasta que el viento las disolvía. Había decenas, centenares, quizá, de embarcaciones meciéndose en el agua, la mayoría botes de remos destartalados pintados de un azul intenso capitaneados por un solo hombre, aunque también se veía algún barco de madera más grande y un puñado de yates pequeños y feos. En parte, a Florence le recordó a su pueblo. Cuando estaba en el instituto, su amiga Whitney y ella solían colarse en las embarcaciones vacías del puerto. No se podía pasar al interior, pero se tumbaban en cubierta e imaginaban que eran las propietarias.

Se toparon con un hombre que golpeaba un pulpo contra el suelo. Pararon a mirar.

—¿Qué hace? —preguntó Florence.

—Ablandarlo —contestó Helen—. Es demasiado duro y no se puede comer si no lo golpeas primero.

Almorzaron en la terraza de una de las marisquerías del puerto en vez de volver al centro. La brisa del mar parecía traer más aire denso y caliente. Pidieron las dos pulpo recién pescado (o así se lo vendieron) con distintas verduras a la brasa y varios botellines de la cerveza local, Casablanca. A medida que el sol se fue acercando a su cúspide, la sombra de la sombrilla se fue desplazando y dejó al descubierto las piernas de Helen, que le pidió a Florence que le cambiara el sitio.

—Tu piel joven aguanta mejor el sol —le dijo.

A Florence le fastidió aquella excusa porque solo se llevaban seis años, pero luego se recordó que no estaría allí de no ser por Helen y se levantó enseguida.

Bajo el resplandor del sol, se sintió marchitar. Se refrescó la frente y el cuello con el botellín de cerveza. No pudo ni mirar el pulpo, pensando en que lo habían matado a porrazos. Apartó

el plato.

—¿No te lo vas a comer? —preguntó Helen. Florence negó con la cabeza y la otra se arrimó el plato—. Estoy muerta de hambre.

Cuando terminó, se encendió un cigarrillo y empezó a tirar la ceniza sobre las patas del pulpo que no se había llegado a comer. Florence apartó la mirada, asqueada.

El trayecto de vuelta a la plaza, cuesta arriba y bajo un sol abrasador, se le hizo más empinado a Florence de lo que recordaba. Le vino entonces a la cabeza que había querido comprarse un sombrero.

—Hace un calor de mil demonios —espetó, jadeando.

—¿Cómo has dicho? —replicó Helen.

—Nada.

A Florence no se le había ocurrido aparcar a la sombra y tuvieron que recogerse la falda del vestido para poder agarrar con él las manetas de las puertas. El aire acondicionado seguía sin funcionar.

Esa tarde se retiraron las dos a sus habitaciones. Florence quiso echarse una siesta, pero durmió a saltos y se despertó aún menos descansada que antes de tumbarse. Cuando salieron a cenar, eran más de las ocho. Florence llevaba un vestido blanco de algodón, unas sandalias de piel que le habían costado un dineral en Hudson y su bolsito nuevo. Tenía la cara colorada del sol.

Llamó a la puerta de la habitación de Helen.

—¿Ya estás?

—Un momento, que estoy terminando una cosa de trabajo —contestó la otra desde dentro.

Florence oyó cerrar de golpe un cajón y Helen abrió bruscamente la puerta. Llevaba un vestido azul marino abotonado por delante y un pañuelo de rayas azules y blancas por los hombros.

—¡Vamos! —dijo, con la colilla de un pitillo sobresaliéndole por la comisura de la boca. Su habitación apestaba a tabaco. Ya podía olvidarse de la prohibición de fumar de su contrato de alquiler, pensó Florence.

En el pasillo, con un golpe seco de dos dedos manchados de tinta, Helen tiró por encima de la barandilla la colilla, que planeó unos cinco metros hasta el suelo de baldosas. Florence hizo una mueca, pensando en que Amina tendría que recogerla después. Al llegar a la puerta, Helen volvió a endosarle a Florence sus pertenencias.

Hacía casi tanto calor de noche como de día y el aire olía a jazmín. Viajaron con las ventanillas abiertas, dejando que la brisa les azotara el rostro. Iban a un restaurante de la montaña, al norte de Semat, que a Helen le había recomendado una amiga.

«¿Qué amiga?», le habían dado ganas de preguntar a Florence, pero no lo había hecho.

—Al final no me has dicho qué tipo de investigación quieres hacer para la novela —dijo en cambio.

—¿Ajá? —respondió Helen, mirando por la ventanilla.

—Me refiero a si quieres que haga algo mientras estamos aquí: que hable con alguien, que vaya a algún sitio... No sé bien qué esperas de mí.

—Ah, nada que haya que planear. Solo quiero experimentar el lugar, eso es todo.

El motor del coche protestó mientras subían la cuesta. Tanto el pueblo como Villa des Grenades fueron alejándose en el retrovisor. La carretera corría pegada a la costa aun mientras ascendía tres, seis, nueve metros por encima del agitado Atlántico. Florence asía con fuerza el volante. Hacía una noche ventosa y las ráfagas de aire no paraban de abofetear el vehículo. Lo pegó aún más al lado derecho de la calzada, lo más lejos posible del borde.

—Tiene bastante peligro, ¿verdad? —dijo Helen.

Florence cabeceó afirmativamente sin apartar la vista de la carretera que tenía delante. No había querido que Helen la notara nerviosa, porque daba por supuesto que iba a burlarse de ella.

Llegaron al restaurante sin problemas quince minutos después. Mientras Helen abría la puerta, luchando contra el viento, Florence se masajeó el nudo que se le había hecho en el hombro.

Dentro apenas había otros dos clientes: una pareja británica sesentona que ya iba por el postre.

El anfitrión las recibió muy atentamente.

—*Bienvenue,* bienvenidas —dijo.

—Dos whiskies —le respondió Helen a bocajarro, levantando dos dedos.

Nada más reservar el viaje, Florence había sabido que se habían librado del ramadán solo por unos días. Habría sido un absoluto desastre que Helen no hubiera podido beber alcohol.

Un camarero que parecía rondar los noventa las acompañó a su mesa. Al poco, llegó el whisky en unos vasos pringados de huellas de grasa.

—Allá donde fueres… —dijo Florence encogiéndose de hombros y cogiendo el vaso.

—… píllate una salmonela —terminó la frase Helen.

Brindaron.

—Por los nuevos comienzos —sentenció Helen, y dieron un trago largo las dos.

Helen había pedido camello, la especialidad de la casa, para las dos, pero, cuando llegaron los platos, a Florence la echó para atrás la cantidad de carne que tenía delante. Se notaba los efectos del sol y del calor y sospechaba que había bebido demasiado con el estómago vacío. Por un altavoz instalado encima de ellas se oía una música árabe enlatada que parecía ir aumentando de volumen, cómplice de la intermitencia de las luces.

Helen estaba hablando, pero la oía muy lejos. Todo parecía muy lejano. Florence se sentía como si su ser entero, su consciencia, se hubiera reducido al tamaño de un canto rodado y anduviera dando tumbos por su cráneo. Sus entrañas se le antojaban inmensas y oscuras y el mundo exterior demasiado distante para que le importara, como una película proyectada en una pantalla lejana. La carne de su plato parecía sudar. ¿Uno sigue sudando después de muerto? No, no, eran las uñas de los pies y el pelo lo que seguía a lo suyo, creciendo.

Entonces disminuyó el volumen de la música. Todo se tranquilizó. Como si estuviera bajo el agua. El agua engullía

todos los sonidos. Se sintió arrullada por una rápida corriente, arrebatada por las olas, retraída por unas manos fuertes y arrastrada de nuevo, y todo el tiempo la voz de Helen sonaba honda y pulsátil, como el canto de una ballena, como un eco, como una sombra sonora, como si todo se hubiera dicho ya y se repitiera en un tono más profundo y más intenso hasta que se extinguía por completo y quedaban solo las olas, acariciando la orilla suavemente, suavemente, suavemente…

# Cuarta parte

# 26

—¿Madame Weelcock?

La siguiente vez que Florence despertó estaba más lúcida. Había tenido un accidente de tráfico, recordó que le había dicho el médico. Y también que la había llamado madame Wilcox. ¿Qué significaba eso? ¿Y Helen? ¿Quizá encamada en otra habitación donde la estaban llamando madame Darrow?

Cuando volvió la enfermera, Florence le preguntó:

—La mujer que iba conmigo en el coche… ¿está aquí? —La enfermera la miró sin comprender—. ¿Hay otra estadounidense en el hospital? ¿Otra mujer? —Trató de encontrar en los rincones brumosos de su cerebro algunas palabras en francés —. *Autres américaines? Ici? A l'hôpital?*

La enfermera negó con la cabeza.

—*Il n'y a que vous* —respondió. Que solo ella.

—Iba una mujer conmigo en el coche. ¿Sabe qué ha sido de ella? *L'autre femme?* —La enfermera sonrió impotente y se encogió de hombros—. ¿Ha venido a verme alguien? *Quelqu'un visite,* eeeh…, *moi?*

La enfermera negó de nuevo.

—*Personne* —dijo, y se fue.

Florence miró fijamente al techo. Nadie. Nadie había ido a verla.

Volvió la cabeza hacia la ventana y vio por primera vez una bolsa de plástico arrugada en la mesilla de al lado de su cama. Alargó la mano para cogerla y una punzada le recorrió las costillas. Con cara de dolor, se la llevó al regazo tirando de ella.

Dentro estaba la ropa que llevaba la noche anterior: el vestido blanco, la ropa interior y el bolsito que había comprado aquel día por la mañana. Todo ello empapado. En el bolsillito interior con cremallera estaban el pasaporte, la

cartera, el móvil y la cajetilla de tabaco mojados de Helen. Bueno, eso explicaba que todo el mundo la llamara madame Wilcox. No había nada más en el bolso. Su cartera, su móvil y su pasaporte habían desaparecido.

Pulsó el botón de encendido del móvil de Helen. Nada.

# 27

Florence despertó sobresaltada. Le faltaba el aire y el corazón le iba demasiado rápido. Al frotarse los ojos, se percató de que había alguien más en la habitación. Era el hombre de uniforme al que había visto cuando había despertado en el hospital por primera vez. El mismo al que la enfermera había espantado. ¿Por qué aparecía solo cuando ella dormía? Era una especie de fruto de sus sueños.

—Madame Weelcock —le dijo—. ¿Se acuerda de mí? Soy Hamid Idrissi, de la Gendarmerie Royale. Es importante que le haga unas preguntas sobre el accidente —añadió y, aunque no hablaba perfectamente el idioma, superaba lo que podía esperarse de un policía de un pueblito de Marruecos.

Florence miró alrededor, con la esperanza de que apareciera la enfermera y volviera a reprenderlo, pero no entró nadie. Respondió al policía cabeceando afirmativamente.

El hombre se palpó los bolsillos y sacó un cuadernito beis y un bolígrafo mordisqueado. Se movía a trompicones, como si sus articulaciones fueran nuevecitas y les faltara rodaje.

—Lo primero. ¿Recuerda lo ocurrido anoche?

Florence negó con la cabeza.

Idrissi retrocedió unas hojas en el cuadernito y dijo:

—Su coche se salió de Rue Badr y cayó al mar hacia las veintidós horas y treinta minutos. Por suerte, había un pescador trasnochando y lo vio. La sacó del coche y la llevó a un lugar seguro. Llegó al hospital a las veintitrés horas. Inconsciente.

Una inoportuna e inexplicable sonrisa asomó al rostro de Florence. Era como si le estuvieran gastando una broma.

—¿Mi coche cayó al mar? —preguntó con escepticismo—. ¿Y alguien me rescató antes de que se hundiera?

—Eso fue lo que pasó, sí.

Florence no dejaba de mirarlo, como esperando el remate de la broma. Él la miraba fijamente también. Tenía una mirada cansada, como hastiada. La sonrisa de Florence se desvaneció. Se esforzó por digerir aquella información. Le parecía absurdo que pudiera haber ocurrido algo así sin que ella lo recordara. El momento más dramático de su vida y se lo había perdido. Típico.

Aquella carretera, Rue Badr, era la que habían cogido para llegar al restaurante. Recordaba que el arcén estaba al borde de la nada más absoluta. Le parecía increíble que, apenas unas horas después, el estiloso Ford Fiesta en el que viajaban se hubiera precipitado a la noche oscura y estampado contra el agua de negro azulado.

Trató de imaginarse a Helen y a ella suspendidas en el aire, entre la tierra y el mar. ¿Habrían sido conscientes de lo que ocurría?

Y lo más importante: ¿dónde estaba Helen?

Se disponía a preguntarlo cuando el policía empezó a hablar también:

—*Madame,* ¿cuál es su último recuerdo de esa noche?

Florence hizo memoria. La carne de camello. El sonido metálico de la música.

—La cena —contestó—. El restaurante.

—¿Qué restaurante?

—En lo alto de la montaña. ¿Dar Amal, o algo así?

Lo anotó en su cuaderno.

—¿Bebió alcohol?

Florence hizo todo lo posible por estarse muy quieta.

—¿Cómo dice?

—¿Que si bebió alcohol en la cena?

Florence no dijo nada. ¿Acaso insinuaba que el accidente había sido culpa SUYA? Su expresión no revelaba nada.

—¿Madame Weelcock?

—No me acuerdo —contestó ella por fin—. No lo recuerdo, lo siento —insistió, meneando la cabeza.

—¿Es consciente de que es ilegal en Marruecos conducir después de beber alcohol? ¿Aunque solo sea un alcohol?

Florence recordó los dos vasos grasientos de whisky. Lo

bien que le había sentado aquel primer trago después del estresante trayecto. ¿Y luego qué? ¿Qué había pasado después del primer vaso? No se acordaba. Solo había oscuridad.

Volvió a asaltarla aquella pregunta todavía sin responder: ¿dónde estaba Helen?

Y otras: ¿por qué no había ido a verla?, ¿por qué seguía teniendo ella su pasaporte y su cartera?, ¿cómo era posible que NO la hubieran encontrado en el coche? Seguro que habían vuelto juntas del restaurante.

Entonces, ¿y Helen?

Le dio vueltas, despacio, a aquella pregunta. Aun después de que se le ocurriera una respuesta, continuó buscando alternativas, como si unos instantes más de incertidumbre pudieran cambiar el resultado.

El policía siguió mirándola fijamente.

¿Podía ser? ¿Habría muerto Helen en el accidente?

—Madame Weelcock, voy a preguntárselo otra vez: ¿es consciente de que es ilegal en Marruecos conducir después de beber alcohol?

Florence se obligó a contestar.

—Soy consciente. No habría bebido nada de haber sabido que iba a conducir a la vuelta.

El policía asintió despacio, observándola.

—Entonces…

Quería preguntarle algo a aquel hombre, pero no sabía qué. ¿Por qué no había mencionado a la otra persona del coche?

—Un momento… ¿Quién… quién me rescató?

—Un pescador.

—Pero ¿quién?

—¿Quiere su nombre?

—¿Su nombre? Supongo que sí. Debería darle las gracias, ¿no?

El policía se frotó las sienes. Anotó un nombre y un número de teléfono de su cuaderno en una hoja limpia, la arrancó y se la dio a Florence.

—Dudo que hable su idioma —le advirtió.

Ella dejó el papelito en la cama, sin mirarlo, y cerró los ojos con fuerza. Al hacerlo, vio, como proyectada en sus párpados,

una imagen de Helen aporreando como una loca la ventanilla del coche, viendo, impotente, cómo rescataban a Florence. ¿Fue eso lo que ocurrió? ¿El pescador dejó a Helen allí? ¿No la vio? ¿O solo tenía fuerzas o tiempo para rescatar a una de las dos y se había decidido por ella? ¡Dios santo, menudo imbécil! Había elegido a la persona equivocada.

Meneó la cabeza para deshacerse de la imagen de Helen ahogándose. Desde luego, si la hubiera asesinado, ella lo sabría.

¿No?

Sintió que se tambaleaba su convicción. Recordó que no había comido ni cenado el día anterior. A lo mejor sí se había emborrachado y se había salido de la carretera. Era la única explicación con sentido. De haber ocurrido cualquier otra cosa, Helen estaría allí con ella, ya fuera como paciente o como visita después de salir milagrosamente ilesa del accidente.

Notó que se le empañaban los ojos y parpadeó para librarse de las lágrimas.

El policía descruzó y volvió a cruzar las piernas y le preguntó de dónde era.

—¿Qué? —respondió ella, extrañada de que de pronto le hiciera una pregunta tan fácil.

—¿Que de dónde es?

—De Estados Unidos.

El policía continuó con una serie de preguntas benignas: cuánto tiempo llevaba en Marruecos, dónde se alojaba, cuál era el propósito de su visita…

—Investigar —dijo Florence.

Él levantó la vista y le dedicó una mirada muy seria.

—¿Es periodista?

—No —contestó ella enseguida, sobresaltada por su tono—. No. Investigo para un libro. Una novela.

Aquello pareció aplacarlo.

—¿Es novelista?

Florence se miró las manos y cabeceó afirmativamente. Una vez.

La estuvo interrogando cerca de media hora, pero no mencionó a Helen ni una sola vez. Por fin se levantó de la silla

como si fuera a marcharse.

—Ha tenido mucha suerte —espetó de un modo que sonó a acusación.

Cuando dio media vuelta y agarró la cortina, Florence le dijo:

—Espere… —Él se volvió—. ¿Y el coche? —preguntó ella —. ¿Han dragado la zona?

—¿Qué es «dragado»?

—¿Que si han sacado el coche del mar?

—Sí, por supuesto. Pero está roto —dijo, como si fuera un crío—. El motor está todo mojado. No hay parabrisas.

—No, no es po… —Florence se interrumpió.

No había parabrisas. Debía de haberse hecho añicos con el impacto. Y Helen, que jamás se ponía el cinturón de seguridad…

El policía no dejaba de mirarla fijamente.

—Entonces, ¿no había nadi… nada más en el coche?

—¿A qué se refiere?

Florence enmudeció un instante.

—Mis zapatos —contestó al fin—. Me faltan los zapatos. Eran caros.

Idrissi resopló. Se sacó el móvil del bolsillo, marcó un número y habló rápido en árabe.

—No hay zapatos —dijo cuando colgó—. Pero han encontrado un pañuelo.

—¿Un pañuelo?

—Sí, un pañuelo de rayas azules y blancas. ¿Llevaba usted algo así?

Florence recordó cómo a Helen le había resbalado de los hombros el pañuelo al tirar la colilla del cigarro al patio.

—Sí, es mío —susurró.

—Vale, luego se lo traigo.

—Gracias.

Florence clavó los ojos en la manta fina que le cubría las piernas. Quería que aquel hombre se fuera. Y, descorriendo bruscamente la cortina, él la complació.

Ella se obligó a respirar más despacio.

El policía no sabía que iba alguien más en el coche. No

sabía que ella había matado a alguien. No lo sabía. A Helen debía de… habérsela llevado la corriente.

Se tapó la cara con las manos. Estuvo así varios minutos, hasta que cayó en la cuenta de que lo que hacía era una especie de teatro, pero no tenía público. Bajó de nuevo las manos a la cama.

# 28

A primera hora de la mañana siguiente, una enfermera le llevó a Florence unos impresos para que los firmara: le daban el alta. Estaban en árabe, pero los firmó igual. Escribió en letras de imprenta HELEN WILCOX donde la enfermera le indicó y garabateó debajo una firma ilegible.

Y sin más se esfumó su oportunidad de confesarles que no era Helen Wilcox.

Cuando se puso en pie, las piernas le flojeaban. La enfermera la acompañó a un baño comunitario que había en el pasillo. Era pequeño y estaba sucio. Por primera vez agradeció haber estado usando una cuña hasta entonces.

Se vistió, agarrotada, evitando el charco salobre del suelo de hormigón. Después, pasó un buen rato mirándose en el espejo. Tenía la cara hinchada y magullada, y una extraña sensación de disociación, como si el espejo fuera, en realidad, una ventana o un retrato de otra persona. Recordó que cuando se emborrachaban en la universidad solían pintarles la cara con rotulador indeleble a los amigos que se quedaban traspuestos. Se sentía como si alguien se lo hubiera hecho a ella, como si le hubieran pintado cardenales y sangre con maquillaje de teatro mientras dormía. Claro que sus cardenales eran de verdad, recientes y crudos. Las abrasiones de su cuerpo le escocían con el roce del tejido acartonado por la sal de su vestido. El recio esparadrapo que le envolvía el torso le tiraba de la piel amoratada.

Abrió el grifo de agua caliente del lavabo y metió las manos debajo del chorro irregular, que, aun después de varios minutos, no llegó a alcanzar más que una asquerosa tibieza. Lo cerró frustrada.

Antes de darle el alta, le entregaron una factura. Ascendía a noventa dólares estadounidenses. Pagó con la tarjeta de crédito

de Helen. Luego llegó el policía, Idrissi, para llevarla en coche a Villa des Grenades. Habría preferido coger un taxi, pero no quería levantar sospechas. ¿Qué persona inocente iba a rechazar el ofrecimiento de un policía de acercarla a su residencia? Y más todavía si iba descalza.

Una vez en el vehículo, se volvió para preguntarle:

—¿Se me acusa de algo?

—Como ya le he dicho, va contra la ley beber alcohol y conducir.

—Pero ¿por qué cree que había bebido? ¿Me hicieron el test de alcoholemia?

—¿Qué es eso?

—Me refiero a que si tienen pruebas de que había bebido.

—Los empleados del restaurante aseguran que sí.

—¿Ha hablado con ellos?

—Por supuesto que he hablado con ellos.

Florence se revolvió incómoda en el asiento. El cinturón de seguridad se le clavaba en las costillas.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó ella.

El coche que llevaban delante frenó de pronto e Idrissi aporreó el claxon. Asomó la cabeza por la ventanilla y le gritó furioso al conductor. Cuando arrancaron de nuevo, se recostó en el asiento e inspiró hondo. En el siguiente semáforo, se volvió hacia Florence y le dijo:

—¿Qué va a pasar? Probablemente nada. El turismo es importante por aquí, ¿entiende? —Florence asintió con la cabeza. Se sentía avergonzada, que seguramente era lo que él pretendía—. Mi sobrino estuvo seis meses en la cárcel por algo así, pero, claro, él no es americano.

—Lo siento —dijo Florence sin convicción. No le preguntó, aunque la intrigaba, por qué no se había servido de sus contactos policiales para ayudar a su sobrino a librarse de la cárcel. A lo mejor eso no se hacía por allí—. Habla muy bien mi idioma —comentó, con la esperanza de que los elogios lo ablandaran.

—Sí, me han elegido para la nueva *brigade touristique* —contestó él entre dientes—. Una policía solo para turistas.

—Enhorabuena —espetó Florence con cierta vacilación.

Él soltó un resoplido burlón y pisó a fondo el acelerador.

Cuando llegaron a la casa, Amina enfiló el sendero para salir al encuentro del vehículo. Se detuvo al ver al policía al volante. Él la saludó con una cabezada; ella se limitó a mirarlo.

Cuando Florence se disponía a bajar, Idrissi le preguntó de pronto:

—¿Dónde está su amiga?

Ella se volvió bruscamente a mirarlo.

—¿Qué amiga? —preguntó con rotundidad. Le pareció detectar un amago de sonrisa en su rostro, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para lanzarle aquella pregunta.

—La amiga con la que cenó en Dar Amal.

Había hablado con el personal del restaurante, claro.

Florence se preguntó si sería demasiado tarde para confesarlo todo, para contarle lo del whisky y el pañuelo y el agujero negro de su memoria. Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Se fue a casa pronto, en taxi —contestó tan bajito que Idrissi tuvo que acercarse para oírla.

—¿Y eso por qué?

—No se encontraba bien.

—¿Pidió el taxi el personal del restaurante?

Florence negó con la cabeza.

—Lo hizo ella con el móvil.

—¿Y dónde está ahora? ¿No ha ido a verla al hospital?

Florence se encogió de hombros.

—Tenía pensado volver a Marrakech a la mañana siguiente. Supongo que se ha ido. Ni se habrá enterado del accidente.

Idrissi la miró fijamente y no dijo nada.

Florence agarró tímidamente la maneta de la puerta una vez más. Al ver que el policía no hacía nada por detenerla, la abrió y salió.

Apenas había dado un paso cuando Idrissi bajó la ventanilla del copiloto y le gritó:

—¿Madame Weelcock…?

Florence se volvió.

—Avíseme si piensa marcharse de Semat.

Le ofreció una tarjeta de visita. Ella se la guardó en el bolso

aún húmedo y cruzó con cautela la explanada de entrada, descalza, hasta donde estaba Amina. Las dos mujeres observaron cómo se alejaba el vehículo monte abajo.

En cuanto desapareció de su vista, Amina se volvió hacia Florence y, señalándole los cardenales de la cara y la escayola de la muñeca, le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —la tranquilizó Florence.

La alivió muchísimo estar en un lugar conocido y agradeció la amabilidad de aquella mujer, tan distinta de la rabia y el recelo de Idrissi.

Siguió a la señora al interior de la casa y subió directamente a la planta superior. Le dolía el cuerpo entero y estaba deseando tumbarse, pero antes de entrar en su cuarto fue a investigar en el de Helen. Toda su ropa seguía colgada en el armario. Sus joyas estaban esparcidas por el tocador. Hasta el cepillo de dientes estaba en su sitio, en el vasito del lavabo. Todo estaba como si su propietaria fuera a volver en cualquier momento. Sin quererlo, había albergado la esperanza de que de verdad se hubiera marchado sola de Semat, pero entonces vio lo boba que había sido. Helen jamás se habría ido sin su ropa, su cepillo de dientes, su pasaporte…

Pasó la mano suavemente por los vestidos colgados en el armario. Las perchas respondieron con un leve tintineo. Se dejó caer en la cama de Helen y sacó del bolso la medicación que le habían dado en el hospital. Se tomó dos pastillas de hidrocodona con agua de un vaso medio vacío que llevaba allí ya dos días. Se derrumbó y contempló las sombras del techo. Había sido un error mentirle al policía, pero ¿cómo iba a decirle que había alguien más en el coche? Quizá hicieran la vista gorda si una turista conducía bebida, pero no iban a hacerlo si por eso había matado a otra persona. Un homicidio involuntario era un homicidio involuntario. Además, ¿de qué habría servido? Era obvio que Helen había desaparecido, no estaba precisamente aferrada a los restos del naufragio, esperando a que la rescataran. Había muerto, y eso ya no tenía remedio.

Intentó analizar las repercusiones de aquella realidad. No

volvería a ver a Helen. Se había quedado sin trabajo y sin alojamiento. Nadie volvería a leer nada de Maud Dixon. Esperó a que llegaran las lágrimas, pero el calmante empezaba a hacerle efecto y estaba algo aturdida. Todo se iba apagando.

No dejaba de pensar en el cadáver de Helen. ¿Dónde andaría ya? Sabía por los informativos sensacionalistas de Florida que le encantaban a su madre que un cadáver resultaba prácticamente imposible de identificar después de estar unos días en el agua, inflado y devorado por los peces. También sabía que en algunas culturas, en la mayoría, la reconstrucción de los cadáveres era de sagrada importancia, pero ella nunca lo había entendido, y sospechaba que Helen tampoco habría aprobado semejante ñoñería. Los muertos muertos estaban. Los rituales no eran más que un bálsamo para los vivos.

Se puso de lado y estudió la habitación de Helen, mucho más grande que la suya.

Y se durmió sin que le diera tiempo a pensar otra cosa.

# 29

Florence pasó el día siguiente en la cama. Aunque el dolor no era tan fuerte como para no levantarse y hacer lo que fuera, la paralizaba una ansiedad aplastante. ¿QUÉ HABÍA HECHO? ¿Cómo era posible que en las últimas sesenta horas hubiera matado a su jefa, una de las novelistas más respetadas del país, y mentido a la policía al respecto? Era como si aquello le estuviera pasando a otra persona.

Intentaba constantemente recordar lo ocurrido la noche del accidente. Cerraba los ojos y veía el caminito de acceso al restaurante, los whiskies, la carne de camello…

¿Y luego qué?

No sabía qué más había pasado. Procuraba coger carrerilla suficiente desde el comienzo de la historia para llegar al punto en que sus recuerdos se desvanecían. Caminito. Whisky. Camello. Caminito. Whisky. Camello. ¿Y LUEGO QUÉ? Luego… nada.

No había nada más.

¿Tanto había bebido? Había perdido la consciencia otras veces por el exceso de alcohol, pero hacía años que no le pasaba. Desde la universidad. Claro que había estado bebiendo sin comer nada. ¡Qué boba!

Volvió a cerrar los ojos con fuerza. «Caminito. Whisky. Camello.»

Y de pronto recordó un torrente de agua. ¿Se lo estaba imaginando? No. Le vino a la memoria una vez más: agua fría, que subía rápidamente.

Y algo más: una mano que se aferraba a su brazo. ¿De quién? ¿Del pescador?

Abrió los ojos y se levantó la manga para inspeccionarse la parte superior del brazo. Tenía magullada casi toda la piel del tronco, pero le pareció entrever cuatro cardenales pequeños,

cada uno del tamaño de la yema de un dedo, que se distinguían perfectamente de los otros.

En ese preciso momento, Amina llamó a la puerta.

—Pase —le gritó Florence con voz ronca.

Entró la mujer con una bandeja de huevos y tostadas. Regresó al poco con una tetera de latón y le sirvió una humeante taza de té moruno. Le habría resultado más fácil servirlo en la cocina, pero Florence agradeció la ceremonia. Cuando se ponía mala de pequeña, su madre rara vez podía tomarse un día libre en el trabajo, así que estaba disfrutando de los cuidados de Amina.

Amina observó satisfecha cómo Florence bebía a sorbitos el té dulzón.

—¿Su amiga se ha ido? —le preguntó.

Florence no le había dado explicaciones de por qué se había mudado de cuarto ni de lo que le había ocurrido a Helen. Ni siquiera le había dicho de dónde habían salido sus magulladuras. Podía haber culpado del lapsus al aturdimiento que le producían los calmantes, pero lo cierto era que no le apetecía que la mirara del mismo modo que el policía. Asintió con la cabeza.

—¿Va a volver?

—No creo. Ha regresado a Marrakech.

—Sin… —dijo Amina, señalando todas las pertenencias de Helen esparcidas por la habitación.

—Se ha llevado unas cuantas cosas en un bolso de viaje. Yo me llevaré el resto cuando me vaya.

Amina asintió con la cabeza.

Florence pasó casi todo el día dormitando. Se despertaba constantemente, presa del pánico. A lo mejor había sufrido una intoxicación alimentaria, llegó a pensar en un momento, deseosa de encontrar una explicación que le permitiera librarse del peso de la culpa. Tal vez Helen la había obligado de algún modo a emborracharse. En casa, desde luego, no escatimaba con el vino.

Al final, cuando anochecía, alargó la mano y cogió una dosis doble de calmantes. Ya era de día cuando volvió a despertar.

El calor se había hecho denso durante la noche y Florence notaba su peso en el cuerpo como si fuera una manta. Bien podían estar ya a más de treinta. Se destapó pateando la sábanas, pegó dos almohadas al cabecero de la cama y se incorporó lo más suavemente que pudo hasta quedarse sentada. Seguía dolorida, pero el dolor ya no era tan punzante. Alargó la mano para coger el móvil y, de pronto, recordó que ya no tenía. Miró la hidrocodona de la mesilla, pero decidió no tomarse una. El día anterior había sido un torbellino de confusión, frustración y paranoia, alimentadas en parte, estaba convencida, por los calmantes. No podía repetirse.

Allí sentada, en la habitación luminosa y caliente, percibió el olor acre de su propio cuerpo. Llevaba más de dos días sin ducharse. Olía una barbaridad a sí misma, a carne marinada en sus propias secreciones. «¡Cuánto nos esforzamos por ocultar nuestro propio aroma!», se dijo.

Con piernas temblonas, entró en el baño grande y alicatado de Helen y se dio una ducha larga, procurando no mojarse la escayola. Le escocían los rasguños, pero le resultó tonificante. El dolor reforzaba la consciencia de su propio ser físico. No le apetecía encerrarse en su cabeza en esos momentos.

Después, aún envuelta en la toalla, se dio un poco de espesa hidratante facial que encontró en un frasquito de cristal del lavabo. Se peinó el pelo hacia atrás y se miró al espejo. Entendía que la hubieran confundido con Helen en el hospital, al menos si la comparaban con la foto de su pasaporte empapado. Los rasgos principales coincidían: menuda, rubia, ojos oscuros. Además, tenía la cara hinchada y magullada, y eso disimulaba buena parte de su individualidad. Recordó un consejo de escritora que Helen le había dado en una ocasión: basta con señalar uno o dos detalles sobre el aspecto físico de un personaje; es lo único que necesita el lector para imaginárselo y el resto solo distrae.

Se puso unas braguitas de Helen: unas de seda gris. Abrió la puerta de su armario y sacó un vestido de lino beis con botones de nácar por el centro. Se puso también unas pulseras suyas. Recordó entonces que Helen llevaba unos brazaletes anchos la noche del accidente. ¿Habría intentado salir del coche a nado? ¿Se lo habrían impedido los pesados brazaletes?

Se dio unas palmaditas en las mejillas. «Da igual —se dijo —. No te dejes arrastrar otra vez por una retahíla infinita de preguntas.»

Abajo, en la terraza, comió con buen apetito. Untó de mantequilla y mermelada los *brioches* y le pidió a Amina que le hiciera huevos fritos. Se bebió tres tazas de café con crema. Después, se tiró en una de las tumbonas. Amina le llevó agua fría con hierbabuena y limón. El vaso ya había empezado a sudar cuando por fin lo soltó. Cerró los ojos y sintió la presión del calor en su cuerpo.

Helen estaba muerta.

Le dio vueltas a la idea, como si la sostuviera a la luz y fuera inspeccionando todas sus caras. Helen estaba muerta.

Esperó, una vez más, sentir algo: tristeza, remordimiento… Nada.

La muerte es el suceso más transformador de la existencia de una persona, se dijo, solo que una vez que ha ocurrido a esa persona ya le da igual. No hay persona. Llegados a ese punto, la importancia que pudiera tener se fragmenta y se dispersa. Su impacto se diluye entre los que la sobreviven.

¿Y quiénes eran en el caso de Helen? Su madre ya no vivía y no tenía relación con el resto de la familia. ¿Quién quedaba? ¿Su editora? Por lo que le había contado la propia Helen, no eran íntimas. ¿Greta? Quizá le fastidiara perder una clienta, pero todos sufrimos decepciones profesionales.

En el fondo, solo debía compadecerse de sí misma, que había sufrido lesiones, se había quedado sola en un país extranjero, desprovista de empleo, de casa y de mecenas de un plumazo.

Pero no sentía nada. Ni lástima ni remordimiento, nada.

Y al carecer de emociones, de cualquier emoción, pudo ver los hechos con claridad. Y lo que encontró interesante, INTERESANTÍSIMO, sobre esos hechos fue que nadie sabía lo que había ocurrido. Ella era la única persona del planeta que sabía que Helen Wilcox estaba muerta.

# 30

Puede que, en el fondo, Florence ya supiera lo que iba a hacer en cuanto el inspector Idrissi le había susurrado aquel nombre al oído: madame Weelcock. O a lo mejor fue antes, a lo mejor ocurrió la primera vez que había entrado en aquella casa fría y encalada de Helen por primera vez, hacía cinco semanas, y había visto aquellos ranúnculos en la ventana, la chimenea resplandeciente… Desde luego, cuando se encontró tendida al sol deslumbrante de Semat en aquella mañana disparatadamente calurosa no le cupo la menor duda.

Se iba a convertir en Helen Wilcox.

¿Y por qué no? La identidad de Helen estaba ahí esperando, deshabitada, como una casa grande y vacía, mientras que ella vivía en una casucha de tamaño Florence. ¿Por qué no iba a mudarse a la mansión abandonada? ¿Por qué iba a dejar que el desuso la deteriorara? Podía ocuparla y hacerle algo de mantenimiento: limpiar los desagües, fregar los suelos, asegurarse de que se conservaba en buen estado.

Lo más increíble era que ya tenía las llaves. SABÍA cómo ser Helen. Contaba con más experiencia en la pequeña burocracia de la vida de Helen que ella misma: vivía en su domicilio, pagaba sus facturas, escribía sus correos electrónicos… Y estaba convencida de que, físicamente, podía hacerse pasar por ella. Ya lo había hecho. En cualquier caso, las fotos del pasaporte y del carné de conducir de Helen eran pequeñas y antiguas, y tanto los hologramas como, ahora, los daños causados por el agua, impedían que se la viera bien. Su rasgo más llamativo era la acusada protuberancia del puente de la nariz, pero no se veía en las fotos de frente. Además, ¿quién miraba esas fotos con tanto detenimiento?

Recordó entonces que ella ni siquiera tenía su propio pasaporte: como a Helen, se lo había llevado la corriente. Lo

lógico habría sido que hubiera ido a la embajada a que le expidieran uno nuevo, pero lo lógico no había hecho más que decepcionarla toda su vida. ¿Y para qué quería ya el pasaporte de Florence Darrow?

No pudo evitar una leve carcajada, una especie de pequeña exhalación susurrante. La situación era tan extraña, tan improbable, que le parecía que DEBÍA ser un regalo de alguna instancia superior, puede incluso que el que su madre llevaba tantos años prometiéndole. AQUELLA era su oportunidad de alcanzar la grandeza. Podía limitarse a ocupar el vacío que Helen había dejado. Bastaba con que no le contara a nadie que Helen había muerto.

Se tapó los ojos con el brazo y permaneció muy quieta varios minutos.

Se sentía ligera, ligera de huesos, ligera de alma. Todas aquellas dudas, inseguridades y angustias de antes, sus compañeras inseparables, pertenecían a Florence Darrow, y por fin podía librarse de ellas. Ya no tendría que esforzarse por cambiar. ¿Cambiar? ¡Qué falacia! Nadie cambia. Uno se pasa años retocando sus hábitos, dando pequeños pasos con la esperanza de alterar el curso de su vida y nunca funciona. No. Hay que saber cortar por lo sano, y Florence Darrow era, sin duda, siniestro total. No tenía a nadie. No había publicado nada. ¿Qué merecía la pena salvar? Se purgaría de todo. Se desprendería de ella como el que se quita un abrigo y se vestiría de Helen Wilcox. Una vida extraordinaria. La vida de una artista, de una escritora.

¡Y Maud! ¡Aún no había pensado siquiera en Maud! Dos identidades por el precio de una. Helen Wilcox y Maud Dixon.

Podía ser Maud Dixon.

¿Podía?

Jamás podría darse a conocer como Maud Dixon alias Helen Wilcox (eso generaría demasiado escrutinio), pero sí podía publicar su propia obra bajo el nombre de Maud Dixon. La siguiente novela ya estaba contratada; solo tenía que terminarla. De hecho, Greta aún no había visto el principio siquiera; podía escribirla ella entera. Y así vería por fin su trabajo impreso. Y no serían solo un puñado de palabras aquí y

allí, como se le había ocurrido hacer en Cairo, sino la novela entera. SUYA. Le daba igual que no fuera con su nombre de verdad. «Florence Darrow» ya sonaba a vestigio del pasado. No tenía vinculación alguna con ella. Y estaba convencida de que, bajo el seudónimo de Maud Dixon, la gente por fin vería su talento. Todo depende del envoltorio…, ¿cuántas veces se lo había dicho Agatha?

Helen tenía razón: la fama daba igual; era una cuestión de orgullo. ELLA sabría que lo que todo el mundo leía era suyo.

Aunque a lo mejor un día, muchos años después, el mundo descubriría que ella era Maud Dixon…

Meneó la cabeza. ¡Basta! Se estaba adelantando a los acontecimientos. Procuró relajarse. Debía planificar el futuro inmediato.

Agotaría los días que habían reservado allí en Marruecos: una semana más. No quería hacer nada que despertara sospechas de cualquier tipo. Se comportaría como si todo fuera normal. ¿Y luego qué? Volvería al domicilio de Helen. «Su» domicilio. Se trasladaría al dormitorio de matrimonio. Encendería fuegos en la chimenea grande. Leería todos los libros que forraban las paredes del despacho de Helen. Aprendería a cocinar. Plantaría tomates.

Tendría dinero de sobra para no volver a trabajar en su vida, sobre todo si vivía con la frugalidad de Helen. Podría dedicarse solo a escribir. Lo haría arriba, en el bonito despacho de Helen. Escucharía ópera y esperaría a que le llegara la inspiración. Bastaría con un entorno acogedor. Lógicamente, la musa no había querido asomar la cabeza en su lúgubre cuchitril de Astoria, rodeada de muebles baratos de Ikea y recipientes de yogur vacíos.

Experimentó un subidón de energía. ¡Sí, sí! Por fin tenía lo que merecía.

Había sido extremadamente cauta toda su vida, se había deslomado y respetado las normas, porque sabía que así le resultaría más fácil salir de Florida… y alejarse de Vera. Y le había funcionado. Su disciplina la había llevado primero a Gainesville, luego a Forrester y por último a Helen.

Hasta hacía unos meses (desde su primer encuentro con

Simon) no había empezado a querer deshacerse de esos límites autoimpuestos. En algún momento, había decidido que las normas de antes ya no se aplicaban.

Helen le había dicho en una ocasión, refiriéndose a su escritura, aunque también valía para su forma de vivir la vida, que lo importante era que la trama siempre avanzara. Que el impulso era importante. Que, en general, las mujeres meditábamos demasiado las consecuencias y, entretanto, los hombres se nos adelantaban, forjaban alianzas, cruzaban frentes, rompían cosas.

Los errores siempre se pueden enmendar, decía Helen.

Pues eso: Florence iba a actuar también. Rompería cosas y, si hacía falta, las arreglaría después.

Sonrió. Sí, aquel era un buen plan. Muy buen plan.

Se puso en pie y se sacudió unas hojas secas de la espalda del vestido. Fue a la cocina en busca de Amina y le pidió que le llamara un taxi. Había estado enjaulada demasiado tiempo, no solo los dos días posteriores al accidente. Llevaba veintiséis años enjaulada en la vida pequeña y asfixiante de Florence Darrow.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Amina.

Florence sonrió.

—Mucho mejor.

# 31

El taxi la dejó en el extremo más septentrional de la playa alargada en forma de media luna. Estaba justo al sur del puerto en el que Helen y ella habían visto al pescador golpear el pulpo contra el suelo hacía apenas cuatro días.

Plantada en lo alto de un tramo de escaleras irregulares que conducían a la arena, contempló el mar. Las olas rodaban formando rizos bajos y constantes, como los del helado que uno arranca del bloque con el cucharón. La brisa azotaba la arena y recogía puñados de ella aquí y allá para lanzarlos después a otro sitio. A los pies de la escalera, había tres camellos sentados al sol, cubiertos con mantas de vivos colores. Cerca dormitaba un hombre, con las riendas en la mano.

Hacía años que Florence no iba a la playa. La última vez había sido en Florida, cuando estaba en la universidad. Se había metido a nadar sola y le había picado una medusa. Con dificultad, había conseguido llegar a la orilla, donde una mujer había mojado una toalla con Evian muy fría y se la había aplicado a la piel cada vez más enrojecida.

—En realidad, las medusas son un noventa y cinco por ciento agua —le había dicho Florence a modo de confidencia, aturdida por el dolor.

—Pero ¿cómo sabes qué parte de esa agua es de ellas y qué parte es del mar? —le había replicado la mujer. Buena pregunta.

Se quitó las sandalias y bajó a la playa. Al llegar a un sitio más o menos despejado, extendió la toalla raída que había cogido de la casa y enterró las esquinas para que no volara. La toalla empezó a ondularse y a tensar sus anclajes, pero no se levantó.

Aun a través del fino tejido, notaba lo caliente que estaba la

arena. No había nubes en el cielo, solo la estela blanca de aviones que habían pasado hacía rato. Se quedó en bikini (uno negro de Helen) y se acercó a la orilla. El agua estaba más fría de lo que había imaginado. Se metió despacio hasta la cintura. Ansiaba sumergirse, pero el médico le había advertido que no mojara la escayola. ¿Cómo se la iba a quitar? Tendría que ir a un hospital de Nueva York. Zambulló la cabeza en el agua, sosteniendo en alto la muñeca rota. Emergió revigorizada.

Cuando volvía a la toalla, algunas personas se volvieron a mirarle los cardenales que le moteaban el vientre y el pecho, apartando enseguida la vista, avergonzados, como si fuera una indecencia por su parte exhibir con semejante descaro la fragilidad del cuerpo humano. Se había disimulado los de la cara lo mejor que había podido con el maquillaje de Helen, pero no podía hacer gran cosa con los del cuerpo. Sacó del bolso *La Odisea* y se tumbó con cuidado bocabajo, pero, en vez de leer, descansó la cabeza en los brazos. Se le había vuelto a calentar la piel y le olía a la hidratante de Helen. Cerró los ojos e inhaló aquel intenso perfume almizclado.

Sin saber si había llegado a dormirse, notó de pronto que algo le hacía sombra en la cara. Abrió los ojos. Una chica de unos veinte años se alzaba sobre ella. Llevaba un móvil metido por la braguita caída de su bikini naranja y un tatuaje de un delfín en el vientre.

—Hola —dijo, mordisqueándose el labio inferior, agrietado e hinchado. Florence se la quedó mirando—. Perdona, sé que es una pesadez, pero ¿podrías darme crema en la espalda?

Florence la miró un poco más.

—¿Cómo has sabido en qué idioma hablarme?

—Por el libro.

Florence miró de reojo la prueba incriminatoria.

—Ah.

—¿Te importa? —insistió la chica, blandiendo delante de ella un bote grasiento de protector solar.

Con cara de dolor, Florence se incorporó un poco. Entonces le vio las raíces oscuras, el vientre fofo, los granitos del pecho… y negó con la cabeza.

—Me parece que no.

La chica soltó una risita confundida.

—¿Qué?

—Que no quiero darte crema en la espalda.

—Ah. —Su sonrisa se quebró pero resistió—. Vale. —Ya se marchaba cuando sus ojos errantes descubrieron los cardenales del torso de Florence—. ¡Guau! ¿Qué te ha pasado? —preguntó, acuclillándose y alargando la mano, que dejó suspendida a unos centímetros de su piel, aleteando un poco.

Florence frunció el ceño. Sus lesiones le habían robado la ventaja. Era una especie de principio básico: ella era un animal herido y no suponía amenaza alguna. Para aquella chica, las magulladuras eran una invitación, una debilidad física que invalidaba los cumplidos de rigor y las jerarquías abstractas.

—Un accidente de tráfico —respondió Florence con sequedad.

La chica la miró espantada.

—¿Fuiste TÚ?

—¿A qué te refieres? ¿Te has enterado?

—¿Un coche que se salió de Rue Badr? Se ha enterado todo el mundo. Debió de ser superespeluznante, ¿no?

Florence no pudo contener la carcajada. ¿«Superespeluznante»?

—Ni siquiera me acuerdo —contestó.

—Conozco a casi todos los expatriados de esta zona; el pueblo es muy pequeño y llevo un tiempo aquí…, pero nadie había oído hablar de ti. Supusimos que acababas de llegar. Helen no sé qué, ¿verdad?

Florence lo meditó un instante. Bueno, en algún momento tendría que empezar.

—Eso es —dijo—. Helen. Helen Wilcox.

—Yo soy Meg. ¿Acabas de llegar?

Florence asintió con la cabeza.

—Pues ¡bienvenida! Si tienes alguna duda o algo, pregúntame, porque yo soy una especie de marroquí honoraria, o eso dice todo el mundo. —Meg, aún en cuclillas, se dejó caer pesadamente a los pies de la pequeña toalla de Florence—. Entonces, ¿estás de vacaciones?

—Algo así. Vacaciones laborales.

—¿Cómo es eso?

—Estoy investigando. Para una novela.

—Un momento, ¿en serio! ¿Eres escritora? ¡Qué guay! Me encanta leer. De pequeña estaba obsesionada con Harry Potter, pero OBSESIONADA. Tenía la bufanda, las gafas…, todo. —Observó a Florence, a la espera de una reacción—. Hasta la varita —remató.

—Guay —dijo al fin Florence.

Meg asintió con entusiasmo. Luego, sin previo aviso, se levantó con gran virulencia y considerable desplazamiento de arena.

—Oye, ¿fumas?

—Sí —respondió Florence rotundamente.

Esa mañana había metido en el bolso una cajetilla de tabaco de las de Helen. La sola idea de fumarse uno con aquel calor le produjo náuseas, pero había resultado ser un talismán útil, como el bastón o la pipa que usan los actores para ponerse en la piel de sus personajes.

Meg se acercó a su toalla, unos pasos más allá, y empezó a hurgar en su bolsa sucia de bandolera. Volvió triunfante con un canuto.

—Ah —dijo Florence.

Nunca había fumado maría, emblema vergonzante de su estatus social en el instituto y de su falta de amigos en la universidad. No obstante, aceptó el porro de Meg y lo sostuvo delicadamente con el pulgar y el índice. ¿Por qué no? *Bonjour l'aventure*.

Meg le ofreció fuego. Florence acercó el extremo del canuto a la llama y le dio una calada fuerte por el otro lado, como había visto hacerlo en las pelis. Enseguida empezó a toser. Le devolvió el porro a Meg, con ojos llorosos.

—Sí, aquí el kif es fuertecito —dijo Meg, riendo.

—¿El kif?

—El hachís.

—Sí, supongo que no es a lo que estoy acostumbrada.

—Tú serás más de pociones a lo Harry Potter.

Florence rio.

—¿Qué disparate es ese?

Se tumbó en la toalla y se tapó la cara con el brazo. Notó que Meg volvía a sentarse a saco a sus pies.

—¿Y de dónde eres? —le preguntó.

—De Nueva York —contestó Florence, y añadió—: Aunque nací en Misisipi.

—¿En serio? Pues no tienes mucho acento.

—Hace mucho que me fui.

—Ah.

—¿De dónde eres tú?

—De Toledo, Ohio.

No parecía haber respuesta obvia para eso. La arena se mecía debajo del cuerpo de Florence como una hamaca. Notó cómo caía en un agradable estado de relajación. Se sentía más suelta de lo que había estado en meses.

Un pájaro repetía su canto a lo lejos.

—Me encantan esos pájaros que parecen búhos —dijo Meg, soñadora.

—¿Te refieres a los… búhos?

Meg se echó a reír a carcajadas.

—¿Eso son? ¿Son búhos de verdad?

Florence no contestó. No sabía de qué le hablaba Meg. Su voz sonaba muy lejos.

Meg siguió repitiendo la palabra con pequeñas variaciones.

—Búho. Búho. BÚHO. ¡Qué palabra tan rara! ¿Es una sílaba o son dos? No soy capaz de distinguirlo.

—¿Qué?

Florence había perdido el hilo de la conversación.

—Dos, supongo. Bú-ho. Bú-ho.

La sensación de bienestar de Florence se desvaneció. Abrió los ojos y miró a la chica que tenía al lado. Cuando reía, parecía que al delfín que llevaba tatuado en el vientre le estaba dando un ataque. De los dedos de los pies le nacían unos pelos rizados, como mosquitos patas arriba. Se sintió vulnerable y sucia. Quería estar en el cuarto de Helen, entre las cosas de Helen. Helen jamás habría hecho amistad con alguien así. Aquello no estaba nada bien.

Se levantó de repente y empezó a recoger sus cosas.

—Me tengo que ir —dijo, y le arrancó la toalla de debajo

del cuerpo a la joven. Meg rodó a la arena como un tronco, sin oponer resistencia.

—Muy bien —respondió contenta—. Pero, oye, vente a la fiesta de esta noche.

—¿Fiesta?

—A ver, no es una fiesta FIESTA, pero hay un puñado de expatriados que se reúnen en una casa con un montón de artistas superinteresantes. Creo que te gustaría mucho.

Ni se le ocurrió preguntarse cómo podía saber Meg lo que podía gustarle y lo que no. Simplemente se sintió halagada de que alguien se lo planteara siquiera. Se imaginó rodeada de poetas y artistas vestidos con coloridos caftanes mientras titilaban unas velas en farolillos de latón.

—Sí —dijo, cabeceando afirmativamente—, ME GUSTARÍA.

Florence le explicó que no tenía coche y Meg se ofreció a recogerla en Villa des Grenades a las ocho. Luego volvió a la carretera, caminando pesadamente por la arena caliente. Había pensado ir a comer al pueblo, pero prefirió meterse en el primer restaurante que vio, una deprimente trampa para turistas en la que se anunciaban «PERRITOS AL ESTILO AMERICANO», y se bebió una Coca-Cola mientras le pedían un taxi a casa. Vio rodar los perritos sobre sus propias secreciones grasas y pensó en cabezas expuestas en picas.

# 32

Florence se tiró del labio. Estaba sentada a la mesa del comedor, vestida aún con la ropa húmeda y llena de arena, mirando un correo de Greta Frost. Lo leyó varias veces, pero las palabras no cambiaban.

> Hola, M.:
> Aquí estoy otra vez. Llámame. Quiero que hablemos tranquilamente de lo de TPR.
> G.

Intentó extraer algún matiz de las palabras de la pantalla. No se le ocurrió nada. Buscó en Google «TPR». Era la sigla de bolsa de una multinacional de la moda o la de un método de enseñanza de lenguas extranjeras a niños. Ninguna de las dos tenía sentido en aquel contexto. Tamborileó con los dedos en el teclado un momento. Luego pulsó Responder y escribió:

> Por desgracia, estoy con una fuerte intoxicación alimentaria.

Leyó lo que había escrito y lo borró. En su lugar, mandó el siguiente mensaje:

> Hoy no puedo hablar: me ha sentado fatal un pulpo tremendamente rancio. En consecuencia, empiezo a conocer los váteres de Marruecos mejor de lo que jamás habría pensado…
> M.

Sonó enseguida el aviso de respuesta:

> Qué lástima. Espero que te recuperes pronto. Seguimos en contacto.

Florence limpió un manchurrón de la pantalla y cerró el portátil con cuidado. Hala, ya había empezado a ser Helen

Wilcox con alguien que importaba de verdad. La charada estaba en marcha. Sabía que tendría que enfrentarse a Greta en algún momento, pero de momento confiaba en poder demorarlo al máximo, al menos hasta que tuviera claro cómo manejarla.

Greta era el principal obstáculo de su plan: interactuaba con Helen a diario, estaba muy comprometida con el progreso de su novela y ya quería hablar con ella por teléfono. Suponía que podía intentar convencerla de que le siguiera el juego. Greta, desde luego, tenía un interés profesional en mantener vivito y coleando el nombre de Maud Dixon, pero ¿lo suficiente para ignorar la muerte de alguien con quien llevaba tres años trabajando y de forma muy satisfactoria? ¿Ser cómplice de una usurpación de identidad? Era difícil saberlo. ¿Cómo iba a plantearle la idea siquiera sin reconocerlo todo? Era uno de esos casos en que debía contarse todo o nada.

Bueno, había otras vías, aparte de la colaboración. Tenía tiempo. Tenía opciones. De una cosa estaba segura: ahora que le habían hecho aquel regalo, nadie, NADIE, se lo iba a arrebatar.

Esa tarde Florence durmió mucho y profundamente. Se estaba poniendo el sol cuando se levantó y se duchó, y maquillándose cuando Amina llamó con suavidad a la puerta.

—¡Pase! —le gritó desde el baño.

Amina se quedó en el umbral de la puerta. Llevaba, doblado en las manos, el pañuelo de rayas azules y blancas de Helen. Florence se quedó petrificada, rímel en ristre.

—¿De dónde ha sacado eso?

—*Le gendarme* —contestó Amina. El policía.

—¿Idrissi? ¿Ha venido?

—Se ha ido ya. Usted dormía —añadió, algo incómoda—. Ha preguntado por su amiga: cuándo vino, cuándo se fue…

—¿Y qué le ha dicho?

—La verdad: que yo no duermo aquí.

—Bien —dijo Florence en voz baja—. Gracias.

Amina no dio indicios de haberla oído. Dejó el pañuelo encima de la cama y alisó una arruga. Justo entonces, llamaron

al timbre y Florence dio un respingo. Se miró el reloj. Casi eran las ocho. Debía de ser Meg.

Amina bajó a abrir. Florence la siguió al poco y se encontró a Meg en el patio, mirando algo en su móvil. Al verla, exclamó:

—¡Oye, vas fenomenal!

Florence llevaba un vestido de seda y unas alpargatas. Además, se había puesto el pintalabios rojo que Helen usaba siempre. Al verse en el espejo, se había sentido como si llevara una máscara, la de alguien a quien conocía bien. Había levantado la mano para ver si su reflejo le devolvía el saludo.

—Gracias —respondió—. Tú también.

Meg llevaba unos vaqueros recortados y una camisola bordada.

Una vez fuera, Florence subió a la parte de atrás de la desvencijada moto Honda de Meg y se abrazó tímidamente a su cintura fofa. Con la mano derecha, se agarró con delicadeza la escayola de la izquierda.

—¿Vas bien ahí atrás? —preguntó Meg.

—Estupendamente. *Bonjour l'aventure!*

Villa des Grenades se hallaba en lo alto de una carretera estrecha y serpenteante. Desde arriba, debía de parecer un pelo tirado en el suelo. El gemido de la motocicleta subía y bajaba según iba tomando las curvas. Florence se sorprendió disfrutando del viaje, del peligroso vuelco de la moto en los giros. Recordó la sensación de revolucionar el motor en el trayecto a Semat, cuando había imaginado a Helen botando en el salpicadero como un balón de fútbol. Meneó la cabeza para deshacerse del recuerdo.

Al cabo de unos quince minutos, Meg entró en el aparcamiento de un edificio de apartamentos moderno y sin encanto, al borde de la muralla de la medina. Le contó a Florence que cuatro tíos australianos habían alquilado un apartamento allí y varios expatriados se alojaban en él cada equis semanas. Sobre todo, aficionados al *kiteboard,* por el viento. Tocó el timbre del portero automático y se oyó una musiquita.

—¿Sí…? —retumbó el altavoz.

—Soy yo —canturreó Meg, dejando un pegote de brillo

labial en el interfono.

Se hizo el silencio.

—¿Quién? —tronó de nuevo el aparato.

Meg rio y dijo:

—¡Meg!

Miró a Florence con los ojos en blanco, pero sin perder el buen humor. Parecía una mujer acostumbrada a que se olvidaran de ella. Al final el aparato produjo un zumbido y se abrió la puerta con gran estrépito. Mientras subían al tercero, Florence le preguntó a Meg cuántos años tenía.

—Cumplo veintidós en septiembre. ¿Por qué?, ¿cuántos tienes tú?

Florence decidió hacer la media entre la edad de Helen y la suya.

—Veintinueve.

Arriba, abrió la puerta un tío rubio en bañador de surf, que dio media vuelta y regresó adentro sin mediar palabra. Florence siguió a Meg al interior y, con creciente desaliento, estudió la escena. Había ocho, quizá nueve personas repantigadas por la habitación, que dominaba un inmenso sofá modular de piel negra parcheado con cinta de carrocero. La mesa mugrienta estaba sembrada de ceniceros llenos y latas de cerveza vacías. Nadie llevaba un colorido caftán ni había farolillos.

—Hola, tíos —dijo Meg con entusiasmo. Fue recorriendo la estancia y presentando a Florence a todo el mundo con una formalidad que desentonaba con el entorno—. Helen es escritora —decía sin parar—. ¡Novelista!

Casi todos los presentes exhibían la misma expresión imperturbable de aburrimiento que el tipo que les había abierto la puerta, pero Florence observó con satisfacción que se les caía un poco la máscara cuando Meg la presentaba como escritora. Les brillaba en los ojos un ápice de algo que, si no era respeto, al menos era curiosidad.

—Yo también soy escritora —le contó en confianza una chica macilenta que iba en bikini de cintura para arriba mientras le daba una calada al vaporizador—. A ver, ahora mismo es más bien un diario de viaje, pero confío en

convertirlo en novela.

—Eso es genial —dijo Florence.

—Sí, así que si tienes algún consejo para conseguir agente o lo que sea…

Florence sonrió magnánima.

—Claro.

—¿Y tú? ¿He leído algo tuyo?

—Bueno, no sé qué has leído.

La chica sonrió y negó con la cabeza.

—Perdona, qué pregunta más tonta. ¿Qué has escrito?

Florence se preguntó qué acostumbraba a contestar Helen cuando le hacían esa pregunta. Apenas la había visto interactuar con otros seres humanos. A lo mejor ni siquiera le decía a nadie que era escritora. Pero ya era tarde para eso.

—La verdad es que escribo bajo seudónimo —respondió— y no lo comparto.

El tío que les había abierto la puerta levantó la vista del cigarrillo que se estaba liando y dijo:

—¡Dios!, ¡no me digas que eres Maud Dixon!

Florence forzó una carcajada.

—¡Ojalá!

—Madre mía, me encaaanta Maud Dixon —dijo una estadounidense requemada que estaba en el sofá y se volvió hacia el tío en cuyo regazo tenía extendidas las piernas—. Jay, ¿a que siempre estoy hablando de eso? —Él no dio indicios de haberla oído—. Nene…, ¿a que no paro de hablar de esa…, yo qué sé…, *crack* de pueblerina?

—Ajá —contestó Jay, que andaba enredando con el móvil.

—¡TE VOY A APUÑALAR! —dijo ella, divertida, fingiendo clavarle un cuchillo en el estómago a él.

—Para ya —le dijo él sin alterarse.

Volvió Meg de la cocina con dos botellines de Casablanca y se instalaron en un par de sillas de plástico en un balcón que daba al aparcamiento.

—¡Bueeeno…! —dijo Meg con entusiasmo.

—Bueeeno… —repitió Florence con mucho menos.

—Esto es divertido.

—Ajá.

—Cuéntame cómo te hiciste escritora.

—No sé. Siempre he escrito y supongo que de pronto un día tuve suerte.

—Qué guay. Me encantaría ser escritora.

—¿Escribes?

—La verdad es que no. Soy superanalítica, más de lógica y cosas así, ¿sabes?

—¿Y cuál es tu plan?

—No sé. Mis padres están deseando que vuelva a la universidad, pero a mí no me va mucho. Me gustaría ser actriz…

—¿De cine? ¿O de teatro?

—Sí, de cine, creo. No sé. A lo mejor. O igual me hago actuaria de seguros, que es a lo que se dedica mi padre.

—Así que actriz o actuaria de seguros. Son cosas muy distintas.

—Ya, ¿verdad? —dijo Meg con los ojos como platos. Agarró un cigarro de la cajetilla que había en la mesa y le ofreció otro a Florence, que negó con la cabeza—. ¿Y por qué escribes con un nombre falso?

Florence trató de recordar lo que le había contestado Helen cuando ella se lo había preguntado. ¿Algo de una… solitaria?

—Es complicado —fue lo único que se le ocurrió.

Meg asintió.

—Totalmente.

Uno de los inquilinos del apartamento salió al balcón con una desgana desgarbada. Nick, había dicho que se llamaba. Era alto, estaba bronceado y habría sido guapísimo de no ser por la longitud de sus rastas rubias, que solo parecían perturbar a Florence.

—¿Tienes uno de esos para mí, Megs? —preguntó.

A Florence le pareció ver que Meg se ruborizaba un poco al pasarle el tabaco. Era la primera persona de la fiesta que la llamaba por su nombre.

Después de encenderse uno, se volvió hacia Florence y dijo:

—Entonces, ¿tú eres la pirada que se salió de Rue Badr hace unas noches?

—Eso me han dicho.

—Si buscas emociones fuertes, te puedo prestar mi tabla.

Florence sonrió.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Nick meneó la cabeza.

—Ahora en serio, esa carretera es una trampa mortal. Yo estrellé mi ciclomotor ahí hace unas semanas.

—Ya ha habido como cuatro accidentes este año —terció Meg.

A Florence le alegró un poco la noticia. A lo mejor no había sido culpa suya.

—¿Cómo dices que os habéis enterado? —preguntó.

—Yo lo vi en *Le Matin* —contestó Nick.

—¿Hablas francés? —inquirió Florence, sorprendida.

—*Un peu* —respondió él con un acento espantoso.

—Voy a por otra cerveza —dijo Meg—. ¿Queréis una?

Nick y Florence negaron con la cabeza. Nick se dejó caer en la silla que Meg había dejado vacía y se rascó la barba del cuello.

—¿Así que eres escritora?

Florence cabeceó afirmativamente.

—Muy guay.

Nick le recordaba a alguien, pero no caía en quién.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿A qué te dedicas?

—Aún estoy estudiando.

—Ah, ¿sí? Pareces mayor.

—Tengo veinticuatro. Me tomé unos años de descanso. Termino en la UC San Diego en otoño.

—¿Y luego qué?

Florence no sabía por qué le estaba haciendo de asesora profesional. Lo cierto era que no habría sabido cómo actuar en aquella situación, rodeada de desconocidos en una fiestecita de mierda en un país extranjero, aunque no hubiera estado haciéndose pasar por otra persona.

—Igual me meto en el sector inmobiliario. Mi hermano mayor, Steve, es agente inmobiliario y gana una pasta.

—Eso es lo que mi madre me dice siempre que haga.

—¿En serio?

—Sí. La hija de su amiga es un pez gordo de las

inmobiliarias en Tampa y, ya sabes, está casada, tiene cuatro hijos y tarjeta de empresa con su foto. Pero yo me suicidaría si llevara una vida así.

—¿Por qué? No suena tan mal: un par de críos, una casa cerca de la playa…

—Pero eso es una insignificancia. Ochenta años yendo en coche a comprar a la tienda y de vuelta a casa. ¿No podemos aspirar a algo mejor?

—No te ofendas, pero ¿por qué es mejor ser escritora?

—¿Que por qué es mejor hacer arte?

—Sí, ¿por qué es mejor que ayudar a alguien a encontrar casa? Eso es real.

—El arte es real.

—Pues yo prefiero una casa a una novela.

—Vale, pero deja de pensar como consumidor por un segundo. ¿Y TU VIDA qué? ¿Tú crees que te va a satisfacer pasar la mayor parte de tu existencia enseñando casas a la gente? ¿Ese es tu propósito en la vida?

—A ver, mi propósito no es más que…, no sé…, ser buena persona.

Florence miró a Nick a la cara para asegurarse de que lo decía en serio. Y sí.

—Supongo que eso también es importante —masculló ella.

Nick meneó la cabeza.

—Entiéndeme: no digo que ese tenga que ser el propósito de todo el mundo. Me parece increíble que te hayas planteado estas cosas y hayas encontrado tu pasión. Lo único que digo es que ningún camino es intrínsecamente «mejor» o «peor» que otro, ¿sabes? —Florence enarcó la ceja con escepticismo y Nick rio. Miró de reojo la puerta corredera de cristal que llevaba al interior—. Vale —dijo en voz baja—, no repitas esto, pero hay chicas ahí dentro que lo único que quieren es ser *influencers* de Instagram y, sí, reconozco que igual ese camino es UN POQUITÍN menos noble que el de…, no sé…, Gandhi.

Florence rio.

—Bueno, yo tengo como siete seguidores en Instagram, así que tranquilo, que no corro peligro de dedicarme a ello.

Nick asintió con entusiasmo.

—¿Ves? A eso me refiero. Que le den a lo que los demás piensen de ti, ¿no? Que le den a los megustas y a los comentarios y al postureo constante.

—Eso mismo —coincidió Florence, consciente, según lo decía, de lo mucho que le preocupaba a ella la opinión de los demás.

Pero a Helen no.

Florence se inclinó hacia delante y le arrebató a Nick el cigarrillo de los dedos.

—¿Y qué te trae a Semat? —le preguntó, dándole una calada larga al pitillo.

—El viento.

—¿Eres uno de los que hacen *kiteboard?*

—Sí. ¿Tú?

Florence rio.

—No. Decididamente no.

—Lo de antes iba en serio. Deberías probarlo. Si quieres, te puedo enseñar.

Florence ladeó la cabeza.

—Me lo pensaré. —Se preguntó si Helen aceptaría su oferta o no se rebajaría. El problema de querer predecir lo que Helen haría en una situación determinada era que siempre la había encontrado tremendamente impredecible. Bueno, ella también podía ser impredecible. Le puso una mano en el muslo a Nick —. Ven aquí —le dijo.

Quince minutos después, estaba sentada a horcajadas sobre su cuerpo en un colchón desnudo, con un saco de dormir asqueroso apretujado a sus pies. Le desabrochó la camisa con violencia. Él se incorporó y le agarró la cara con ambas manos.

—Eres preciosa —le dijo.

Ella volvió a tumbarlo de un empujón.

—Di mi nombre —le pidió ella.

—Helen —jadeó él.

—Otra vez.

—¡Helen!

# 33

Florence mojó el último trozo de su cruasán en un tarrito de mermelada y se lo metió en la boca. Se echó en la taza el café que quedaba en la cafetera de émbolo. Luego encendió un cigarro de la cajetilla que se había bajado del cuarto de Helen. Le dio unos golpecitos en el borde del plato. Sonrió al ver los restos de carmín rojo en el filtro. Observando aquel gesto que le había visto a Helen innumerables veces, tuvo la sensación de que de verdad estaba mirando la mano de ella. Resultaba inquietante. Le dio otra calada. Le pareció notar cómo el humo le chamuscaba los pulmones y la transformaba en Helen de dentro afuera. Luego la abrumó la emoción y apagó el cigarrillo en la mermelada.

La noche anterior había sido estimulante. No por el sexo (Nick estaba demasiado colocado y demasiado flácido); la noche entera había sido una revelación. Había sido Helen. Lo había sido de verdad.

Lo que le había decepcionado al principio (el desaliño del entorno, el escaso encanto de la compañía…) había resultado ser el caldo de cultivo perfecto para su nuevo yo. A fin de cuentas, el desdén siempre ha sido un buen trampolín para reforzar la confianza y eso era lo que ella necesitaba. Algo rayano en la arrogancia, no su habitual revestimiento de inseguridad y falta de autoestima. Entre las Helens Wilcox y las Amandas Lincoln del mundo, Florence estaba acostumbrada a sentirse pequeña e incompetente. En cambio, la noche anterior le había dado la sensación de que realmente había impresionado a Meg y a Nick y a aquella otra chica que le había pedido consejo para escribir. Por una vez, había tenido el poder en SUS manos.

A Helen le encantaba el poder, no el físico, que era irrelevante, sino el emocional, el psicológico. Esa era su

moneda de cambio. Había disfrutado ejerciéndolo del mismo modo que a un músico o a una bailarina les producen un placer puro y sencillo sus aptitudes. En las conversaciones, Helen había dictado el rumbo y el tono. Retenía constantemente información sin motivo y le había encantado pillar a Florence por sorpresa con afirmaciones disparatadas. Hasta *Foxtrot de Misisipi* era, en el fondo, una exploración del poder: primero del que el lascivo de Frank ejerce sobre Ruby y luego del de Maud, cuando se lo arrebata con un único acto de violencia.

Los intentos de Florence de dominar la dinámica del poder interpersonal se habían visto frustrados con frecuencia. Sus amistades de primaria y secundaria se habían basado en poco más que un temor compartido a la alienación absoluta. En la universidad, había hecho amigos en sus clases de Lengua, pero ninguno con el que hubiera llegado a intimar en particular. Siempre había necesitado retirarse a la soledad después de pasar unas horas en compañía de otra persona.

Aquel era, pues, el lugar en el que podía ensayar una forma nueva de estar en el mundo, una forma de relacionarse con la gente no como suplicante, sino como objeto de súplica.

El solo hecho de llamarse por otro nombre, uno que ella asociaba con tanta fuerza y magnetismo, le había devuelto el sentido a su vida. Se había sentido… transfigurada. Aun en presencia de personas que le daban igual, que no sabían que Helen era una escritora de fama mundial; aun yendo sola en el taxi de vuelta a casa… Disfrazada de Helen, se había sentido más autoritaria, más interesante, más digna en todos los sentidos posibles. Curiosamente, se sentía más ELLA MISMA, más como la mujer que siempre había sospechado que llevaba dentro.

Hasta había seducido a Nick, solo por ver si podía. Ella, que toda la vida había sido, a lo sumo, la seducida.

Bebió un sorbo de zumo de naranja y lo paseó por toda la boca para quitarse el regusto a nicotina. Fue de la mesa de desayuno a la de dentro, donde estaba instalado el portátil. Había otro correo de Greta, esa vez dirigido a ella:

Hola, Florence:

¿Qué tal está Maud hoy? ¿Crees que podrá hablar por teléfono? No quiero molestarla si está mala, pero acabo de saber que TPR querría publicar la entrevista en el número de otoño y vamos un poco justas de tiempo.

Entonces cayó en la cuenta: TPR era *The Paris Review,* la revista literaria trimestral conocida por sus entrevistas en profundidad a autores famosos.

En su correo anterior, Greta le había dicho que quería que «hablaran tranquilamente de lo de TPR». ¿Significaba eso que Helen había accedido a conceder una entrevista? Florence frunció el ceño. ¡Qué absurdo! A Helen no le hacía falta justificarse ni justificar su trabajo. No era ese tipo de persona. ¿Pensaba usar su nombre real, desvelar su identidad? *The Paris Review* ya había publicado una entrevista anónima antes, usando el seudónimo literario del autor, pero solo una vez.

Hizo una búsqueda rápida en el buzón de entrada de Helen: no había ningún otro correo en el que se mencionara *The Paris Review*. Subió al cuarto de Helen y empezó a buscar su portátil personal; lo había visto de reojo entre el equipaje de mano de Helen en el aeropuerto. Lo encontró enseguida, en el cajón de la mesilla, pero al abrirlo se topó con la misma petición de contraseña que le había impedido el acceso cuando había estado curioseando en Cairo. Probó algunas opciones poco probables: FoxtrotdeMisisipi, Jenny, Ruby… Ninguna de ellas funcionó.

Bajó de nuevo al otro ordenador y escribió a Greta:

Por desgracia, Maud aún no se encuentra bien, pero sí me ha dicho que se está pensando mejor lo de la entrevista.

«Ella» no iba a hacer la entrevista ni loca.

Unos segundos después, entró otro correo. Miró el reloj. Eran las cinco de la madrugada en Nueva York. Y domingo.

Florence, ¿me puedes llamar?

Florence apretó la mandíbula. Odiaba hablar por teléfono. No daba tiempo a planificar ni pulir lo que ibas a decir. A lo mejor por eso les gustaba a los demás; Greta no parecía una de

esas personas que tenían que corregirse. Entró de mala gana en la cocina, donde estaba el teléfono fijo, y marcó el número que Greta le había incluido en el correo.

—Hola, Florence —le dijo aquella voz ronca que ya conocía.

—Hola, Greta. Es temprano allí.

—Ah, yo nunca duermo más allá de las cinco. Uno de los inconvenientes de hacerse mayor. Bueno, ¿qué le pasa a Helen?

—Comió un pulpo en mal estado.

—¿Y no puede ni ponerse al teléfono?

—Prácticamente no se ha levantado del suelo del baño en las últimas veinticuatro horas.

—Eso no suena bien. ¿Has llamado al médico?

—Sí, claro. Solo me ha dicho que la mantenga hidratada.

—Veinticuatro horas son muchas horas para estar tan mala. Creo que deberíais plantearos el regreso a Marrakech. Puedo llamar al hospital de allí y avisarles de que vais. Me imagino que el del sitio donde estáis será poco más que una tienda de campaña de las de la guerra de Secesión.

—No está tan mal.

—¿Habéis estado?

—Ah. Sí, llevé a Helen ayer.

—¿Y…?

—Fue cuando nos dijeron que debía mantenerse hidratada.

—Ajá. —Hubo un silencio largo—. Me has dicho no sé qué de que Helen se está pensando mejor lo de la entrevista para *The Paris Review*…

—Sí, me ha dicho que ha cambiado de opinión, que ya no la quiere hacer.

—Interesante. —Enmudeció de nuevo—. Ni siquiera había accedido a hacerla aún, ¿sabes? Todavía estaba intentando convencerla de que era una buena idea. Así que, en el fondo, no ha cambiado de opinión, si no estoy equivocada.

«Joooder.»

—¿En serio?

—En serio.

—Qué raro. Igual se equivocó. Está bastante ida, como si

delirara.

—Ajá. —Otro silencio—. Florence, me dejas preocupada, la verdad: dices que Helen delira, que no puede ponerse al teléfono, que no se ha movido del suelo del baño… Todo esto no suena nada bien. Te insto encarecidamente a que volváis a Marrakech para que la traten. Lauren te hará con mucho gusto los trámites necesarios. Puedo mandaros un coche que vaya a recogeros hoy mismo.

—No… Se pondrá bien, creo yo. Se lo pregunto, pero ha insistido mucho en quedarse aquí y terminar la investigación.

—Tal y como lo cuentas, me da que a lo mejor Helen no está en condiciones de tomar esas decisiones. Escucha, Florence: eres joven y puede que Helen te intimide, lo sé, pero no pasa nada por que estés a malas con ella unas horas; es más importante que te asegures de que la atienden debidamente y se recupera.

—No, ya lo sé. Me lo pienso, ¿vale?

—Vale. Te vuelvo a llamar esta tarde para ver cómo va la cosa. Ah, por cierto, os he llamado al móvil a las dos y no da señal.

—Ya, es que la cobertura en esta zona es terrible.

—Entonces, ¿uso este número?

—Sí, es el fijo de la casa.

—Genial. Hablamos pronto.

Florence colgó furiosa. «Mierda.» ¿Qué le iba a decir a Greta dentro de unas horas, o de unos días, si seguía sin poder hablar con Helen?

«Hola, Greta, lo que pasa es que HE MATADO a Helen… Ups… ¿Hago yo de Maud Dixon o qué?»

Perfecto.

# 34

Florence estaba sentada en la playa, con los dedos de los pies enterrados en la arena. El viento que había estado azotándolo todo sin parar desde su llegada había desaparecido sin explicación. El aire que la rodeaba era inmóvil y denso. El ataque despiadado del sol no daba tregua.

Procuró olvidar la llamada telefónica de Greta. Quería recuperar ese subidón con el que había despertado, el placer eléctrico de ser Helen. No le había gustado volver a ser Florence mientras hablaba con Greta. Le había dejado un poso, un no sé qué pegajoso e incómodo que ansiaba quitarse de encima. Deseaba recuperar la ligereza, la confianza, la fuerza.

Cogió un puñado de arena y lo dejó chorrear entre sus dedos. Tenía la piel sonrosada del sol. Los cardenales iban pasando del púrpura al amarillo y luego al verde. Se echó arena por las piernas para taparlos.

Después de la llamada, había buscado el artículo de *Le Matin* y lo había traducido lo mejor que había sabido. No eran más que unas líneas. Una turista de Nueva York llamada Helen Wilcox se había salido de Rue Badr con su coche de alquiler a las diez de la noche del sábado. Casualmente, unos problemas con el motor de su embarcación habían retenido a un pescador local, que había oído la caída del vehículo al mar y había podido acercarse a él cuando aún flotaba y sacar a la señorita Wilcox por la ventanilla abierta. Wilcox había ingresado en el hospital con heridas leves y se esperaba su completa recuperación. Ya era el quinto accidente de Rue Badr ese año. Dos personas habían muerto en otro el año anterior.

Frustrada, había cerrado el portátil. No había averiguado nada que no le hubieran dicho ya. Su memoria seguía siendo un agujero negro y le aterraba que el inspector Idrissi atara cabos antes que ella, porque entonces no solo echaría a perder

su nueva vida como Helen Wilcox, sino también la antigua.

Se levantó y se sacudió la arena del cuerpo. Reparó en un grupo disperso de aficionados al *kiteboard* instalado cerca de la orilla. Guardó sus cosas en la bolsa y empezó a caminar hacia ellos. Según se iba acercando, varios se volvieron a mirarla, pero no llamó la atención de ninguno. Su aspecto no era muy playero: el sol se reflejaba con crudeza en su piel clara y ella apenas llenaba la parte superior del bikini de Helen.

Vio a Nick sentado en una toalla del tamaño de un mantelito individual. Se había quitado la mitad superior del traje de neopreno, que le colgaba por la espalda como una sombra. Lamía con desesperación un polo rojo medio derretido.

—Hola —dijo ella, plantándose delante.

Nick levantó la vista y sonrió contento.

—¡Hola! —Había parado de lamer lo justo para que el polo le chorreara por el antebrazo—. ¡Mierda! —exclamó y, estirando el cuello, se pasó la lengua por el brazo, del codo a la muñeca.

Florence recordó por fin a quién se parecía Nick: a *Bentley,* el *golden retriever* del vecino de Helen.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—No mucho. Esto está como un plato —dijo, señalando el mar casi plano. Florence miró al horizonte y asintió pensativa. Nick tiró el resto del polo a la arena—. Dios, esa cosa me estaba devorando vivo. —Se limpió por encima las manos en los muslos de su traje de neopreno y estudió sonriente a Florence—. ¿Y tú qué haces?

—No mucho. Leía, pero hace demasiado calor para estar en la playa. Había pensado en dar un paseo por el pueblo. —Hizo una pausa—. ¿Te apetece venir?

A Nick le encantó la idea y no le preocupó que se notara.

—¡Sí! ¡Vamos!

Se quitó enseguida el traje de neopreno, hurgó en una mochilita y sacó una camiseta hecha un higo. Al hacerlo, cayó a la arena un libro. Florence lo cogió y examinó la cubierta: *El cielo protector,* de Paul Bowles.

—¿Lo estás leyendo?

—Me lo acabo de terminar. Te lo presto si quieres. Es increíble.

Florence procuró disimular su sorpresa. Nick no le había parecido de esos tíos que podían estar leyendo a un autor del que Helen hablaba maravillas. Ella había estado a punto de comprar un libro de Paul Bowles antes del viaje, pero Helen la había inundado de cosas por investigar y al final no había podido hacerlo. Le dio la vuelta y leyó la sinopsis de la contracubierta. Trataba de un trío de estadounidenses que recorrían el desierto norteafricano en los años cuarenta. Era la primera novela de Bowles y había tenido muchísimo éxito. Leyó las primeras frases. Nick tenía razón: eran buenas.

—¿Lista? —le preguntó él. Florence cabeceó afirmativamente y le devolvió el libro—. ¡Nos vemos! —gritó por encima del hombro mientras se alejaban del grupo.

Ascendieron despacio por la playa. Nick le estaba explicando algo del *kiteboard,* pero Florence no le prestaba atención. Andaba divagando.

Subieron penosamente la colina y cruzaron Place Hassan II hacia el casco antiguo. Cuando llegaron a la concurrida carretera que rodeaba la muralla de la medina, Nick le pasó el brazo bronceado y cubierto de vello rubio por la cintura para evitar que la arrollara la riada de motocicletas. Ella lo miró y sonrió.

Al cruzar la calle, un rostro conocido le llamó de pronto la atención. Allí, tieso como una vara delante de un historiado edificio, se encontraba Idrissi, el policía del hospital. Se le aceleró la respiración. Se dijo que no había nada que temer. Para él no era más que una turista estúpida que se había librado de una sanción por conducir borracha y estrellar su coche de alquiler porque daba la casualidad de que era estadounidense y tenía dólares que gastar. Pero recordó cómo la había mirado en el coche, cuando le había preguntado por la amiga con la que había ido al restaurante. Sospechaba algo.

¿Y por qué no iba a hacerlo? A fin de cuentas, ella ESCONDÍA un secreto. El recuerdo de la llamada telefónica de Greta le produjo un nuevo ramalazo de aprensión. Trató de olvidarlo. Idrissi giró despacio la cabeza, explorando la

multitud. Florence se pegó instintivamente a una pared.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Nada, que me ha parecido ver una rata.

—¡Qué mona eres! —dijo él y, arrimándosela, le dio un pico, que a ella le supo a Coppertone y a saborizante de fresa.

—Vamos a echar un vistazo por aquí —propuso ella, arrastrándolo hacia el zoco.

El interior del mercado estaba más oscuro y más fresco. El polvo brillaba en los haces de sol que lograban colarse por las grietas de aquel techado chapucero.

—¿Qué te parece?

Al volverse, Florence vio a Nick delante de un puesto del que colgaban tejidos de colores vivos, poniéndose por encima del cuerpo una larga túnica azul.

Florence rio.

—No.

El tendero se les acercó.

—Es un caftán —dijo—. Para mujeres. —Sacó una túnica negra de un montón—. Esto, para hombres. Pruebe —añadió, dispuesto a pasársela por la cabeza a Nick.

—No, gracias, tío —respondió Nick, gesticulando, pero no sirvió de nada, porque ya la tenía medio puesta.

El hombre estiró las arrugas con las manos.

—Y esto —dijo, enrollando una tela gris y enroscándosela a Nick en la cabeza— es un turbante.

Nick se quedó tieso como un maniquí, con los brazos hacia delante.

—¿Y bien…? —le preguntó a Florence.

Ella rio y negó con la cabeza.

—No, no, ¡qué va!

—Mire, hago foto —dijo el hombre, tendiendo las manos para que le dieran un móvil.

Florence enseñó las suyas vacías.

—Yo no llevo.

El tipo se volvió hacia Nick.

—Lo tengo en el bolsillo —dijo. El hombre le metió las manos en los bolsillos de la túnica, que no eran más que ranuras, pensadas para poder acceder a los del pantalón.

—¡Anda, qué guay! —exclamó Nick—. ¡Son ranuras! —le dijo a Florence, que se echó a reír otra vez.

El tendero hizo una foto oscura y borrosa de los dos, mirándose, muertos de risa. Después, cuando Nick consiguió quitarse la túnica y desenroscarse el turbante, agarró el caftán azul que había elegido primero y le preguntó:

—¿Cuánto?

—¿Para la hermosa dama? Doscientos dírhams.

—No, déjalo —le dijo Florence a Nick—. No me tienes que comprar eso.

—Hay que comprar ALGO.

—De eso nada. Seguro que monta este número cincuenta veces al día. —Pero Nick ya estaba sacando el dinero. Le ofreció al vendedor ciento cincuenta dírhams, que el tipo aceptó con una cabezada; luego le entregó a ella la bolsa de plástico arrugada que contenía su nuevo caftán—. Gracias —terció, avergonzada.

—No me des las gracias. Solo te lo he comprado para que me lo puedas prestar.

Florence puso los ojos en blanco, procurando disimular la ilusión que le hacía, pero Nick ya tenía la mano metida hasta la muñeca en un cesto de alubias del puesto de al lado.

Ella deambuló hasta un pescadero y observó cómo quitaba la piel y las espinas con tajos rápidos y certeros a un pez plateado. Le recordó los hachazos que le había dado Helen al pollo durante su clase de cocina. El hombre tiró a un montón el pez limpio, que ya no era pez, sino pescado. Una mosca se abalanzó sobre él y empezó a sobar la carne con sus brazos finísimos y velludos y sus delicados codos.

Florence se adentró aún más en el zoco. Lo que allí se vendía era similar a lo del mercado de Marrakech, entre pintoresco y práctico.

De pronto notó que una mano le agarraba el brazo y se volvió enseguida. Un tipo bajito y arrugado le tiraba de la blusa en dirección a un puesto de joyería de plata.

—Amatista —le susurró—. Muy buena calidad. Muy bonita —añadió, y volvió a tirarle del brazo.

—No, gracias.

Se acercó un poco más a ella.

—Por ahí, todo falso. Aquí, auténtico.

—No —contestó ella con mayor rotundidad.

Se apartó rápidamente de él, girando por un callejón que salía de la arteria principal y estaba aún más oscuro. Un puñado de hombres sentados en taburetes bajitos bebía de unas tazas humeantes. Levantaron la vista, pero la apartaron enseguida, faltos de interés. Ella pasó la mano por una fila de luminosas zapatillas de cuero. Emitían un olor cálido y húmedo, como a animal mojado. Le latía deprisa el corazón, aunque no sabía por qué.

De repente, se notó de nuevo la mano del tipo encima, obligándola a girar. Apartándose con violencia, se volvió a mirarlo.

—¡Florence!

Dio un paso atrás y el suelo irregular la hizo tambalearse. Contempló el rostro que tenía delante, los dientes enormes, el polo de color rosa intenso, el pelo seco planchado.

—¿Whitney?

Era su antigua amiga de Florida, que la miraba atónita. Se quedaron las dos pasmadas un momento y luego se abrazaron. Whitney medía metro ochenta desde séptimo y Florence tuvo que ponerse de puntillas para llegar. No la veía desde la graduación del instituto y, entretanto, habrían intercambiado apenas una veintena de mensajes. Después de mudarse a Nueva York, Florence había dejado de contestar. La sonrisa de Whitney no parecía indicar que le guardara rencor, pero quizá la casualidad del encuentro le había hecho olvidarlo momentáneamente.

—¡Madre mía! —exclamó Whitney—. ¡Pero qué casualidad!

—¿Qué haces tú aquí?

Whitney soltó de pronto un aspaviento.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, señalándole la escayola y la cara, aún llena de cardenales—. ¿Estás bien?

—Un accidente de coche. No es tan grave como parece.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntarle Florence algo irritada.

Se había sentido tan amenazada por sus recientes encuentros con Idrissi y Greta, incluso con el vendedor de amatista, que iba predispuesta a alarmarse. Tuvo que recordarse que Whitney no era más que Whitney, la misma que había berreado el tema principal de *High School Musical* en el festival de fin de curso cuatro años seguidos. Con la súbita ventaja de quien la había conocido de niña, Florence vio su yo actual algo horrorizada. Pero se le pasó enseguida.

—Estoy de vacaciones con una compañera de la universidad —contestó Whitney—. Hemos llegado a Semat esta mañana, después de pasar unos días en la cordillera del Atlas.

En el instituto, su amiga se había esforzado mucho, pero nunca había sido tan buena alumna como ella y aún le dolía que a Whitney su padre, el dentista de Florence, le hubiera pagado la matrícula en Emory mientras Florence se había tenido que conformar con la UF como todos los demás.

—¿Y tú, qué haces aquí? —preguntó la otra.

—Trabajar, más o menos.

—¿En serio? ¿A qué te dedicas?

—Pues… Es largo de contar. Estoy investigando.

—¡Qué guay! ¿Aún estás en el mundo editorial?

—Sí, algo así.

—¡Qué maravilla! Me alegro mucho por ti. Siempre te han encantado los libros.

Florence había observado que la gente que no pensaba lo mismo que ella de la literatura (a saber: que era, tanto como la biología o la física, uno de los principios organizadores de la vida) la consideraba poco más que una colección de objetos físicos: LIBROS. ¿Acaso pensaban que el poder de la música podía reducirse a la sensación de ver o tocar una cuerda de violín? De hecho, a Florence le encantaban los libros (el olor de la encuadernación, la textura de las páginas…), pero no eran nada comparados con la magnitud de lo que contenían.

—¿Y tú? —preguntó Florence—. ¿A qué te dedicas ahora?

—Soy jefa de proyecto de Verizon, en Tampa. Probé suerte en Atlanta un tiempo, pero echaba de menos la playa y a mi familia. Y Verizon es…, no sé…, el mejor sitio para trabajar.

Florence recordó que la gran tara social de Whitney en el

instituto había sido su entusiasmo desenfrenado en un momento de la vida en que la mayoría de la gente a la que conocían se habría arrancado un brazo a mordiscos antes que manifestar cualquier clase de ilusión por lo que fuera.

De pronto, Whitney cerró los ojos e inspiró hondo por la nariz. Alargó los brazos y cogió a Florence de las manos. Siempre había sido muy sobona.

—La verdad, Florence, si me lo permites, creo que esto ha sido el destino, que nos encontráramos aquí, porque hay algo que hace meses que quiero decirte.

Florence ni se imaginaba qué podría querer decirle Whitney después de seis años de contacto entre escaso y nulo.

—Trevor y yo estamos saliendo —le soltó sin más.

Florence hizo un esfuerzo por no sonreír.

—¡Qué bien, Whitney! No me importa. De verdad. Ya hace mucho que lo dejamos. Fue como en otra vida, en una época en la que éramos muy distintos.

Whitney suspiró fuerte.

—¡Madre mía, qué alivio! Nos sentíamos muy culpables los dos.

Se lo creía de Whitney, pero dudaba que Trevor, cuyas dos pasiones de entonces eran Minecraft y Ayn Rand, sintiera mucho remordimiento.

—¡Eh, nena!

Se volvieron las dos. Era Nick, que llevaba en su manaza una bolsita de cúrcuma de un naranja intenso.

—Hola —dijo Florence algo tensa, de pronto consciente del apuro en el que se encontraba.

—Hola, soy Nick —se presentó él al ver que Florence no lo hacía.

—Yo soy Whitney. Soy amiga de la infancia de…

—¡Whitney y yo somos amigas de la infancia! —la interrumpió Florence a voces.

—Ah, guau —espetó Nick—. ¡Qué pequeño es el mundo!

—Whitney está viajando por Marruecos con una amiga suya de la universidad.

—Qué fuerte.

—MUY fuerte —añadió Whitney.

—¿Anda por aquí? —preguntó Florence, mirando alrededor.

—¿Amy? No, se ha quedado traspuesta en el hotel. Anoche nos acostamos MUY tarde.

—Bieeen —dijo Nick. —Se hizo el silencio entre los tres—. Oye, pues veníos esta noche con nosotros —propuso Nick, volviéndose hacia Florence—. ¿No, nena?

Florence frunció el ceño. Aquello de llamarla «nena» había llegado demasiado pronto y demasiado fuerte.

—Uy, me da que a Whitney no le vendría mal una noche tranquila —dijo ella.

—No, no, me encantaría —replicó la otra—. Sería divertido ponernos al día. Tengo que preguntarle a Amy cuando se despierte. —Sacó el móvil—. ¿Aún tienes el mismo número?

Florence negó con la cabeza. Contratar una línea con el prefijo de Nueva York había sido una de las primeras cosas que había hecho al mudarse. Le fue cantando a Whitney el número que empezaba por 917 mientras su amiga lo tecleaba.

—Espera…, si tú no tienes móvil —terció Nick.

—Uy, es verdad —respondió ella, volviéndose hacia Whitney—. Lo perdí en el accidente.

—Te doy el mío —le dijo Nick, recitándoselo de corrido.

—Genial. Os llamo cuando sepa qué plan tenemos. Me parece que Amy ya ha reservado algo para cenar, pero, si le apetece, podemos vernos después. —Volvió a cogerle las manos a Florence—. No te imaginas la ilusión que me ha hecho encontrarme contigo.

—Vale —dijo Florence sin entusiasmo.

Cuando se fue, Nick se volvió y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No te cae bien?

—No, sí que me cae bien, solo que…, no sé. Me ha sorprendido verla, nada más.

Nick la cogió de la mano y salieron a la luz intensa del mediodía. Entonces Florence oyó a su espalda una voz que conocía bien.

—Madame Weelcock… —Florence se giró por completo. Idrissi estaba plantado a la entrada del zoco. ¿La habría visto entrar? ¿La estaría esperando?—. Me alegra ver que se

encuentra mejor.

—Gracias —consiguió decir ella.

Aún andaba descolocada por haberse topado con Whitney. Solo le faltaba aquello.

Nick miró a uno y al otro alternativamente.

—Eh, tío, yo soy Nick —le dijo a Idrissi, tendiéndole la mano.

El policía la miró con desdén y se dirigió de nuevo a Florence.

—¿Sabe algo ya de su amiga?

Florence se hizo sombra en la cara con la mano. ¿Qué le convenía más? Contestar que sí era arriesgado (otra mentira que alimentar y defender), pero decir que no solo serviría para aumentar sus sospechas sobre aquella misteriosa mujer desaparecida.

Al final asintió.

—Sí. Está en Marrakech. Como suponía.

Idrissi se la quedó mirando.

—Bien —dijo sin más—. Es curioso, ¿sabe?: no he conseguido dar con el taxista que la recogió en Dar Amal aquella noche.

—¿Y eso importa? —preguntó Florence—. Ya está de vuelta en Marrakech. Y está bien.

—Estoy atando cabos sueltos. La policía no se dedica solo a perseguir coches y pegar tiros —dijo con una sonrisa poco ensayada—. ¿Tiene su número de teléfono? Me ayudaría poder hablar con ella.

—¿Su número de teléfono? Uf, no lo llevo encima. Lo tenía en mi móvil, que se ha perdido.

—¿No lo tendrá en la casa? Si han hablado…

—Ah, puede. Aunque, ahora que lo pienso, me llamó ella. Al fijo.

—Mejor, así es más fácil. Revisaré los registros telefónicos.

Florence palideció.

—Ya. —Notó que el sol le abrasaba la cabeza—. La verdad es que aún no estoy bien del todo —dijo de pronto—. Me iba a casa a descansar.

Se apartó de Idrissi y se lanzó a la concurrida carretera;

tuvo que esquivarla una motocicleta cuyo conductor le gritó algo ininteligible.

Nick la agarró del brazo y cruzó la calle con ella.

—¿De qué va todo esto? —le preguntó cuando llegaron al otro lado—. ¿Qué amistad tenéis?

—¿Con ese?, ¡ninguna! —exclamó Florence.

—No me refiero a ese, sino a la mujer de la que hablabais.

—Ah. Viajé un tiempo con ella, pero se ha vuelto a Marrakech y ahora ese policía que está investigando el accidente se ha obsesionado con ella, no sé por qué. Fue solo un accidente, pero no para de darme la lata con el caso —dijo, algo histérica—. No sé qué más decirle. ¡No me acuerdo de nada!

Nick le agarró el brazo para tranquilizarla.

—Oye, oye, relájate. Escucha, aquí es del dominio público que todos los policías son corruptos. Seguramente le cabrea que no hayas intentado sobornarlo aún.

Florence se detuvo.

—¿En serio? ¿Eso es verdad?

—Sí. Liam le largó cuarenta pavos al que lo pilló con una bolsita de «material» y asunto olvidado.

—Ah.

Se volvió a mirar a Idrissi, que la observaba. ¿Sería aquello un simple malentendido? ¿Podría solucionarlo en aquel preciso momento?

Hurgó en su bolso. Aún le quedaban casi mil quinientos dírhams de Helen. Cogió dos billetes y se los guardó en la mano. Mientras cruzaba de nuevo la calle, notó que el policía la escudriñaba y sonrió incómoda.

—Hola de nuevo —le dijo al llegar. Él la saludó con una cabezada—. Solo quería decirle que le agradezco mucho toda su ayuda después del accidente: que me llevara a casa y me devolviera mi pañuelo y eso. Y todo el tiempo que ha dedicado a la investigación. Gracias —remató, tendiéndole la mano en la que llevaba el dinero, hecho una pelota sudada. Así debía de sentirse el amante de Helen, se dijo, intentando dar propinas al personal del hotel bajo su escrutinio. Idrissi le miró la mano y luego a la cara. Ni se inmutó—. Es para usted —le dijo ella,

adelantando la mano—. A modo de agradecimiento.

—Aún no hablo su idioma tan bien como querría —contestó él después de un momento—. ¿Esto es lo que se llama «soborno»? —Sonrió taciturno—. ¿Es esa la palabra?

—¡No, no, qué va! Es solo un obsequio. O… lo que usted quiera que sea.

—¿Usted hace «regalos» de este tipo a los policías de su país?

—Claro. A veces.

Florence notó que se ruborizaba.

—Ah, ¿sí? Pensaba que allí era ilegal. Como lo es aquí, claro está.

—¿En serio? No lo sabía. —Florence volvió a guardarse el dinero en el bolso—. Perdone. Solo quería…

—¿Darme las gracias? —terminó la frase Idrissi con una sonrisita. —Ella cabeceó afirmativamente—. O a lo mejor quiere que deje de investigar el accidente…

—No, no, en absoluto. O sea, ¿de verdad hay algo más que investigar? Yo lo veo todo bastante claro —mintió, pues nada de lo ocurrido aquella noche tenía sentido para ella.

—¿Eso cree, madame Weelcock? Porque YO no acabo de entender por qué su amiga y usted se fueron del restaurante por separado, por qué no encuentro al taxista que la llevó a la villa, por qué desapareció el día después del accidente ni por qué no puede usted ponerme en contacto con ella sin más para que aclaremos todas estas cosas.

—Lo siento, no pretendía ofenderle —dijo Florence en voz baja y dio media vuelta.

Volvió corriendo adonde Nick la aguardaba entusiasmado.

—¿Todo bien? —preguntó.

Ella forzó una sonrisa.

—Todo bien.

# 35

Unas horas más tarde, Florence estaba tumbada en la bañera, con la escayola apoyada en el borde. Se sumergió un instante, dejó que el pelo le flotara ingrávido alrededor y emergió de nuevo para coger aire. Esperaba que quizá la inmersión desencadenara más recuerdos del accidente. Los pocos que tenía, el de la mano que le asía con fuerza el brazo y el del torrente de agua fría, eran cada vez menos nítidos, en lugar de más.

Entretanto, se le multiplicaban los problemas.

El desafío más inmediato alcanzaría su punto crítico dentro de tan solo unas horas, cuando Whitney llegara al apartamento de Nick. Su amiga no les había dado el teléfono ni mencionado dónde se alojaba, con lo que Florence no tenía forma de contactar con ella para cancelar. Pensó en pedirle a Nick que le dijera que no se encontraba bien, pero para eso tendría que hablar con ella y ambos descubrirían que no la llamaban igual: Nick sabría que su verdadero nombre era Florence Darrow y Whitney que se estaba haciendo pasar por Helen Wilcox.

Había pasado la tarde sopesando las consecuencias. ¿Tan malo sería? Se le podía ocurrir una explicación lo bastante creíble. A lo mejor viajaba bajo un nombre falso para «dejarlo todo atrás». Sonaba algo patético, pero ni Nick ni Whitney tenían motivos para sospechar nada más perverso.

Lo malo era que otras personas sí. O al menos empezaban a hacerlo.

Idrissi iba desmontando poco a poco sus mentiras y Greta cada vez se empeñaba más en hablar con Helen. Mientras se enfrentara a amenazas en aquellos dos frentes, Florence no podía arriesgarse a que nadie, ni siquiera tan insignificante como Nick o Whitney, supiera que Florence Darrow y Helen Wilcox eran ya la misma persona.

Habría querido saltarse las siguientes semanas, o meses, o lo que hiciera falta, y pasar directamente al momento en que todo se hubiera solucionado, en que estuviera instalada ya en casa de Helen, escribiendo, cuidando del huerto y cocinando, y Florence Darrow fuera cosa del pasado. Pero debía averiguar el modo de llegar hasta ahí.

Se secó y se envolvió en la bata de Helen. A Florence jamás se le habría ocurrido comprarse una bata de seda, y menos aún llevársela de viaje. Se plantó delante del armario y barrió con los dedos la fila ordenada de prendas colgadas. Sacó un vestido de color crema con bordados rojos y lo sostuvo delante de su cuerpo. El rojo quedaba perfecto con el lápiz de labios de Helen.

Se vistió y se maquilló con esmero en el espejo del baño. Mientras se ataba las sandalias, sonó el teléfono. Al poco, Amina llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Sí? —dijo Florence, hastiada.

Amina asomó la cabeza por la puerta.

—Madame Frost. Al teléfono.

—Dígale que no estoy, por favor. Los problemas de uno en uno.

—Por supuesto, *madame*.

Cerró la puerta con delicadeza y Florence la oyó bajar las escaleras arrastrando los pies.

Poco después vino Nick a buscarla.

Al entrar en el vestíbulo de la villa, su rostro reveló por primera vez la súbita constancia de que Florence y él viajaban con presupuestos muy distinto.

—¿Te alojas aquí tú sola? Esto es inmenso.

Florence se encogió de hombros.

—No era mucho más caro que una habitación de hotel. Mira, hay moho por todas partes.

—Aun así. Esto es mucho mejor que nuestro apartamento.

No se lo iba a discutir. Nick le pidió que le enseñara la casa y ella lo complació, saltándose únicamente el dormitorio que había ocupado antes del accidente. Solo había vuelto allí una vez, a coger el cepillo de dientes.

—Este sitio es una pasada —sentenció Nick al final del

recorrido.

A Florence se le ocurrió una idea.

—¿Prefieres que nos quedemos aquí?

—¿En serio? ¡Ya te digo! ¿Les mando un mensaje a los demás?

Florence se encogió de hombros.

—Claro. Como quieras.

—Ah, y hay que avisar a Whitney. Me ha escrito antes, por cierto. Su amiga y ella se pasarán hacia las diez.

Florence sonrió sin ganas.

—Genial. Entonces, mejor seguimos con el plan inicial. Ya quedamos aquí mañana por la noche si quieres.

Nick asintió.

—Vale, guay. Además, Liam ya ha pedido unas pizzas.

La pizza estaba seca e incomible. Florence picoteaba su trozo distraída. Cada vez que sonaba el portero automático, volvía la cabeza para enterarse de quién era. De momento, no era Whitney. Le dio un sorbo a la cerveza; estaba caliente, había perdido el gas y ya sabía más a la lata que a su contenido. Llevaba más de una hora con ella en la mano. Esa noche le convenía estar avispada.

No solo esa noche. Debía estarlo siempre. Tan avispada como Helen. Ya no podía volver a permitirse la flaqueza o la indecisión. Sus deslices de los últimos días con Greta e Idrissi habían sido un aviso. No podría bajar la guardia JAMÁS. Una nueva identidad era como un trasplante de órgano: tendría que medicarse de por vida para evitar el rechazo.

A las diez y media sonó el interfono por enésima vez y Florence oyó la voz alegre de Whitney anunciándose por el altavoz. Se levantó de un brinco y fue directa a la cocina. Sirvió vodka en dos vasos vacíos y añadió Sprite a los dos; luego sacó un papelito del bolsillo y lo desdobló con cuidado. Contenía un polvito blanco: tres hidrocodonas que había machacado esa misma tarde en la villa usando el tapón de la crema facial de Helen como mano de mortero.

Confiaba en que, si drogaba a Whitney, la velada abreviaría y, mientras tanto, su estado la haría muy poco fiable, con lo

que cualquier alusión a «Florence Darrow» se consideraría el farfullo de una borracha. Sabía que se estaba pasando de cauta, pero quería mantener su nueva identidad completamente inmaculada. Ella era Helen Wilcox, de eso no podía caber duda.

Con unos golpecitos, volcó el polvo en uno de los vasos y lo removió fuerte con un cuchillo. Tiró el papel, echó el cuchillo al fregadero y salió con las bebidas a la puerta. Nick estaba haciendo pasar a Whitney y a su amiga al apartamento.

—Chinchín —voceó Florence a modo de saludo y les dio los vasos a las dos mujeres, que se mostraron algo desconcertadas, pero los cogieron igual.

—Muy bien —dijo Whitney con una risa—. Supongo que esta noche no nos vamos a andar con remilgos.

—¡Estamos de vacaciones! —gritó Florence, de nuevo demasiado alto.

—¡Amén! Esta es mi amiga Amy, por cierto —dijo Whitney, señalando a la morena de aspecto atlético que tenía al lado; luego se volvió hacia Amy y le dijo, señalando a Florence—: Y esta es…

—¡Venga, venga, no te enrolles! —la interrumpió Florence —. ¡Llámame Cleopatra! ¡O Isabel II!

Nick, Whitney y Amy la miraron con evidente preocupación. Ninguno dijo nada. Por fin Nick rompió el silencio.

—¿Te encuentras bien, nena? —preguntó, arrimándose a ella.

—¡Perfectamente, nene! ¡Esto es una fiesta! ¡Bebamos! —propuso, señalando las bebidas de las recién llegadas con su lata y bebiendo otro sorbo de cerveza caliente. Los demás alzaron sus vasos, obedientes.

Whitney puso cara de asco. Florence confió en que fuera por el vodka y no por el sabor de las pastillas, pero la otra dijo:

—¡Florence, nunca te había visto así!

—Ha pasado mucho tiempo, Whit. Soy una mujer completamente nueva.

—Eso parece.

Florence se acercó a ella y bajó la voz.

—De hecho, ¿podríamos hablar en privado un segundo?

—Eeeh… claro. —Whitney miró a Amy de reojo—. ¿Te importa?

—Tranquila, Whit, me gusta el vodka muuucho más que tú.

—Ah, gracias.

—De nada.

Florence se llevó a Whitney al dormitorio de Nick y cerró la puerta. Miró el colchón en el que habían pasado la noche anterior. Parecía aún más asqueroso con las luces encendidas. Se sentó en él y dio una palmadita a su lado para que Whitney la acompañara. Esta se agachó, algo incómoda.

Florence temía aquella conversación, pero había decidido que no le quedaba otra. Estaba resuelta a mantener a Whitney alejada del grupo al menos diez minutos para que le hicieran efecto los calmantes. Quería que saliera de aquel cuarto prácticamente incapacitada.

—Ya sé que te he dicho que me daba igual que salieras con Trevor, pero no he dejado de darle vueltas en toda la tarde y la verdad es que estoy muy disgustada.

Whitney se tapó la cara y negó con la cabeza.

—Lo sabía.

Florence se mordió el carrillo y resistió el impulso irrefrenable de reírse en su cara o soltarle un tortazo. Trevor siempre había olido a los rollitos de pizza de Totino's. Había llorado cuando la había desvirgado, y no una lágrima ni dos, sino como una Magdalena. Le había dicho que especializarse en Lengua y Literatura sería «un desperdicio absoluto». No, no había pasado los últimos ocho años echando de menos a Trevor Gilpin.

—¿Me puedes contar cómo ha sido? —la instó Florence.

Whitney bebió un sorbo de su bebida.

—Bueno, él también trabaja en Verizon, no sé si lo sabías.

—Creo que me lo comentó mi madre.

—Es ingeniero de sistemas —dijo Whitney y levantó la vista para ver su reacción.

—Vale.

Florence no sabía lo que era un ingeniero de sistemas y tampoco tenía ningún interés en averiguarlo.

—Es un campo supercompetitivo.

—Seguro que sí.

Whitney asintió, bebió otro sorbo y pasó a relatarle la historia de su relación: que se habían encontrado en el gimnasio de la empresa, lo mucho que tenían en común, que estaban pensando en adoptar un gato juntos…

Florence odiaba a los gatos.

—Lo siento mucho —concluyó Whitney—. He incumplido la regla de oro de toda amistad. —Florence sospechaba que había sido ella quien la había incumplido, poniendo fin unilateralmente a la suya, pero guardó silencio. Se frotó los ojos, arrugó la frente y miró por la ventana—. Ay, Dios mío, soy lo peor. ¿Qué puedo hacer para arreglarlo? —dijo, mordisqueando el borde del vaso.

Florence se asomó a ver cuánto había bebido: ya estaba medio vacío.

—¿Te vas a casar con él? —le preguntó, a falta de otros recursos para alargar la conversación.

Whitney torció su boca grande. Intentaba no sonreír, observó Florence.

—No sé —contestó—. ¿Espero que sí…? Perdona, ¿está fatal que diga eso?

—¿Sabes qué? Que me alegro por vosotros. De verdad. Brindemos por Trevor y por ti.

—¿En serio?

—Por supuesto. Ya somos adultos. —Alzó la cerveza y brindó con Whitney, que dio otro sorbo. Florence le hizo una seña con la mano para que siguiera bebiendo—. ¡Esto es una celebración! ¡Bebe, bebe!

Whitney bebió un trago enorme, le dio la risa y puso perdida a Florence. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Eres una buena amiga, Florence —le dijo, empezando a farfullar, con lo que Florence sonó más bien a «Florsch».

—A propósito de amigas —terció Florence muy animada—, Amy se estará preguntando qué he hecho contigo. Volvamos afuera.

Whitney se tambaleó un poco al ponerse de pie. Florence la estabilizó y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—*Perfegdameeende*…

Florence le arrebató la bebida de las manos.

—Trae, dame eso. Me parece que ya has bebido suficiente.

Tiró el resto por la ventana y miró el fondo del vaso. Parte del polvillo se había solidificado formando una especie de barro blanco. Lo tiró también por la ventana. Llevó a Whitney al salón, cogida de la mano. Nick y Amy no estaban allí. Los encontró en la cocina, riendo junto al fregadero.

—¡Eh! —exclamó Amy con entusiasmo, pero su sonrisa se esfumó al ver la cara de colgada de Whitney—. Guau, ¿te encuentras bien, Whit?

—Uuuy, *fedobedal*.

Amy le lanzó a Florence una mirada inquisitiva.

—Se ha bebido la copa de un trago —dijo Florence—. Lo siento, no tendría que haberlas hecho tan fuertes.

Amy cogió a Whitney de la mano y la miró fijamente a los ojos.

—¿Whit? —Whitney se esforzó por enfocar a su amiga. Sonrió, pero no podía mantener la tensión de los labios, que se le descolgaban—. Vale —dijo Amy—. Me parece que vamos a dar la noche por terminada después de lo que, por lo visto, han sido diez minutos de furor. Te has lucido, Whit. —Se volvió hacia Nick—. Perdona, ¿te importa pedirnos un taxi? Yo no tengo *roaming*.

Nick sacó su móvil.

—Claro.

—Nos alojamos en Riad Lotus. —Se volvió hacia Florence —. Lo siento muchísimo; no suele ser así.

—Bueno, todos nos excedemos un poco en vacaciones —contestó Florence.

—Cinco minutos —dijo Nick, guardándose el móvil en el bolsillo.

Entre los tres, bajaron a Whitney por las escaleras y la metieron en el coche. Apoyó la cabeza en el regazo de Amy, que le acarició el pelo suavemente y volvió a disculparse con Florence.

—No te preocupes, de verdad. Nos pasa a todos.

—Qué majos sois, los dos. Gracias de nuevo.

Según se alejaba el vehículo, Nick le pasó el brazo por los hombros a Florence y la atrajo hacia sí.

Esa misma noche, Florence yacía acurrucada en el hueco del brazo de Nick mientras él le acariciaba despacio la espalda.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le dijo él en voz baja.

—Ajá.

—Amy no ha parado de llamarte Florence. —Ella abrió de golpe los ojos—. Y me ha mirado raro cuando yo te he llamado Helen.

Callaron los dos un momento. Observó que Nick había dejado de acariciarla.

—De pequeña me llamaban Florence —dijo al fin—. Empecé a ser Helen en la universidad. Es mi segundo nombre.

Nick no dijo nada. Estaba demasiado oscuro y no le veía la cara.

—Ah, vale —terció entonces—. Pues a mí me gusta más Florence.

Ella soltó un suspiro de alivio. Una de las mayores cualidades de Nick, al menos para sus fines, era que no desconfiaba de nadie. Todo el mundo le parecía bueno y creía todo lo que le contaban.

—No, es aburrido.

—Qué va. Es bonito.

—Pues gracias, pero ahora prefiero Helen, ¿vale?

—Si eso es lo que quieres, claro. Me da igual cómo te llames. Me gustas TÚ —dijo, y la estrechó en sus brazos.

Florence sonrió, emocionada, a la oscuridad.

# 36

A la mañana siguiente, despertó antes que Nick. La ansiedad le oprimía el pecho; luego se sumó el aliado de esta: el remordimiento. ¿Por qué había dejado a Nick a solas con Amy? Tendría que haber drogado a Amy también, claro. De pronto le parecía obvio. No se había atrevido a dejarlas impedidas a las dos, buscando en vano el camino de vuelta a casa como un par de corderitos heridos. ¡Qué bobada! Eran adultas. Una noche de borrachera. Seguro que no era la primera de su vida.

Su plan había sido muy limitado, entonces lo vio. Debía soltar amarras. Atrevimiento, audacia…, eso era lo que le hacía falta. Nada de medias tintas. ¿Cuántas veces se lo tenía que recordar?

Estuvo a punto de darse la vuelta, acurrucarse de nuevo contra el pecho de Nick, volver adonde había pasado la última noche, un sitio cómodo y calentito. Pero eso era una trampa, y lo sabía. Se obligó a incorporarse. Se vistió y fue a la cocina, donde bebió con la mano un sorbo tras otro de agua fría y luego se refrescó las mejillas. Adelante. El plan seguía en marcha. No iba a echar por la borda una ocasión así solo por un inoportuno reencuentro con una amiga de la infancia.

Pensó un instante. Entonces reparó en que había cometido el mismo error con Greta. Había pecado de cauta. Aquella milonga sobre la intoxicación alimentaria había sido demasiado baladí, insípida, imprudente. Completamente impropia de Helen.

Volvió al cuarto de Nick y lo despertó.

—Oye, ¿me prestas tu portátil? —le susurró.

Él se incorporó y se frotó los ojos, soñoliento.

—Sí, está ahí —contestó, señalando un montón de ropa sucia.

Florence la apartó y desenterró un antiguo Dell hecho un

cascajo. Entró en la cuenta de Gmail de Maud Dixon, abrió un mensaje nuevo y empezó a teclear. Cuando terminó, lo repasó.

> Querida Greta:
> No he sido sincera contigo. No estoy enferma y no es justo que le pida a Florence que mienta por mí. Lo cierto es que necesitaba unos días de desconexión para meditar algunas cosas. Ya lo he hecho y he tomado una decisión importante.
> Voy a cambiar de agencia. Te agradezco todo lo que has hecho por mí en estos últimos años, pero necesito un representante que respalde mis ambiciones literarias sin reservas. Entiendo las razones por las que me presionas constantemente para que escriba una secuela de *Foxtrot de Misisipi,* pero yo quiero escribir otra cosa y me llevará el tiempo que me lleve. Como tú no sabes darme ese espacio, buscaré a alguien que sepa.
> Maud

El tono le pareció perfecto: directo, considerado. Situó el cursor sobre el botón de envío y se obligó a hacer clic. Salió de la cuenta, cerró bruscamente el portátil y lo tiró sobre la pila de ropa donde lo había encontrado.

Hecho.

Nick se había vuelto a dormir. En un rincón de su cuarto, había una torre de libros de bolsillo maltrechos, de segunda mano. Empezó a curiosear y vio otro de Paul Bowles. Lo sacó del montón. Se titulaba *Déjala que caiga*. Según la contracubierta, era su segunda novela. Narraba la historia de un empleado de banca que se mudaba a Tánger y caía en la más absoluta relajación moral. Lo hojeó. Le llamó la atención el encabezado de una de las páginas: «La era de los monstruos». Frunció el ceño. ¿Dónde había oído esa frase últimamente? Leyó unas páginas:

> Al oír la palabra «enérgico» en relación con su persona, aun sabiendo que era del todo cierto y no pretendía menoscabo alguno, se sintió de inmediato como un depredador poco agraciado y la sensación no le satisfizo.

Cayó en la cuenta al ver el término «depredador». Era el

mismo pasaje que había mecanografiado para Helen en Cairo. Lo había copiado palabra por palabra en un cuaderno y lo había presentado como borrador de su segunda novela. ¿Por qué? ¿Era una especie de denuncia del canon literario dominado por los hombres? No. ¡Qué disparate! Se trataba de un plagio puro y duro.

Por eso Helen no le entregaba el manuscrito a Greta. Pero ¿qué pretendía? No tenía sentido. Debía de saber que jamás se saldría con la suya. Alguien la iba a pillar antes de que la novela llegara siquiera a imprenta. ¿Se proponía incendiar deliberadamente el nombre de Maud Dixon?

—Acaba de escribir Whitney —dijo Nick a su espalda.

Florence lo miró confundida. Por un segundo había olvidado dónde estaba.

—¿Qué?

Lo vio sentado en el colchón, de piernas cruzadas, desnudo. Repitió lo que había dicho y le pasó el móvil. Ella miró la pantalla: «Hola, Nick. Por favor, dile a Florence que siento lo de ayer. No sé qué me pasó. ¿Os puedo compensar esta noche?».

A Florence le alivió saber que estaba bien.

Le contestó: «Hola, soy Florence. No pasa nada, pero creo que hoy vamos a ir de tranquis». Después de mandarlo, borró el hilo completo y bloqueó el número de Whitney. Le devolvió el móvil a Nick, que lo tiró al colchón sin mirarlo siquiera y le tendió los brazos.

—¿Desayunamos? —preguntó él.

Ella asintió. Se encontraba mejor. Por fin empezaba a tenerlo todo bajo control.

Fueron a un local cercano, regentado por una pareja de neozelandeses. Mientras se tomaban un café y una tostada con aguacate, vieron teñirse de color púrpura el cielo azul claro.

—Guau —dijo Florence, señalando.

Se estaban formando nubarrones negros en el horizonte. Las servilletas usadas y las colillas de los cigarros empezaron a formar remolinos a sus pies.

—Mira qué viento —espetó Nick. Las hojas de los árboles luchaban desesperadas por liberarse de sus ramas. Era como si el viento hubiera estado reservando fuerzas para aquello

durante el despegadísimo día anterior—. Tengo que ir a por mi tabla.

—No te irás a meter en el mar con este tiempo, ¿verdad?

—¡Ya te digo! ¡A eso he venido!

—¿Es seguro?

Nick le sonrió.

—¡Qué bonita eres! No pasa nada, de verdad. Te lo prometo.

Florence vio a un tipo, al otro lado de la calle, intentando sostener un toldillo improvisado sobre una mesa repleta de animalitos tallados. El viento no paraba de arrancarle la tela de las manos.

—¿Has salido antes en un día tan tormentoso?

—Sí, montones de veces. De hecho, la primera semana que estuvimos aquí fue una locura. Un viento de treinta nudos, lateral, de mar a costa, con olas espectaculares. Arrastró a la orilla a un puto TIBURÓN. Un tiburón de verdad. —Florence se quedó sin habla. Nick rio—. Tranquila, que no me va a zampar un tiburón. —Ella no dijo nada—. ¿Nena…? ¿Estás bien?

De repente, Florence reparó en el fallo garrafal de su plan: el cadáver de Helen iba a aparecer. El oleaje siempre los arrastraba a la orilla. No lo había hecho aún por una simple cuestión de suerte. Contempló la tormenta que se avecinaba con creciente temor. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada?

Se volvió hacia Nick.

—Me tengo que ir —le dijo como un robot.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—Se me está revolviendo el estómago. Tú ve a hacer *kiteboard* si quieres.

—Venga, vámonos. Te llevo en la moto.

Ella asintió con la cabeza.

De camino a Villa des Grenades, Florence no dejó de mirar el cielo, de un color granito oscuro, con nubes que formaban remolinos amenazadores. Quería marcharse de Semat cuanto antes. Debía hacer las maletas. Y alquilar un coche. Y a lo mejor hasta adelantar su regreso a casa. Antes o después debía probar el pasaporte de Helen.

¿Atarían cabos si aparecía un cadáver en la orilla? ¿Se

imaginaría Idrissi lo que había ocurrido?

Pues claro que sí. Era la pieza que faltaba del rompecabezas, la que el inspector había estado esperando. La autopsia desvelaría el tiempo que llevaba el cadáver en el agua y, con la ayuda de las mareas y el lugar de su aparición, puede que hasta el punto exacto donde había caído.

Entonces iría a buscarla.

Nick se detuvo a la entrada de la casa. Ella bajó de la moto y se quedó mirándolo un momento. Aquella sería la última vez que lo viera, supuso. Quiso decir algo que le recordara el momento, pero no supo qué.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó él.

Florence cabeceó afirmativamente.

Y tras aquella despedida tan poco ceremoniosa, él pisó la palanca de cambios y salió disparado, levantando una mano a modo de saludo.

—¡Ten cuidado! —le gritó ella cuando ya se había ido.

Dio media vuelta y se dirigió a la casa. El viento estremecía las hojas y revelaba sus dorsos pálidos y vulnerables. Todos los pájaros habían desaparecido. Cayeron unas gotas gordas en el suelo de piedra. Corrió adentro mientras el agua seguía empapándolo todo hasta dejarlo negro y brillante.

Fue directa al portátil y miró el correo de Helen. Greta no había contestado aún. Genial. Bien. Buscó una agencia de alquiler de vehículos en Semat y reservó el único SUV que tenían, un modelo que desconocía: un Dacia Duster. Aguantaba bien el mal tiempo y estaba disponible de forma inmediata. Miró por la ventana. La lluvia aporreaba el cristal y tronaba a lo lejos. Unos segundos después, un relámpago iluminó la estancia. ¿Iba a poder conducir así? ¿Con la muñeca escayolada? Bueno, enseguida lo sabría.

Fue a la cocina para llamar a Delta y preguntar si podía cambiar su vuelo, pero, al levantar el auricular, oyó una voz metálica que berreaba desde el otro lado:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Se llevó el aparato a la oreja.

—¿Diga?

—¿Quién es?

—¿Quién es USTED?

Florence supuso que había descolgado cuando estaba a punto de sonar.

—Soy Greta Frost y quiero hablar con Helen Wilcox.

—Ah. Hola.

—¿Helen?

Se lo pensó un segundo.

—Sí.

—Helen, he recibido tu correo. ¿Te importa que lo hablemos, por favor?

—Vale.

—¿Helen? —volvió a preguntar.

—Ajá.

—¿O eres Florence?

«¡Mierda!»

—¿Sí?

—¿Eres Florence?

—Sip.

—¿Por qué me has dicho que eras Helen?

—¿Cómo? Perdona, es que se oye fatal. Ahora mismo tenemos un tormentón tremendo.

Florence frotó el auricular con la blusa para simular interferencias.

—¿Quieres hacer el favor de decirle a Helen que se ponga? —dijo Greta, cortante.

—¿Perdona…?

—Que me gustaría hablar con Helen. Ahora.

—Lo siento, pero no está aquí.

—¿Y dónde está?

—La verdad es que no lo sé. Se ha ido esta mañana.

—¿Adónde se ha ido?

—No estoy segura. —Entonces se le ocurrió una idea—. Me ha despedido.

—¿Que te ha despedido?

—Sí.

—Ah. —Greta hizo una pausa—. A mí también.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Qué disparate!

—Eso he pensado yo. —Luego preguntó—: ¿Te ha explicado por qué?

—Una historia un poco enrevesada. No paraba de decirme que me he puesto de tu parte, no sé por qué. Sospechaba que te estaba pasando información. —Guardó silencio—. De hecho, me ha dicho que escriba YO la secuela de *Foxtrot,* que así estaremos contentas tú y yo.

—¿QUÉ?

—A ver, lo ha dicho en broma.

—Obviamente.

Enmudecieron un segundo.

—¿Te ha contado adónde iba? —preguntó Greta.

—No…, solo que este viaje tenía que hacerlo sola.

—¿Qué viaje?

—Una especie de viaje espiritual, me parece. O esa es la impresión que me ha dado. Algo así como una… desconexión creativa.

—¿Helen te ha dicho que iba a hacer una desconexión creativa? —preguntó Greta sorprendida.

—Ajá.

—¿Y te ha dicho adónde la va a llevar esa desconexión?

—Me parece que de eso se trata, ¿no? Es un viaje sin rumbo.

—¿Tú la has visto…, no sé…, en sus cabales? No me pega nada de la Helen que yo conozco.

—Pues me ha parecido muy convencida.

Ninguna de las dos dijo nada por un momento.

—¿Dónde estabais, exactamente? —preguntó entonces Greta.

—¿Qué?

—Que me recuerdes el nombre del pueblo en el que estáis…

—¿Por qué?

—Porque voy para allá.

—¿AQUÍ? ¿A Marruecos?

—Creo que es mi deber. Helen es una de mis principales clientas y, la verdad, me tiene preocupada. Últimamente está

muy rara.

—Greta, ni siquiera sé dónde anda.

—Pues la buscamos juntas. —Florence no dijo nada—. Tú no te preocupes, que se va a arreglar todo. Helen es volátil, pero siempre termina volviendo a su ser.

—Ajá.

—Escucha, le voy a pedir a Lauren que me saque un billete. Volasteis a Marrakech, ¿no?

—Sí.

—¿Y luego qué?

Florence se quedó pensativa un segundo y acto seguido colgó. El teléfono volvió a sonar en menos de un minuto. Se quedó allí plantada, con la mano aún en el auricular, inmóvil, mientras Amina la observaba.

«¡¡POR ESO NO ME GUSTA HABLAR POR EL PUTO TELÉFONO!!», le dieron ganas de gritar. ¿Una desconexión creativa? ¿Qué coño era eso? ¿Y Greta iba para ALLÍ? No. No.

Soltó un potente gruñido de frustración. Las luces parpadearon y se apagaron. Amina la miró espantada, como si lo hubiera provocado ella.

# 37

Mientras subía las escaleras, Florence vio que se estaba mordisqueando el nudillo y dejó de hacerlo enseguida. Helen tenía razón: el pánico es un desperdicio de energía.

Tenía un plan: se largaba de Semat ya, de Marruecos cuanto antes, y se apoderaba de la vida de Helen Wilcox. Nadie iba a interponerse en su camino. Ni el inspector Idrissi ni Greta Frost. Nadie.

Empezó a hacer el equipaje. Se habría dejado allí todas sus pertenencias, pero eso habría levantado sospechas. No debía dar la impresión de que habían llegado dos personas y se había ido solo una, sobre todo si aparecía un cadáver en la playa, así que preparó dos bolsas: una con las cosas de Helen y otra con las suyas. Las arrastró de una en una por las escaleras hasta la planta baja, ignorando el dolor de muñeca.

Había dejado de llover mientras estaba arriba. Dejó las bolsas en la entrada y salió a la terraza. Estaba todo empapado. Un puñado de pajarillos valientes daban saltitos por allí, viendo qué objetos de interés les había deparado la tormenta. Tuvieron su recompensa: decenas de gusanos ahogados, embotados por la lluvia, adheridos a las briznas de hierba. Florence inspiró hondo. Hacía menos calor.

Decidió volver adentro para avisar a Amina de que se iba. Tendría que pedir un taxi que la llevara a la agencia de alquiler de coches. Antes de que anocheciera, estaría de vuelta en Marrakech. Habría de reservar en un hotel distinto porque esa noche iba a registrarse como Helen Wilcox.

El sonido de unas voces en el interior la dejó paralizada. Asomó la cabeza.

—Allí está —se oyó una voz de hombre desde el vestíbulo.

Entonces vio al inspector Idrissi, plantado en el umbral de la puerta y acompañado de un individuo de treinta y tantos,

estadounidense, a juzgar por su aspecto, que vestía pantalones caqui y camisa azul claro.

Amina les sujetaba la puerta, incómoda. Se dirigieron a Florence con zancada firme, dejando huellas de barro en el suelo, para visible consternación de Amina.

El tipo al que no conocía le tendió la mano y se presentó.

—Dan Massey, del Departamento de Estado de EE. UU. Trabajo en la embajada de Rabat.

Florence miró a uno y a otro alternativamente.

—¿Qué pasa? —«Han encontrado el cadáver de Helen».

—Sentémonos, por favor —le dijo Massey, señalando hacia el salón. Al pasar por la escalera, miró de reojo el equipaje que Florence había dejado al pie de esta—. ¿Va a alguna parte?

—Sí —contestó ella sin más explicaciones.

Se sentaron los tres. Massey puso su maletín en la mesa y lo abrió.

—Señorita Wilcox… —dijo, alzando la mirada—, es usted Helen Adelaide Wilcox, de Cairo, Nueva York, ¿correcto? —añadió, pronunciándolo mal.

Florence asintió.

—Sí, pero no se pronuncia así.

—Muy bien. El caso es que la Policía de Cairo lleva unos días intentando ponerse en contacto con usted.

—Tuve un accidente de tráfico —dijo, levantando la escayola—. He perdido el teléfono.

—¿Sabe a qué puede deberse?

—Ni idea.

—Se ha encontrado un cadáver en su finca.

Aturdida, se le pasó por la cabeza que pudiera ser… ¿HELEN? Pero no, eso no tendría sentido.

—¿Un cadáver? —dijo haciéndose la boba.

Massey cabeceó afirmativamente.

—Lo encontraron en el compostador —sacó una carpeta de su maletín y lo comprobó— hace casi una semana. —Carraspeó —. Por lo visto, se hallaba ya en un estado avanzado de descomposición. Lo descubrió el perro de su vecino.

—*¿Bentley?*

—¿Qué?

—¿Que si se llama *Bentley* el perro que lo descubrió?

Massey la miró extrañado.

—No sé cómo se llama el perro, señorita Wilcox.

—Bueno, supongo que es irrelevante —dijo ella—. ¿De quién es el cadáver? —preguntó después de una pausa.

—¿Ve?, esa es la primera pregunta que esperaba de alguien a quien acaban de decirle que se ha encontrado una persona muerta en su finca, no el nombre del perro que la ha encontrado. —Volvió a consultar sus notas—. Se ha identificado como el cadáver de Jeanette Byrd. —Alzó la vista para estudiar su reacción—. ¿Le dice algo ese nombre?

—No.

—¿No? —inquirió él, enarcando las cejas.

Tenía un rostro afilado y huesudo, cubierto por una piel clara, tersa y pecosa, tan escasa en la frente que no había suficiente para que se le formaran arrugas. No era un rostro que pudiera expresar compasión fácilmente, se dijo.

—No.

Él cabeceó de nuevo.

—Según Leslie Blackford, de Jackson, Misisipi, hablaron de Jeanette Byrd este mismo año. —Rebuscó entre los papeles que tenía en el regazo—. El 1 de marzo, para ser exactos. ¿Le suena? —Florence negó con la cabeza. No tenía ni idea de quién era Leslie Blackford—. Además, figura usted como persona de contacto en los documentos de excarcelación de Jeannette Byrd. Nadie incluye en una lista así a alguien que no conoce, ¿no le parece?

—¿Excarcelación…?

—A la señorita Byrd le concedieron la condicional en el Centro Penitenciario de Misisipi el 24 de febrero de este año.

Amina eligió ese momento para entrar con tres tazas de té humeante en una bandeja. Como de común acuerdo, nadie dijo nada mientras las dejaba con cuidado en la mesa una por una. La última castañeteó un poco y la mujer abandonó la estancia con pasitos rápidos.

—Leslie Blackford es la agente de la condicional de la señorita Byrd —continuó Massey—. Al parecer, la señorita Byrd no acudió a su primera cita con ella. Unos días después,

Blackford recibió un mensaje telefónico de Byrd desde el teléfono fijo de su casa. —Florence había procurado mantener una sonrisa imperturbable desde la llegada de Massey, pero en ese momento empezó a flaquear—. Blackford —prosiguió Massey— la llamó a usted al día siguiente. Aun así, asegura que no ha visto a la señorita Byrd ni tiene noticias de ella.

»El 27 de marzo el estado de Misisipi emitió una orden de detención de Jeanette Byrd por haber incumplido los requisitos de la condicional. Para entonces había faltado ya a tres citas con su agente. Aquí dice que el inspector Michael Ledowski, de la Policía de Cairo, fue a su casa para interrogarla sobre el paradero de la señorita Byrd y le aseguró que no la había visto. —Miró a los ojos a Florence—. Pero me está diciendo que no recuerda su conversación con Leslie Blackford. Y que no conoce a Jeanette Byrd, la mujer cuyo cadáver fue hallado en plena descomposición en su finca.

Florence negó despacio con la cabeza.

—No sé qué decirle —contestó. Al menos eso era cierto.

Inclinándose sobre las rodillas, Idrissi habló por primera vez desde que se habían sentado.

—Es extraño, todo esto. Tan mala suerte en tan poco tiempo. —Florence no dijo nada—. Perdone, no sé si lo he dicho bien: ¿se dice así, madame Weelcock? El accidente de tráfico, esa… mujer muerta en su casa… ¿Eso es «mala suerte»?

Florence palideció.

—Mala suerte, sí —susurró.

Idrissi siguió mirándola fijamente. Estaba claro que la creía culpable de ALGO, pero no era capaz de atar cabos. A fin de cuentas, ¿cómo relaciona uno un accidente de tráfico en Marruecos con un cadáver a miles de kilómetros de distancia? Ella, desde luego, no sabía.

Le devolvió la mirada a Idrissi, procurando parecer imperturbable.

Massey deshizo la tensión.

—Muy bien, escuche —le dijo, relajando la postura—, no he venido a interrogarla, no trabajo en la policía, pero es obvio que tanto la de Misisipi como la de Nueva York están deseando

hablar con usted. He venido a instarla a que vuelva a casa lo antes posible. Hoy, si puede ser. Yo la ayudo a prepararlo todo.

—¿No puedo hablar con ellos por teléfono?

—No, señorita Wilcox. Tiene que volver.

—¿«Tengo» que volver? ¿Estoy detenida?

—No dispongo de autoridad para detenerla, señorita Wilcox. Solo se lo aconsejo encarecidamente.

—No hay tratado de extradición entre Estados Unidos y Marruecos —terció Idrissi—. No estamos obligados a deportarla.

—Cierto —dijo Massey—. Por eso no es buena idea que se quede aquí. Señorita Wilcox, es usted sospechosa oficial en la investigación de un homicidio. Si se niega a volver a casa y no colabora, Estados Unidos podría revocarle el pasaporte, y lo hará. No podrá salir de Marruecos nunca más. Si infringe alguna ley aquí, y por lo que me ha contado mi amigo —dijo, señalando a Idrissi— parece que ya lo ha hecho, la policía marroquí podrá juzgarla en cualquier momento y a la embajada de Estados Unidos no se le permitirá intervenir. Y le aseguro, señorita Wilcox, que las cárceles estadounidenses son mucho más cómodas que las marroquíes.

Idrissi sonrió.

—Yo diría que las cárceles marroquíes son más cómodas que la silla eléctrica que tanto les gusta en su país —replicó.

Massey puso los ojos en blanco.

—Vale, un momento, esto es un disparate —dijo Florence —. Yo no he matado a nadie. —En cuanto lo dijo, cayó en la cuenta de que no era cierto, pero no estaban hablando del accidente—. Yo ni siquiera vivía en Cairo en febrero o cuando sea que dice que pasó esto.

—Según los registros del fisco —dijo Massey—, compró la finca del 174 de Crestbill Road hace dos años y ha sido su domicilio habitual desde entonces.

Florence se levantó y se acercó a la ventana. Volvía a lloviznar.

«Joder.»

«Joder, joder, joder.»

Se le estaba yendo de las manos. Estaba claro que aquello

iba a pasar. Cuando por fin lo tenía todo, todo lo que había querido siempre, se lo arrebataban. Una broma de mal gusto. El universo le tendía la mano y la retiraba cuando iba a estrechársela.

Había hecho todo lo que se suponía que debía hacer: había sido buena estudiante, había conseguido una beca, había dedicado todo su tiempo libre a escribir con estímulos prácticamente nulos, había invertido montones de horas en un trabajo inútil… Y todo para nada. En cambio, Amanda Lincoln había conseguido todo lo que quería, lo que querían las dos, sin hacer ningún esfuerzo. ¿Tan absurdo había sido que Florence pensara que POR FIN iba a cobrar su recompensa, después de tanto tiempo?

Al parecer, sí.

Suspiró.

—El caso es que —dijo, volviéndose hacia ellos— yo no soy Helen Wilcox.

Idrissi y Massey se miraron.

—¿Cómo dice? —preguntó Massey.

—Que yo no soy Helen Wilcox —repitió ella, señalando la carpeta de él.

—Señorita Wilcox, estoy convencido de que tiene usted una explicación perfectamente razonable para todo esto. No tiene más que contárselo a la policía y podrá seguir adelante con su vida. Incluso volver a Marruecos si quiere.

—No, lo digo en serio. Soy Florence Darrow. Nací en Daytona Beach, Florida, en 1993. Lo puede buscar. Helen era mi jefa. Pero… ya no está. Y yo me he estado haciendo pasar por ella un tiempo. Solo era una especie de broma.

—Una broma —dijo Massey sin entusiasmo.

—Hace cinco días, en el hospital, me dijo que se llamaba Helen Wilcox —intervino Idrissi.

—No exactamente. Usted empezó a llamarme así y yo no lo desengañé.

Idrissi suspiró.

—En sus tarjetas de crédito, su carné de conducir y su pasaporte pone Helen Wilcox. El contrato de alquiler del vehículo accidentado estaba a nombre de Helen Wilcox. Esta

casa… —señaló a su alrededor— está a nombre de Helen Wilcox. —Hizo una pausa—. Tiene amigos aquí, me parece. ¿Cómo la llaman?

Florence levantó enseguida la cabeza.

—¿Me ha estado vigilando?

—¿Cómo la llaman?

—¡Helen! —se rindió Florence, levantando las manos—. ¿Vale? ¡Helen Wilcox! Lo sé, SÉ lo que parece, pero le juro que solo me hago pasar por ella.

—Póngase en nuestro lugar, señorita Wilcox —dijo Massey —. ¿Qué le parece más probable: que haya mentido sobre su nombre estando herida en una cama de hospital Y entre amigos Y en documentos legales vinculantes o que esté mintiendo ahora que parece que podría encontrarse en un apuro?

—Me da igual lo que parezca. Yo soy Florence Darrow. Y no hay más.

—Muy bien —dijo Massey—. Entonces, enséñeme algún documento que la identifique…

—No tengo ninguno —repuso ella, encogiéndose de hombros. Acto seguido, soltó una carcajada histérica—. Sé que parece una locura, pero es así. Iba todo en el coche cuando tuvimos el accidente. Estará en el fondo del mar ahora mismo.

—Ya —dijo Massey, arrastrando la palabra.

—¿No pueden comprobar mis huellas dactilares?

—¿La han detenido alguna vez?

—No.

—Entonces, no está fichada.

Florence soltó un suspiro, pero no respondió. Guardaron silencio los tres.

—¡Un momento! —dijo ella de pronto—. No se vayan. — Subió corriendo las escaleras y agarró el pasaporte de Helen de encima del tocador de su cuarto. De nuevo abajo, se lo entregó triunfante a Massey—. Mire, no soy yo. Mírelo bien.

Massey lo abrió sin ganas y miró la foto. Se lo pasó a Idrissi. Inspeccionaron la foto los dos, mirando a Florence para comparar.

—No sé —dijo, meneando la cabeza.

—No lo veo claro —coincidió Idrissi.

—Fíjense en la nariz.

—Una nariz se puede operar —espetó Massey.

Florence le arrebató el pasaporte. Miró la foto.

—Está claro que no soy yo —dijo, cada vez menos convencida. —Massey le tendió la mano. Ella se lo devolvió—. No se parece en nada a mí —insistió ella.

—Bueno, para empezar —respondió él—, no se me ocurre ninguna buena razón por la que usted pudiera tener el pasaporte de Helen Wilcox sin ser Helen Wilcox, pero no soy yo quien tiene que decidir si esta es usted o no. Como le he dicho antes, esto es cosa de la policía —añadió, y se guardó el pasaporte en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Oiga…, ¡no se lo quede! —protestó Florence—. Devuélvamelo.

—Señorita Wilcox, teniendo en cuenta que se la requiere para un interrogatorio de un caso de homicidio en el estado de Nueva York, debo comunicarle que, en efecto, dispongo de autoridad para confiscarle el pasaporte. No obstante, puedo expedirle documentación temporal que le permita volar a Estados Unidos y solo a Estados Unidos, donde la recogerá un agente uniformado que la llevará a la comisaría de Cairo. Permítame que vuelva a preguntárselo: ¿le interesa? — Florence no contestó. Miró fijamente la mesa que tenía delante. Massey cabeceó afirmativamente como si le hubiera respondido—. Muy bien. Llámeme a mi despacho, por favor, si cambia de opinión. —Le dejó una tarjeta de visita en la mesa —. Si no, bueno, como le he dicho, no la puedo obligar, pero Estados Unidos no le expedirá un nuevo pasaporte hasta que se resuelva este crimen.

Massey se levantó y empezó a guardar sus carpetas en el maletín.

—¿Y ahora qué? —preguntó Florence, mirándolo con impotencia.

—No hay nada que yo pueda hacer —contestó Massey—. Vuelva a casa, a Nueva York. Ese es mi consejo. Espero que lo siga. Y si piensa marcharse de Semat —añadió, señalando el equipaje que había al pie de la escalera—, le aconsejo que me

mantenga informado de su paradero. Le facilitará las cosas a la larga.

Florence lo ignoró.

—¿Y usted? —le preguntó a Idrissi.

De repente no le apetecía que se marchara, a pesar de que su presencia en su vida no había hecho más que inquietarla.

Idrissi se encogió de hombros.

—No sé, *madame*.

Parecía verdaderamente indeciso, por primera vez desde que lo había conocido.

# 38

Lo primero que hizo Florence en cuanto se fueron los hombres fue guglear a Jeanette Byrd. Encontró un artículo de 2005 en el *Clarion-Ledger* de Misisipi. Una joven de diecisiete años, vecina de la zona, con ese nombre había sido acusada del asesinato de un hombre llamado Ellis Weymouth en la habitación de un motel de Hindsville, Misisipi. Según el diario, ella siempre había defendido su inocencia, pero su coartada, que había pasado toda la noche con una amiga, se había desmoronado cuando la amiga en cuestión había cambiado su testimonio. No daban el nombre de la amiga por ser menor de edad, pero Florence se lo imaginaba: Helen Wilcox.

Jeanette Byrd era Jenny. Ruby, la de la novela.

Así que le habían concedido la condicional en febrero. ¿Y luego qué? ¿Después de pasar quince años en la cárcel había ido en busca de su vieja amiga Helen? Eso era factible, pero no explicaba cómo había terminado en el compostador. Helen era egoísta y narcisista, pero, desde luego, no era una asesina.

Se lo pensó.

¿Desde luego? No podía describir con esa certeza a Helen, cuyo estado de ánimo era tan variable como el tiempo y a la que hasta Greta había tildado de volátil.

Según Massey, el cadáver llevaba en el compostador de Crestbill Road desde febrero. Eso significaba que todo el tiempo que Florence había vivido allí, el cuerpo sin vida de Jenny había estado pudriéndose a unos metros de donde ella dormía. Le había tirado pieles de plátano encima.

¿Qué más había dicho Massey? Que Helen le había mentido tanto a la agente de la condicional de Jenny en Misisipi como a un agente de la policía de Cairo. Recordó de pronto al policía obeso que se subía los pantalones a la puerta de la casa de Helen y a esta mirándolo con desprecio desde el último escalón

de la entrada. Florence había sido testigo de toda la conversación. Había dos explicaciones posibles, que ella supiera. O Helen estaba encubriendo a Jenny o, en efecto, la había matado y ella había estado semanas viviendo con una asesina.

Cerró el portátil, pero no se movió. Se sintió presa de un súbito letargo aplastante. La necesidad imperiosa de marcharse de Semat se había disipado. De repente, no quería otra cosa que dormir. Ansiaba olvidarse de todo.

Además, no se podía ir. No tenía pasaporte. El único carné que tenía era el de conducir de Helen y estaba claro que ya no podía seguir haciéndose pasar por ella: a Helen la buscaban por asesinato. Pero tampoco tenía nada que demostrara que era Florence. No era nadie. No era nada.

Se levantó sin ganas y fue a por la botella de whisky del comedor. Se echó un chorrito en el té y se lo bebió despacio. Fuera, las hojas seguían chorreando lluvia.

Estaba segura de que, al final, lograría convencer a quien fuera necesario de que ella era Florence Darrow. Podía hacer unas llamadas, rescatar documentos…, pero aquello no la aliviaba. Al contrario, se sentía desposeída. No había llorado la muerte de Helen, pero lamentaba enormemente la pérdida de su identidad.

Además, aún tendría que explicar la desaparición de Helen y todas las mentiras que había dicho desde el accidente. A lo mejor no había asesinado a nadie ni lo había tirado al compostador, pero había matado a otra persona, aunque fuera sin querer. También era una delincuente. Y alguien, en algún lugar, ya fuera en Nueva York o en Marruecos, le haría pagar por ello. De eso estaba segura. Era lo que tenía ser Florence Darrow: que siempre le tocaba pagar.

Se preguntó si podría transferir todo el dinero de Helen a Florence Darrow antes de recuperar su antigua identidad. O incluso a una cuenta numerada. ¿Cómo se hacía eso? Pero la acusarían de robo. No de usurpación de identidad, de robo de toda la vida.

Entonces entró Amina y le preguntó si quería cenar. Florence negó con la cabeza. Cuando Amina se iba, Florence la

llamó:

—Espere. Amina, ¿usted sabe cómo me llamo?

—¿Cómo se llama, *madame?*

—Sí, cómo me llamo.

—Madame Wilcox, *n'est-ce pas?* Está en el papel.

—Tiene razón. Eso es lo que dice el papel —contestó Florence con un suspiro de resignación—. Amina, ¿nunca ha tenido la sensación de… que ha cometido tantísimos errores que ya no hay vuelta atrás… y ni siquiera sabe si QUIERE volver?

—¿Volver… a Estados Unidos?

—No. Da igual. Estoy desvariando. Perdone, Amina.

—Amira —dijo la anciana, dándose palmaditas en el pecho —. Me llamo Amira.

—¿Amira? Pensaba que era Amina. —Amira se encogió de hombros—. Lo siento —dijo Florence mientras Amira volvía a la cocina.

Suspiró. ¿Qué pensaba?, ¿que Amira le iba a dar la solución? ¿La redención? Si quería cualquiera de las dos, iba a tener que buscarlas ella sola.

Se echó otro chorrito de whisky en el té.

Florence abrió de golpe los ojos. Alguien aporreaba la puerta. Se incorporó y miró alrededor. Era de noche. Se había quedado traspuesta en el sofá, con la botella casi vacía de whisky al lado, en la mesa. Miró el reloj. Eran casi las diez.

—¿Amina? —gritó—. ¿Amira? —rectificó.

No hubo respuesta. Debía de haberse ido a casa ya.

Florence se acercó a la puerta con piernas temblonas y voceó:

—¿Quién es?

—¡Yo!

—¿Quién? —preguntó Florence extrañada.

—¡Meg!

De pronto recordó que esa mañana, antes de desayunar, los había invitado a todos a casa después de la cena. Le parecía que hacía una eternidad de aquello. Abrió la puerta un poco. La cara redonda de Meg llenó la rendija, primero un ojo, luego

el otro.

—¿Se te había olvidado? —preguntó Meg con su habitual alegría.

Florence asintió con la cabeza, frotándose los ojos.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, tranquila. Pasad.

Abrió la puerta del todo. Nick estaba detrás de Meg, sonriente. Entró y le pasó un brazo por los hombros. Los otros entraron detrás.

Florence los sacó a la terraza. Pasada la tormenta, las estrellas brillaban como recién lavadas. Meg llevaba un *pack* de seis cervezas y le ofreció una a Florence, que la aceptó. Se instalaron alrededor de la mesa de jardín. El día menos pensado, se dijo Florence de pronto, aquel grupo oiría hablar de una sospechosa de asesinato llamada Helen Wilcox que había huido a Marruecos. ¿Qué pensarían? ¿Horrorizaría a Nick saber que se había acostado con una homicida? ¿O sabría ya para entonces que la mujer con la que se había liado le había mentido sobre quién era?

Nick la pilló mirándolo fijamente y sonrió.

—¿Estás bien?

Ella cabeceó afirmativamente.

—Cansada, nada más.

Meg quería jugar a un juego que se llamaba «Yo nunca». Por turnos, todos iban diciendo algo que nunca habían hecho; si otra persona del grupo lo había hecho, tenía que beber. Florence no había hecho ninguna de las cosas que provocaban los abucheos y la vergüenza fingida de los demás. Nunca había hecho un trío. Nunca había tomado alucinógenos. Nunca se lo había montado con nadie en un avión.

Por primera vez, percibió claramente su diferencia de edad con aquel grupo tan variopinto. Solo era dos años mayor que Nick, pero en algún momento había empezado a sentirse más de la edad de Helen que de la suya propia. ¿A quién le importaban los tríos y el sexo en un avión? ¿Esas eran sus transgresiones? ¿Sus grandes logros?

Aunque tuviera que volver a ser Florence Darrow, jamás caería en semejantes trivialidades. Se negaría a llevar una vida

corriente. La devolvería como si fuera un pollo a medio hacer. La…

—Nena, te toca —le dijo Nick, dándole un pequeño codazo.

—Ay, perdón. Eeeh… Yo nunca he… —El grupo la miró expectante—. Yo nunca he… —«¿Tirado pieles de plátano a un cadáver? ¿Drogado a una amiga? ¿Usurpado la identidad de mi jefa?» Se levantó de repente—. Saltadme. Voy a por más bebida.

El grupo enmudeció. Les había aguado la fiesta.

# 39

Florence estaba resacosa. Dio media vuelta en la cama. Nick se había ido hacía horas a hacer *kiteboarding*. Echó un vistazo a la habitación vacía. Todas sus pertenencias, y las de Helen, seguían en las maletas, en la entrada. Se levantó, bajó sin ganas a por la de Helen y la subió a rastras para poder vestirse.

Se asomó al salón. Estaba inmaculado. Amira había limpiado ya las porquerías que habían dejado la noche anterior.

Al pasar por el vestíbulo, se quedó de piedra: estaba convencida de que acababa de ver a Helen. Volvió la cabeza. Era su propio reflejo en el espejo de la pared. Lo escudriñó. Se le había aclarado el pelo con el sol, y la tormenta había rebajado la humedad, con lo que sus rizos se habían transformado en suaves ondulaciones. Guiñando un poco los ojos, bien podría haber estado mirando a Helen.

Habría podido usar su pasaporte sin problemas en el aeropuerto. Si no le hubieran arrebatado su nueva vida.

—Florence —le dijo al espejo en voz alta y monótona. En ese preciso instante, detectó una presencia próxima. Era Amira, que la observaba desde la puerta de la cocina. Se obligó a sonreír—. ¡Buenos días! —exclamó con todo el entusiasmo de que fue capaz.

—Buenos días, *madame*. ¿Café?

—Sí, por favor. Gracias.

En cuanto se vistió, procuró recuperar la energía del día anterior. El cadáver de Helen aún podía aparecer en la playa, se recordó, pero ese pensamiento ya no le inspiraba la misma premura. Ahora que había decidido dejar de ser Helen, se sentía absuelta de todos sus pecados, como si la ausencia de recompensa invalidara las fechorías. Además, si aparecía el cadáver de Helen, al menos sabrían que Florence no había

asesinado a Jenny.

«No —se recordó—. ¡NO!» Si aparecía el cadáver de Helen, le preguntarían cómo había terminado en el mar y por qué no había denunciado su desaparición. Si podían demostrar que había bebido, y quizá aun sin poder demostrarlo, iría a la cárcel por homicidio involuntario.

En resumidas cuentas: estaba jodida. Florence Darrow estaba jodida y Helen Wilcox también. Al menos Helen tenía la suerte de estar muerta.

Se tiró en el sofá, enterró la cara en un montón de cojines y gritó con todas sus ganas. Ojalá nunca hubiera ido a Marruecos. No, ojalá nunca hubiera conocido a Helen Wilcox.

Cuando se incorporó, con el pelo alborotado, Amira le estaba dejando con delicadeza un platito y una taza en la mesa.

—Gracias —le dijo como si nada, como si aquella mujer no estuviera siendo testigo de la desintegración de su ser.

—*Je vous en prie*.

Florence bebió un sorbo de aquel café fuerte y caliente y notó que empezaba a espabilarse.

Lo primero era salir de Marruecos. Si tenía que explicar lo que le había ocurrido a Helen, prefería hacerlo en su país. Después de todo, los tratados de extradición son bilaterales. Marruecos no podía obligar a Estados Unidos a que la enviara de vuelta para juzgarla por homicidio involuntario.

Gugleó cómo reemplazar un pasaporte extraviado en un país extranjero. Por lo visto, iba a tener que ir a la embajada de Rabat o al consulado de Casablanca. Además, iba a necesitar una foto de carné nueva, una fotocopia de su antiguo pasaporte y el carné de conducir.

Genial: no tenía ninguna de esas cosas. Notó que se estaba mordisqueando el nudillo otra vez. Se lo sacó de la boca y cogió la tarjeta de visita de Dan Massey, que seguía encima de la mesa, donde la había dejado. Dio varios golpecitos con ella en la superficie de cristal.

Al final se levantó.

Había llegado el momento de embarcarse en el largo y desagradable proceso de volver a ser Florence Darrow.

Entró en la cocina y marcó el número.

—Massey, dígame…

—Hola, señor Massey. Soy Florence Darrow. —Se hizo el silencio al otro lado—. ¿La mujer de ayer? —añadió—. Estuvo usted en mi casa…

—Recuerdo, sin duda, haber estado en el domicilio de HELEN WILCOX. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Wilcox?

—Soy la señorita DARROW —espetó Florence, haciendo hincapié en el apellido—. Quiero volver a Estados Unidos, pero no tengo pasaporte. Ni foto de carné.

—Yo tengo su pasaporte.

—No, usted tiene el pasaporte de Helen Wilcox.

Otro silencio. Cuando Massey volvió a hablar lo hizo en un tono con el que pretendía demostrar lo razonable que estaba siendo.

—Muy bien. Lo vamos a hacer a su manera. Recuérdeme su nombre.

—Florence. Florence Margaret Darrow. Nacida en Daytona Beach, Florida, el 9 de octubre de 1993.

—¿Y no tiene ningún documento de identidad? ¿Nada de nada?

—No. Pero le puedo dar el teléfono de mi madre; ella se lo dirá. O espere…, de hecho hay alguien ahora mismo aquí, en Semat, una antigua amiga, que me conoce desde los seis años. Ella le puede decir quién soy.

—Ajá. Entenderá que no puedo expedir un documento oficial del Gobierno teniendo como única prueba de identidad el testimonio de UNA AMIGA, ¿verdad? ¿Lo entiende?

—Lo sé, pero…

—¿Tiene acceso a su partida de nacimiento o a su tarjeta de la Seguridad Social?

—No. —Las tenía las dos en la caja de zapatos de su armario, en casa de Helen—. Pero le puedo decir dónde encontrarlos.

El hombre suspiró.

—De acuerdo. Escuche: voy a hablar con algunos compañeros del despacho a ver qué opinan. A lo mejor su

amiga podría firmar una declaración jurada. No estoy seguro. Si le digo la verdad, jamás me he visto en una situación similar. ¿En qué número va a ser más fácil localizarla?

Florence le dictó el teléfono escrito en un papelito amarillento y pegado a la pared junto al aparato.

—Vale. Quédese ahí sentada. La llamo en cuanto pueda.

—¿Cuándo?

—Con suerte, hoy mismo. Adiós, señorita… —Se interrumpió—. Adiós.

Florence colgó y fue enseguida a por el portátil del salón. No tenía intención de quedarse allí sentada.

Buscó en Google el teléfono de Riad Lotus, que era donde Amy había dicho que se alojaban, y pidió hablar con Whitney Carlson. Eran las nueve y media de la mañana; esperaba encontrarlas aún en la habitación. Esperaba que todavía estuvieran en Semat.

—¿Diga…?

Soltó un suspiro de alivio.

—¿Whitney? Soy Florence.

—¡Florence, qué alegría que me hayas llamado! Me siento fatal por lo de la otra noche. No sé qué me pasó.

—Tranquila…, no le des más vueltas. Escucha: al final no hemos podido charlar tranquilamente y me preguntaba cuánto tiempo os vais a quedar en Semat…

—Solo hasta mañana.

—¿Os vais mañana?

—Sí, cogemos el autobús a Marrakech por la mañana y un vuelo a casa hacia las ocho.

—Vale. Oye, te llamo en un momento, ¿vale? Puede que necesite tu ayuda para una cosa.

—Por supuesto. Lo que sea.

—Genial. Gracias, Whitney.

—¿Va todo bien, Florence?

—Muy bien. O al menos pronto será así. —Hizo una pausa —. Me alegro muchísimo de haberme tropezado contigo —añadió, y pensó en lo improbable que habría sido que dijera algo así hacía tan solo cuarenta y ocho horas.

—Yo también.

—Una cosa más: siento no haber contestado a tus llamadas y correos después de mudarme a Nueva York. Tendría que haberlo hecho, y lo siento.

—No pasa nada. La gente se distancia. Lo entiendo.

Colgaron, pero Florence se quedó junto al teléfono y apoyó la cabeza en la pared. Temía la siguiente llamada. Por fin, levantó el auricular y marcó el único número que se sabía de memoria.

Vera parecía adormilada cuando contestó. Florence miró la hora. Era de madrugada en Florida.

—Siento haberte despertado, mamá.

—¿Florence? ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—De viaje.

—Aguarda un momento… —Florence oyó un murmullo de sábanas y luego el clic de encendido de la lamparita de noche de su madre. Se imaginaba la habitación perfectamente: la colcha rosa, los pósteres descoloridos de Monet en la pared… Cuando Vera volvió a hablar, ya sonaba más normal—. ¿Florence? ¿Va todo bien? ¿Te ha pasado algo?

—Estoy bien.

—Entonces, ¿por qué me llamas en plena noche?

Aun desde el otro lado del Atlántico, Florence notó cómo se helaba el tono de voz de su madre. No se lo esperaba. Había dado por supuesto que caería rendida a sus pies de agradecimiento cuando por fin la llamara.

—¿Qué?

—Primero me dices que no quieres volver a verme y ahora me despiertas a las tres de la madrugada. Decídete, cielo.

—Yo nunca he dicho que no quisiera volver a verte; te dije que estaría en el extranjero unas semanas. Siempre exageras.

—¡Me dijiste que NUNCA! Tengo un mensaje de texto que lo demuestra.

Florence sintió una rabia intensa que le nacía de lo más hondo. Jamás le había pedido nada a su madre y para una vez que necesitaba su ayuda Vera no era capaz de dejar de lado sus míseros reproches ni un minuto. Colgó furiosa.

Se acercó al fregadero y metió las manos debajo del chorro de agua hirviendo. Se le coló por la escayola, y la gasa mojada

empezó a picarle. Se rascó furiosa y solo dejó de hacerlo cuando empezó a sentir un dolor agudo.

Después se sentó a la mesa de la cocina y miró fijamente el teléfono. ¿Qué otra cosa podía hacer, aparte de esperar a que Massey la llamara? Hasta entonces, estaba atrapada en un extraño limbo. No era ni Florence ni Helen. No era nadie.

En realidad, aquello le otorgaba cierta libertad. Sin identidad, no podían acusarla de nada.

Volvió a coger el teléfono y llamó a Nick. Lo cogió enseguida.

—¿Qué pasa?

—¿Aún sigues en la playa?

—Sí, pero lo puedo dejar.

—Vente.

Hora de olvidar.

# 40

Florence estaba tirada en el sofá, con la cabeza en el regazo de Nick. Presidía su campo visual una de las esquinas de la mesita de centro, con una bolsita de costo y un bote abollado de Pringles con sabor a pizza. Eran las diez de la noche. Amira les había preparado una cena de verduras a la parrilla y cordero asado hacía unas horas y la habían devorado como animales. Ahora estaban todos tirados por el salón, llenos y apáticos. Nick tarareaba desafinando. Una chica a la que no conocía estaba subida a horcajadas encima de Liam en el sofá de enfrente. Meg tecleaba algo en su móvil.

Florence se obligó a incorporarse. Nick aprovechó la ocasión para inclinarse hacia delante y empezar a liarse un cigarrillo en la mesa y ella salió a la terraza. Se estremeció. Había refrescado desde la tormenta. Se echó en una de las tumbonas y contempló el cielo.

Massey no había vuelto a llamarla, pero Greta sí, más de una vez. Le había pedido a Amira que dijera que había salido. No sabía qué contarle. Aunque hubiera estado lo bastante sobria para razonar, no estaba preparada para hablarle de la muerte de Helen ni de su intento frustrado de usurpar su identidad ni del cadáver que acababan de encontrar en su casa de Crestbill Road. Confiaba en que jamás se enterara de que había estado una semana haciéndose pasar por Maud Dixon; de repente le daba muchísima vergüenza y aún quería que la ayudara a publicar su obra algún día.

Entró en la cocina y cogió una botella de agua de la nevera. Se bebió la mitad de un trago. Todo lo que había bebido y fumado empezaba a perder su efecto.

Volvió al salón cruzando el vestíbulo, donde vio a Meg con la puerta de la calle abierta.

—¡Helen, ven, que te presento a alguien! —le gritó Meg al

verla—. Esta es Florence. Acaba de llegar.

Meg abrió la puerta un poco más. Al otro lado, asomó entonces una mujer rubia. Llevaba un vestido de color rojo cereza y sonreía de oreja a oreja. Le tendió la mano a Florence.

—Hola —dijo—, tú debes de ser Helen…

Florence se quedó de piedra. Hay emociones, como la rabia o el deseo, que parece que aceleran el tiempo; la sorpresa, en cambio, lo detiene, genera una burbuja temporal ajena al paso de los segundos durante la cual la mente debe abandonar la senda neuronal por la que viajaba y abrirse paso a machetazos por una nueva. No dijo nada. Se limitó a mirarla.

Plantada delante de ella estaba Helen Wilcox, la misma que había muerto en el accidente hacía una semana.

# 41

—Florence y yo nos hemos conocido esta misma tarde —le dijo Megan a Florence. Luego hizo lo de siempre y, señalando a Florence, se dirigió a Helen—: Helen es ESCRITORA.

—Ah, ¿sí? —replicó Helen, enarcando las cejas—. ¡Qué maravilla!

Florence se sorprendió asintiendo como una boba.

—Yo siempre he querido escribir, pero no tengo imaginación. ¿Te inventas los personajes de cero? ¿Toda su vida? ¡Parece imposible! —exclamó con una risita.

Florence recuperó por fin la voz.

—¿Qué haces aquí?

Helen arrugó la frente, preocupada.

—Ah, perdona. Meg me ha dicho que me podía pasar, pero lo último que quiero es incordiar.

Meg miró desconcertada a Florence.

—Pues claro que te puedes quedar —le dijo con empatía—. Cuantos más, mejor.

—Ven conmigo a la cocina —propuso Florence—, que te preparo una copa.

—No hace falta. No bebo.

—Pues te pongo un agua —respondió la otra, y la agarró de la parte superior del brazo como si fuera a tirar de ella.

Helen le lanzó a Meg una mirada inquisitiva y esta, a su vez, le preguntó a Florence:

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

Florence vio que Helen estaba disfrutando de la situación.

—Vamos al salón, ¿vale? —propuso Meg, cogiendo a Helen del brazo. Florence las siguió como un perrito faldero.

Meg presentó a Helen (como Florence) al grupo con mucho aspaviento, igual que la había presentado a ella hacía unos

días. Florence miró a Nick para ver si se daba cuenta del nombre y recordaba que era como la había llamado Amy, pero se limitó a cabecear y dijo:

—Súper.

Florence se sentó agarrotada en el sofá. Helen se instaló cómodamente en un sillón y se encendió un cigarrillo. Tan a gusto. Estaba más morena que la última vez que la había visto, pero, por lo demás, igual. Sin magulladuras ni cortes ni huesos rotos.

A regañadientes, Florence tuvo que volver a su antiguo papel, el de sumisa, siempre con pies de plomo, procurando no chocar con Helen. Si ella quería jugar a ese juego, estupendo.

—¿Y de dónde eres? —le preguntó.

—De Florida —contestó la otra con una sonrisa.

—¿De qué parte?

—De Port Orange.

—No lo conozco.

—No me sorprende. Es irrelevante.

—Tranquila, lo irrelevante está sobrevalorado.

Helen sonrió con una especie de deleite. A Florence le pareció ver algo más en su mirada, sorpresa, quizá. Sin quererlo, se sonrojó de gozo.

—¿Llevas mucho tiempo de viaje? —continuó Florence.

—Una semana o así.

—¿Dónde? ¿Por aquí, por Marruecos?

—Un poco. He estado en Rabat hace poco.

—¿Qué te trae a Semat?

—Tenía unos asuntos que arreglar.

—¿A qué te dedicas?

—A la fabricación.

—¿Qué fabricas?

—Engranajes, sobre todo.

Florence se echó a reír.

—Engranajes. —No pudo evitarlo—. De cremalleras, supongo.

—No, para barcos, en realidad.

El resto del grupo seguía su intercambio con súbito interés, mirando a una y a otra alternativamente como si estuvieran

viendo un partido de tenis.

—¿Os conocíais de antes? —preguntó Meg con cautela.

—¡No, por Dios! —contestó Helen.

Florence negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

Durante las siguientes horas, la velada discurrió como suele suceder en esos casos: Helen y Florence fueron desligándose del grupo. Los demás siguieron bebiendo y emborrachándose, pero Florence no permitió que traspasara sus labios ni una gota más de alcohol y Helen no aceptó otra cosa que cigarrillos. Fue como si poco a poco empezaran a ocupar el primer plano de una foto, cada vez más nítidas, mientras el resto quedaba difuminado al fondo.

Al final, hacia medianoche, después de que los otros compartieran un canuto y se quedaran adormilados, Helen se levantó y le tendió la mano a Florence.

—¿Vienes? —preguntó, como si fuera lo más natural del mundo.

Florence asintió y le dio la mano. Para sorpresa suya, sintió un fuerte escalofrío. Fue como tocar a un fantasma.

# 42

Helen subió con ella las escaleras y se metió en el primer cuarto de arriba, el que antes era suyo pero ahora mostraba indicios de la ocupación de Florence.

—Te has puesto cómoda, por lo que veo —le dijo Helen, mirando alrededor.

Florence se ruborizó como si la hubiera pillado probándose sus braguitas. De hecho, llevaba unas de Helen.

—Pensaba que habías muerto —se excusó.

Se hizo un breve silencio y se oyeron carcajadas desde abajo.

—Y es evidente lo mucho que te ha afectado.

—Helen…, ¿qué está pasando?

—Siéntate —le ordenó la otra, señalando la cama. Florence obedeció—. Tenía que ir a Rabat.

—Pero desapareciste sin más. Pensaba que habías muerto —repitió—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No te lo podía decir…, por tu bien.

Florence soltó un resoplido de exasperación. No quería que Helen le fuera dosificando la información a su ritmo. No le apetecía seguir haciéndose la tonta.

—¿Esto es por Jeanette Byrd? —le preguntó.

Helen entornó los ojos.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Ayer vino un hombre de la embajada. Jeanette Byrd está muerta, enterrada en tu compostador. Está clarísimo que creen que la has matado tú. No, miento, creen que la he matado YO porque creen que soy Helen Wilcox.

—¿Y qué les habrá hecho pensar eso? —preguntó la otra, señalando a su alrededor.

—Sí, me he estado haciendo pasar por ti, ya lo sabes. ¿Es eso lo que quieres oír? Porque esa transgresión no es nada

comparada con el lío en el que andas metida tú. —Helen enarcó una ceja, pero calló—. ¿Asesinaste a Jeanette Byrd? ¿A Jenny?

—Es complicado, Florence.

—O eres una asesina o no lo eres.

Helen se sentó en la cama al lado de Florence.

—Te voy a contar lo que pasó, ¿vale? Pero… dame un segundo. —Sacó el tabaco del bolso y se encendió un cigarro. Florence vio que le temblaba un poco el pulso—. Jenny salió de la cárcel a principios de este año. No seguíamos en contacto, así que no me enteré hasta que se plantó en mi casa, en plena ventisca, hacia las siete o las ocho de la noche. Yo estaba leyendo abajo, junto al fuego, y vi los faros a la entrada. Tú has vivido ahí y sabes que nunca viene nadie y que es prácticamente imposible llegar a esa casa por error, así que subí a por la pistola…

—¿Tienes PISTOLA?

—Pues claro que tengo pistola. Solo una mujer superingenua o completamente imbécil viviría sola en medio del bosque sin una. El caso es que bajé y vi que era un taxi lo que había estacionado delante de mi puerta. Pensé que los asesinos y los violadores no suelen ir en taxi al domicilio de sus víctimas, de modo que bajé la pistola y me acerqué a la puerta.

»Y allí estaba ella. ¡Madre mía! Al principio no la reconocía. ¡Con lo guapa que era antes, Florence! GUAPÍSIMA. Todos los tíos de Hindsville andaban detrás de ella. Hasta los mayores. Había un profesor que la perseguía como un perrillo faldero. Pero no había nada hermoso en la mujer que tenía delante. Parecía una heroinómana. Llevaba el pelo largo y sucio, completamente gris. Le faltaban varios dientes. Es de mi edad, pero parecía una sesentona. —Hizo una pausa—. ERA de mi edad —se corrigió.

»Me abrazó de repente. Y no te imaginas lo mal que olía. Como a… sudor de gato. A sudor de gato fermentado. Pero ¿qué iba a hacer yo? Le devolví el abrazo. La invité a pasar. Era mi amiga de toda la vida.

»La llevé a la cocina y serví unos cafés. Nos sentamos allí.

Una situación muy incómoda. La había visto por última vez a los diecisiete años. Ya no compartíamos nada. Nada. Además, tenía un tic nervioso: no paraba de arrancarse padrastros. Tenía los dedos destrozados, como si le hubieran pasado una lija. La vi mirar de reojo el *bourbon* de encima de la nevera y le ofrecí un trago. Nos echamos un chorrito en el café y el ambiente se aligeró. Empezó a hablar. Me contó que yo era la única razón por la que había aguantado en la cárcel. YO. Que entendía por qué había hecho lo que había hecho. Que me perdonaba. Que éramos hermanas, que siempre lo habíamos sido y siempre lo seríamos.

—¿Perdonarte el qué?

—¿Qué?

—Has dicho que te perdonaba.

—Ah, eso. Le desmonté la coartada. Cuando la detuvieron, me pidió que dijera que había estado conmigo la noche del asesinato y le prometí que lo haría, pero luego mi padre me convenció de que era un disparate. Gracias a Dios. A ver, yo no sabía lo que era el perjurio. Pensaba que mentirle a la policía venía a ser lo mismo que mentirle a un profesor. Así que volví a comisaría y conté la verdad: que habíamos estado juntas a primera hora de aquella noche, pero que ella se había ido con Ellis hacia las once. —Hizo una pausa—. Fue entonces cuando perdió el caso. —Le dio otra calada al cigarro—. El caso es que, después de sacar la botella de *bourbon,* cuanto más bebía, más nerviosa se ponía. Histérica, casi. Se paseaba por la cocina. Empezó a coger vasos y jarrones y a preguntarme cuánto me habían costado, a abrir armarios y a cerrarlos de golpe. Se estaba enfadando. De pronto, su versión de los hechos era que ella había ido a la cárcel por MI culpa y que, mientras tanto, yo me había hecho rica con su historia.

—¿Sabía lo de la novela?

—Sí, el libro había llegado a la cárcel y la gente lo comentaba. En cuanto supo de qué iba, vio que era su vida. Me dijo que se la había robado —espetó Helen, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, es que lo hiciste, ¿no?

—Todos los grandes escritores roban. Dostoyevsky.

Shakespeare. Todos. Además, en todo caso era NUESTRA historia. Siempre fue de las dos.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues que se volvió loca, eso pasó. Me dijo que quería el dinero que había ganado con la novela, que era SUYO. La discusión se hizo eterna: gritos, chillidos, llanto… Por fin, hacia las cuatro de la madrugada, conseguí que se fuera a dormir a la cochera. Al día siguiente nos levantamos tarde las dos y hasta lo pasamos bien. Fuimos a dar un paseo, hablamos, hice algo de comer. Pero entonces le dije que me parecía que debía volver a Misisipi, que era un error saltarse la condicional. Incluso me ofrecí a ayudarla a recuperar su vida. Pero… yo qué sé… Se le cruzaron los cables. Me atacó.

—¿Cómo que te atacó?

—Agarró un cuchillo del taco de cocina y se abalanzó sobre mí. No sabía qué hacer. Me dejé llevar por el instinto. Cogí una cazuela y le pegué con todas mis fuerzas. ¿Te puedes creer qué cosa más tonta? Parece sacado de los dibujitos animados de los sábados por la mañana. Pensé que se iba a incorporar, grogui y bizca, con un halo de estrellitas dándole vueltas alrededor de la cabeza. Pero no. Se quedó allí tirada. Muerta.

—¡Madre mía! —Helen no dijo nada—. ¿Y qué pasó entonces?

—Me entró el pánico. Entiéndeme. Vi que se iba a hacer público todo, que se sabría quién era yo, que yo había escrito la novela… Dios, ¿te imaginas la publicidad? Habría sido horrible. Supervulgar. No quería ni pensarlo.

—Helen… —Florence la miró con cara de incredulidad—, ¿mataste a Jenny para proteger la identidad de Maud Dixon?

—No —replicó Helen, entornando los ojos—, la maté en defensa propia. La ENTERRÉ para proteger la identidad de Maud Dixon. A ver, ¿qué más da lo que hagas con un cadáver? A la muerta ya no le iba a importar. —Florence recordó que ella se había dicho lo mismo cuando había pensado que Helen se había ahogado. Como si le leyera el pensamiento, la otra añadió—: ¿Le hablaste a alguien de «mi» cadáver cuando pensaste que me habías matado?

—No es lo mismo —replicó Florence poco convencida.

—Pues claro que sí. En cualquier caso, ocurrió todo muy rápido. No pude tomar una decisión razonada. Iba a tope de adrenalina y lo único que pensé fue que no podía permitir que encontraran ese cadáver en mi casa. No iba a soportar el escrutinio. No quería que me interrogaran. Yo soy muy introvertida, Florence, ya lo sabes.

Florence se sorprendió asintiendo, como si aquella fuera una buena razón para ocultar un cadáver.

—¿Así que lo dejaste en el compostador?

—Bueno, estábamos en febrero. ¡En plena ventisca! ¿Tú sabes lo duro que estaba el suelo? Además, un compostador es el sitio perfecto para deshacerse de un cadáver. Una vaca entera se descompone en menos de seis meses, los dientes, los huesos, todo. De algo me tenía que servir haberme criado en una granja. —Recordó que Helen le había dicho que había aprendido a degollar pollos a los ocho años. Igual no mentía—. Claro que, a la mañana siguiente, descubrí el error garrafal que había cometido. Pero ya era tarde para llamar a la policía. ¿Qué iba a hacer?, ¿sacarla del compostador, arrastrarla hasta la cocina y dejarla tirada en el suelo? No es tan fácil alegar defensa propia después de haber ENTERRADO EL PUTO CADÁVER.

Florence no dijo nada. Intentó imaginar a Helen echando paladas de restos orgánicos, tierra y virutas de madera sobre el cadáver de su amiga de toda la vida. Tenía la sensación de que aquello no había podido ocurrir de verdad, de que Helen le estaba contando un cuento.

—Fue entonces cuando empecé a pensar en escapar —continuó Helen.

—¿Escapar?

—Renunciar a ser Helen Wilcox. Alejarme de todo ello. El cambio tampoco me venía mal. Llevaba una eternidad sin poder escribir nada decente. Tú has leído la nueva novela. Sabes que no es tan buena como *Foxtrot de Misisipi*. —Florence se encogió de hombros. Pensó en hablarle de lo que había descubierto con el libro de Paul Bowles, pero no quería interrumpirla—. Al principio fue solo un ejercicio mental, un juego al que jugaba sola: ¿cómo haría para desaparecer?,

¿adónde iría?, ¿cómo me haría con una nueva identidad?, ¿podría seguir publicando como Maud Dixon?, ¿cómo me pagarían?, ¿se lo diría a Greta?

»Me instalé en Marruecos porque no hay tratado de extradición y me parecía un buen sitio para vivir, mejor que Corea del Norte, por lo menos. Buen tiempo, buena cultura, buena comida, montones de expatriados, pero también la corrupción suficiente como para que pudiera establecerme allí con nombre falso. Pero era pura especulación… hasta que recibí aquella llamada.

—¿De la agente de la condicional de Jenny?

Helen asintió.

—Me contactó a principios de marzo. Me dijo que Jenny había faltado a su primera cita y me preguntó si había tenido noticias de ella. Le dije que no. Me replicó que le parecía curioso, porque ella tenía un mensaje de voz de Jenny y la llamada se había hecho desde mi casa. —Meneó la cabeza—. ¡Dios, qué imbécil! Solo a Jenny se le podía haber ocurrido llamar a su agente de la condicional desde un fijo de otro estado.

—Y la agente de la condicional llamó a la policía local…

—También estás al tanto de eso, ¿no? Claro, tú estabas allí. Pues sí, se plantó en casa después de que por fin emitieran una orden de detención contra Jenny. Para entonces ya había faltado a unas cuantas citas de control. Aquel poli venía convencido de que yo estaba dando refugio a una fugitiva, pero no llevaba orden de registro y le pedí que se fuera. Error. Me di cuenta después. Si volvía con la orden, podía ponerme patas arriba la casa entera. Incluso el patio. Puede que hasta el compostador. Debía haber cooperado y haberle dado un paseíto por la finca. Pero no lo hice. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que iba a tener que empezar a organizar mi huida. ¿Recuerdas? Te propuse que nos fuéramos a Marruecos justo al día siguiente. Si el poli volvía, o, mejor dicho, cuando volviera, quería estar fuera del país y tener a mano una nueva identidad y, si encontraban el cadáver, poner en marcha el plan. Dejaría atrás a Helen Wilcox y me convertiría en otra persona.

Florence meneó la cabeza. Algo no encajaba.

—Pero ¿por qué me trajiste a mí?

—¿La verdad? Porque tenía miedo. No estaba segura de poder seguir adelante yo sola. —Florence la miró a los ojos y de pronto le inspiró mucha ternura, pero le puso freno enseguida—. ¡Chorradas, Helen!

Helen soltó una risita.

—Vaaale, bueno. Necesitaba que denunciaras mi desaparición. No podía evaporarme sin dejar rastro. Sabía que supondrían que había huido y vendrían a por mí, pero, si tú informabas del accidente, eso al menos disiparía sus sospechas. Debía conseguir que tú creyeras que de verdad había muerto. Por tu seguridad, en serio. No quería que te consideraran cómplice de un delito. Tu ignorancia era tu coartada.

Florence se levantó bruscamente de la cama. Por fin había encontrado la última pieza del rompecabezas.

—¿Tú PLANEASTE el accidente? ¡Helen, estuve a punto de morir!

—¡Florence, no, claro que no planeé el accidente! Jamás te habría hecho eso. Mi plan era alquilar un barco, ir a nadar mar adentro y desaparecer después. El accidente fue… pues eso: un accidente. Te lo prometo. Pero vi la oportunidad y la aproveché.

—¿Cómo que la aprovechaste? ¿Ibas siquiera en el coche? ¿Dónde están TUS cardenales? ¿Y TUS huesos rotos? —le dijo, plantándole la escayola delante de la cara.

—No sé, Florence —contestó Helen, serena—. Tuve suerte. Todo ocurrió muy deprisa. Salí nadando del coche y llegué a los pies del acantilado. Nos despeñamos muy cerca de donde la roca empezaba a subir. Solo fue una caída de tres metros. Ya en la orilla, gracias a Dios, vi que un pescador te había rescatado. Me quedé en la playa hasta que se me secó la ropa y luego hice autostop hasta la estación de autobuses. Había escondido mucho dinero en la *riad* donde nos habíamos alojado en Marrakech. Fui a buscarlo y me marché a Rabat, que era donde tenía previsto conseguir nuevos papeles.

Helen se lo estaba contando todo desapasionadamente, como si le dictara una receta de lasaña, como si Florence fuera

boba por no entenderlo. Igual era boba, porque no lo entendía. En absoluto. Los hechos no conformaban un relato coherente.

—¿Y para qué has vuelto?

—A los pocos días del accidente, estaba sentada en un café de Rabat y vi de casualidad el periódico del tío que tenía al lado, y allí estaba… mi nombre: Helen Wilcox. Le pedí que me lo tradujera y fue entonces cuando supe lo que había pasado. Vi que te estabas haciendo pasar por mí o, yo qué sé, que te habías dado un golpe en la cabeza y pensabas que ERAS yo. Y no tenías ni idea de dónde te estabas metiendo. Sabía que la policía vendría a por ti. Por lo de Jenny. Por el lío que yo había dejado. —Florence notó que le flaqueaban las piernas y volvió a sentarse al lado de Helen. Guardaron silencio un momento—. Escucha —dijo Helen por fin—, sé que cuesta procesar todo esto y entiendo que puedas estar enfadada, tienes derecho, pero he intentado en todo momento mantenerte lo más a salvo posible. He vuelto para protegerte. Siempre he querido lo mejor para ti.

Florence detectó un tono inusual en la voz de Helen: necesitado y suplicante. Entonces cayó en la cuenta de que tenía la sartén por el mango. Podía entregar a Helen si quería. Llamar a la policía en ese mismo instante. Le habría encantado verles la cara al inspector Idrissi y a Dan Massey cuando les presentara a la auténtica Helen Wilcox.

Pero ¿luego qué? A ella no le quedaría otra que coger un vuelo de regreso a Estados Unidos, sin casa, sin trabajo y sin dinero. Y sabiendo que había metido en la cárcel a Maud Dixon.

Se agarró la cabeza con ambas manos.

—Estás agotada —le dijo Helen—. ¿Por qué no descansas un poco? Podemos seguir hablando por la mañana.

Florence asintió.

—Espera, que saco mis cosas de tu cuarto —dijo de mala gana.

—No hace falta. Quédate aquí. Ya me voy yo al otro.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Ya en la puerta, Helen se volvió hacia Florence con una sonrisa ladina—. ¿Sabes cuál fue mi primera

reacción cuando vi el artículo en aquel periódico en Rabat?

—¿Cuál?

—Pensé: «Bien por ella». Me dejó impresionada que lo hubieras conseguido. Sé que puede parecer una reacción poco ortodoxa al enterarte de que tu asistente te ha usurpado la identidad, pero, como sabes, nunca me ha atraído mucho la mentalidad de rebaño.

Florence sonrió sin ganas.

—Supongo que he aprendido de la mejor.

—No te lo puedo negar. Aunque hasta yo podría haber patinado. ¿No hay nadie aquí que sepa que eres Florence Darrow?

—Bueno…, se lo he tenido que medio contar al tío con el que estoy saliendo.

—¿Helen Wilcox tiene novio? —preguntó Helen, divertida.

—Algo así. ¿Sabes ese tío…, Nick? ¿El de las rastas?

Helen hizo una mueca.

—Veo que aún tengo que enseñarte una o dos cosas sobre hombres.

Florence rio.

—Es muy majo.

—«Majo» es una forma educada de decir «soso». —En un tono más suave, añadió—: Escucha, bromas aparte, sé que tienes mucho que digerir y entiendo que te sientas abrumada, pero recuerda que estamos en el mismo bando. Mi plan sigue siendo desaparecer, pero lo voy a hacer de forma que tú quedes a salvo. Y muy bien compensada. ¿Vale? —dijo, mirándola a los ojos.

Florence cabeceó afirmativamente.

—Vale.

—Buena chica.

Salió sigilosamente y cerró la puerta con un chasquido seco.

Florence durmió a saltos: la música de abajo no paraba de despertarla; luego recordó que Helen había vuelto y empezó a zumbarle un montón de preguntas en la cabeza, dudas que se le habían quedado en el tintero.

De pronto notó una presencia en la habitación. Se

incorporó. Era Helen, plantada a unos centímetros de distancia, observándola. Un rayo de luna le iluminaba la mitad del cuerpo.

—¿Helen? ¿Te pasa algo?

—No podía dormir y he pensado que a lo mejor tú también estabas despierta, pero da igual, es tarde.

—Tranquila —dijo Florence, incorporándose del todo—. Siéntate aquí.

—No, no. Vuelve a dormirte —contestó Helen, y se fue.

Unos minutos después, Florence dudaba si lo habría soñado. Entonces volvió a despertarse. Aún era de noche. Había una extraña tensión en el aire, como si alguien hubiera pulsado la cuerda más aguda de un violín. Bajó de la cama y salió al pasillo. Estaba en silencio, salvo por la fuente que borbotaba en el patio. Bajó las escaleras. El salón estaba hecho un asco, pero no había nadie allí. Meg y los demás debían de haberse marchado. Oyó pasos en la terraza. Abrió las puertas del balcón y vio la silueta de Helen recortada en el cielo oscuro, al borde de la piscina.

—¿Helen?

La otra dio un respingo y se volvió enseguida, con la mano en el pecho.

—¡Florence, qué susto me has dado!

—¿Qué haces?

—No podía dormir y aquí se está genial ahora que ya no hace tanto calor.

—¿Te encuentras bien?

—Han sido días muy largos. Semanas. Meses.

—¿Me quedo aquí contigo?

—No, vuelve a la cama. Yo entro enseguida.

—¿Seguro?

—Seguro. Buenas noches.

Florence volvió a la cama, pero no conseguía dormirse. Cogió el libro que estaba leyendo. Media hora más tarde oyó a Helen subir la escalera. Se detuvo un instante a la puerta de su cuarto; luego siguió adelante y cerró despacio la del suyo.

# 43

Florence bajó nada más amanecer. No había podido volver a dormirse después de ver a Helen fuera, al borde de la piscina. Habría sido hacia las cuatro de la madrugada.

Amira se sobresaltó cuando Florence entró en la cocina.

—Es temprano —le dijo.

Florence asintió.

—¿Ya está el café?

—Lo estoy haciendo.

Se preguntó a qué hora empezaba Amira su jornada. Siempre estaba ahí ya.

Al poco, se instaló en la terraza con un café y un *brioche*. El cielo se iba desperezando despacio; las palmeras seguían siendo meros perfiles sobre el fondo.

Meditó la pregunta que la había tenido en vela mucho más tiempo que ninguna otra: ¿debía entregar a Helen? A fin de cuentas, había matado a alguien. Había sido en defensa propia, pero Jenny había muerto igual. ¿De verdad estaba dispuesta a arriesgarse a que la acusaran de encubrirla?

Por otro lado, tampoco ganaba nada mandándola a la cárcel. Helen le había dicho que quería desaparecer dejándola «a salvo y muy bien compensada». ¿Qué había querido decir exactamente? Florence parecía estar en condiciones de poner un precio. Además, tampoco le hacía gracia que Helen fuera a la cárcel. Sería como tener un ave exótica en cautividad. Un desperdicio.

—Te has quemado.

Dio un respingo. Helen estaba plantada en el umbral de la puerta.

Florence se llevó las manos a la cara.

—Estás coloradísima. No me fijé anoche. Tienes que cuidarte más. Hay protector solar entre mis cosas de aseo. —Se

sentó—. ¿Has podido dormir algo?

—La verdad es que no. ¿Tú?

—No mucho. Pero estoy bien. Nada que no cure un poco de café.

Justo entonces salió Amira a la terraza con la cafetera. Saludó a Helen sin aspavientos, como si hubiera tenido claro que iba a volver. A lo mejor era así.

Cuando regresó a la cocina, Helen le preguntó a Florence:

—¿Qué le has contado a Amina?

—Nada, la verdad. Que estabas en Marrakech. —Entonces reparó en lo raro que era que nunca le hubiera explicado sus lesiones ni por qué había vuelto descalza a la villa de la mano de un policía—. Se llama AMIRA —añadió, a falta de otra explicación.

—Ah, ¿sí? —dijo Helen, sin interés alguno, mientras cogía un cruasán y le untaba miel—. Oye, tengo que ir al pueblo esta mañana. Cuando vuelva, hacemos planes.

—¿A qué vas al pueblo?

—Es mejor que no lo sepas.

—Ya no tenemos coche.

—Yo sí —dijo Helen, y bebió un sorbo de café—. Por cierto, ¿cómo se llama el tipo de la embajada?

—Dan no sé qué. Su tarjeta está en la mesa del salón. ¿Por qué?

—Tengo un plan. Voy a encargarme de unos detalles y luego te lo cuento todo.

Apuró el café de un trago y se levantó.

—¿Te vas YA?

No eran ni las siete.

—Al que madruga…

Helen se fue a su cuarto a arreglarse.

Media hora después se había marchado y Florence estaba sola de nuevo.

Aún andaba allí cuando oyó el teléfono. Amira asomó la cabeza a la terraza.

—Es madame Frost otra vez, *madame*.

—Dile que no estoy en casa, por favor.

Amira asintió, pero reapareció al poco.

—Dice que, si no habla nadie con ella, va a llamar a la policía.

Florence sabía que si Helen volvía a Villa des Grenades y se encontraba allí a la policía, jamás se lo perdonaría. Y lo cierto es que ella aún no estaba preparada para elegir bando.

Se levantó de la mesa y siguió a Amira adentro.

—Hola, Greta —dijo tímidamente al teléfono.

—¿Florence? ¿Qué está pasando? Llevo más de veinticuatro horas intentando localizarte.

Florence se miró el reloj.

—¿Qué hora es allí?

—Florence, estoy AQUÍ, en Marrakech.

—¿Qué?

—Llevo aquí desde ayer por la tarde.

—¿Dónde?

—En La Mamounia. —Florence recordaba el hotel de cuando había investigado para reservar el viaje. Costaba más de quinientos dólares la noche—. Escucha, ¿dónde estáis VOSOTRAS? No sé cómo podemos vernos.

—Yo me marcho. Voy para allá.

—Pero ¿y Helen?

—Ya te lo he dicho: Helen se fue. No está aquí.

En cuanto soltó la mentira supo que jamás iba a entregarla a la policía. Nunca iba a estar de parte de los funcionarios cumplidores como el inspector Idrissi y Dan Massey. Ni siquiera de Greta Frost.

—¿Crees que habrá vuelto aquí, a Marrakech?

—Sí —contestó Florence con determinación—. Nuestro vuelo sale el miércoles. No tengo motivos para creer que no lo vaya a coger.

—Muy bien. Nos vemos aquí, entonces. ¿Tú dejas la casa hoy?

—Tan pronto como me ocupe de un par de cosas.

—Estupendo. Nos tomamos una copa en mi hotel esta tarde. Hay un bar muy chulo justo detrás del vestíbulo. Estaré allí a las seis.

—Vale. Nos vemos.

—Llámame al móvil si hay cambios.

Florence colgó y se preguntó si acudiría realmente a la cita. ¿Qué le iba a decir?

Le preguntaría a Helen. Seguro que ella tenía un plan. Siempre tenía uno.

# 44

Media hora después, Florence oyó acercarse una moto, cuyo bramido cesó de golpe. Miró por la ventana. Meg se estaba apeando delante de la casa. Fue a abrirle la puerta.

—¿Nick está aquí? —preguntó la otra sin preámbulos.

—No, ¿por?

—¿Has sabido algo de él?

—No. ¿Qué pasa?

—Había quedado con Liam y Jay para surfear esta mañana, hace como dos horas, pero no conseguimos localizarlo. Tampoco está en el apartamento.

—¿No volvieron juntos anoche?

—No, me han dicho que se quedó aquí. —Meg la miró incómoda—. Hablando… con Florence. Bueno, rollo platónico y eso.

Florence sonrió.

—Tranquila. No pasa nada por que hable con otras mujeres.

—Bueno, si sabes algo de él, ¿nos avisas?

Florence cabeceó afirmativamente.

Cuando Meg se marchó, se sentó en el salón. Tenía un runrún en el estómago que le costaba ignorar. El café le había hecho efecto y todas las preguntas que no había sido capaz de formular la noche anterior la asaltaban de pronto con insistente claridad.

¿Cómo había salido Helen ilesa del accidente? ¿De qué forma había escapado a nado del coche mientras se hundía? ¿Había INTENTADO siquiera salvar a Florence? ¿Por qué no recordaba ella nada de esa noche? Y, ya puestos, ¿por qué la había contratado para que mecanografiara páginas de una novela ya publicada?

Había algo raro en su confesión. Había sido demasiado franca. Helen era inteligente, interesante y apasionante, pero

¿transparente? ¿Sincera? Jamás.

A menos que no fuese una confesión en absoluto.

Y si era otra cosa, ¿qué ocultaba? Habiendo reconocido ya el asesinato de su mejor amiga, ¿qué delito tan horrendo había cometido que no lo podía contar?

De pronto se le ocurrió un modo de investigar.

Helen se había dejado el portátil en Villa des Grenades tras fingir su muerte para que no echaran nada en falta, pero ¿para qué se lo había llevado a Marruecos? Ya tenían un ordenador: el que Florence había estado usando para mecanografiar sus borradores y enviar sus correos. Con ese, buscó en Google: «He olvidado la contraseña del Mac». ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El proceso de cambio de la contraseña de un equipo no podía ser más sencillo.

Subió corriendo a su cuarto, saltando los escalones de dos en dos, y sacó el portátil de Helen del cajón donde lo había encontrado hacía tres días. Estaba muerto. Lo enchufó y pulsó el botón de encendido al tiempo que mantenía pulsadas las teclas Comando y R. Repasó las instrucciones en la pantalla de su portátil. El de Helen había entrado en el modo de recuperación; lo único que tenía que hacer era teclear «resetpassword» en el terminal.

De pronto se quedó tiesa: había oído un ruido abajo. Aguzó el oído. Era Amira, que canturreaba por lo bajo. Nada.

Siguió con el portátil y cambió la contraseña de Helen por «zoodles». Ya no había vuelta atrás. La próxima vez que Helen quisiera usar su portátil, sabría que Florence había estado trasteando con él.

Vio como el escritorio de Helen llenaba la pantalla negra. Su excitación se esfumó de inmediato. No había archivos ni carpetas en él. Revisó la de documentos y la papelera. Ambas vacías. Abrió el navegador. Había borrado el historial de navegación.

Tamborileó suavemente sobre el teclado; luego tecleó en Google «recuperar archivos borrados en Mac». Los principales resultados de la búsqueda eran anuncios de aplicaciones que prometían precisamente eso. Se descargó la primera por solo un dólar noventa y nueve y vio cómo hacía un barrido del

disco duro. Una barra de color verde fosforescente iba mostrando el progreso; llegó al cincuenta por ciento, luego al ochenta, pero seguía sin aparecer nada. Por fin, al ochenta y siete por ciento, sonó un pitido agudo. El programa había encontrado algo: una carpeta llamada «Novela2». La abrió. Dentro había varios documentos titulados «Borrador», del 1 al 4. Hizo clic en el más reciente. No era la novela de Paul Bowles que Florence había pasado semanas pasando a limpio. En su vida había leído aquellas palabras.

La cubierta rezaba:

***El intercambio marroquí***

***Una novela***

***de Maud Dixon***

Florence eligió una página al azar y empezó a leer.

> Lillian miró de reojo a Iris, que, a pesar del calor, se había quedado blanca al ver al pescador matar al pulpo a golpes hasta dejarlo lacio. Sabía que la utilidad de Iris residía precisamente en eso, en su ingenuidad, pero le abominaba igual. La debilidad la asqueaba del mismo modo que, imaginaba, la crueldad y los malos modales horrorizaban a otros.

Paró. Notó que había estado conteniendo la respiración y soltó el aire de golpe. Bajó hasta el final del documento.

> Lillian se metió seis pastillas de clonazepam en el bolsillo del vestido. El médico le había dicho que tomara media para el vuelo.

En el móvil, verificó de nuevo la ruta al restaurante: Rue Badr era la única forma de llegar allí…, o de volver.

De pronto, oyó que llamaban tímidamente a la puerta. Hasta para eso era insegura.

Florence cerró con violencia el portátil. Se obligó a inspirar

hondo varias veces y, levantándose, fue al baño con paso tembloroso. Se inclinó sobre el váter un momento, pero no salió nada. En el lavabo, metió las manos bajo el chorro de agua caliente y, en cuanto empezó a arderle la piel, respiró más tranquila. Se miró al espejo. Cuando se notó más estable, cerró el grifo y volvió al portátil. Cerró el documento sin leer más y buscó en Google el teléfono de la comisaría de Cairo, Nueva York.

Abajo, en la cocina, oyó un par de tonos antes de que alguien contestara.

—Comisaría de Cairo…

—Hola, ¿podría hablar con el inspector Ledowski, por favor?

La dejaron en espera y luego oyó otra voz al aparato.

—¿Inspector Ledowski?

—¿Quién llama?

—Soy Florence Darrow, la asistente de Helen Wilcox.

Se hizo un breve silencio.

—Espero que llame para decirme en qué vuelo vuelve.

—Primero quiere saber si es sospechosa en el caso de Jeanette Byrd.

—¿Quiere saber si es sospechosa? —preguntó socarrón—. No es sospechosa. Es LA sospechosa. La única.

—¿Y seguro que lo de Jeanette Byrd fue asesinato? ¿No pudo ser defensa propia?

—¿Con dos balazos en la nuca? Sí, yo diría que fue asesinato. EJECUCIÓN, más bien.

Florence colgó. Alargó la mano y se acercó la silla más próxima.

Recordó a Helen diciéndole: «Así que subí a por la pistola…».

Intentó hacer memoria de todo lo que le había dicho la noche anterior. ¿En qué más le habría mentido? ¿En todo? Era lógico suponerlo.

De pronto recordó haberla encontrado junto a la piscina en plena noche. «No —se dijo—. No.» Sacudió fuerte la cabeza para deshacerse de aquel horrible pensamiento que se le había instalado en ella.

Pero aun así se levantó.

Salió corriendo al jardín, en dirección al borde de la piscina cubierta de verdín. Miró al fondo de sus aguas de un verde negruzco. No vio nada. Cogió una piedra del parterre y la tiró dentro. El canto abrió un pequeño socavón en la superficie que desapareció enseguida. Ni rastro de la piedra.

Miró de reojo hacia la casa y se subió las perneras del pantalón del pijama, pero se le bajaban de nuevo, así que se lo quitó.

—¿Va a nadar?

Dio un respingo y se volvió enseguida. Amira estaba en la terraza, con una regadera en la mano.

Florence asintió.

—Creo que sí —dijo con fingido entusiasmo.

—Le traigo una toalla.

—Gracias.

Con cara de asco, bajó cautelosa el primer escalón de la piscina. El agua estaba más fría de lo que esperaba. Las algas de la superficie eran fibrosas y resbaladizas. Saltaban por ella decenas de insectos de patas largas. Bajó el resto de los escalones apretando los dientes y anadeó donde hacía pie, con el agua por la cintura. Nada. Se sumergió un poco más, dando patadas en parábola. Peinó casi toda la piscina. Empezaba a sentirse ridícula cuando, de pronto, notó algo. ALLÍ. ¿Qué era aquello? Paseó el pie por la zona. Costaba mantenerse quieta en un sitio con el agua por las axilas. ¡Ahí! Lo volvió a notar.

Cogió aire y se zambulló. Abrió los ojos, pero no vio nada. La luz no atravesaba la capa de verdín de la superficie. Estiró al frente los brazos, que toparon con algo blando…, una tela. Movió las manos. Dientes. Una nariz. Volvió a mover las manos. Palpó una gruesa mata de rastas. Avanzó con dificultad hacia donde no cubría, espurreando con violencia.

—Joooder —no paraba de decir. Salió de la piscina y cogió la toalla que le había dejado Amira—. Joooder. —Se envolvió en la toalla y entró corriendo en el salón. Los pies mojados le resbalaban en el suelo embaldosado; tuvo que agarrarse a una pared para no perder el equilibrio. ¿Dónde andaba? ¿Y la tarjeta de Dan Massey? No estaba encima de la mesa. Miró debajo de la mesa, de las sillas. Había desaparecido—.

Joooder.

Agarró el portátil de la mesa del comedor y buscó el teléfono de la embajada estadounidense en Rabat. Se lo llevó a la cocina, sobresaltando de nuevo a Amira. Marcó y chilló «¡Dan Massey!» a la voz que le contestó con entusiasmo. Al poco lo oyó al otro lado.

—Massey al habla.

—Lo ha matado —dijo Florence con voz de pito, aterrada —. Lo ha matado.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Soy Florence Darrow.

—Ah. Estaba a punto de llamarla.

—Helen ha vuelto. La de verdad. Ha estado aquí. Ha matado a un amigo mío. Ha matado a Nick. Por favor, tiene que ayudarme.

—Cálmese, cálmese. Empiece por el principio.

Florence cogió aire.

—Helen volvió anoche. Mi jefa, Helen Wilcox, la del pasaporte que tiene usted. Y ha matado a alguien. Ha matado a Nick.

Se le quebró la voz. Lo recordó con su caftán y su turbante en el zoco, sonriente y ruborizado. No tenía más que veinticuatro años. ¿Qué había hecho? Ni siquiera sabía si lo decía por Helen o por ella misma.

—¿Nick qué?

—Nick. NICK. —No sabía cómo se apellidaba—. Está en la piscina.

—Señorita Wilcox, quiero que me escuche con atención, ¿de acuerdo? Voy a volver a su casa, pero tardaré unas horas en llegar. Además, voy a llamar al inspector Idrissi para ver si él puede acercarse antes, pero quiero que sepa que he hablado con Florence hace un rato.

—¿Qué?

—Me ha contado un poco lo que ha pasado.

—¿A qué se refiere?

—Me ha dicho que ha estado usted barajando algunas ideas disparatadas. Suicidio. Huir de la ley. Que ha estado bebiendo mucho, que se ha hecho con algunas drogas… Incluso me ha

dicho que le ha ofrecido usted diez mil dólares por su pasaporte.

—No, esa era HELEN. Se ha llevado su tarjeta. Se la ha llevado.

—Aquí solo queremos ayudarla, ¿vale? Estamos todos de su parte. Cálmese un poco. Salgo del despacho ya. Tardo unas cinco horas. Llamo a Idrissi en cuanto cuelgue. Si lo localizo, lo tendrá allí en veinte o veinticinco minutos, ¿de acuerdo? Yo llego enseguida. Quédese ahí tranquila y no haga ninguna locura.

—Vale —dijo Florence—. Pero dese prisa.

Al colgar, el subidón de adrenalina remitió como las olas con la resaca. El mundo se ralentizó. Se vio a sí misma como la veía Amira: plantada en un charco de agua sucia, sin pantalones, abrazada a un portátil, con el cable de carga arrastrando por el suelo.

—Lo siento —le dijo a Amira—. Lo siento.

Subió al dormitorio. Estaba mojada y temblaba. Llevaba algas adheridas al pelo y a las pestañas.

Idrissi no tardaría en llegar, se repetía mentalmente como un mantra. Jamás pensó que agradecería tanto su presencia.

Entró en su propio baño por primera vez desde el accidente y echó el pestillo. Dejó correr el agua de la ducha hasta que escaldaba y luego se metió debajo del chorro. Esa vez no se molestó en evitar que se mojara la escayola; total, ya estaba empapada.

Vendría Idrissi. Vendría Massey. Terminaría logrando que vieran la verdad. Whitney podía firmar una declaración jurada. Podía pagarle a su madre un vuelo a Marruecos. Ni de coña la iban a meter en la cárcel como si fuera Helen Wilcox. Debía tener paciencia. Serenarse y tener paciencia.

Salió de la ducha y se estaba secando con la toalla cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Florence? —dijo Helen en voz baja.

Se quedó pasmada.

—¡Un segundo!

—¿Va todo bien por ahí dentro?

—Sí, estupendamente.

—Amina ha servido el almuerzo. Vístete y ven a comer.

—Vale. Dame un segundo.

Florence oyó alejarse a Helen. Se secó enérgicamente la cara con la toalla. Se puso algo de ropa y miró por la ventana del dormitorio, que daba a la entrada del edificio. Ni rastro de Idrissi aún. Pero no podía esconderse en el baño todo el día. Su gran ventaja era que Helen no sospechaba que ELLA sospechaba algo.

Ya abajo, oyó a Helen hablar con Amira en la terraza. El bolso de Helen estaba en la consola de la entrada. Florence echó un vistazo rápido a la puerta de la terraza y se acercó corriendo a la consola. Dentro del bolso había un pasaporte estadounidense. Lo sacó y lo abrió.

Era el suyo, por supuesto. Con su nombre completo, Florence Margaret Darrow, y su fecha de nacimiento como los había visto escritos en innumerables ocasiones a lo largo de su vida, pero al lado había una foto de Helen Wilcox.

Se guardó el pasaporte en el bolsillo de atrás.

¿Cómo lo habría conseguido Helen? ¿Sería eso lo que había estado haciendo en Rabat? Florence sabía por lo que había investigado que lo único que Helen necesitaba era una fotocopia del pasaporte de Florence y su carné de conducir. Eso y fotos nuevas.

En la terraza, la encontró sentada a una mesa, en la sombra, donde Amira había servido la comida. Arrancó una uva del racimo y se la metió en la boca tan contenta.

—¿Te ha sentado bien la ducha?

—Sí. Gracias. ¿Qué tal por el pueblo?

—Fenomenal. Me he encontrado con algunos de tus amigos: Meg y ese tío…, Nick, ¿no?

—Ah. Qué bien.

Florence se sentó y se llevó a los labios el vaso de zumo que había en su sitio, pero cayó en la cuenta de que Helen había estado allí sola antes de que llegara ella. Fingió dar un sorbo y lo dejó de nuevo en la mesa. Tenía el estómago revuelto. No le entraba nada. Observó que le temblaba el pulso. Escondió la mano debajo de la mesa. ¿Dónde estaba Idrissi? Ni siquiera sabía si Massey habría dado con él ya.

—Te noto pálida —le dijo Helen.

—Tengo algo de resaca.

Observó cómo Helen se untaba mantequilla en un trozo de pan y se lo comía. Con cada mordisco, retraía los labios para no estropearse el pintalabios. Una asesina. Estaba almorzando con una asesina. Había matado a dos personas: a Jenny y a Nick. Y seguramente a Ellis Weymouth, el tipo por cuyo asesinato Jenny había pasado quince años en la cárcel. ¿Qué era más probable: que dos amigas del alma se convirtieran en homicidas o que una de ellas fuera una psicópata lo bastante sádica como para cargar a la otra con su propio delito? Desde luego, alguien que no tenía reparos en arrebatar una vida tampoco los tendría en mandar a alguien a la cárcel, aunque fuera su mejor amiga.

Y ahora le había robado el pasaporte a Florence y, para poder usarlo, claro, la verdadera Florence Darrow debía desaparecer del mapa… para siempre.

Pero ¿qué iba a hacer ella más que sentarse enfrente de Helen y almorzar con ella como si nada? No podía plantarle cara. ¡A saber de qué sería capaz! A fin de cuentas, había tenido una pistola en Cairo sin que Florence se enterara. No, debía esperar a que llegaran refuerzos.

Llegó Amira con una bandeja de ensalada de pollo. La dejó en la mesa y se volvió hacia Florence.

—¿Qué tal el chapuzón en la piscina? —le preguntó.

Florence se quedó helada. Miró a Helen, que había entornado los ojos y la miraba de forma siniestra. Ninguna de las dos se movió. Amira, al ver que no le contestaba, volvió a la cocina. Entonces Helen se chascó los nudillos de la mano derecha y Florence se levantó de un brinco, haciendo caer la silla al suelo con gran estrépito. Corrió adentro y subió a toda prisa las escaleras, oyendo a su espalda los pasos contundentes de Helen. Se metió como un rayo en su antiguo cuarto, entró en el baño y echó el pestillo; luego se sentó en el suelo, con la espalda pegada a la puerta, jadeando.

Un segundo después, Helen llamó suavemente con los nudillos.

—Flooorence —canturreó, y volvió a llamar—. Florence,

¿te encuentras bien?

Florence se puso de pie de un salto, se mudó a la bañera y se sentó con las piernas dobladas, abrazada a las rodillas.

Helen sacudió el pomo, tímidamente al principio, más fuerte después. Terminó empujando la puerta con todo el cuerpo. Aunque era antigua, la madera era gruesa y recia. Aguantaría, se dijo Florence. El pestillo, un artilugio de latón macizo, también parecía sólido.

La puerta dejó de sacudirse. Oyó jadear a Helen al otro lado. Por un momento, no sonó otra cosa que las inspiraciones de ambas.

—¿Por qué lo has tenido que matar? —preguntó por fin Florence—. Si era un buenazo…

Conseguir que Helen hablara era la mejor forma de ganar tiempo hasta que llegase Idrissi, pero, sobre todo, quería una explicación.

—¿Matar a quién? —preguntó Helen con fingida inocencia.

—Ya sabes a quién. A Nick. ¿Por qué lo has matado?

Helen cambió de tono.

—Si vas a señalar a alguien, Florence, mírate al espejo. Lo has matado TÚ. Por decirle que te llamabas Florence Darrow. Lo has estropeado todo. Haber seguido con la farsa. Se te daba bien. ¿No querías ser Helen Wilcox? ¡GENIAL! Toda para ti. Pero no puedes ser las dos. No puedes ser Helen y Florence. No seas avariciosa. AHORA Florence Darrow SOY YO.

—¡Ni siquiera le dije que me llamaba Florence Darrow! —lloró Florence—. Le dije que mi verdadero nombre era Florence, pero que ahora me llamaban por mi segundo nombre, Helen. JAMÁS le di mi apellido de verdad. No soy imbécil.

—Florence, tú me dijiste que él sabía tu verdadero nombre. Supuse, como es lógico, que te referías al nombre completo. Haber sido más clara. Es una lástima, pero ya te digo que es culpa tuya, no mía.

—Si era un buenazo… —repitió Florence, en voz más baja.

—Vamos, no me jodas —espetó Helen—. Era un fumeta crecidito que se comportaba como un crío para llevarse a las tías a la cama. —Florence no respondió. Al poco, Helen dijo—:

No te muevas, que vuelvo enseguida. ¡No salgas corriendo! —añadió con una risa histérica, cantarina.

Florence la oyó alejarse rápidamente. Esperó unos segundos y abrió un poquitín la puerta para asomarse. Helen no estaba en la habitación. Se acercó corriendo a la ventana y miró a la entrada de la casa. Ni rastro de Idrissi aún. Dio media vuelta. ¿Adónde iba? Ya oía subir a Helen otra vez. Volvió al baño y echó de nuevo el pestillo.

—A ver…, ¿por dónde íbamos? —preguntó.

—Helen, por favor, dime qué está pasando. La verdad esta vez.

Se hizo el silencio un momento; luego Helen dijo:

—Toma, echa un vistazo a esto. —Le pasó un papel doblado por debajo de la puerta—. Lo explica todo.

Florence miró el papel con recelo. ¿Qué diría? Agarrándose al borde de la bañera, se levantó. Entonces se oyó un chasquido seco y la puerta se astilló a la altura de la cadera. El sonido era inconfundible. Helen había disparado a la puerta y la bala se había quedado atrapada en la madera.

—¡Helen! —le gritó Florence—. ¿Estás loca?

Oyó una risa ahogada al otro lado.

—Merecía la pena intentarlo.

Sin salir de la bañera, Florence agarró el desatascador que había al lado del váter y se acercó el papelito. Lo desdobló. Estaba en blanco.

Guardaron silencio las dos un rato. Helen dio unos golpecitos en la puerta, con la pistola, supuso Florence, como si se aburriera. Florence descolgó una de las toallas del toallero de latón macizo y se la puso de cojín en la bañera.

—Amira lo ha tenido que oír —dijo Florence—. Seguramente está llamando a la policía ahora mismo.

—La he mandado a casa.

«Joooder.»

Había llegado el momento de mostrar sus cartas.

—Bueno, YO sí que he llamado a la policía —dijo Florence —. Antes de comer. Estarán de camino.

Helen enmudeció un instante.

—Ni de coña.

—Es cierto. Llama a Dan Massey a la embajada y pregúntale.

—No, mientes. Sé cuándo mientes. No me voy a mover de aquí, Florence, hasta que salgas. Al final, TENDRÁS que salir y lo sabes.

Florence cerró los ojos con fuerza. Idrissi no tardaría en llegar. Entonces descubriría que la tenía retenida y amenazada con una pistola y todo se aclararía.

—Organizaste el accidente —dijo Florence por fin—. Para que yo muriera y poder usurparme la identidad.

—¡Bravo! —dijo Helen.

Aunque pareciera absurdo, Florence se sintió dolida. Lo único que había querido durante las últimas semanas había sido caerle bien a Helen y, en cambio, ella había intentado MATARLA, algo que uno no acostumbra a hacer a quienes le caen bien.

—¿Cómo?

—¡Madre mía, Florence!, ¿no has visto nunca una película? Te drogué, puse el coche en punto muerto y empujé. *C'est fini*. Bueno, *c'est fini* no. Ese fue el problema, ¿verdad? El puto pescador. ¿Qué coño hacía pescando a las diez de la noche?

—Pero ¿por qué no me has dejado ser Helen Wilcox y ya está, si sabías que era lo que iba a hacer de todas formas? —preguntó Florence—. ¿Para qué has vuelto?

—Por el dinero, claro.

—¿Qué dinero?

—Mi dinero. Te he hecho heredera de mi patrimonio. Helen Wilcox tiene que morir para que Florence Darrow, que ahora soy yo, no lo olvides, se lleve la pasta.

Muy a su pesar, Florence tuvo que reconocer la elegancia del plan. Helen podría vivir como Florence Darrow y recuperar su dinero por los cauces legales ordinarios.

—Pero ¿por qué me has implicado a mí? ¿No podías haber comprado un pasaporte falso o lo que fuera?

—¿Y eso dónde se hace, Florence? ¿En las tiendas de pasaportes falsos? ¿Venden números de la Seguridad Social también? ¿E historiales crediticios? No tengo ni idea de dónde se puede conseguir documentación falsa.

—¿En serio me ibas a matar sin más? —preguntó Florence en voz baja—. ¿Sin reparos de ningún tipo?

Un suspiro.

—Pensaba que te lo había dejado claro, Florence: no se puede contar con nadie en este mundo y hay que hacer lo que sea por sobrevivir. —Florence no dijo nada. Era cierto: Helen se lo había dejado claro—. El plan inicial no contemplaba tu muerte —añadió Helen, suavizando un poco el tono—. Si hubieran pasado seis meses y el cadáver de Jenny se hubiera descompuesto, te habría despedido y habría seguido con mi vida, pero después de la visita del inspector Ledowski, di por sentado que iba a salir todo a la luz. Había que abandonar el país. Y luego vi por la Nest que encontraban el cuerpo y supe que tenía que ponerme manos a la obra.

—¿Por la qué…?

—Mi sistema de vigilancia. Hay cámaras por toda la finca. La policía encontró el cadáver al día siguiente de que llegáramos a Semat.

—¿Por qué hemos venido a Semat, por cierto? Porque está claro que no ha sido para investigar tu nueva novela, que es un plagio de una de Paul Bowles.

—Te has dado cuenta, ¿eh? Bueno, no esperarías que escribiera una novela completamente nueva solo para que tú tuvieras algo que mecanografiar. En cualquier caso, vinimos a Semat por Rue Badr. Si buscas en Google «carreteras más peligrosas de Marruecos», verás que es la primera de la lista.

Florence recordó el manuscrito que había rescatado del ordenador de Helen. Iris había comprobado y comprobado varias veces en su móvil la ruta a Dar Amal, vía Rue Badr.

—He encontrado tu nueva novela —le dijo—. La de verdad: *El intercambio marroquí*.

—Es buena, ¿verdad? —dijo Helen con innegable orgullo.

Florence ignoró la pregunta.

—Por fin lo entiendo. Tú no escribes ficción. Probablemente NO SABES escribir ficción. Hasta la última palabra de *Foxtrot de Misisipi* era cierta: mataste a ese hombre y dejaste que Jenny fuera a la cárcel por ello aun no habiendo hecho nada.

—Había hecho ALGO. Estaba allí. Su trabajo consistía en emborracharlo, y lo hizo. Solo lo íbamos a acojonar un poco…, pero no supe parar. Me fue imposible. Era la mejor sensación que había experimentado en mi vida.

—Y para escribir otro libro necesitas otra historia.

—Lo reconozco, sí, necesitaba material nuevo. Pero matarte a ti también ha resultado ser la forma más eficaz de resolver el marrón que Jenny me trajo a casa. Además, yo estaba decidida a dejar atrás esa vida. Me aburría. —Bajó la voz una octava—. Y me parece que tú lo entiendes, Florence…, ese deseo de convertirse en una persona distinta. La vida es muy diversa. Hay muchísimas formas de vivirla. Es una lástima disfrutar solo de una, sobre todo como las que nos habían tocado a ti y a mí. Percibí ese alma errante en ti la primera vez que nos vimos. Fue una de las razones por las que te elegí. Sabía que podías cambiar de vida como el que cambia de abrigo.

—¿Me elegiste?

—Te convertí en mi nuevo abrigo.

En ese momento, Florence lo entendió todo. No había sido pura suerte que Helen la hubiera contratado como asistente: la había buscado. Era obvio que no podía ser la candidata óptima: acababan de despedirla por acosar a la familia de su jefe. Lo que Helen necesitaba no era una asistente cualificada, sino una nueva identidad.

Recordó haber visto sus cuentas de LinkedIn, Instagram y Facebook en el historial de búsquedas de Helen. Había investigado y buscado a alguien que se parecía lo bastante a ella y a la que nadie fuera a echar de menos. No había mejor abrigo que Florence Darrow. Helen tenía pensado asesinarla incluso antes de que se conocieran.

Entonces supo que no iba a poder salir de aquella a base de charla. Sus únicas opciones eran seguir entreteniéndola o enfrentarse a ella. Miró alrededor en busca de algo que pudiera servirle de arma.

—¿Y ahora qué? —preguntó Florence—. ¿Me pegas un tiro? ¿Me tiras a la piscina también?

—Bueno, el plan ERA una sobredosis de heroína… Ya le he dicho a Massey que te metías…, que Helen se metía, pero

supongo que no me vas a sacar el bracito para que te pinche, aunque te lo pida de buenas maneras.

—Que te den, Helen.

—Tampoco es TAN mala idea, Florence. No es por ser cruel, pero ¿para qué quieres vivir? Tu vida está vacía. Se ve perfectamente en lo que escribes.

—Supongo que tendría que matar a alguien también para tener algo de lo que escribir… ¿La falta de musa es un atenuante válido en una acusación de homicidio?

Helen rio.

—¿Ves? Ni siquiera tienes ideas propias; me tienes que robar la mía. Pero a ver qué te parece esto: le hago una transferencia de cien de los grandes a tu madre, por las molestias, si sales y cooperas. Piénsatelo.

Florence no pudo evitar reír también.

—Helen, mi madre me importa una mierda y no te voy a dejar que me claves una jeringuilla con heroína.

Helen suspiró.

—Muy bien.

Callaron las dos. Entonces resonó por todo el baño un fuerte tintineo metálico. Florence se parapetó en la bañera. Cuando cesó la reverberación, se asomó. Helen le había disparado al pestillo. Lo había dejado un poco torcido, pero seguía echado. Se preguntó cuántas balas le quedarían.

Sonó otro disparo. El pestillo castañeteó en la puerta. Helen empezó a aporrearlo. Florence se levantó de un salto. Casi lo había arrancado del todo. Un disparo más y estaría dentro.

—Espera —dijo Florence en vano—. Espera.

Helen abrió la puerta de una patada.

# 45

Florence se había pegado a la pared de al lado de la puerta, aferrada al toallero de latón desatornillado de los azulejos. En cuanto Helen entró, le atizó con el arma improvisada en la cabeza todo lo fuerte que pudo. Notó un crujido de huesos.

Y salió corriendo.

A medio camino de las escaleras, sin soltar aún el toallero, oyó que algo caía con gran estruendo al suelo embaldosado del baño.

La pistola.

Tomó una decisión en cuestión de segundos: se detuvo y dio media vuelta.

Helen estaba de rodillas en el baño, agarrándose la cabeza con ambas manos. La sangre le corría por entre los dedos. Florence cogió la pistola, tirada al lado del váter, y le apuntó a la cabeza. La otra alzó la vista, pero no se movió.

Permanecieron así un segundo. Luego Florence cogió una toalla que se había caído al suelo y se la tiró a Helen, que se la colocó arrugada detrás de la cabeza y se apoyó en el marco de la puerta.

Pasando por encima de ella, Florence volvió a la ventana del dormitorio, sin quitarle el ojo de encima a Helen ni dejar de apuntarle. Miro a la calle de reojo. Ni rastro de Idrissi.

Se volvió hacia Helen.

—Pensaba que era una fachada —le dijo—. La crueldad. Todo eso de no le debo nada a nadie.

—No tengo por qué fingir que soy alguien que no soy —replicó Helen con crudeza—. Al contrario que tú.

—Yo no finjo —dijo Florence, a la defensiva.

Helen resopló.

—Claro que sí. Empezaste a imitarme el día que llegaste. ¿Crees que no me di cuenta? ¿Ese interés recién descubierto

por la ópera, el vino y la cocina? ¿«Hace un calor de mil demonios»? A ver, Florence, que llevas mi ropa, literalmente.

Florence se miró el vestido que llevaba.

—¿Y qué? —dijo—. ¡Odiaba mi vida! Quería algo mejor, ¿tan terrible es!

—Pues TE BUSCAS una vida mejor —replicó Helen—. No la ROBAS.

Florence no dijo nada, pero notó que le ardía la cara. Menuda chorrada. Todo el mundo roba, incluida Helen. Ella le había robado a Jenny. Le había robado a quien fuera que le hubiera hablado por primera vez de Verdi y del *châteauneuf-du-pape*.

No, no se iba a disculpar por cómo había llegado hasta allí. Estaba harta de disculparse. Podía ser quien ella quisiera y lo conseguiría como fuera. Había bajado el arma, pero la subió de nuevo y apuntó a Helen. Asomó a sus labios una sonrisa cruel.

—Escucha —le dijo Helen, de pronto asustada—, nos repartimos el dinero. —Le goteaba sangre del lóbulo de la oreja derecha. Florence negó con la cabeza, sin dejar de sonreír —. Pues quédatelo todo, entonces. Quédate incluso a Maud Dixon. Empezaré de cero. —Florence negó de nuevo. Helen meditó un segundo; asomó a su rostro ensangrentado una de sus sonrisas de circunstancias y le brillaron mucho los ojos. Rio sin ganas—. No lo vas a hacer, Florence. Lo sé. No tienes agallas.

Helen se puso en pie tambaleándose, apoyándose en el marco de la puerta.

—Para —le dijo Florence—. Vuelve a sentarte.

Helen empezó a cruzar inestable el dormitorio en dirección al pasillo.

—¿No has aprendido nada de mis errores, Florence? —le preguntó por encima del hombro—. No puedes dispararle a alguien por la espalda y alegar que fue en defensa propia.

Florence vio desesperada cómo aumentaba la distancia entre Helen y ella.

—¡Para! —repitió.

Helen se detuvo nada más cruzar el umbral, sin volverse, para que solo pudiera dispararle a traición.

—Qué desperdicio —dijo en voz baja—. Yo habría hecho grande a Florence Darrow. Pero ¿tú? Tú no eres nadie. NADIE.

Florence inspiró hondo.

Nada de medias tintas.

Cruzó la habitación en tres zancadas rápidas. Helen estaba a treinta centímetros de la barandilla que daba al patio. Le puso las manos en la espalda y empujó. Fuerte. Helen se tambaleó, haciendo el molinillo, desesperada, con los brazos para recobrar el equilibrio. Acto seguido se precipitó al vacío. Se oyó un golpe seco abajo. Florence se asomó y la vio tendida en el suelo embaldosado, con los ojos abiertos e inertes. De pronto, soltó un gemido grave. Florence bajó corriendo las escaleras. Alrededor de la cabeza de Helen se formó un charco de sangre, a modo de halo. Sus ojos se clavaron en los de Florence. Había verdadero miedo en su mirada.

—Ayuda —dijo con la boca llena de sangre, lamiéndose los labios—. Ayúdame.

Florence entró un segundo en el salón. Cuando volvió, le dijo a Helen:

—Todo irá bien.

—¿Médico?

—No, perdona, digo que todo me irá bien A MÍ.

Levantó el cojín que había cogido del sofá del salón y se lo puso en la cara a Helen, que forcejeó. Pero estaba destrozada; era como un escarabajo patas arriba. Florence mantuvo la postura un momento que se le hizo eterno, cada vez más nerviosa y agarrotada. Confiaba en que Idrissi no fuera tan inoportuno de llegar en ese momento. Por fin, el espasmo defensivo de Helen se esfumó y ella quedó inmóvil. Florence retiró el cojín. Helen tenía los ojos abiertos y vidriosos.

Justo entonces oyó la presión de unos neumáticos en la gravilla.

# 46

La figura ancha de Ramzi apareció en el umbral y Florence se arrojó a sus brazos. El policía accedió a abrazarla con visible incomodidad.

—¡Menos mal que han venido! —lloró.

Florence notó que se le tensaban los músculos al posar los ojos en la forma inerte de Helen, tendida en el suelo a su espalda. El policía la apartó de sí, suave pero firmemente, y se acercó al cadáver. Arrodillándose, le puso dos dedos en el cuello. Mantuvo la postura un minuto completo, desplazando la mano de vez en cuando uno o dos milímetros. Luego se volvió despacio hacia Florence y la miró por encima del hombro. Ella vio tristeza y horror en sus ojos.

Idrissi se levantó e hizo una breve llamada telefónica. Después se guardó el móvil en el bolsillo y le dijo a Florence:

—Esa es su amiga. La que se había ido a Marrakech.

No supo bien si afirmaba o preguntaba.

—Esa es Helen Wilcox —respondió ella.

Él miró de nuevo el cadáver y otra vez a Florence.

—¿Y en qué la convierte eso a usted?

—En Florence Darrow —contestó en un susurro. Luego más alto—: Yo soy Florence Darrow.

Media docena de funcionarios anduvieron entrando y saliendo de Villa des Grenades aquella tarde. Dan Massey llegó de la embajada un par de horas después que Idrissi. Traía consigo el pasaporte de Helen Wilcox, el que le había confiscado a Florence hacía dos días.

Le crujió fuerte la rodilla cuando se agachó a comparar la fotografía con la muerta. Por la forma en que lo cerró de golpe y apretó la mandíbula, Florence supo que se había dado cuenta de que estaba equivocado respecto a ella, que, en realidad, no

era Helen Wilcox.

Florence pasó cerca de una hora sentada con Massey e Idrissi en el salón, detallándoles lo ocurrido. Helen se había propuesto matarla para usurparle la identidad porque sabía que terminarían encontrando el cadáver que escondía en su finca de Nueva York. Primero había organizado el accidente y luego había regresado para rematar la faena. Y casi lo había conseguido.

Le hicieron repasar la historia varias veces, pero Florence sabía que los datos eran coherentes porque, por increíble que pareciera, decía la verdad. Solo omitió una cosa y varió otra: no mencionó a Maud Dixon y dijo que Helen había caído al patio mientras forcejeaban con la pistola.

—Entonces, ¿pensaba que su jefa había muerto en ese accidente y no dijo nada? —le preguntó en cierto momento Idrissi—. ¿A nadie? —Florence se encogió de hombros—. ¿Y si hubiera sobrevivido? ¿Y si hubieran podido salvarla?

—Pero si ni siquiera iba en el coche —respondió ella, permitiéndose una sonrisita serena.

Idrissi se la quedó mirando.

—Cuénteme otra vez lo que ha pasado en el corredor de arriba, durante la discusión —le pidió.

Ella lo repitió todo.

—Me apuntaba con la pistola. Me abalancé sobre ella. Forcejeamos y, al hacerlo, Helen cayó abajo —dijo con la voz quebrada y frotándose los ojos hasta irritárselos. Idrissi siguió mirándola furioso—. Escuche —dijo Florence con mayor contundencia—, ya había intentado matarme antes, con el accidente. Ya había matado a su mejor amiga. No estaba dispuesta a subestimarla otra vez.

Intervino Massey.

—Todos hemos sido peones en este juego —murmuró.

Tanto Idrissi como Florence se volvieron hacia él sorprendidos.

Había estado callado casi todo el rato mientras escuchaba el relato de Florence, haciendo alguna pregunta y asintiendo a menudo con la cabeza. Aquel caso era una vergüenza para él y Florence lo sabía. No la había creído. Se había tragado la

milonga de Helen.

Y fue entonces cuando Florence les contó lo del cadáver de la piscina.

Aquello desató un nuevo frenesí de actividad: localizaron el cuerpo sin vida de Nick, lo sacaron del agua, lo fotografiaron y finalmente se lo llevaron. Florence no quiso mirar en ningún momento. En cambio, vio en el rostro de Massey la súbita constatación de que, de haber creído a Florence, Nick seguiría vivo. Fue entonces cuando supo que tenía tantas ganas de cerrar el caso como ella.

Idrissi era el único que no paraba de farfullar, rabioso e incrédulo. Pero ¿qué iba a hacer? Sospechaba que la historia de Florence no cuadraba, pero no tenía pruebas de que hubiera hecho nada ilegal.

Por fin, le dieron permiso para que volviera a Marrakech por la mañana. A fin de cuentas, no podía haber juicio: la asesina estaba muerta.

# 47

Veinticuatro horas después, Florence llegó a la fabulosa entrada de estilo arábigo-andaluz en Avenue Hommane Al Fatouaki, en Marrakech. El nombre del hotel estaba escrito con elegancia en el dintel: La Mamounia. Cruzó la puerta y entró a un patio exuberante de olivos y palmeras. Al fondo, emergía entre el follaje un edificio de intrincada fachada labrada.

El paseo desde su hotel, a unas manzanas del que había ocupado con Helen, le había llevado solo diez minutos. Esa vez había recorrido el laberinto de callejuelas con asombrosa facilidad y salido a la animada avenida sintiéndose revitalizada por el caos, más que abrumada por él.

Aunque ya había empezado a anochecer, llevaba gafas de sol y un sombrero de paja de ala ancha que había comprado en el zoco esa tarde.

Al verla llegar, dos hombres con capa roja y fez blanco abrieron la puerta de madera de doble hoja. Un farolillo de luz intensa se mecía atolondradamente en el techo. El vestíbulo tenía el aire de un centro comercial de lujo, con una *boutique* de Yves Saint Laurent y una célebre tienda parisina de macarons. No era más que otro templo marmolado del comercio de lujo. Helen tenía razón: la soledad y la libertad eran formas mucho más preciadas de opulencia.

Florence había llamado a Greta la noche anterior, después de que Idrissi y Massey se fueran por fin de Villa des Grenades, para posponer su encuentro hasta el día siguiente, pero no le había explicado por qué. La encontró recogida en un rincón oscuro del bar Churchill, detrás del vestíbulo, con el rostro iluminado por el resplandor sobrenatural de su móvil y las gafas en equilibrio sobre la punta de la nariz.

Dio un respingo cuando Florence la saludó.

—Florence, me has sorprendido. —Se quitó las gafas y las

plegó—. Siéntate, por favor. —Florence se instaló en la cómoda silla de terciopelo que Greta tenía enfrente—. Ahí anda el hombre —dijo, haciéndole una seña a un camarero con chaleco burdeos—. Dile qué te apetece.

—Lo que estés tomando tú —contestó Florence, señalando la copa de vino casi vacía que había en la mesa.

—Dos más de lo mismo —le pidió Greta al camarero—: el *pinot noir*. —El hombre asintió y se retiró con la misma discreción con que había llegado—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó Greta, mirando extrañada las heridas de Florence.

—Bueno, forma parte de la historia que vengo a contarte. Y te advierto una cosa: no termina bien.

Greta enarcó las cejas.

—Vale, soy toda oídos.

Llegó el camarero con la comanda y guardaron silencio las dos mientras depositaba suavemente las copas sobre unos tapetitos blancos. Cuando se fue, Florence bebió un sorbo de vino y empezó.

—¿Qué dirías si te contara que *Foxtrot de Misisipi* NO es una obra de ficción? El asesinato fue real y Helen Wilcox, su autora. —Florence observó atentamente el rostro de Greta y vio dibujarse en él preocupación e incredulidad, como si no estuviera segura de si debía tomarla en serio. Pero no le cupo duda de que la había dejado pasmada. A ratos, se había preguntado si Greta habría estado al tanto del secreto de Helen en todo momento—. Déjame que empiece por el principio.

Pasó entonces a relatarle lo ocurrido cuando Jenny y Helen eran adolescentes: que Helen había matado a un hombre y había dejado que Jenny fuera a la cárcel por ello, que Jenny había ido a ver a Helen cuando le habían dado la condicional en febrero y que Helen la había matado.

Greta escuchó prácticamente en silencio, pero, cuando Florence llegó a la parte del compostador, la interrumpió:

—Florence, eso son acusaciones muy graves. ¿Qué certeza tienes?

—Míralo en internet —le dijo Florence—. Busca en Google: «Helen Wilcox Cairo Nueva York».

Algunos periódicos locales ya habían recogido la noticia: el

hallazgo de un cadáver en un compostador había sido un bombazo en la pequeña localidad de Cairo.

Greta vaciló un segundo, pero enseguida empezó a teclear en su móvil. Florence la vio palidecer.

—¡Cielo santo! —susurró la agente.

Florence prosiguió. Le explicó por qué la había contratado Helen: para poder fingir su propia muerte y usurparle la identidad, modificando incluso su testamento para conservar su dinero.

Greta meneó la cabeza.

—Supe que había algo raro cuando me dijo que quería una asistente. Me pareció absurdo. La privacidad había sido siempre su principal preocupación.

Florence le contó el accidente.

—Así fue como me hice esto —dijo, levantando la escayola. Mientras relataba el regreso de Helen a Villa des Grenades para rematar la chapuza, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Tenía una pistola, Greta. Yo no sabía qué hacer.

—¿De dónde sacaría Helen una pistola? —preguntó Greta asombrada.

—De Rabat, creo yo, donde consiguió el pasaporte. La policía lo está investigando.

Dudaba que eso último fuera cierto. Massey, desde luego, no; quizá Idrissi. En cualquier caso, no le preocupaba demasiado. Cualquier cosa que la policía encontrara en Rabat corroboraría su versión de los hechos: que la delincuente era Helen y la víctima era ELLA.

—La policía… —dijo Greta—. Entonces, ¿la han detenido?

Florence negó con la cabeza y le rodó una lágrima por la mejilla.

—Nunca me habían apuntado con una pistola —susurró.

—Florence, ¿qué ha pasado? —preguntó Greta, bajando la voz una octava.

—Lo hice sin pensar. Me abalancé sobre ella antes de que apretara el gatillo y, en el forcejeo, se precipitó al vacío y cayó al patio. Según la policía, murió en el acto.

Greta la miró espantada.

—¿Helen ha muerto? —Florence cabeceó afirmativamente

—. ¡Dios mío! —Florence guardó silencio mientras la agente digería la noticia—. ¡Dios mío! —repitió, meneando la cabeza.

—Lo siento mucho.

Al cabo de un instante, Greta le puso la mano en la escayola.

—Yo también lo siento. Habrá sido una experiencia terrible, ver morir así a Helen.

—Horroroso. No paro de preguntarme si podría haber actuado de otro modo.

—No hagas eso. No te culpes. Si te apuntaba con una pistola, ¿qué ibas a hacer?

—No sé. Igual tendría que haberme esforzado más por razonar con ella.

—¿Razonar con Helen Wilcox? Eso es mucho pedir aun en circunstancias favorables.

Florence sonrió con tristeza.

—Cierto.

—No me lo puedo creer —dijo Greta, volviendo a negar con la cabeza.

—Lo sé. Yo aún estoy conmocionada. —Hizo una pausa—. Y ni siquiera me juego tanto como tú.

Greta la miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, Maud Dixon ha muerto también, claro.

—Te aseguro, Florence, que esa no es mi principal preocupación ahora mismo —dijo la agente, aunque sin la contundencia habitual.

—Por supuesto que no. Es horrible que Helen haya muerto; me refería a que, ADEMÁS, es una tragedia que el mundo no vaya a poder disfrutar de otra novela de Maud Dixon. Tenía muchísimo talento.

Greta asintió, girando su copa de vino con una mano.

—Ciertamente.

Estuvieron calladas un minuto. Florence echó un vistazo al local, que se estaba llenando deprisa, y dio otro sorbo a su vino. Le gustaba: no era tan pesado y sofocante como el *châteauneuf-du-pape* que le encantaba a Helen.

Greta volvía a mirar fijamente el mantel. Florence se

preguntó qué estaría pensando; su expresión era inescrutable.

Después de uno o dos segundos más, carraspeó.

—A menos que…

La agente alzó la mirada.

—¿A menos que qué?

—No, tienes razón: no es el momento de pensar en estas cosas.

—¿A menos que QUÉ? —insistió Greta.

—Igual te interesa saber que tengo el manuscrito de Helen…, de su segunda novela. No era lo que me tuvo mecanografiando en Cairo, ni mucho menos; estaba trabajando en otra cosa muy distinta. *El intercambio marroquí*. La historia está basada en el plan que estaba ejecutando mientras la escribía, el de matarme y usurparme la identidad.

Greta dejó la copa en la mesa.

—¿Helen terminó su segunda novela?

—No está acabada. A ver, desde luego es demasiado pronto para llamarlo «novela». Pero te adelanto que es del mismo calibre que *Foxtrot de Misisipi*.

Las mejillas de Greta comenzaron a recobrar su color.

—¿La tienes aquí? ¿La llevas encima? —dijo, mirando el bolso de Florence, en el suelo.

—No, no me ha parecido prudente. La tengo en la caja fuerte del hotel.

—Florence, tengo que ver ese manuscrito.

—Bueno, ya te he dicho que aún hay que trabajarlo MUCHO.

—Muy bien. Pues buscamos a alguien que se encargue de eso. Fitzgerald murió antes de terminar *El gran magnate* —dijo, y soltó una risita—. Ahora que lo pienso, aquella también era una novela en clave.

Florence sonrió también.

—Lo cierto, Greta, es que estaba pensando que podría hacerlo YO.

—¿El qué? —preguntó la otra, extrañada.

—Terminarla. Soy quien ha trabajado más estrechamente con Helen, aparte de ti, por supuesto. Conozco su estilo. Sé cómo piensa. Además, me dijiste que tengo talento. Hasta

insinuaste que te recordaba a ella.

Greta asintió despacio.

—Lo hice. Te lo dije. —Dio un sorbo a su copa y miró de reojo a la mesa de al lado, donde dos mujeres jóvenes preparaban una foto de sus cócteles—. Y lo mantengo: TIENES mucho potencial. Pero esta sería una tarea delicada, Florence. Creo que, para un proyecto así, teniendo en cuenta… todo… Bueno, ¿qué te parece si primero echamos un vistazo a lo que hay antes de tomar decisiones sobre cómo proceder?

Florence miró a Greta sin decir nada. Saltó el *flash* de la cámara de la mesa contigua. Greta se estremeció; Florence no.

—Greta —le dijo con calma—, tengo la muñeca rota y dos costillas fracturadas. No tengo trabajo ni dónde vivir. Y no es por nada, pero has sido tú quien me ha puesto en esta tesitura. Eras cómplice de Helen, consciente o inconscientemente. —La agente había vuelto a palidecer, pero Florence no podía aflojar ya—. Por mucho que censures los delitos de Helen, tú te has beneficiado de ellos. ¿Cuánto has ganado con *Foxtrot de Misisipi?* ¿Qué otras oportunidades de negocio te ha proporcionado? Eres cómplice de sus crímenes…, de LOS DOS. Yo soy la víctima. —La otra la miró sin decir nada—. No te estoy pidiendo un millón de dólares, Greta. Solo te pido una oportunidad. Nada más. Que no me cierres la puerta. No creo que sea mucho pedir, dadas las circunstancias. —Bebió un sorbo de vino—. ¿No te parece?

—Florence —dijo Greta al fin—, entiendo lo que dices, y tienes razón: en parte soy cómplice de esto. No me lo tomo a la ligera, te lo aseguro. Pero, en conciencia, no puedo dejarte escribir la siguiente novela de Maud Dixon solo porque hayas sido víctima de ella. Seguramente mereces algún tipo de compensación, no lo dudo, pero ahora mismo no te puedo asegurar que sea esa. Lo siento.

Florence se quedó muy quieta; luego meneó la cabeza y sonrió.

—Tienes razón, Greta, claro que sí. No sé en qué estaba pensando. Han sido unos días complicados —dijo, agarrando con fuerza las asas de su bolso por debajo de la mesa.

—Estoy convencida. También a mí me está costando

digerirlo. Vamos a rumiarlo un poco. ¿Te apetece otro vino? Creo que ahora mismo las dos nos merecemos uno —espetó, y buscó al camarero con la mirada, a pesar de que ambas copas estaban aún medio llenas.

Florence asintió y fue a coger la suya, pero la volcó sin querer. El oscuro tinto le salpicó a Greta la blusa de seda y le encharcó el regazo. Se levantaron las dos de un brinco.

—Lo siento muchísimo —se excusó Florence, intentando en vano limpiarle la mancha con el tapetito de papel.

Greta se zafó de ella.

—Es igual, déjalo estar. ¡Que lo dejes! Voy al aseo a limpiarme. Discúlpame un momento.

La agente salió corriendo del bar, apartándose la blusa del cuerpo.

Florence volvió a sentarse. Un hombre de esmoquin empezó a tocar un piano de cola en un rincón. Las de la mesa de al lado se echaron a reír a carcajadas de algo que solo ellas sabían.

Greta volvió unos minutos después. La mancha tenía aún peor aspecto.

—Lo siento muchísimo —repitió Florence.

—Tranquila. De verdad. En mi tintorería de Manhattan hacen auténticos milagros. Prosigamos. ¿Has pedido otra copa? —preguntó y apuró la suya de un trago, haciendo una pequeña mueca.

—No, he pensado que igual preferías ir a cambiarte y la verdad es que no me encuentro muy bien. Los calmantes que tomo me dejan un poco grogui. Bueno, ES OBVIO. A lo mejor podríamos pedir que nos suban algo a tu habitación… Comer un poco siempre ayuda.

—Ah. Eeeh…, claro. Sí, podemos hacer eso. Voy a pedirle al camarero que cargue esto a mi cuenta.

# 48

—Perdona el desorden —dijo Greta al abrir la puerta de su *suite*.

La habitación era grande y luminosa, con las paredes forradas de mosaicos y una cama inmensa. Estaba impoluta salvo por un suéter tirado sobre el respaldo de una silla en un rincón.

Florence se acercó a la ventana y miró por ella. Abajo había un amplio jardín plantado de hileras de naranjos. La luna apenas se veía en el cielo del anochecer.

Greta le pasó a Florence la carta del servicio de habitaciones.

—Pide lo que quieras. Y coge una botella de agua del minibar.

Florence se sentó en la silla y examinó detenidamente la carta mientras Greta se cambiaba de ropa en el baño. Cuando salió, se sentó en la cama y se frotó la cara.

—Dios, estoy agotada —dijo.

—No me sorprende —contestó Florence.

Greta cerró los ojos y, por un momento, Florence pensó que se había dormido sentada. Luego los abrió y habló con dificultad.

—¿Por dónde…?

Florence se sentó a su lado y fue recostándola hasta tumbarla.

—Sé cómo te sientes. Estás conmocionada. —Los ojos azules de Greta, muy abiertos, la miraron a la vez confundidos y suplicantes—. Es hidrocodona —le explicó Florence—, la medicación que me dieron en el hospital después del accidente. Dejé de tomarla porque no me gusta la sensación que produce. De aturdimiento, ¿verdad?

—Embriaguez… Sí —confirmó Greta—. Pero tú…

—¿Por qué no cierras los ojos un rato?

Greta obedeció como si fuera una niña. Florence la observó un poco. Le sorprendía que las pastillas le hubieran hecho efecto tan rápido. Había machacado cuatro, una más que para Whitney, en el hotel y se las había echado en la bebida a Greta mientras ella intentaba salvar su blusa.

Cuando estuvo segura de que había perdido el conocimiento, se sacó un par de guantes de látex del bolso. Se los puso y extrajo una bolsa de papel arrugada. Dentro había una jeringuilla sin usar, una bolsita de polvo grisáceo y una banda elástica. Se los había quitado al cadáver de Helen unos segundos antes de que llegara Idrissi: todas las herramientas necesarias para la sobredosis de heroína que Helen quería inyectarle a Florence.

En Semat había tenido que improvisar, pero, en la habitación de hotel de Greta, trabajó despacio y metódicamente. Miró la hora. Tenía tiempo de sobra. Entró en el baño y vertió el polvito en uno de los vasos del lavabo. Después sacó del bolso el matarratas que había comprado camino del hotel. Lo espolvoreó en el vaso también. Investigando en internet, había sabido que el raticida era una de las sustancias más habituales, y más letales, con las que se cortaba la heroína callejera.

Nada de medias tintas.

Añadió una pizca de agua y removió la mezcla turbia agitando el vaso. Se asomó a un recipiente de mármol que había en la encimera y encontró unas bolitas de algodón. Sacó una y la sostuvo sobre otro vaso para filtrar con ella el líquido grumoso. Esa tarde había visto un vídeo en YouTube donde indicaban paso por paso cómo chutarse, subido por un programa de intercambio de jeringuillas de Columbus, Ohio. Hundió la punta de la aguja en la mezcla turbia y tiró del émbolo. Sin sacar la aguja del vaso, le dio unos golpecitos a la jeringuilla para deshacer las burbujas de aire de la parte superior.

Volvió al dormitorio. Greta tenía la boca abierta y su respiración sonaba densa y flemosa. Le cogió el brazo y lo soltó desde arriba. Nada. Le anudó la banda elástica al bíceps hasta

que se le hinchó una vena. Clavó la aguja en ella, pero la vena, coqueta, se desvió a un lado. Inspiró hondo para tranquilizarse y volvió a intentarlo. Esa vez acertó. La agente gimió y parpadeó. Florence empujó el émbolo despacio, viendo cómo descendía el líquido. Paró cuando había vaciado media jeringuilla y sacó la aguja. Entonces pasó al otro brazo y repitió la operación. Lo hizo varias veces, rellenando la jeringuilla sin parar hasta dejarle una decena de pinchazos por todo el cuerpo. Quería que pareciera adicta, aunque confiaba en que la investigación no llegara tan lejos. Contaba con que tanto el hotel como la policía procurarían silenciar el incidente. El turismo, a fin de cuentas, era lo que importaba.

Cuando acababa de clavarle la jeringuilla entre dos dedos de los pies, el cuerpo de Greta sufrió una repentina convulsión. Empezó a sacudirse con violencia y a expulsar un líquido amarillento por la boca. Greta abrió los ojos de pronto y buscó con desesperación algo a lo que agarrarse. Florence se agachó instintivamente. Al levantarse, acobardada, Greta aún tenía los ojos abiertos, pero su cuerpo estaba inmóvil.

Le tomó el pulso en la muñeca. Nada. Por si acaso, fue a por el espejo de tocador del baño y se lo puso delante de la boca. Era un método anticuado, pero tenía que asegurarse. No podía permitir que despertara y contara lo ocurrido. Cuando estuvo convencida de que había muerto, llevó el espejito al baño. Después apretó los dedos de Greta contra la jeringuilla y el vaso del líquido. Buscó el móvil de la agente y metió en sus contactos un número de teléfono. Por último, inspeccionó la habitación hasta que estuvo segura de que quedaba como cuando habían entrado. Salvo por el cadáver de la cama. Colgó del pomo de la puerta el letrero de «NO MOLESTAR» y salió con sigilo. En el pasillo, se quitó los guantes de látex y se los guardó en el bolsillo de atrás.

Misión cumplida.

Mientras esperaba el ascensor, miró la hora en su reloj: las siete menos diez. El camello con el que le había puesto en contacto Liam no tardaría en llegar. Le había dicho que preguntara por Greta Frost en recepción. Él le había pedido el número de habitación, pero Florence se había mostrado

inflexible. Aquel tipo era parte fundamental de la historia. Encontrarían su número de teléfono en el móvil de Greta, pero Florence necesitaba que, además, un empleado del hotel registrara su llegada.

Cruzó deprisa el concurrido vestíbulo y salió a la noche cálida y oscura. Ya en la calle, arrojó con disimulo los guantes de látex a un cubo de basura rebosante.

# 49

«Señores pasajeros, hemos alcanzado nuestra altitud de crucero de treinta mil pies. Hace una noche preciosa, así que pónganse cómodos, relájense y, si hay algo que podamos hacer para que su vuelo sea más agradable, no duden en comunicárnoslo.»

Florence bebió otro sorbo de champán y estiró las piernas.

—¿Necesita algo, señorita Darrow? —le preguntó sonriente una azafata con los ojos perfectamente delineados.

—Otra manta, por favor —contestó Florence, devolviéndole la sonrisa. Entonces pulsó un botón y su asiento se reclinó hasta quedar completamente horizontal. Se bajó el antifaz, obsequio de la aerolínea.

AQUELLO sí que era viajar. Ni siquiera le molestaba que la llamaran señorita Darrow. Había tenido que recuperar su antiguo nombre, pero los tres millones de dólares que había heredado, junto con la casa, la consolaban un poco. Bastante, la verdad.

En teoría, el dinero y la finca no pasarían a su poder hasta dentro de un par de meses más, pero había dejado las menudencias a las mentes menudas. Además, ni siquiera había tenido que pagar la diferencia de turista a preferente: había cambiado las plazas de Helen Wilcox y Florence Darrow al llegar al aeropuerto.

La azafata le trajo la manta y la tapó con delicadeza.

Allí tendida, con el zumbido de los motores de fondo, Florence hizo un examen de conciencia en busca de algún punto flaco. No encontró ninguno.

Sabía que podía haber dejado vivir a Helen (habría bastado con que esperara cinco minutos más a que llegara Idrissi), pero también sabía que Helen habría preferido la muerte a la humillación de la cárcel. Además, no tenía sentido que su fortuna se desperdiciara.

Y desde luego podría haber dejado vivir a Greta…, si hubiera accedido a renunciar al nombre de Maud Dixon. Estaba convencida de que iba a aceptar su propuesta de dejarle terminar la novela de Helen. Matarla había sido el plan B, desafortunado pero necesario.

No, no lamentaba nada. Le habían ofrecido lo que más deseaba en la vida, aunque le hubiera llegado de la forma más extraña e insondable posible. Dejarlo escapar habría sido una estupidez.

Le dolía lo de Nick, pero eso no había sido culpa SUYA. Lo había matado Helen. Además, casi no lo conocía. Si su relación hubiera terminado de forma natural, como suele terminar la mayoría de los rollos de verano, él ya se habría esfumado de su memoria.

La voz nasal del hombre sentado al otro lado del pasillo irrumpió en los pensamientos de Florence cuando pidió a voces otro *pinot noir*. Se levantó el antifaz y se incorporó bruscamente. Le palpitaba el corazón. La azafata se acercó correteando por el pasillo con una botella de vino.

Florence meneó la cabeza. No era nada.

Volvió a tumbarse, pero al cerrar los ojos vio a Greta, mirándola con aquellos ojos azulísimos. «Embriaguez… Sí…»

Devolvió el asiento a su posición vertical. Se dio unas palmaditas en las mejillas y sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolso.

Había decidido dejar la primera mitad del manuscrito de Helen como lo había encontrado. Luego, por la mitad, el relato cambiaría de pronto al punto de vista de Iris.

Empezó a escribir.

> Lillian se equivocaba: Iris no era débil. La había endurecido una vida de decepciones, y al subestimar aquella forma menos atractiva y más deshilvanada de fortaleza, Lillian había cometido un error garrafal. Se había ofrecido como cebo sin caer en la cuenta de que Iris estaba demasiado famélica para que la satisficiera un simple amago de grandeza.

# 50

Hacía fresco en el interior de la vieja casa de Crestbill Road, a pesar de que, a principios de mayo, una ola de calor la caldeaba por todas partes. Florence cerró la puerta al entrar e inspiró hondo. Recorrió despacio las habitaciones silenciosas, como si las viera por primera vez. Porque esa vez eran suyas. Todo aquello era suyo.

Echó café en la cafetera y la encendió. Mientras cobraba vida, se asomó al patio. Habían desmontado del todo el compostador. La cinta amarilla de balizamiento se había soltado de las estacas y ondeaba al viento. La Policía de Cairo le había asegurado que con la muerte de Helen se había cerrado definitivamente la investigación del asesinato de Jeanette Byrd. Cuando estuvo listo el café, se llevó una taza al salón junto con el teléfono inalámbrico y marcó el número de su madre.

Sabía que Vera estaría sentada en su cocinita amarilla, bebiéndose una taza de café exageradamente dulce antes de marcharse al trabajo.

—¿Digaaa? —gorjeó Vera al aparato.

Siempre contestaba las llamadas de números desconocidos, convencida de que el universo solo le depararía cosas buenas.

—Mamá, soy Florence. —Silencio—. Escucha, sé que estás enfadada conmigo, pero necesito que me hagas un favor. ¿Podrías mirar el mensaje ese en el que supuestamente te decía que no quería volver a verte y decirme cuándo se envió?

Vera suspiró.

—Aguarda un momento, que tengo que buscarlo… Se mandó el domingo 21 de abril —dijo cuando volvió al teléfono —. Me acuerdo porque acababa de salir de la parroquia cuando me llegó y me ilusioné al ver que era tuyo, hasta que lo leí: «Mamá, lo siento, pero esta es la última vez que sabrás de mí.

—A Vera se le quebró la voz, pero continuó—. En toda mi vida no has hecho otra cosa que menospreciarme y coartarme. Estoy harta. No quiero volver a hablar contigo. Si te empeñas en localizarme, cambiaré de número».

Florence notó que se le encendía la cara. Aunque no lo había escrito ella, desde luego lo había pensado, y oírlo de boca de su madre la hacía sentirse más culpable que cualquiera de las cosas que había hecho de verdad en las dos últimas semanas.

El 21 de abril había sido el día después del accidente. Helen debía de andar atando cabos antes de convertirse en Florence Darrow. Tanto que había defendido siempre la espontaneidad y la proactividad, había sido extremadamente cautelosa con todas las posibles contingencias. A Florence le había venido bien la lección a la hora de maquinar el asesinato de Greta. Posiblemente fuera una herencia tan importante como la casa y el dinero.

—Mamá —dijo—, siento mucho que tuvieras que leer eso, pero tienes que creerme: ese mensaje no lo escribí yo.

Vera dio un trago sonoro al café.

—Venía de tu móvil

—Lo sé. Es largo de contar. —Inspiró hondo—. Déjame empezar por el principio…

Cuando colgaron, cuarenta y cinco minutos después, Vera ya conocía la historia completa, o al menos la versión que Florence había repetido hasta la saciedad a las autoridades: el plan homicida contra ella, su reacción desesperada en defensa propia…

Como con Idrissi y Massey, Florence no mencionó que Helen Wilcox era en realidad Maud Dixon; no estaba segura de que su madre la conociera siquiera. Tampoco mencionó a Greta Frost, cuya muerte empezaba a causar estragos en el gremio editorial. No había motivo para que la relacionaran con aquello.

Vera se lo había tragado todo, desesperada por confirmar que su hija no le había dado la espalda en realidad.

—Sabía que algo te pasaba —insistió—. Se lo dije a Gloria y me dijo lo mismo. Tú eres buena chica, Florence. La mejor.

Florence sonrió con tristeza.

—Gracias.

—¿Quién te quiere a ti?

—Tú.

Quedaron en volver a hablar dentro de una semana. Florence jamás le permitiría a Vera la intimidad que ella quería, pero la tendría en su vida. Su roce con la muerte en Marruecos le había enseñado que el aislamiento total también es una forma de vulnerabilidad en sí misma. Era peligroso no tener a nadie. Alguien tenía que echarte de menos si desaparecías.

Se sirvió otro café.

Tenía una llamada más que hacer y luego se pondría a trabajar. Por fin había conseguido lo que quería, la vida de Helen Wilcox y el público de Maud Dixon, y no los iba a malgastar.

Había empezado a escribir la segunda mitad de *El intercambio marroquí* la noche en que había muerto Helen. Cuando se había sentado con un bloc de papel amarillo rayado en el regazo, le había sorprendido lo que se había encontrado: un torrente de inspiración.

Al abrigo del seudónimo de Maud Dixon, había hallado la libertad y la autoestima necesarias para ESCRIBIR sin más.

Y por fin tenía una historia que contar.

Una vez había leído una biografía del artista René Magritte que había editado Agatha. Aseguraba que, durante sus primeros años, cuando la crítica se había mofado de sus extrañas pinturas poco convencionales, había sobrevivido falsificando obras de Picasso y Braque. Quizá era una forma de aprendizaje, se dijo Florence. Como lo sería *El intercambio marroquí* para ella. La propia Helen lo había dicho: si finges lo suficiente, al final te sale natural. Verdaderamente natural.

Después de todo, Magritte encontró el éxito por su cuenta.

A lo mejor algún día podía decirle al mundo que Maud Dixon no era otra que Florence Darrow. Tenía veintitrés años cuando se había publicado *Foxtrot de Misisipi,* una edad lo bastante factible. Mary Shelley escribió *Frankenstein* a los diecinueve. Además, todo encajaba, porque la habría escrito

cuando estaba terminando la universidad y mientras había vivido en Gainesville después, trabajando en la librería. Pensó en lo mucho que sorprendería a Anne, la alegre propietaria de la librería, descubrir que su empleada había estado escribiendo un clásico moderno cuando ella la había conocido. Se imaginó la cara de Simon al enterarse. Y la de Amanda. Qué contención, qué DIGNIDAD, se dirían, mantenerlo en secreto todo ese tiempo.

Miró la hora. Ya había esperado suficiente. Marcó otro número.

Contestó una joven con un jovial falsete:

—Hola, HMK…

Harper Maston Khan era la mayor agencia de talentos de Nueva York. No solo representaba a escritores, sino también a actores, atletas y músicos. Auténticas celebridades.

—Hola —dijo Florence—, quisiera hablar con Denise Maston.

—¿De parte de quién, por favor?

Florence se lo pensó.

—De Maud Dixon.

# Agradecimientos

Estoy en deuda con Jenn Joel, excelente editora disfrazada de excelente agente. El 4 de agosto de 2019 pasará a la historia como uno de los grandes puntos de inflexión de mi existencia. Muchas gracias también a la maravillosa Tia Ikemoto y a todo el equipo de ICM.

Gracias a Judy Clain por su entusiasmo inicial y continuado por esta novela, y al increíble equipo de Little, Brown: Miya Kumangai, Heather Boaz, Lena Little, Ashley Marudas, Pam Brown, Gabrielle Leporati y muchos otros.

Gracias a mi adorada editora británica, Imogen Taylor, y a Felicity Blunt, Jake Smith-Bosanquet y Savanna Wicks, de Curtis Brown.

Gracias a Halsey Green y Evonne Gambrell, por cubrirme siempre las espaldas, a pesar de mi mediocre ética profesional y verdaderamente espantosa actitud; de lo contrario, no habría podido escribir esta novela.

Gracias a Joan Truya en París y a Koloina Andriatsimamao en Nueva York por permitirme tomarme un descanso de cuidar a (y preocuparme por) Olive el tiempo suficiente para escribir esta novela.

Gracias a Liz Campbell, Martha Campbell, Kathryn Doyle, Natalie Pica Friend, Molly Lundgren, Elizabeth Rhodes, Haven Thompson, Nell Van Amerongen y Julia Vaughn por muchas más cosas de las que caben aquí. Soy superafortunada de contar con vuestra amistad.

Gracias a mi familia, tanto la original como la que he ido reuniendo por el camino: Henry Piper Andrews, Lindsey Andrews Schilling, Palmer Ducommun, Bob Ducommun, Charlie Schilling, Jock Andrews, los Westcott, los Laporte, Jim y Nancy Beha, Jim y Alyson Beha, y Len y Alice Teti. Os quiero a todos.

Gracias a mi madre, Lynn Ducommun, que se ha ganado sin duda un párrafo propio después de treinta y siete años de amor y apoyo infinitos a lo largo de muchos, muchísimos altibajos. (Y cualquiera que piense que Vera Darrow se parece en absoluto a ella está muy equivocado.)

Pero, por encima de todo, esta novela, y mi corazón, pertenecen a Christopher Beha. Maud Dixon no existiría sin su inagotable entusiasmo y su gran ojo editorial. (Al final, casarme con un novelista de fama mundial ha terminado siendo una decisión profesional de lo más acertado.) No pasaría la vida con nadie más.

Y por último, Olive y Henry: no me habéis ayudado nada, pero os quiero con toda mi alma. Solo pensar en vosotros me hace más feliz de lo que jamás imaginé. Os adoro, os adoro, os adoro.

Título original: *Who is Maud Dixon?*

Edición digital: 2021

Copyright © 2021 by Alexandra Andrews Beha
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-1362-479-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com